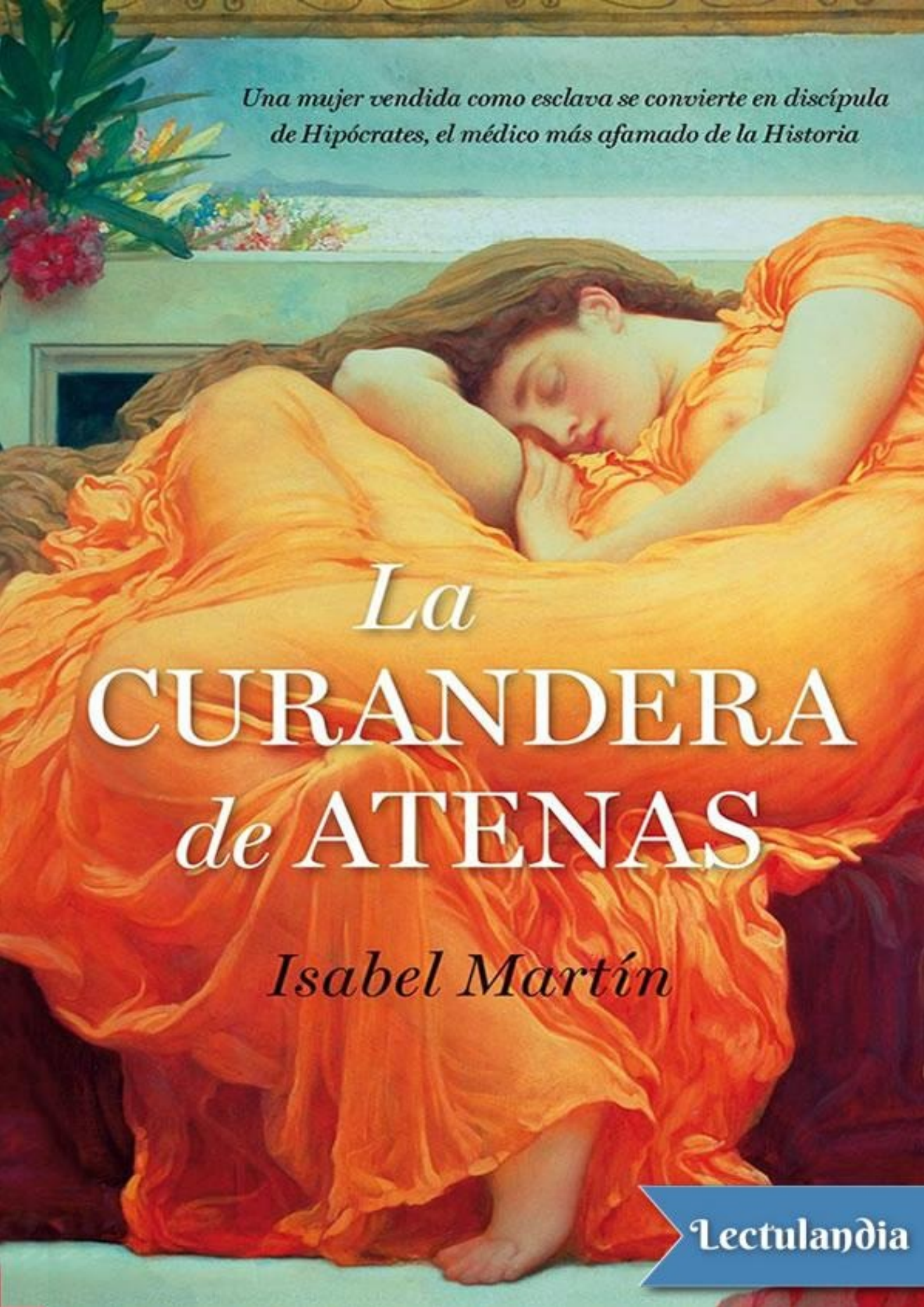




*Una mujer vendida como esclava se convierte en discípula
de Hipócrates, el médico más afamado de la Historia*

La
CURANDERA
de ATENAS

Isabel Martín

Lectulandia

«Una mujer vendida como esclava se convierte en discípula de Hipócrates, el médico más aclamado de la Historia».

Siglo V a.C. Helena, hija del filósofo Empédocles, es secuestrada en Sicilia y, tras un largo viaje, vendida en Atenas a Aspasia de Mileto, amante de Pericles. Allí conocerá a Hipócrates, uno de los más afamados médicos de la antigua Grecia, cuya sabiduría ha llegado hasta nuestros días. Junto a él se introducirá en el mundo de la sanación y del verdadero amor. De esclava a hetaira, de hereje a curandera, el personaje de Helena nos muestra en esta novela el momento cumbre de la Atenas clásica, una ciudad por la que en este periodo desfilan los más ilustres filósofos y donde la democracia siembra sus primeras semillas.

La curandera de Atenas narra los inicios de la medicina a través de un personaje sensual y fascinante.

Lectulandia

Isabel Martín

La curandera de Atenas

ePub r1.0

Titivillus 18.06.15

Título original: *La curandera de Atenas*
Isabel Martín, 2010
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Antonio, v y f

Atenas

Segundo año de guerra. Quinto día de la segunda década de boedromión; primer año de la ochenta y ocho Olimpiada

Hay una luz que palpita al fondo de la cámara. A pesar del aviso del sacerdote, entreabro un poco el ojo izquierdo, justo lo suficiente para percibir el aleteo de luz y la causa que lo origina. Es una figura alargada, vestida de blanco, que manipula algo de espaldas, junto a la lucerna. Solo puedo ver su figura, esbelta y cubierta de blanco. Una panageis. No veo lo que hace, aunque supongo que alimenta algún pebetero. Fuera, ya debe de haber anochecido. Dos días de meditación que podrían ser cien. Con el ayuno y el perfume de las esencias parece que la cabeza se alejase del cuerpo y el tiempo fuese extraño, como todo lo que está más allá de la habitación, como la peste que acecha tras la puerta, como toda mi vida anterior. Respiro hondo, vacío la mente y el cuerpo de los deseos, de las exigencias, soy fuerte. Si no lo soy, todo habrá sido en vano. Invoca a la diosa, me digo, esas son las únicas palabras que pueden salir de tus labios, a pesar del miedo y de la incertidumbre, concéntrate, Helena. Dos días ya sin moverme, tengo las piernas tan entumecidas que el cuerpo parece acabar en la cintura.

«Escucha, oh, Deméter, diosa de la tierra, escucha, Perséfone, señora del Hades, del más allá, ayudadme a ser fuerte, ayudadme a cumplir mi tarea, invoco vuestro auxilio desde mi insignificancia». Con un leve tintineo la figura desaparece de mi campo de visión llevándose la lucerna, y la luz que desprende va agrandando su sombra como un mal presagio. Ahora estoy de nuevo sola y el silencio es tan absoluto como la oscuridad, pero me vigilan, escuchan mis plegarias y espían todos mis movimientos.

Sé que me ves, padre, desde las alturas del Monte Sagrado. Yo siempre te escuché, ¿recuerdas? «Helena, no hagas caso de los necios. Lo que no tenía existencia antes no puede nacer, y lo que muere no lo hace plenamente ni se destruye por entero». Y yo te creía y te miraba desde mi ignorancia de ojos hambrientos y anotaba todo en mi tablilla con signos vacilantes. «Sí, padre». No pude llorarte, pero deseo que en el Hades aguardaran en vano tu llegada. Con la misma ingenuidad que escuchaba tus enseñanzas ahora creo que no pudieron contigo, que conseguiste romper el círculo de vida y muerte, que estás por fin en la morada de los dioses, asombrándolos con tus palabras. Si tú lo creías, ha de ser verdad. Intercede por mí, padre, ayúdame en esta empresa que tanto te hubiera gustado realizar tú mismo.

Hace ya horas que la instructora me pasó un paño empapado de agua por los

labios, un paño con un ligero olor a ajo que me devolvió con fuerza a un lugar ya muy lejano. Tengo mucha sed. Sorbí la humedad del paño como si fuera el aire que respiran los pulmones para seguir viviendo, pero ahora siento de nuevo la sequedad en la garganta, los labios agrietados, y una conmoción que no me deja concentrarme. Mi vida se despliega ante mí como en un teatro de sombras. Mi hermana y sus ojos pidiendo venganza, mi padre y sus misterios; Temis, su lealtad y sus reproches, y él, siempre él, a mi lado pero aún lejos. «Todo lo exterior a los muros del templo debe morir para el mystes», alguien ha susurrado estas palabras en mi oído y se ha alejado inmediatamente. Todo debe morir, sí, palabras simbólicas que pueden convertirse en una sentencia inapelable. Han debido de notar mi inquietud y me recuerdan mis deberes como iniciada. Concéntrate, necia.

«Oh, señora, dadora de vida y muerte, escucha mi oración, acógeme entre los tuyos, ofrécame el don de la clarividencia. Oh, diosa, escucha mi oración...» Las palabras acuden a mis labios y son escuchadas con atención por las sacerdotisas que vigilan desde las sombras. Los pensamientos, en cambio, se mueven con lentitud, como la cadencia del corifeo, tan densos como el aceite, tan dorados como la miel que rezumaban las colmenas de mi madre, allá en Ákragas.

—Oh, mis dos reinas, escuchadme, señoras de lo terreno y lo subterráneo, diosa de la higuera divina...

«Todo lo exterior a los muros del templo debe morir para el mystes». Sí, que muera ya, que muera todo.

Capítulo I

Mis primeros recuerdos son del gineceo, de mi madre y mi hermana, del olor del lino de los telares, los higos puestos a secar y el albayalde que las esclavas machacaban hasta convertir en un polvo fino como la niebla. Son mis recuerdos buenos, recuerdos adormecedores, que me inundaban en los peores momentos y me envolvían en unos brazos acogedores en los que me dejaba mecer sin sobresaltos.

Atis, su risa, sus carreras por el patio, que mi madre reprochaba con gesto adusto, sus ensayos de mujer, su afán por la vida. Atis, mi hermana, mi otro yo más bello, más alegre, más crédulo. Nuestras charlas bajo la higuera en los días eternos del verano, nuestras peleas, nuestros juegos.

No podía imaginar entonces mi vida sin ella, o sin los enfados de mi madre y sus intentos por convertirme en una dama dispuesta al matrimonio. Mi madre, presente también aunque más distante, de modales estrictos y aburridas clases de telar, de cocina y de conducta, siempre digna e imperturbable.

Y también están los otros recuerdos, los que me mantuvieron con vida en las épocas oscuras, los que me hacían esperar el prodigio que nunca llegaba. Mi padre el mago, el poeta, el gran orador y consejero público, el sabio curandero que vendría a salvarme.

Empédocles, mi padre, con sus experimentos, hablando solo mientras desarrollaba alguna de sus escandalosas teorías, riendo y saltando como un loco, cuando descubría que tenía razón en sus conjeturas, o preparando sus reuniones secretas y sus viajes, que yo adivinaba cercanos cuando él dejaba de reír y se encerraba en su dormitorio, del que no salía ni para comer. Empédocles, el médico y el sacerdote en los rituales donde se hablaba de la vida eterna y que yo escuchaba impaciente, deseosa de salir del templo y recorrer las calles que tan pocas veces podía contemplar.

Desde muy pequeña me habían atraído sus aposentos, su mundo misterioso, cercano e inaccesible. Había aprendido a escaparme del gineceo y colarme sin ruido en sus habitaciones, donde me acurrucaba en un rincón tratando de hacerme pequeña e invisible para no molestar, hasta que mi padre, un día, se volvió y me vio allí, encogida y con los ojos abiertos como platos. Quise escapar, pero él me retuvo por el vestido y me preguntó con una sonrisa por qué pasaba tanto tiempo sentada en aquel rincón. «Quiero aprender —le dije con osadía—, voy a ser tan sabia como tú». En un primer instante, mi padre no supo qué responder, tan asombrado debió de quedarse, pero, en lugar de reírse de mí y mandarme con mi madre al gineceo, me miró en silencio durante unos instantes en los que no me atreví ni a respirar y después, para mi sorpresa, decidió que a partir del día siguiente asistiría a la escuela con sus demás

alumnos. «Estoy deseando ver sus caras», había concluido, riendo.

Quizás todo empezó aquel día, el día en que rompimos las reglas. A partir de entonces, acudí a la escuela como un alumno más. Callada, algo apartada de todos, pero con los ojos y los oídos abiertos a lo que se enseñaba en aquel lugar mágico donde todo era posible. Me gustaba, en especial, cuando mi padre hablaba del cielo, una masa cristalina de aire sólido condensado por el fuego; de las estrellas incrustadas a aquel cristal oscuro y de los planetas, que se movían a su antojo, como dioses en busca de aventuras. Cuando nos explicaba el movimiento de la luz, tan rápido que no podemos verlo, o nos revelaba la existencia de partículas pequeñísimas que forman todo lo que vemos a nuestro alrededor.

Quizá todo se fue destruyendo poco a poco mientras escuchaba sus lecciones y me alejaba cada vez más de mis deberes, creyendo ingenuamente en un futuro imposible.

—Los elementos que integran todos los cuerpos son cuatro —decía mi padre—, el fuego, la tierra, el agua y el aire. Del aire se formó el cielo, del fuego, el sol, y de los otros dos, condensándose, se formó la superficie terrestre. De estos elementos vienen cuantas cosas vemos, las que fueron y las que serán, los árboles, los hombres y las mujeres, las bestias salvajes, los peces, los pájaros e, incluso, los dioses...

O puede que nuestro pecado eclosionara años después, cuando me hizo hablar delante de sus alumnos. Quizá esos mismos dioses compuestos de fuego, tierra, agua y aire estaban escuchando y quisieron castigar la imprudencia. Pero yo quería que se sintiera orgulloso de mí, que no se arrepintiera de haberme enseñado como si fuera un muchacho.

—Sujeta esto, Helena, con mucho cuidado —me había dicho al inicio del experimento.

Y yo había tomado con las dos manos la clepsidra mientras mi padre hacía una señal al esclavo que sostenía una gran vasija llena de agua. El esclavo se acercó y colocó la vasija en el centro del patio mientras todos contemplábamos el experimento con curiosidad. Cuando mi padre tomó la clepsidra de mis manos y la introdujo lentamente en el agua, los demás se inclinaron para no perderse nada. Gorgias de Leontini, que estaba justo enfrente de mí, me guiñó un ojo. Era la primera vez que mi padre me hacía su ayudante en algún experimento. Hasta entonces, a pesar del tiempo que llevaba escuchando sus enseñanzas, siempre me había mantenido en segundo plano, como si no quisiera que se cuestionara mi presencia en las clases.

—¿Veis? El agua penetra libremente en la clepsidra por el orificio inferior. Sin embargo, ahora...

Mi padre sacó la clepsidra del agua y esperó hasta que esta se hubo vaciado. Después me miró sin decir nada, pero yo sabía qué hacer; lo habíamos ensayado por la mañana. Tapé con la mano el agujero superior mientras mi padre volvía a meter el recipiente en el agua.

—El recipiente, a pesar de ser introducido en el agua, permanece vacío. ¿Por qué?

—Y miró a su alrededor esperando una respuesta.

Los alumnos se movieron incómodos, evitando la inspección del maestro, que sonrió y me indicó que quitara la mano del agujero, lo que permitió al agua volver a llenar el recipiente.

—¿Ninguna respuesta?... ¿Helena? —continuó—, ¿tienes algo que decir?

Sentía las miradas de burla de los alumnos de mi padre y noté que enrojecía hasta la raíz del cabello. A pesar de la rabia que sentía por su desprecio, en cierto modo lo entendía. Yo era para ellos una niña rara, una intrusa en su círculo exclusivo, un mundo de hombres, de jóvenes con todo el saber a su disposición.

Empédocles, el maestro, esperaba. Por eso tragué saliva, respiré hondo y hablé. Porque se lo debía.

—¿Es posible, padre, que el agua no penetre en la clepsidra porque hay algo invisible dentro que lo impide?

—¿Y? —dijo levantando las cejas, interrogante.

—Y cuando tapamos el agujero lo encerramos dentro y eso hace que...

Todos los alumnos estallaron en una carcajada. Eran muchachos de varias edades, gallitos con ínfulas de sabios, todos ellos de las mejores familias de la ciudad, orgullosos de su ciudadanía y su linaje, ignorantes de su futuro, como todos nosotros en aquella tarde otoñal.

—Sí, el espíritu de los dioses del agua —se burló Metón, que se vanagloriaba de hacer siempre las observaciones más ingeniosas, y todos le corearon.

—No hay peor ignorancia que la que se cree sabia —reprochó mi padre—. Continúa, Helena.

Pero la vergüenza me había enmudecido; bajé la cabeza y permanecí callada.

—Sois tan vanidosos que no se os ha ocurrido pensar que Helena pudiera tener razón... y la tiene —dijo mi padre dedicándome una mirada de aliento.

—Entonces, ¿es cierto que hay un ser invisible dentro, maestro? —preguntó con sorna Metón.

—En efecto, hay algo dentro de la clepsidra —respondió Empédocles—. Pero no es un espíritu, sino la atmósfera, que, como muy bien ha dicho Helena, es invisible, aunque no por ello deja de existir y de tener un cuerpo. Y si su fuerza es tal que hace retroceder a la sangre al entrar en nuestro organismo, cuando respiramos, y la deja fluir cuando el aire se retira, también será capaz de impedir que entre el agua en el recipiente. Pensad en ello.

Mi padre lanzó una mirada burlona a su alrededor, sacó la clepsidra del agua, se secó las manos con un paño de lino, se bajó las mangas del kitón, y se colocó sobre los hombros su manto púrpura.

—Bueno, por hoy la clase ha terminado. Y no os sintáis mal. Pensad que Helena es mi hija, y por tanto, la hija de un dios. Eso le da cierta ventaja, ¿no creéis?

Aquel exceso de mi padre era mucho más que una simple broma. Unos años atrás había librado a la ciudad de Selinunte de la peste desviando el curso de un río

ponzoñoso, y los selenuntinos lo habían adorado como a un dios y le habían regalado una corona deífica de oro como si del propio Apolo se tratara. Mi padre, desde entonces, gustaba de llevar la corona y de proclamar a los cuatro vientos su condición divina, que nuestros conciudadanos asumían como una gloria más de la ciudad de la que mi padre solía burlarse en privado.

Todos los alumnos se alejaron cabizbajos y con el ceño fruncido. No había que tener el oído muy agudo para escuchar los comentarios que murmuraban según salían de nuestra casa y que me mortificaban a mi pesar mientras caminaba junto a mi padre.

—Estoy muy orgulloso de ti, hija mía —me dijo cuando estuvimos solos, pasándome un brazo por los hombros—. Eres tan lista como un muchacho.

—Me gusta aprender —respondí en voz muy baja, porque mi padre me producía una timidez que algunas veces, como en aquel momento, me impedía casi hablar.

—Y aprenderás todo lo que yo sé —afirmó mientras se agachaba para ajustarse una de las sandalias de bronce que usaba como complemento de la corona de oro.

—Pero tus alumnos no quieren que yo esté allí. Y me han contado que el otro día, en la palestra...

—Los mortales son así, kalé, envidiosos y asustadizos. Todo lo que es distinto los atemoriza. ¡Por Zeus!, tienes una cabeza y aprenderás a utilizarla. Y no se hable más.

Habíamos llegado a la puerta que comunicaba el patio delantero de la casa con el exterior, los límites entre mi mundo y el suyo.

—Ahora, vete —concluyó volviéndose en el último momento antes de salir a la calle—. No debes abandonar tus obligaciones en el gineceo, o tu madre se enfadará.

Me alejé resignada, tras besar la mano de mi padre, pues estaba segura de que mi madre volvería a insistir en mostrarme las maravillas de los perfumes, polvos y ungüentos con los que embellecerme, algo que siempre me producía desazón.

Crucé la casa, adornada ya con flores y guirnaldas de laurel y olivo para el próximo banquete, y entré en el gineceo, donde, en contraste con el resto de la vivienda, reinaba un bullicio mayor del habitual. Se terminaban de tejer los mantos para los festejos, la cocina dejaba escapar los aromas de los asados que se servirían en el banquete y todo el mundo parecía invadido por una gran actividad, una actividad que me dolía tanto que solo quería correr a mi dormitorio y olvidarme de lo que estaba a punto de pasar.

Atis iba a celebrar sus esponsales y yo me quedaría sola. Nunca más habría charlas bajo la higuera, ni riñas, ni juegos. Mi hermana se convertiría en una matrona ocupada en menesteres cotidianos y su risa se iría apagando como la llama de una lucerna sin aceite.

Cuando entré en nuestro dormitorio, Atis lloraba a gritos tumbada en un diván. Junto a ella, mi madre se retorció las manos con impotencia y al verme le faltó tiempo para acercarse a mí con cara de pocos amigos.

—Al fin apareces —me reprochó, sujetándome por el brazo y zarandeándome—.

¿Dónde has estado?

—Ayudaba a mi padre en un experimento —respondí, a sabiendas de que esa contestación no serviría para aplacar su enfado.

Como era de esperar, la respuesta la exasperó aún más y a punto estaba de comenzar su acostumbrada diatriba contra mis inapropiadas costumbres, cuando Atis me reclamó entre lágrimas.

—Helena, por fin llegas. Tienes que ayudarme. —Atis se dejó caer hacia atrás como presa de un desvanecimiento. Se tapó la cara con un brazo y sollozó.

Me acerqué a mi hermana y me senté junto a ella, tomé el borde de su túnica y le limpié las lágrimas.

—¿Qué ha pasado?

El llanto de Atis le impedía hablar y fue mi madre la que intervino.

—Tu hermana no quiere cortarse el pelo.

—¡No es justo! —saltó Atis, ahogando sus sollozos e incorporándose—. ¿No es suficiente con dejar todo lo que amo en esta casa?, ¿con tener que ofrecer mis muñecas, mis vestidos, mi redecilla para el pelo, todo?

—Es la tradición, hija mía —se escandalizó mi madre.

—Pues es una tradición absurda —repliqué yo, mientras sujetaba la mano de mi hermana.

Mi madre me lanzó una mirada elocuente.

—Si no tienes nada mejor que decir, permanece callada.

—El pelo te volverá a crecer —continuó dirigiéndose a Atis—, y además no te van a pelar la cabeza como a una espartana. Solo unos cuantos dedos.

Como Atis seguía sin atender a razones, mi madre puso en juego todas sus armas para tocar la fibra más sensible de Atis.

—¿Quieres que toda Ákragas se entere de esto? ¿Que tus amigas se rían de ti y que tu esposo se arrepienta de haberte elegido? Vas a ser una de las mujeres más importantes de la ciudad. Tendrás joyas, espejos del mejor bronce, vestidos de seda de Amorgos, perfumes de Corinto... Tu prometido ha aceptado casarse contigo a pesar de las ideas de tu padre. ¿Crees que va a soportar, además, la ignominia de que desafíes la tradición y llenes de vergüenza a su familia?

A medida que mi madre hablaba, Atis iba quedando cada vez más pensativa y las lágrimas desaparecían poco a poco de su rostro enrojecido. Finalmente, lanzó un hondo suspiro y se levantó del diván.

—Que sea como quieras, pero después de mi boda nadie volverá a decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer.

Nuestra madre soltó un bufido irónico.

—Nadie, salvo tu marido —añadió mientras se sentaba e indicaba a una de las sirvientas que acercara una fuente con pastelillos de miel, a los que Atis se lanzó con placer, olvidadas ya sus recientes penas.

—Crémilo es un necio —intervine yo de nuevo con la boca llena—. Y sus

órdenes serán tan necias como él.

—Hija mía, no debes hacer caso de todo lo que dice tu padre o te quedarás vigilando los presagios —replicó mi madre con una mueca de disgusto—. El tiempo de la mujer es muy corto, Helena.

Mi madre se levantó y se alejó con dignidad. Al quedarnos solas, Atis y yo nos miramos y soltamos la carcajada.

—¿Verdad que es un necio? —se burló mi hermana.

—No te fíes. Todo el mundo dice que su primera esposa murió de tristeza. Me lo ha dicho Laida. Al parecer, nunca salía de casa y Crémilo no dejó que sus padres la vieran hasta después de morir.

—Tonterías.

Atis se levantó de su asiento para lavarse las manos manchadas de miel en una jofaina que había junto a la puerta del dormitorio. Llevaba un kitón de lana fina, con cordoncillo púrpura y bordados en el bajo. El pelo negro y rizado le llegaba casi a la cintura y lo mantenía apartado de la cara con una diadema del mismo color que el cinturón. Muy pronto, aquella misma tarde, la melena que tanto cuidaba tendría que caer bajo las tijeras. A pesar del tiempo fresco, Atis llevaba los brazos descubiertos para lucir el brazalete de oro que le había regalado su futuro esposo, que le adornaba el brazo por encima del codo y hacía juego con el aro del tobillo. Miré de reojo mis brazos y mis tobillos rechonchos y suspiré.

—La gente inventa muchas historias truculentas —decía mi hermana—. Lo cierto es que su esposa murió de unas fiebres al dar a luz. Él mismo me lo dijo.

—Cuando te cases será tu dueño y podrá hacer lo que quiera contigo.

—Madre dice que una mujer siempre puede manejar a un hombre si sabe utilizar bien sus encantos.

Yo sonreí para ocultar mi malestar. La idea de su matrimonio me angustiaba mucho más que por el hecho de perder a mi hermana. Atis había tenido una vida tan feliz que me temía lo que pudiera sufrir en su nuevo estado. Cuando se casara con Crémilo, un hombre viejo y odioso, pero muy acaudalado, que la había cegado con su fortuna y su posición social, todo cambiaría. Mi madre estaba encantada con la boda, pero mi padre, aunque amigo de Crémilo desde la infancia, había tardado en acceder al casamiento debido a sus diferencias políticas.

Yo misma había sido testigo de una de esas disputas. Tras la muerte de Metón, el gobierno de Ákragas había dado claros signos de tiranía y mi padre había encabezado la revuelta para disolver la asamblea de los mil, compuesta solo por los hombres más ricos de la ciudad, y había ayudado a instaurar un régimen democrático al estilo ateniense, rechazando el cargo de autocrátor que le ofreció la nueva asamblea, todo ello en contra de los deseos del partido aristocrático, encabezado por Crémilo.

Poco tiempo después, yo caminaba junto a mi padre por el mercado mientras todos le aclamaban. Iba agarrada de su mano, sintiéndome también partícipe de su fama, comiendo aceitunas mientras él se dejaba llevar por la algarabía en su honor y

abandonaba por una vez su porte distinguido para volver a ser el hijo del criador de caballos y saludar con grandes aspavientos y reír con risa estrepitosa.

Mientras hacía esto, Crémilo apareció frente a nosotros. Mi padre se detuvo y se inclinó ante él con una cordialidad exagerada y burlona. Pero su rival no respondió al saludo, y escupió a los pies de mi padre, apartándose de él como si estuviese apestando. «¡Oh, dioses, cómo habéis podido arrojarme a esta tierra en la que tengo que mezclarme con bípedos tan vulgares!», declamó mi padre como un actor de comedia a espaldas de Crémilo, que se volvió con el rostro congestionado, lanzando a su competidor una mirada que hubiera podido destruirle. Pero él, sin hacer caso de aquella ira, me agarró de la mano y se alejó de allí riendo a carcajadas.

Mi padre siguió gozando de gran popularidad y, con el tiempo, Crémilo pareció asumir su derrota y congraciarse con su rival. Visitaba nuestra casa de tanto en tanto y participaba con mi padre en asuntos secretos que debatían tras la puerta cerrada de sus aposentos. Y un día, para sorpresa de todos, cuando Atis apenas había cumplido los quince años, la casamentera se presentó en mi casa y solicitó a mi hermana como esposa para Crémilo.

La mañana de los esponsales, Atis y yo nos sentamos en el patio tras su baño ritual. El invierno estaba siendo benigno aquel año, y el calor del sol había calentado la piedra del banco y la pared donde nos recostábamos. Con el pelo recién cortado y aún húmedo, los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared, Atis parecía muy joven. Estaba pálida y callada, algo inusual en ella.

—Ayer te oí hablar con nuestra madre.

—Me recordó otra vez mis deberes —dijo abriendo los ojos y suspirando—. Controlar a los esclavos, distribuir lo que se gasta, vigilar que se hagan los vestidos que se necesiten, guardar las llaves de los almacenes, procurar que el grano no se estropee... No sé si sabré hacerlo, Helena.

—Claro que sabrás —intenté reconfortarla—. Madre te ha enseñado bien.

—También me habló de los deberes con mi esposo —siguió, mirándome como si quisiera que yo le aliviara todos sus miedos. Pero los míos eran demasiado grandes como para aliviar los suyos.

—Debo ser dócil, obediente, y estar siempre bella y dispuesta para abrirme a mi esposo y quedar encinta cuanto antes.

—¿Cómo es, Atis? ¿Tú lo sabes?

—Madre dice que puede ser placentero si tu esposo es amable y que si utilizo aceite, todo será más fácil.

Llegó la noche del banquete de esponsales. La noche en que todo cambiaría para siempre. Lo recuerdo como si caminara aún por mi casa, resplandeciente por las antorchas que iluminaban los frescos de las paredes, olorosa por los ramos de mirto y olivo que decoraban el patio. En el salón todo estaba dispuesto para la comida; la

mesa de los hombres engalanada con las mejores vasijas de Corinto rebosantes de carne de cordero, aves, queso, higos, aceitunas y algunos manjares que nunca había visto. En la mesa de las mujeres, además, sorprendían las enormes fuentes de tragemata de garbanzos y los pasteles, que brillaban a la luz de las antorchas como joyas esparcidas sobre sedas orientales. Y para refrescar las gargantas demasiado irritadas por los cánticos de boda, jarras de hidromiel, cerveza y vino de Tarsos en una gran cratera decorada con imágenes de los esponsales de Afrodita y Apolo.

Mi hermana estaba sentada en el lugar de honor, entre Crémilo y nuestro padre, y parecía la propia diosa, vestida con un lujoso peplo de lino púrpura, regalo del novio, sujeto a los hombros por rosetones de oro y a la cintura con un ancho ceñidor bordado también en oro. Llevaba unos pendientes largos y un collar de amatistas y el pelo recogido en un moño alto, rodeado por una corona de flores púrpura. El velo que le cubría la cabeza para evitar los poderes maléficos no conseguía ocultar su belleza y el corazón se me encogió al mirar al hombre que sería dueño de su juventud y de su vida a partir de aquel día y que no guardaba el más mínimo parecido con Apolo. En aquel momento ambos compartían el pastel de sésamo ceremonial mientras se miraban a los ojos, que en el caso de Crémilo estaban tan enrojecidos y legañosos como los de un perro callejero. Que las dos diosas tuvieran misericordia de Atis, recé, porque la mirada de aquel hombre tenía algo que producía escalofríos.

Era mi primer banquete en la mesa de las mujeres y me sentía extraña y triste y excitada por todo lo que sucedía alrededor. Triste por perder a mi hermana, pues aunque ella me había hecho jurar que la visitaría cada día en su nueva casa, yo sabía que nada volvería a ser lo mismo. Pero también estaba excitada porque aquel era mi primer banquete, a pesar de no tener aún los trece años. La boda de Atis había precipitado mi entrada en la edad adulta y ahí estaba yo, recostada en el diván con una postura que había practicado frente a mi amiga Laida, vestida con un kitón de lino blanco con cordoncillo azul y una diadema de flores blancas que yo misma había tejido aquella mañana para intentar disimular el color de mi pelo. Sin embargo, en lugar de ocultarlo, sentí como si hubiera colocado una señal para que todos los invitados se fijasen en él. Lo descubrí cuando una de las amigas de mi madre se quedó mirándome desde el otro lado de la mesa mientras engullía un trozo de queso.

—Por las dos diosas, Pantasilea —gritó con un tono agudo que hería los oídos—, ¿recuerdas si el volcán rugió especialmente cuando estabas encinta de Helena? Solo así se explicaría un color de pelo tan fogoso.

—Helena tiene una belleza poco común —acudió en mi auxilio Seria, la mejor amiga de mi madre y madre de Laida—. Ya lo veréis. Os quedaréis asombradas cuando salga de su crisálida.

—Nadie ha dicho que fuese fea —protestó la otra mujer, y se inclinó hacia su vecina de la derecha bajando la voz—, pero el hombre que la despose deberá tener cuidado con ese pelo. Parece salido del propio Hades.

Hice como si no hubiera escuchado el comentario, aunque sentí una punzada de

rabia contra aquella charlatana sin sentido. Envidiaba a mi padre, recostado en su diván, bebiendo, riendo y charlando sin descanso con todos los que se encontraban al alcance de su voz. Parecía existir un foso invisible entre aquellos seres orgullosos e indiferentes, con lejanas y desconocidas actividades y sus mujeres, matronas conformes con su encierro dorado. Yo nunca, nunca sería así. Y si para ello tenía que consagrarme a la diosa no dudaría en hacerlo. El servicio del templo era cien veces más interesante que pasar la vida preocupándose por la economía y la llegada del barco de Síbaris, con sus ánforas de aceites, vinos y perfumes.

Yo no apartaba la mirada de aquel otro universo lejano que se encontraba, sin embargo, tan cerca. Mi padre había dejado de lado por un día su ascetismo y bebía copa tras copa de vino, bromeaba con los invitados y brindaba de nuevo por mi hermana Atis.

—¡Que los dioses sean clementes contigo, mi querida hija!

La algarabía iba en aumento, el humo de los pebeteros y el olor de los perfumes de los invitados hacía irrespirable el ambiente. Tras las muchas libaciones de vino e hidromiel, los cánticos, las risas y las bromas que yo no debía entender se lanzaban de una a otra mesa sin ningún pudor, mientras se aplaudían y coreaban las danzas de las bailarinas de Tesalia. Empecé a sentirme enferma.

—Madre, no me encuentro bien.

Pantasilea me puso la mano en la frente, y se alarmó al notar el sudor que me empapaba el pelo.

—Tienes la cara verde, Helena, será mejor que respires un poco de aire fresco y después te acuestes.

—Pero quiero acompañar al cortejo. He ensayado mucho.

Mi madre sopesó mi petición.

—Está bien. Cuando se ponga en marcha te avisaré y si estás mejor podrás acompañarnos.

Salí del andrón y me quedé en el patio respirando el aire fresco de la noche. Las antorchas aún brillaban con fuerza en el exterior. Gorgias, el discípulo de mi padre, también estaba allí. Se apoyaba en una columna con una copa de vino en la mano y me cortó el paso hacia mis habitaciones.

—Bella Helena, esta noche me he fijado en ti. ¿Sabes que pronto te convertirás en una mujer? —me dijo acercándose demasiado y un poco tambaleante.

Intenté esquivarle, y cuando noté su mano en mi pelo, eché a correr y entré rápidamente en el almacén donde guardábamos el aceite. Me quedé allí, a oscuras, escuchando tras la puerta y esperando que Gorgias desapareciera, pero él seguía dando vueltas, susurrando mi nombre con sus cánticos de beodo.

—Sal, Helena, dulce bocado, y te enseñaré las delicias del amor...

Al fin, tras recitarme todos los epigramas amorosos que se sabía, pareció aburrirse de su juego y desapareció dejándome inquieta, insegura, como si me hubiera asomado por un instante a un precipicio desconocido. Había sentido el deseo,

una emoción que intuía feroz, repulsiva pero excitante, misteriosa, extraña, que ablandaba los brazos y las piernas y revoloteaba en el estómago como una mala digestión. No quería sentir aquello y, sin embargo, no pude dejar de revivirlo a lo largo de la noche, mientras a mi alrededor veía cómo aquel deseo que había visto por primera vez parecía flotar sobre los comensales, les enrojecía las mejillas y soltaba sus lenguas pastosas por el vino.

Cuando el banquete terminó, me uní a la comitiva que acompañaría a los novios hasta su morada, dispuesta a disfrutar de los placeres de la fiesta. Las antorchas iluminaban el camino como si se tratara de un amanecer, y todos los habitantes de la ciudad habían salido a la calle con ramas de olivo para aclamar el cortejo. Mi hermana, en silencio y con los ojos bajos mostrando el correspondiente recato, presidía el carro adornado con guirnaldas y hojas de mirto, acompañada por su esposo. Tras ellos, íbamos la comitiva de amigos y parientes, cantando a voz en grito las canciones de himeneo.

Alta debe ser la cámara.

¡Himeneo!

¡Hacedla alta, constructores!

Un novio viene.

¡Himeneo!

¡Como el propio dios de la guerra, el más alto de los altos!

Los curiosos nos lanzaban flores y dátiles, mientras nos acercábamos a la mansión de Crémilo, una de las más lujosas de la ciudad, con pórtico de grandes columnas rojas y doradas de estilo cretense, como no se cansaba de proclamar su dueño.

Al llegar a la puerta, abierta de par en par, un Crémilo borracho consiguió bajar a duras penas a mi hermana del carro, y antes de que yo pudiera darle el último beso de adiós, la cogió en brazos y atravesó así el umbral, evitando que los dioses capturaran a su esposa antes de entrar en su nueva casa. Si hubiera sabido entonces el tiempo que tardaría en volver a verla y las circunstancias en las que lo haría, nadie me hubiera separado de su lado. Hubiera luchado contra todos y la hubiera sacado de aquel lugar siniestro en el que desapareció de mi vida. Pero todo parecía envuelto en los festejos y los buenos augurios y yo, olvidando la angustia, me dejé arrastrar por aquel bullicio liberador.

En el patio, donde desembocamos todos en tropel, había una estatua dorada de Zeus sedente, que pregonaba la condición patricia de su dueño. Entre el alborozo general se realizaron las últimas plegarias, se encendió la antorcha de la fecundidad y mi hermana subió con su esposo hacia el tálamo, quedando encerrada para siempre entre esas cuatro paredes. Los epitalamios hablaban de la novia de senos de violeta y reclamaban al novio con bromas y risas.

*Despiértate, novio,
ven con los amigos de tu edad
para contemplar al ruiseñor de agudo canto.*

Pero los versos callaron en mi boca, y un nudo de pesar me oprimió las entrañas. Atis, mi hermana, la compañera de toda mi vida, se había convertido en una prisionera y nada de lo que dijeran mi madre y las demás mujeres me haría cambiar de idea. Allí mismo, delante del altar de las ofrendas y frente al fuego sagrado de Afrodita, juré no casarme nunca.

—Mi pequeña Helena —escuché junto a mí—, ¿dónde te habías metido? ¿Te has cansado ya de participar en los coros?

Allí estaba otra vez Gorgias, sonriendo como un idiota, con el manto manchado de vino, tambaleándose y mirándome de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

En aquel momento, un movimiento de la muchedumbre que abarrotaba el patio de Crémilo nos empujó el uno hacia el otro.

—Ven a mí, querida Helena —dijo, con su voz de borracho, abriendo los brazos para recibirme.

Pero yo fui más rápida y lo esquivé.

Regresé a casa junto a Laida, mi madre y sus amigas, que no dejaban de alabar el festejo, el vestido de la novia, los estupendos manjares del banquete, la riqueza del novio, el venturoso futuro de mi hermana, palabras y palabras que me indignaban cada vez más. Seguí con ellas todo lo que pude hasta que agarré por el brazo a mi amiga Laida y me adelanté con ella para dejar de escuchar aquella cháchara sin sentido.

Me apresuré a contarle los dos encuentros con Gorgias sintiendo, a mi pesar, un calor en el pecho nuevo e intrigante. Laida me miró con asombro.

—Vaya, parece que por fin has crecido.

—Estaba borracho y solo quería burlarse de mí.

—Son los juegos del amor, mi querida amiga.

—¿Amor? No me hables de amor. Bastante hemos tenido por hoy.

—Hablo de amor, no de matrimonio —dijo Laida, dándome con el codo.

—Eres demasiado adulta para mí, mi buena Laida. —Mi amiga siempre me hacía sentir como una niña estúpida que no sabía nada de la vida—. No entiendo de amores, con o sin matrimonio, y pretendo seguir así el resto de mi vida.

—¿Y qué piensas hacer? —se burló.

—Consagrarme al templo, como tu hermana Cleonice.

—¡Por las dos diosas! ¿Es que te has vuelto loca? —se escandalizó Laida, sacudiendo sus pendientes de oro y sus rizos—. Cleonice es una amargada que no hubiera encontrado marido ni con toda la fortuna de mi padre como dote. Pero tú, Helena, ¡tú! No quiero volver a escuchar una tontería semejante.

—Pues tendrás que hacerlo, amiga mía, no estoy dispuesta a terminar en el tálamo de un ser tan despreciable como Crémilo.

—Tu padre nunca te casaría con alguien como él. —Laida esquivaba con gracia los regalos dejados por los bueyes del carro de mi hermana, mientras yo terminaba embadurnada hasta los tobillos.

—Mi madre puede ser muy persuasiva y mi padre está demasiado ocupado en sus asuntos como para pelear por mi futuro marido.

—Hay otras posibilidades más atractivas —siguió diciendo Laida, cuando ya llegábamos a casa.

—¿Otras posibilidades? ¿Para qué?

—Para no casarse y no tener que servir a la diosa —respondió Laida con una sonrisa enigmática—, pero aún eres demasiado joven e ingenua para que te lo cuente.

—Te recuerdo que solo tengo un año menos que tú y no creas ni por un momento que te voy a rogar que me hagas el regalo de tu sabiduría. —Y abrumada por todo lo que había escuchado y visto, dejé a mi amiga con la palabra en la boca y entré en mi casa.

Aprovechando el caos que reinaba en la vivienda con la limpieza de los restos del banquete, me acerqué a los aposentos de mi padre para leer alguno de sus escritos de poesía y así apaciguar mi ánimo. Por aquel entonces escribía uno titulado «Proemio a Apolo», que había prometido dedicarme cuando terminara.

Me gustaba la poesía de mi padre. Palabras bellas que encerraban inquietudes y deseos. Aún recuerdo esas palabras que hablaban del Amor y el Odio cósmicos, de la gran mezcla de todas las cosas, «Lo mismo son los cabellos, las hojas, las densas plumas de los pájaros y las escamas que nacen sobre los miembros vigorosos»; de su mayor obsesión, el descenso al Hades y la vida después de la muerte, «lloré y gemí al ver el insólito lugar de la vida recta»; palabras bellas y también inquietantes que me hacían permanecer muchas noches en vela.

Había sido un día lleno de emociones y aunque hice lo posible por seguir leyendo a la luz de la linterna, me quedé dormida recostada contra la pared. Cuando desperté era noche cerrada y no se escuchaba ningún ruido. Me levanté y me dirigí hacia el gineceo.

La casa estaba a oscuras, apenas iluminada por unas pequeñas lucernas junto a la entrada. Caminé procurando no hacer ruido, pero el sonido de mis sandalias producía un eco siniestro que me sobrecogía como si caminara por algún lugar desconocido y amenazador. Un estremecimiento de frío hizo que apresurara el paso. Me sentía vigilada desde las sombras del patio y un pequeño crujido fue suficiente para que echara a correr como si alguien me persiguiera.

Cuando llegué a mis aposentos cerré la puerta y me apoyé en ella jadeando y riendo de mi propia cobardía, pero cuando recobré la respiración me di cuenta de que aún no estaba a salvo. Había alguien en la habitación. Sentí, más que escuché, una presencia que se acercaba lentamente, quise gritar, escapar, pero una mano fuerte y

peluda que olía a ajo me tapó la boca.

Capítulo II

Al despertar, el olor a ajo seguía pegado a mi piel, y sentí la asfixia, como si la mano aún siguiera tapándome la boca. Asfixia, miedo, oscuridad y un movimiento de vaivén que mecía el suelo como si estuviera en una cuna oscura y gigantesca.

Qué extraña es la memoria. Esconde años enteros de recuerdos, los oculta tras un velo oscuro y tupido, los enmaraña hasta que se convierten en sueños fugaces, ajenos, en imágenes de otro mundo. Y, entonces, el olor difuso de un paño y la soledad despiertan esa memoria caprichosa y el velo se diluye, y el estómago se encoge y eres otra vez esa niña asustada que llama a su madre desde las sombras de un lugar desconocido. La pesadilla se hace real, presente, intensa, como si el tiempo no hubiera curado las heridas, como si siguieran tan abiertas como entonces, supurando aún sus miedos y preguntas.

Era la bodega de un barco. A la escasa luz que se filtraba por unos pequeños *ventanucos*, pude entrever fardos y ánforas y una complicada mezcla de olores salados, tan intensos que parecían salir de mi propio cuerpo. De varios clavos en las paredes colgaban cuerdas y aparejos que oscilaban y crujían con el movimiento. El agua golpeaba contra el casco con lenta cadencia.

Sentí arcadas y cuando acabé de vomitar miré alrededor. Junto a mí había un cuerpo y más allá varios bultos que apenas distinguí, arracimados en el escaso espacio que dejaban los embalajes. Me apoyé en el suelo de madera medio podrida, cubierto de una capa pegajosa y conseguí incorporarme a pesar de las manos atadas. Los olores de la bodega, a los que yo había contribuido con mi vómito, impedían que pudiera reponerme del mareo, y las arcadas seguían, secas, dolorosas, como una representación del miedo que mi cuerpo quería eliminar.

Mi movimiento despertó a la persona que estaba a mi lado, y oí una voz ronca, de viejo, protestando a gritos por el olor. Cuando se incorporó parecía incluso mayor que su voz; tenía las mejillas y los labios hundidos y barba de varios días, el pelo canoso y muy sucio y vestía un trapo informe, lleno de desgarros.

Siguió gritándome hasta que otra voz le hizo callar con una maldición. «¡Como no cierres esa boca, te arranco la lengua de un mordisco!», escuché, y el viejo se disculpó echándome la culpa de sus gritos. «Es esta idiota, que...» Las otras figuras se iban despertando y se incorporaban poco a poco. Conté seis, todos hombres, amarrados a la misma cuerda, muy interesados todos en aquella figura que había aparecido de forma misteriosa en la bodega.

Testigo mudo de mi llegada, el viejo contó que aquella noche había aparecido envuelta como un fardo y todos se burlaron con palabras que no entendí bien y el viejo soltó una carcajada que dejó ver unas encías enrojecidas, sin un solo diente.

Pensé que había muerto, que estaba camino del Hades, que aquella nave pestilente era la barca de Caronte con su mercancía de difuntos. Sentí la cabeza vacía y el cuerpo entumecido, como si no me perteneciera, como si de verdad estuviera muerta.

Lo último que recordaba era mi dormitorio alumbrado por una lucerna y que al entrar en él, cansada y triste, había pensado que a partir de aquel día sería solo mío. Y entonces, un movimiento, una mano que me había tapado la cara y el olor a ajo y el miedo. Nada más.

«Un bocado muy tierno para esa boca sin dientes», dijo alguien, y aquellos hombres, sucios y malolientes como carroña, me miraron como se mira un plato de cordero tras muchos días de vigilia. El viejo se acercó, me sobó todo el cuerpo con unas manos huesudas y ásperas, rápido/como una culebra.

—No tiene ni tetas.

—Así me gustan a mí —rio otra voz en la penumbra—. Lisas como un efebo.

Todos corearon aquella risa y se revolvieron como una masa de gusanos, hasta que se abrió la trampilla y la luz del sol entró como una espada en la bodega, perfilando una silueta enorme que hizo callar a los hombres bajo amenazas de arrancarles la piel a tiras con el látigo. «No es para vosotros», gritó. El hombre que había hablado bajó la escalera con andares pesados y se acercó a mí. Era gordo y resoplaba como las fumarolas del volcán. Dejó un cubo lleno de agua junto al viejo y unas cuantas tortas de mazé, me desató y me sacó a empujones de la bodega.

Cuando pude abrir los ojos cegados por tanta claridad, el mar y el cielo se confundían en un azul intenso y, aunque miré alrededor, no pude distinguir nada que se pareciera a tierra firme. No era un barco muy grande, era uno de tantos buques de mercancías que se podían ver en el puerto de Ákragas, un pequeño velero de un solo palo, que en aquel momento llevaba extendida una gran vela cuadrada, hinchada por el viento. En la cubierta había cuatro hombres con taparrabos sucios, ocupados en labores de marinería, que siguieron con sus tareas sin prestarme ninguna atención. Me quedé junto a la puerta, envuelta en mi olor a vómito y respirando el aire a bocanadas, temblando de miedo, sin capacidad para pensar, para intentar entender qué había pasado, pero enseguida el hombre gordo, que vestía un extraño atuendo de cuero que dejaba al descubierto la mayor parte de su enorme barriga, volvió a tirar de mí, me hizo sentar sobre un amasijo de cuerdas grasientas y sacó un cuchillo roñoso del cinturón.

Grité y me tapé la cara con las manos. Pensé que había llegado mi hora. Sollocé, encogida, intentando alejarme del filo de aquella daga. El hombre me agarró un mechón de pelo e intentó enderezarme.

—Buena mata... —murmuró.

—Por favor —atiné a decir cuando comprendí su propósito—. Por favor, no me cortes el pelo.

Lloré y grité y me retorcí tanto que logré que aquel hombre no consiguiera su

propósito, hasta que alguien me rodeó el cuello con un brazo por detrás y apretó dejándome casi sin conocimiento, mientras me gritaba al oído que me estuviera quieta. Las fuerzas me abandonaron. No podía luchar contra aquellos desconocidos, estaba a su merced e invoqué a la diosa para que me ayudara en aquel trance mientras el hombre gordo me agarraba otra vez por el pelo y levantaba el cuchillo. «Mal color —masculló mientras empezaba a cortar—, tendré suerte si me lo compra alguna puta de gustos raros». Cuando acabó, el gordo guardó mi pelo en una bolsa y el hombre que me había sujetado por detrás me obligó a darme la vuelta. Vestía una túnica sujeta por un cinturón de cuero, llena de manchas y con un fuerte olor a sudor. Sus ojos, hundidos en las órbitas, despedían un brillo maligno, como dos ascuas de la misma fragua de Efesto. Era bajo y muy delgado, de piel oscura y llevaba el pelo largo, sujeto con una cinta en la frente. Fenicio.

—¿Dónde...?

La cara me estalló de repente y el hombre siguió hablando, impasible, mientras yo me tragaba el escozor de la bofetada.

—A partir de ahora solo harás lo que te diga sin decir ni una palabra.

Aguanté como pude las lágrimas mientras aquel hombre hablaba. Iba a ser una travesía muy larga, me dijo, y tendría que mantenerme callada. No podía lamentarme por mi suerte, ni pedir favores que nadie me iba a conceder. Cuando llegáramos a nuestro destino, continuó, tendríamos una última charla. No dije una palabra.

—Pareces lista. A lo mejor sigues viva cuando lleguemos a Atenas.

Lloraba por las noches, arropada por los ronquidos de los esclavos, pero durante el día aguantaba; no quería que aquel hombre cuyos ojos me seguían como los de un animal rabioso me viera llorar. Me preguntaba qué había pasado. Intentaba buscar una explicación y repasaba hasta la locura los acontecimientos que podrían haberme llevado hasta aquel barco de esclavos.

Me agarraba a los buenos recuerdos para soportar el presente y pensaba en la última clase de mi padre. «Pensad que Helena es mi hija, y por tanto, la hija de un dios». La hija de un dios.

Me habías dejado sola, padre, y yo no podía entender, atrapada en aquel barco, que un dios como tú careciera del poder para salvarme.

Mi cuerpo olía a salmuera. Un olor siempre presente, como el mar, como el miedo, como los delfines. Me trataban bien, salvo aquel primer día. Incluso dejaban que permaneciera en cubierta, pero por las noches tenía que volver a la bodega, donde al menos estaba caliente; unas noches largas y cuajadas de gruñidos, movimientos y olores extraños. No estaba unida al grupo de esclavos; me había confeccionado un pequeño camastro con sacos lo más lejos posible de donde ellos estaban atados. Pero escuchaba sus historias, historias terribles que hablaban de crueldad, dolor y miseria, de un mundo al que yo ahora pertenecía y que me iba envolviendo como una niebla espesa. Nombraban lugares sin esperanza donde los hombres disputaban a las bestias su condición; escenarios de muerte de los que se

sentían orgullosos de haber escapado. Competían por la vida más injusta, por la más desgraciada.

Hablaban de las minas de plata de Laurion, las minas que habían magnificado el poder de Atenas, las minas donde morían centenares de hombres de agotamiento, de hambre y de sed.

—La comida era una bazofia que no querría ni un espartano —decía uno de pelos encrespados, apenas algo mayor que yo, de grandes dientes muy blancos—. Teníamos que cagar delante de los capataces y luego revolver la mierda para que vieran que no nos habíamos tragado ninguna pepita. Yo era todavía un niño y aguantaba, pero he visto a hombres como trirremes caer desplomados por el calor.

Hablaban también de la batalla de Salamina, donde los hombres se bebieron sus propios orines para sobrevivir.

—Todavía me acuerdo de aquel sol. Las moscas acudían a las heridas abiertas como a un tarro de miel y nos arrancábamos las uñas de tanto rascarnos. Pero conseguimos echar a los jodidos persas. Aún deben de estar corriendo.

Aquel viejo sin dientes había sido soldado, el orgullo de la Hélade, y, sin embargo, ahora era un esclavo a causa de unas deudas imposibles de pagar.

—Una cosecha mala y la dote de mi hija. La muy puta ni siquiera salió a despedirme cuando me llevaron atado ante el juez.

Esa era la realidad. No la fiesta de esponsales de mi hermana. No los comentarios de las amigas de mi madre sobre el color de mi pelo, ni las bromas de Laida, probando sus armas de adulta, y hablando de sus planes para escapar de un destino de matrona rica.

Todo aquello estaba tan lejano ya como los cánticos de himeneo, las danzas y la imagen de mi hermana, entrando con su esposo en el tálamo nupcial.

Me preguntaba qué nuevo mundo era aquel, quiénes aquellas personas que hablaban de terrores desconocidos, de maldad y sufrimiento, compañeros ahora de mi destino. Salvo cuando hacíamos escala para conseguir vituallas, y me mantenían atada junto a los demás, nadie parecía acordarse de mí. Y yo, la mayor parte del tiempo, me quedaba contemplando la costa que se recortaba en la lejanía, aferrada a la madera húmeda del pasamanos, como si quisiera asirme a una realidad que cada vez era más difusa, mientras recordaba mi vida pasada como si la hubiera perdido para siempre, porque algo me decía que así era, que Ákragas, mi familia, mis amigas y mi mundo habían quedado atrás, que nunca volvería a recuperarlos.

Contemplaba absorta el negro brillante del mar y el destello de plata de los delfines y trataba de atravesar la superficie para descubrir a los hijos de Poseidón, los monstruos que se esconden de la luz del sol en las profundidades. Apretaba los ojos; esperaba que al abrirlos aquellas terribles criaturas hubieran escapado de su prisión y, con el barco entre sus tentáculos, nos transportaran sobre las olas hasta el puerto de Ákragas. Buscaba en el horizonte a las sirenas que tentaron a Odiseo; rezaba a los dioses para que arrastraran con su influjo a aquellos hombres que me alejaban de mi

hogar. Prefería morir estrellada contra las rocas que seguir aquel viaje que parecía no tener fin.

Solo una cosa vino a romper la rutina asfixiante de aquellos días. Una noche empezó a dolerme el vientre y las piernas con unos calambres que iban y venían y no me dejaban dormir. Así pasé la noche, encogida en un rincón, intentando calentarme con una manta agujereada. Por la mañana, el dolor se había suavizado un poco, y quise salir al exterior para respirar aire fresco. Entonces, al moverme, algo me detuvo, un líquido que salía de mi cuerpo sin mi voluntad y que empezó a resbalar por las piernas, un hilo denso de sangre oscura, casi marrón. Me asusté, quise gritar y pedir ayuda, pero entonces recordé. Recordé a mi hermana y sus secretos, recordé las charlas con mi madre y lloré por última vez por la ceremonia que nunca tendría, por las bromas de mis amigas, que ya no podría escuchar, por mi miserable destino. Cogí el trapo más limpio que encontré y, escondida de las miradas de los demás esclavos, intenté limpiar aquel reguero de sangre que me marcaba como a un novillo para el sacrificio. Doblé el trapo, me lo puse entre las piernas y me senté en un rincón, apretando con fuerza. Así, encogida y queriendo desaparecer, me fui quedando dormida.

Capítulo III

Lloré tanto durante tantos días que mientras entrábamos en el puerto decidí que había acabado ya el tiempo de los llantos. Consideré la travesía como un período de duelo por mi vida anterior y me dispuse a enfrentarme a una vida nueva. Sin haberlo visto nunca, reconocí El Pireo, un lugar tan grandioso como la ciudad que protegía, el centro del mundo donde había soñado acudir con mis padres para las primeras Panateneas en las que celebrar mi madurez. Ahora, mis sueños se convertían en una realidad *desconocida*... La ciudad sería mi cárcel y yo no desfilaría orgullosa por ella portando ramos de mirto.

Entramos lentamente por la estrecha bocana que se abría en un círculo casi perfecto. El Pireo era un lugar abrumador, por su tamaño y por el número de naves fondeadas en él. Después de tantos días en el mar, el bullicio que atronaba el puerto me aturdió más que aliviarme. Nunca había contemplado hasta entonces un puerto desde el mar. Siempre había formado parte del gentío, acompañando a veces a mi padre y otras muchas a mi madre, mientras esperábamos impacientes la llegada del barco de Síbaris. Ahora era yo quien llegaba y lo hacía convertida en una mercancía más, en uno más de las filas interminables de esclavos semidesnudos y sudorosos que salían y entraban de los barcos cargando sobre los hombros fardos, ánforas, sacos y cofres que les hacían doblar el espinazo en una reverencia eterna.

Completaban la flota cuatro impresionantes trirremes que en aquellos momentos iniciaban las maniobras para salir del puerto. Guiados por el cuerno de los cómitres, los remos se hundieron con majestad en el agua, mientras nuestro pequeño barco pasaba desapercibido entre los navíos que partían hacia tierras lejanas llevando a los guerreros atenienses, aclamados por una multitud vociferante.

Chillidos de gaviotas aderezaban el griterío del puerto y el olor a pescado y aceite y el acre hedor de la muchedumbre me devolvió a mi casa. Sentí vacía la mano que hubiera sujetado mi padre para evitar mi pérdida y respiré mi propio olor, un olor que me hubiera hecho encoger la nariz y mirar hacia otro lado muy poco tiempo atrás. El hombre de los ojos como ascuas se me acercó mientras yo contemplaba todo aquello con la mirada llena de movimiento tras los monótonos y dolorosos días en el barco.

Me parecía haber estado frente a aquellos ojos toda la vida. Me había estado vigilando, siempre en silencio, durante la travesía. Se sentaba en la proa a afilar un cuchillo o a dar órdenes a los marineros, y yo, al otro lado del barco, notaba su mirada pegajosa de reptil resbalando por mi cuerpo. Y por las noches, cuando intentaba dormir encogida en mi rincón, le oía bajar la escalera y acercarse a mí, despacio, sin hacer ruido, y escuchaba su respiración como olfateándome y sentía su aliento ácido cuando se agachaba hasta casi rozarme. Nunca me tocó.

Hasta aquella mañana en el puerto, cuando me puso las manos sobre los hombros, y no pude evitar un escalofrío de asco y miedo.

—Estás sola en un lugar extraño —me dijo al oído—. Vas a ser vendida y vivirás seguramente en una casa importante. Pero escúchame bien. Eso no significa que te libres de mí. Nunca dejaré de vigilarte. Siempre sabré dónde estás y lo que haces y si alguna vez se te ocurre contar a alguien quién eres, tu madre y tu hermana pagarán por ello.

Deslizó las manos por los brazos, me apretó contra él, me olisqueó: «Ya hueles a hembra». Me dio la vuelta, me miró de arriba abajo, como si fuera la primera vez que me veía. Las manos se movieron por mis brazos en una especie de caricia que parecía la envoltura de una mortaja y se quedó así mucho tiempo, contemplándome con aquellos ojos abismales.

El jergón de paja se bamboleaba como si aún siguiéramos en el barco. Eso y la inquietud por mi futuro me impidieron dormir en toda la noche. Y por la mañana, una mañana mucho más brillante que mi ánimo, cuando aquel hombre entró en el almacén de grano donde habíamos dormido, temblé sabiendo que aquel día iba a marcar el resto de mi vida. Todas mis esperanzas y deseos, mis protestas y recelos como hija de un hombre importante se habían esfumado como las ofrendas en el altar de la diosa. Y aquel día, décimo de la primera década de memacterión, mi futuro estaba en manos del ciudadano, aún desconocido, que tuviera a bien comprarme. No era ya tiempo de llantos, no, era tiempo de lucha y yo siempre había sido una buena luchadora, o eso creí con la simplicidad de la ignorancia.

Llegamos a la sala de subastas, un gran almacén junto al puerto, unidos por una cordada, y nos dejaron en un rincón, dentro de una especie de corral, donde nos pudieran valorar los compradores. A mí me soltaron de mis compañeros de viaje y me colocaron junto a unas mujeres de carnes magras y oscuras, de pelos ralos y dientes escasos. Había poca gente, solo unos cuantos hombres de aspecto menesteroso, metecos o libertos encargados, supuse, por sus clientes, de comprar los esclavos en el puerto. También había dos damas. Una de ellas, a la que los hombres soltaban chanzas que ella replicaba con risas o desplantes, vestida con lujo, de extraño pelo rubio y mejillas excesivamente pintadas, iba acompañada por dos esclavos apenas cubiertos por taparrabos. Supe lo que era. Mi hermana me había señalado a una de ellas en el mercado. Desvié la vista esperando que no se fijara en mí.

Completamente distinta, la otra mujer era casi una anciana de aspecto respetable y no muy rica, por su clámide limpia pero sin adornos y el aire de serenidad que transmitía en aquel lugar lleno de miseria. Llevaba la cabeza cubierta con el borde de la túnica y miraba con atención el grupo de esclavas que estábamos a la venta. «Deméter —recé—, haz que me compre la anciana, por favor. Todos mis sacrificios serán para ti, diosa entre las diosas. Haz que me compre la anciana». Los clientes examinaban a los esclavos, preguntaban la edad, comprobaban la fuerza de los músculos de los hombres y la anchura de las caderas de las mujeres. Uno de los

metecos me miró con una sonrisa y susurró a mi secuestrador algunas palabras que no entendí, pero la señora se adelantó y me hizo mostrarle los dientes.

—Pareces sana —dijo—, pero tu pelo es de un extraño color. ¿De dónde eres?

—De... Síbaris, mi ama.

Ama. Aquella palabra había salido de mis labios sin que me diera cuenta.

—Dicen que su pelo trae mala suerte, señora. —Mi carcelero se inclinaba como un comerciante de perfumes y sonreía con una voz meliflua que nunca le había escuchado durante la travesía.

La mujer rio.

—¿No eres tú su dueño?

—Lo soy, señora, pero también soy un hombre honrado.

La mujer no pareció hacerle caso y me cogió una mano mirándola con atención. Una mano sucia, de uñas negras y roídas que me había acostumbrado a morder durante las noches en vela del barco. Una mano que ya no reconocí como mía.

—Tienes una piel muy delicada. ¿Cuál es tu oficio?

Enmudecí. Solo era capaz de mirar a aquella mujer que era toda mi esperanza y rezar. «Haz que me compre, haz que me compre». En aquel momento, el hombre de los dientes negros preguntó mi precio y mi vendedor pidió una cantidad que al meteco le pareció exorbitante.

—¿Es dócil?

El fenicio se quejó de mi mal carácter y mis pocas aptitudes.

Mi posible comprador me palpó los muslos y el vientre y me metió los dedos en la boca sin hacer caso de mis arcadas.

—La quiero utilizar para la cría. Cuando se desarrolle un poco tendrá buenas caderas.

Inició una puja con la matrona que también parecía dispuesta a comprarme. Cuando mis temores me hacían presagiar la victoria del meteco, la anciana, contrariada al parecer por la insistencia del hombre, le dijo algo al oído que le hizo inclinarse ante la dama y alejarse, dispuesto a buscar otra esclava más fácil de conseguir.

—No quiero engañarte, señora —dijo entonces el fenicio—. Es una muchacha torpe y de carácter difícil. Nunca debí traerla al mercado.

Miré a la mujer con desesperación, pero esta, sin hacer caso de las palabras de mi secuestrador, insistió hasta que amenazó con llamar a los soldados que hacían guardar el orden en el mercado si mi dueño no aceptaba cobrar el precio que había pedido. Finalmente mi carcelero claudicó con una sonrisa que era como una cuchillada y fui comprada por dos minas. Solté el aire que había estado reteniendo durante la puja y mientras me conducían al carro que esperaba fuera del almacén, di gracias a todos los dioses por haber sorteado aquel peligro.

El esclavo joven me deseó suerte desde lejos. Le habían cortado el pelo y mostraba un rostro mucho más amable de lo que yo hubiera supuesto. «Quizá nos

volvamos a encontrar, piensa en mí», dijo enseñando sus dientes blancos, grandes y afilados.

Al subir al carro, mi secuestrador me estrujó los hombros, «no te has librado de mí», dijo, y volvió a repetirme entre susurros la amenaza que forzaría mi silencio.

—No hablaré, señor, lo juro. —Quería que desapareciera por fin de mi vida para siempre, pero se alejó con una frase que recordaría cada noche.

—Vigilaré para que cumplas tu promesa.

Y así, yo, Helena de Ákragas, hice por fin mi entrada en Atenas subida en un carro de bueyes, convertida en un ser invisible, en uno de los esclavos que invadían sus calles, sin futuro, sin deseos, casi sin nombre. Atenas. Atenas la eterna, Atenas la blanca, la magnífica polis centro del mundo donde acudían los mejores artistas, filósofos y atletas, la ciudad donde los dioses tenían sus mejores moradas y sus templos más grandiosos, me recibía con indiferencia y soberbia, segura de su poder.

Descubrí, sin embargo, la crueldad de Atenas antes que su gloria. A la salida del Pireo se elevaban varios postes cubiertos de sangre seca. Cinco de ellos estaban ocupados por hombres desnudos atados de manos y pies al poste y sujetos con una especie de collar que les rodeaba la mandíbula. Los que debían de ser sus familiares les contemplaban entre gemidos desde la distancia a la que les obligaban los soldados que custodiaban a los reos. El carro pasó junto a ellos, tan cerca que pude ver la saliva seca que rodeaba sus bocas famélicas y los ojos hundidos y brillantes de fiebre que suplicaban una muerte rápida. Justicia de Atenas. Eficaz, dolorosa, expeditiva.

Así había comenzado un largo trayecto, demasiado corto para mis miedos, en el que nos cruzamos con ciudadanos orgullosos a caballo, soldados polvorientos y campesinos y pescadores que acudían a la ciudad con productos para vender en el mercado. El camino estaba flanqueado por unos asombrosos muros de piedra que se perdían en el horizonte, enmarcando aquel mundo nuevo e implacable. Durante el camino pensé en lo que diría cuando me preguntaran sobre mi vida. Podría ser una prisionera de guerra, pero aquello despertaba muchas incógnitas que no me sentía capaz de resolver. O una huérfana recogida, o una esclava cuyos amos hubieran muerto. Nunca la verdad, eso bien lo sabía. La verdad me estaba vedada por la amenaza del fenicio, una amenaza presente y densa, que en aquellos momentos no podía imaginar hasta dónde me conduciría.

Entramos traqueteando por la puerta oeste, y yo me puse de rodillas, intentando mantenerme erguida para ver la ciudad que se alzaba ante mí como una promesa incierta. Nos adentramos en las calles estrechas y llenas de viandantes vocingleros que aprovechaban el frescor de la tarde para acudir al mercado o al ágora. Mi ama iba delante, con el boyero, y yo tenía que compartir el espacio con las otras compras que había hecho en el puerto. Me apoyé en los fardos para mantener el equilibrio, con las manos manchadas por el aceite que rezumaba una de las ánforas, ansiosa por contemplar la ciudad que siempre había ocupado mis sueños.

Era tan parecida a mi ciudad y a la vez tan distinta. Las miradas en Ákragas se

dirigían hacia abajo, hacia el mar inmenso, intenso, que lo invadía todo. En Atenas, sin embargo, la mirada se elevaba hacia la magnífica Acrópolis, donde los ojos se topaban con el templo más grande y más bello que había visto. Sabía qué era, la maravilla cuya fama llevaba tiempo ocupando las conversaciones de los ciudadanos de la Hélade. Recién construido, el templo se elevaba en la cúspide de la colina como un faro deslumbrante, y me alivió el corazón con su belleza y sus columnas esbeltas y blancas aún, casi doradas por la caída de la tarde, como rayos de sol atravesando el monte que se elevaba a sus espaldas.

Había niños jugando entre las patas de los bueyes y los mulos con espadas de madera y cascos hechos con trapos sucios y uno de ellos, al verme, me tiró una pella de barro que me acertó en medio de la túnica no demasiado nueva, pero limpia, que me había dado el ama. Todos rieron, y yo levanté la cabeza aguantando la rabia e intentando serenar mi espíritu con la contemplación del templo. «Virgen y diosa del saber, Atenea, mi diosa», recé sin pedir nada, mientras el dolor que llevaba aguantando todo el camino decidía salir de su encierro.

Cuando aparté la vista de las alturas entrábamos ya en el ágora, abarrotada a aquellas horas de ciudadanos que discutían y gesticulaban como actores de tragedia. Nadie me miraba y yo lo miraba todo, queriendo olvidar lo que me esperaba al final del camino.

Era la hora del atardecer, cuando las esclavas y las mujeres libres y pobres salen a hacer sus compras en los puestos callejeros o esperan su turno junto a las fuentes en una charla eterna. Las sacudidas del carro se habían suavizado al entrar en la ciudad, y yo podía mantenerme erguida para verlo todo. Los pequeños templos de las esquinas con sus ofrendas marchitas; las estatuas de los dioses y los héroes marcadas por la lluvia y los estorninos, los esclavos de túnicas y cabellos cortos, alguna dama seguida por sus sirvientes, que cargaban las compras y levantaban los peplos de sus amas para evitar la suciedad del suelo.

El barro de las últimas lluvias se mezclaba con paja sucia, desperdicios y excrementos de animales en la zona del mercado y todo ello formaba un líquido pestilente que saltaba dentro del carro y que había terminado con la limpieza de mi túnica y la poca dignidad que me quedaba.

Las calles eran muy estrechas y estaban ocupadas casi por completo por puestos de tablas cubiertos con cañizo, mucho más numerosos que los de mi ciudad. Pasamos por las tiendas de los libreros que mostraban con elegancia sus rollos de papiro; por las de los alfareros, donde las mujeres discutían a gritos el precio de los cántaros; los peluqueros arreglaban la barba de sus clientes mientras charlaban con todo aquel que se acercara por su puesto y en la zona de las viandas, el olor del vino, la miel o el aceite se mezclaba con el del pescado que ya empezaba a apestar, y con los perfumes y las flores de las guirnaldas de mirto. Y sobre todo olía a estiércol, al agua estancada de los charcos y a la comida podrida que rodeaba los puestos.

Pero era Atenas y la suciedad de las calles y las manchas de mi túnica quedaban

ocultas por la belleza de los templos que se asomaban a la ciudad desde las laderas de la Acrópolis y por las estatuas que adornaban las fachadas de los edificios públicos. Zeus, Afrodita, Apolo, Hermes, Deméter, Atenea, todos estaban allí y a todos invoqué para que me ayudaran en el viaje que acababa de iniciar.

Cruzamos un barrio abarrotado de talleres donde los artesanos pulían, cincelaban y tallaban, donde los gritos de los aguadores se confundían con los golpes de los martillos, el polvo del mármol, que entraba por la garganta y hacía toser, y el fulgor de las fraguas.

Me atreví a preguntar a mi ama dónde viviría y entonces descubrí que la matrona no era mi dueña. Me había comprado para su señora, Aspasia de Mileto, una mujer muy importante de la que, dijo, yo no había oído hablar.

Aquella mujer estaba equivocada, pero callé. Para mi asombro, sí conocía a mi dueña, mi padre la nombraba con admiración y Laida me había contado la asombrosa historia de amor entre ella y Péneles, el hombre que dirigía los destinos de Atenas. También sabía que tutelaba una escuela para muchachas a las que enseñaba como había hecho mi padre conmigo. «Los dioses juegan con nosotros como niños traviesos», pensé, y la angustia que sentía desde hacía tanto tiempo pareció aliviarse un poco.

Suspiré hondo. Tenía trece años, estaba en el centro del mundo y creí que no sería posible ser infeliz en un lugar tan noble. Aunque como sirvienta, iba a residir en la morada de Aspasia, iba a escuchar sus enseñanzas, a conocer a los poetas y los filósofos más prestigiosos de Atenas que visitarían su casa. Si había un buen lugar en el mundo para ser esclava, puede que ese fuera el mejor.

Había perdido la libertad de ciudadana, pero qué clase de libertad era la de mi madre, recluida en el gineceo, o la de mi hermana, casada con un hombre rico y viejo, que ya había enterrado a una mujer muerta de tristeza. La libertad, como el destino, se oculta tras múltiples máscaras y yo estaba a punto de colocarme una de las más extrañas.

Llegamos, ya oscurecido, a la casa de Pericles, situada sobre una de las colinas de Atenas. Era una villa de fachada extensa, iluminada por un gran número de antorchas. Al entrar en el patio, de suelos de mosaico y circundado de columnas, con estatuas de Afrodita y Atenea en cada vértice, pude vislumbrar a medias el andrón, donde parecía celebrarse una fiesta muy animada. Se escuchó la carcajada de una mujer y a varios hombres que la corearon y el sonido de la lira y los tambores interpretando una melodía alegre que me devolvió a los esponsales de mi hermana.

Mi hermana, de la que no pude despedirme cuando me miró desde lejos, entre el gentío que abarrotaba el patio de su esposo. Y recordé sus ojos de mirada brillante y su sonrisa inquieta, como si ya no estuviera segura de la elección de nuestra madre, como si temiera a aquel hombre rico y borracho, a ese desconocido que apenas conseguía enderezarse para atravesar con su esposa en brazos el umbral donde desaparecería de mi vida.

La voz huraña de una mujer desconocida me sacó de mis recuerdos y me hizo seguirla a través de la casa hasta las habitaciones de los esclavos, donde me dejó sin una palabra.

Me senté en uno de los camastros. Era una estancia oscura que olía a sudor y a humedad, con un pequeño ventanuco que no dejaba pasar ni una gota de aire fresco. Era la primera vez que estaba sola desde mi secuestro y, por un instante, el pulso se me aceleró al pensar que aquel hueco podría estar abierto al exterior. Me acerqué a él y miré fuera hasta que comprendí que solo era un respiradero que se abría a un patio interior apenas iluminado. Pero aquel instante de expectación me hizo sentir de nuevo la angustia que creía superada, y lloré de nuevo con rabia, con un llanto que se fue convirtiendo en sollozos. Ya no sentía pena por mí misma. Estaba furiosa, golpeé la paja endurecida del camastro, grité y pateé las paredes, la puerta. Nadie acudió a mis gritos y seguí sola, llorando y maldiciendo, hasta que me dejé caer en un rincón del dormitorio.

Fue entonces cuando se abrió la puerta y entraron varias esclavas que me lanzaron una mirada indiferente, apagaron la lucerna de la entrada y se tumbaron en sus jergones. Muy pronto, la habitación se llenó de ronquidos y algún que otro lamento. Los camastros crujían con los movimientos de sus ocupantes mientras yo seguía en mi rincón, sin fuerzas para moverme. Una sombra pequeña se agachó junto a mí.

—Tendrás que compartir la cama conmigo —dijo una voz muy joven—. Esto no es tan malo. Te acostumbrarás.

Tiró de mí hasta que me levanté, y me condujo hasta uno de los camastros, donde me obligó a tumbarme. Yo estaba tan cansada que no protesté, ni siquiera hablé y, a mi pesar, pronto me quedé dormida junto a aquella sombra anónima.

Cuando me despertaron estaba amaneciendo. Me lavé la cara en una jofaina de agua amarronada y acudí con recelo al patio, apenas iluminado por las primeras claridades del día, junto a las esclavas que habían sido mis compañeras aquella noche.

Nos reunimos a la intemperie bajo la mirada de la vigilante, la misma mujer que me recibió la noche anterior, una mujer malencarada que mantenía a gritos la disciplina y que se encargó de repartir las tareas del día entre las ocho mujeres calladas que esperábamos sus órdenes. Mi compañera de la noche parecía un poco menor que yo, tenía el pelo rizado y alborotado y unos inmensos ojos negros. Se llamaba Temis y al presentarse me había dicho con orgullo que ella era quien ayudaba al ama a bañarse.

Ahora estaba junto a mí, callada como todas, pero cuando la miré me lanzó un guiño de ánimo. Aunque ya era casi primavera, hacía mucho frío a aquella hora de la mañana y no podía dejar de tiritar bajo la liviana tela de saco de mi túnica. Mientras intentaba calentarme abrazándome a mí misma, la vigilante me miró con una risa ennegrecida.

—Tenemos una dama muy delicada —dijo, y las demás rieron con malicia.

—Hace mucho frío —tirité.

—Vas a trabajar en la cocina. Allí entrarás en calor enseguida.

—No sé cocinar —repliqué.

La mujer se inclinó hacia mí y me enseñó unos dientes de piedra pómez que exhalaban un aliento tan pestilente como los vapores del volcán.

—No sé cocinar, tengo frío... —se burló con voz plañidera—. Así que la pataleta de ayer no se ha acabado. Muy bien. Tengo el lugar perfecto para que te calientes sin tener que cocinar.

Juré por las dos diosas que nunca más abriría la boca delante de aquella horrorosa mujer. Y lo hice al atravesar el portón de una cuadra repugnante, donde los bueyes dejaban caer sus excrementos sin ninguna piedad por quien tendría que recogerlos después. Lena, mi nombre de esclava, una versión empobrecida del mío, como yo misma lo era, Lena, pues, la estúpida esclava que no sabía callar, llevaría a cabo tan importante labor. Apilar el estiércol de los animales de tiro, cargarlo después en una carreta y correr a vomitar tras el lugar donde se apilaba la paja.

Ese fue mi trabajo diario, más barrer y baldear el suelo de la cuadra y limpiar la habitación y servirle la comida a Festo, el boyero que ya conocía de mi viaje desde el Pireo y que, por una razón que era incapaz de adivinar, prefería vivir junto a sus bueyes y no en las dependencias de los esclavos, donde, al menos, se podía respirar. Los bueyes eran sus amigos, decía, su padre también había sido boyero y él había nacido en una cuadra parecida a aquella.

Yo no podía soportar el olor a estiércol que subía del suelo de la cuadra *como* un vaho del infierno. En poco tiempo aquel olor me parecería puro néctar enviado por Dionisos, reía Festo, y yo respondía a su burla con nuevas arcadas que fueron remitiendo al mismo ritmo que mi rebeldía, sin que apenas me diera cuenta de ello. Protestaba, maldecía mi suerte, pero lo hacía cuando nadie pudiera oírme, pues había aprendido la lección. Solo los bueyes escuchaban mis desahogos y recibían también algún que otro golpe con los que descargaba mi impotencia.

Festo era un hombre mayor, casi un anciano, pero con una fuerza que parecía habérsele contagiado de sus animales. Era capaz de levantar el yugo de las bestias sin ayuda y arrastrar el carro lleno de estiércol, lo que le había dado una fama merecida. Hombre callado, solo hablaba con sus bueyes, y conmigo se portaba como si yo fuera uno de los perrillos que aparecían de vez en cuando en la cuadra para robar un poco de comida o alguna palmadita descuidada.

Pasaba en la cuadra la mayor parte del tiempo, desde que me levantaba hasta que, al ponerse el sol, el boyero me acompañaba a la villa, donde le daban algo de comer para volver a la cuadra, encerrar a sus queridos bueyes y meterse a dormir en su cuartucho.

Lo único que ofrecía algo de luz a aquella vida pestilente era Temis, la esclava con quien compartía cama. Tras mi primera jornada de trabajo, había llegado al dormitorio cansada como nunca creí que fuera posible estarlo, con las manos

cubiertas de ampollas de manejar la pala, y el cuerpo y el pelo infestados de pulgas. Todas se apartaron de mí con asco, pero Temis me lavó las ampollas, las cubrió con un ungüento y me envolvió las manos con unos paños limpios.

También me advirtió del peligro de las pulgas y de lo fácil que era librarse de ellas si me pelaba la cabeza. Sabía de lo que hablaba. Allá en su casa había ayudado a cuidar la cuadra de su padraastro, demasiado pobre para tener siquiera un esclavo.

—Las pulgas me saltaban por la cara como bailarinas y me pelaron la cabeza. Así es más fácil sacarlas de encima. Tendrás que hacer lo mismo.

La miré con asombro. Parecía que mi destino y mi cabello estaban ligados en una absurda relación. Cuanto más corto era mi pelo, más siniestro mi futuro.

Por las noches, Temis parloteaba sin descanso y, al principio, yo la escuchaba en silencio, empeñada en mantenerme al margen de aquel mundo que seguía sin considerar mío, sintiendo aún que aquello solo era una pesadilla de la que pronto me reiría junto a mi amiga Laida. Contestaba a sus preguntas con un «sí» o un «no» o un encogimiento de hombros que a ella parecían bastarle. Me hablaba de su vida anterior y de su casa, en Tesalia. Porque Temis no había nacido esclava. Su abuela había sido una hechicera con mucho poder, me había contado con voz cavernosa, pero cuando la abuela murió, su padraastro ofreció a Temis como pago de una deuda. Su madre no había podido hacer nada, solo su abuela era capaz de enfrentarse a su supersticioso padraastro que la temía por su fama de bruja, y cuando murió, no tardó mucho en vender a Temis al primero que quiso comprarla. Me indigné por aquella infamia, pero a ella no parecía importarle.

—En mi aldea hubiera terminado casada con algún campesino bruto y habría muerto de parto antes de cumplir los veinte años. Había jurado no casarme nunca, y siendo esclava no tengo que preocuparme por eso.

Durante aquellas confidencias, y recordando siempre las amenazas del fenicio, yo iba imaginando un pasado que ocultara mi verdadero origen. Y, poco a poco, comencé también a hablar y a contar mi historia inventada. Mi supuesto nacimiento como esclava en casa de un arconte de Síbaris; la muerte de mi madre cuando yo era muy pequeña y la venta de todos los esclavos por los herederos de mi amo a la muerte de este; mi viaje en el barco fenicio y la venta en el almacén del Pireo.

—Ahora entiendo lo refinada que eres —había replicado Temis—. Dicen que en Síbaris las calles están empedradas de oro y de las fuentes mana leche y miel.

—Síbaris no es muy distinta de Atenas, Temis. También los esclavos tienen pulgas y hay suciedad y estiércol de buey por todas partes.

Capítulo IV

Un año llevaba ya fuera de casa sin que mi situación hubiera cambiado. Lo único nuevo era yo misma. La desesperación del principio, los arrebatos de rabia que desahogaba en soledad, la esperanza que a mi pesar mantenía en un rescate inesperado fueron dando paso a una indiferencia aturdida. Los días eran todos iguales, el tiempo parecía estancado en una charca putrefacta. No pensaba en el futuro, cumplía con mis obligaciones con la misma apatía que mostraban los bueyes que cuidaba. Tenía los músculos endurecidos, las manos me habían cicatrizado y encallecido por el uso diario de la pala, y las pulgas y yo nos habíamos acostumbrado a nuestra mutua presencia.

Me vienen a la memoria imágenes de aquel primer año, escenas inacabadas, como un sueño del que solo recuerdo momentos aislados, frases e imágenes difíciles de relacionar.

Así, recuerdo a Cenía, la vigilante, sus bofetadas y sus gritos, sus castigos sin comer por no terminar a tiempo mis tareas en la cuadra y a Temis dándome a escondidas un trozo de mazé hurtado de su propio condumio. El recuerdo feliz de la única ocasión en que se me permite salir a la calle, durante las Panateneas, cuando la ciudad se convierte en una fiesta y las doncellas de las mejores familias de la ciudad acuden en procesión al templo de Atenea para entregar a la virgen el manto tejido y bordado con sus propias manos. Pienso, entonces, que aquel año, en Ákragas, yo hubiera formado parte del desfile de canéforas que entraban así en el mundo adulto. Aquí, sin embargo, Temis y yo somos empujadas y zarandeadas por la multitud y apenas podemos contemplar la solemnidad de la procesión, ni escuchar la armonía de los cánticos tras el nuevo manto de la diosa ondeando como un estandarte; pero reímos y comemos dulces y disfrutamos de las calles engalanadas y de la elegancia de los ciudadanos, ataviados para la gran ocasión. Seguimos el desfile militar desde el Cerámico hasta la Acrópolis y nos extasiamos con el porte majestuoso de los hoplitas de cabeza de escarabajo bajo su casco militar. También nos burlamos de las bocas abiertas de asombro de los campesinos que acuden a rendir tributo a Atenea Poliada y a beber hasta caer rendidos en cualquier esquina donde probablemente serán esquilados.

Recuerdo el frío de la cuadra en invierno que me deja las manos paralizadas y llenas de sabañones y el calor sofocante de la cuadra en verano; el olor de la paja putrefacta y de mi propio cuerpo y las moscas y las pulgas y las noches, cuando caigo sobre mi camastro, demasiado cansada para pensar.

Y sobre todo el recuerdo de una mañana de verano, cuando me dirijo hacia las cuadras y soy casi atropellada por un jinete impulsivo que me grita insultos mientras

intenta contener al caballo. Levanto la mirada y mis ojos se encuentran con otros, airados y brillantes, los de un muchacho más o menos de mi edad, y tan bello que el miedo desaparece y me quedo con la boca abierta, como si el propio Adonis hubiera cruzado su camino con el mío. «¡Estúpida!, tienes suerte de que tenga prisa», me grita antes de salir a la carrera, y yo me quedo allí, mirando cómo se aleja y viéndome a través de sus ojos. Mi túnica ordinaria y sin color, mi pelo, tan corto que siento el viento en la piel de la cabeza, mis pies descalzos, sucios y encallecidos.

Un año en el que aprendo a aceptar mi suerte, a dejar de esperar un rescate que nunca sucederá. Aprendo que no existen los prodigios, que los dioses son crueles y no atienden sino los ruegos de los héroes. Pienso mucho también en las creencias de mi padre; sobre todo, cuando hablaba del alma, de la vida y la muerte, de la recompensa que recibirá el justo y del castigo del infame, ideas que mi padre discutía con sus amigos pero no conmigo y que en aquellos momentos me sirven de consuelo.

Había aprendido a aceptar muchas cosas, sí: el olor del estiércol, ese zumbido que sentía en la cabeza cuando caía rendida en la cama, y un futuro árido, sin fuentes donde aplacar la sed.

Un año ya lejos de mi casa y de mi familia en el que casi empezaba a aceptar el destino que los dioses me habían enviado. Pero los dioses nunca están satisfechos con sus juegos y mi destino estaba a punto de volver a cambiar una noche cualquiera.

—Eres demasiado melindrosa para ser una esclava.

Una de las sirvientas jóvenes, una a la que le faltaban los cuatro dientes delanteros, amargada y pendenciera, se había acercado mientras yo inspeccionaba mi túnica en busca de pulgas para matarlas como cada noche, aplastándolas entre las uñas ennegrecidas y rotas.

Nunca hacía caso de sus provocaciones. Estaba demasiado cansada y temía su agresividad y su fuerza. Esta vez tampoco respondí a sus palabras y seguí con mi labor. Pero a diferencia de otras ocasiones, en lugar de aburrirse y cambiar de víctima, pareció dispuesta a no soltar su presa. Se acercó más y me dio un ligero empujón.

—¿Es que no tienes nada que decir?

Y como seguí sin responder, me volvió a empujar con más violencia, tanto que tuve que hacer un esfuerzo para no caer del banco.

—Cuando llegaste aquí bien que hablabas, hasta que te bajaron los humos.

Quise evitar sus provocaciones aparentando una seguridad que no sentía, pero ella se acercó más y me olisqueó con aspavientos.

—No vales nada —me dijo—, y hueles a cloaca..., dama sibarita.

Y volvió a empujarme tan fuerte que esta vez me lanzó al suelo.

Todas rieron, pero Temis se acercó y se enfrentó a la mujer, que le sacaba la cabeza y que tenía unos brazos tan gruesos como el cuerpo de mi amiga.

—Déjala en paz o te haré un conjuro.

Las carcajadas se intensificaron.

—Si tantos poderes tienes —replicó la esclava riendo—, ¿por qué sigues aquí, muerta de asco?

—Porque le encanta ver tu bonita sonrisa de vieja por las mañanas —respondí yo, sentada aún en el suelo.

La mención a su falta de dientes enfureció a aquella mujer, que se lanzó sobre mí bufando una jerga incomprensible.

Enseguida se hizo un corro a nuestro alrededor. Temis se lanzó contra mi contrincante y las tres nos retorcimos en el suelo como las serpientes de la Hidra, arrancándonos la ropa e intentando agarrarnos del pelo demasiado corto. Nunca me había peleado, pero los meses en la cuadra me habían dado una fuerza que no imaginé. Mordí, golpeé, arañé, quizá también a Temis, en el barullo, mientras todas gritaban y nos rodeaban para ver mejor la pelea.

Nos envolvía el polvo que se levantaba del suelo y los gritos y los insultos crecieron hasta que recibimos unos cuantos latigazos que nos hicieron recobrar la cordura. Cenia siguió fustigándonos un rato más, aunque con poco acierto, pues conseguimos escabullimos del látigo entre los camastros. Cuando la guardiana se calmó y se detuvo, jadeando por el esfuerzo, todas habían vuelto ya a sus rincones y Temis y yo nos levantamos del suelo renqueando. La otra, sin embargo, parecía más afectada por la pelea, y seguía en el suelo, llorando y sujetándose el brazo derecho. Cenia le dio un pequeño puntapié para que se levantara.

—Deja ya de quejarte o terminarás en el mercado de esclavos. Estoy harta de tus estupideces y tus peleas.

Pero la esclava lloraba y se sujetaba el brazo, que le colgaba en una extraña posición, como muerto. Cenia perdió la paciencia y levantó el látigo para descargarlo en la mujer tirada en el suelo.

En un instante, dejé de ser la esclava de la cuadra, olvidé la sumisión que había ido aprendiendo durante aquellos meses, y recordé los estudios de medicina de mi padre, sus manos tanteando la pierna rota de un niño del vecindario que se había caído de un árbol, la atención con que curaba una herida, con que aliviaba el dolor de una muela podrida con raíz de belladona y, sin darme cuenta, agarré el látigo de Cenia y se lo quité de las manos.

Cenia se volvió hacia mí como si hubiera visto un demonio. Recuperó el látigo de un tirón y me encaró hecha una fiera. «¡Cómo te atreves, estúpida entrometida!», me gritó fuera de sí, y antes de que pudiera incluso imaginar lo que me esperaba, comenzó a azotarme con unos latigazos rápidos y sonoros que me cruzaron primero los brazos y después, cuando me giré para evitar el dolor, siguieron en la espalda. Sentí como si me restregaran con ortigas, como si cientos de escorpiones me picaran a la vez por todo el cuerpo, un escozor que me llegó hasta el hueso, una sensación desconocida que me atravesó de parte a parte. Caí al suelo, donde aquella mujer siguió golpeándome. Y creo que, más que el propio dolor, fue el miedo a que no parara hasta matarme lo que hizo que me desmayara.

Al despertar, lo primero que vi fue la cara de Temis, aunque tan deformada por los golpes que no era fácil reconocerla. Tenía una mejilla inflamada y con la señal inequívoca de una dentadura a la que le faltaban los cuatro dientes de arriba; una ceja cubierta por una costra de sangre y los labios completamente deformados por los golpes. Debido a su palidez, los moretones resaltaban más aún y supuse que en pocos días su cara tendría tantos colores como el arco iris.

—¿Estás bien? —preguntamos las dos a la vez, y reímos y gemimos juntas por nuestras heridas.

Mientras intentaba incorporarme pregunté qué había pasado. Estaba boca abajo, y Temis me miraba con su cara tumefacta, agachada junto al camastro, mientras me lavaba las heridas de la espalda. Me encogí de dolor y gemí cuando noté el roce del paño con el que me limpiaba las llagas.

—¿Nunca te habían azotado?

No, nunca me habían azotado, pero tampoco en casa de mi padre había visto azotar a nadie de esa manera.

—Tienes la piel demasiado fina. Por eso las heridas han sido más profundas. Ya ves que la cuadra, al fin y al cabo, no es tan mala como parece. Al menos te has librado de los latigazos de Cenía.

—¿Y Aspasia?

—El ama no lo sabe.

—Es muy fácil, protesté, no saber nada cuando no quieres saberlo.

—Cuidado. —Temis miró a todos lados con sus grandes ojos negros muy abiertos, como un personaje de comedia—, hay espías escondidos en cada esquina.

Y se rio de su propia broma.

—Me has mentido. Tú no has vivido en Síbaris —soltó de pronto, dejándome sin aliento—. Tú has sido esclava en el propio Olimpo. No sabes nada de la vida. Aspasia es todo lo amable que puede ser un ama, pero es un ama al fin y al cabo.

—Un ama que debería sacar tiempo de sus ocupaciones para velar por el bienestar de sus esclavos —respondí—. Es su responsabilidad.

—Qué bien hablas, amiga —se burló Temis—. Si fueras un hombre y ciudadano, podrías decir todas estas cosas en la Asamblea, pero como no lo eres, será mejor que durmamos, o mañana no podremos ni movernos.

Temis estaba mejor que yo, tenía la piel dura, dijo, y me contó que a nuestra contrincante se la habían llevado sin que dejara de gritar.

—Creo que tenía el brazo dislocado.

Yo había contado a Temis que mi amo anterior realizaba estudios de medicina y que yo, a veces, era su ayudante. Esto la había entusiasmado, pues ella siempre se ufanaba de que su abuela había sido una de las mejores curanderas de Tesalia, la cuna de la brujería, y que le había enseñado muchas cosas, cosas que ella podría enseñarme a mí si sirviera en la casa en lugar de las cuadras. «Y yo te enseñaría lo que aprendí de mi amo sobre los humores del cuerpo y los elementos», había

continuado yo con la ilusión. «¡Seremos dos filósofas! —había bromeado Temis—, recorreremos el mundo curando a los enfermos y enseñando a los ignorantes». Y ambas habíamos reído, sin sospechar que las palabras de Temis alguna vez se convertirían en realidad.

Tumbada boca abajo, con la espalda desnuda para evitar que la tela me tocara las heridas, fue fácil dejarse llevar por la nostalgia y me puse a pensar en mis padres, en mi hermana, en mi amiga Laida. Los meses de vivir como un animal parecían desvanecerse con la fiebre y las preguntas sin respuesta que llevaban tanto tiempo enmudecidas se agolpaban en mi cabeza, me rodeaban y me aturdían cada vez más. Imaginaba el sufrimiento de mi madre y la rabia de mi padre. Me preguntaba si seguiría en la escuela, recordando a su hija perdida, y por qué no me buscaba. Recordaba a mi hermana, nuestros juegos, nuestras charlas. La piel me ardía, la espalda me dolía cada vez más, tenía calor y el mundo se iba desvaneciendo cuando vi a mi madre, inclinada sobre mí, acariciándome la cara. «Duerme», decía en un susurro.

Mi madre desapareció y en su lugar vi el rostro de una mujer desconocida, de largos cabellos rubios y ojos azules. Era Perséfone, que venía a acompañarme al inframundo. La diosa me miraba con el ceño fruncido y se inclinaba hacia mí, pero tras ella apareció Atropo, la Parca más inflexible, con el hilo de mi vida entre las manos, dispuesta a cortarlo con sus grandes tijeras, mientras el lecho se elevaba y flotaba en un lago oscuro y tormentoso. Las Furias me rodeaban llevando antorchas encendidas que iluminaban las serpientes de sus cabellos y grité y agité los brazos con fuerza para alejarlas de mí, pero sus alaridos y sus mantos me rodeaban como una bruma que no me dejaba respirar.

Estuve enferma cuatro días. Cuando desperté no recordaba nada, salvo una gran confusión, voces y sed, mucha sed, que alguien aliviaba con pequeños sorbos de agua fresca. Temis me había cuidado durante el delirio sin separarse de mi lado hasta que pude hablar con un poco de coherencia. Gracias a sus pócimas, había curado con rapidez.

Me incorporé en el camastro, un camastro nuevo, con paja mullida y una manta limpia y bebí un cuenco de leche de cabra caliente, algo que no había probado desde mi vida anterior.

—Has estado muy enferma —dijo Temis—. Tanto que la señora vino a interesarse por ti.

Volví a dejarme caer. Me sentía muy débil. Al hacerlo, noté la tirantez de la piel, allí donde las heridas del látigo comenzaban a cicatrizar.

Temis seguía hablando de la preocupación de Aspasia. Al parecer, las esclavas jóvenes y sanas eran difíciles de conseguir, y mi muerte hubiera supuesto una gran pérdida económica para mi ama. Detuve su charla.

—No sigas, Temis. Reconforta saber que se es un bien tan preciado.

Temis quería decir algo, pero a diferencia de lo que era habitual en ella, parecía

no atreverse. A mí me pesaban los párpados y solo quería volver a dormir. Las esclavas estaban todas en sus quehaceres, teníamos el cuarto para nosotras solas. Por la puerta entraba un rayo de sol que atravesaba la tela plateada de una telaraña y todo estaba en silencio, salvo el ruido de algún carro que pasaba por la calle y el ladrido de un perro lejano. Era la hora de la siesta, también allá, en mi casa.

—Cuando estabas enferma, decías cosas raras —soltó por fin—. Palabras difíciles y nombres, Laida y algo sobre el espíritu de la clepsidra. Esto lo repetías mucho. Y también dijiste varias veces que llegabas tarde a la escuela. Y llamabas a tu padre llorando.

Temis me miraba con desconfianza, como si supiera que yo guardaba un secreto e intentase desentrañarlo.

—Deliraba.

—¿Y lo de tu padre?

Me incorporé del todo e intenté reírme de la expresión de mi amiga, aunque notaba las lágrimas demasiado cercanas.

—Deliraba, Temis, y supongo que en los delirios buscas lo que no tienes.

Tardé dos días más en poder levantarme. Tuve el honor de enfermar a la vez que mi amo, Pericles, sufría una indisposición estomacal y, así, fui visitada por el sacerdote de Asclepios que le atendió y que despertó gran asombro en el patio de las esclavas. El sacerdote recomendó que permaneciera en la cama hasta que las heridas hubiesen cicatrizado.

—En mi vida he visto una piel tan inútil —dijo, mirándome desde su elevada posición como si yo fuera un escupitajo salido de la boca de un sátiro—. Una piel así, de tan poca calidad para el trabajo, debe ser tratada con cierto cuidado, o se deteriorará y no servirá para nada.

Gracias a los dioses, Cenía fue enviada al campo, a las propiedades de Pericles, de donde se traían las legumbres y la leche de cabra que yo había tenido la fortuna de probar durante mi enfermedad. La nueva guardiana era la mujer que me había comprado, la anciana que al parecer había cuidado al ama de pequeña y que se había venido con ella cuando esta dejó su Mileto natal. Critila era liberta, pero seguía viviendo en la casa y sirviendo a su antigua ama por voluntad propia. Me puse a pensar que Aspasia tenía apenas unos años más que yo cuando lo abandonó todo y se vino sola a Atenas, un hecho insólito para una muchacha de su edad y condición. Había escapado con un hombre importante y vivido más tarde con un filósofo, que le había enseñado como a un hombre, como mi padre había hecho conmigo, hasta terminar convertida en la amante del hombre más poderoso del mundo.

Admiraba su valor y, sin embargo, la odiaba cuando veía que una mujer alabada en toda la Hélade por su sabiduría y su belleza mostraba tal indiferencia por sus esclavos que estos podían ser azotados sin que ella lo supiera. No me valía su supuesta atención hacia mí. Como había dicho Temis, yo era una propiedad que había que proteger.

Reflexionaba, por otra parte, sobre lo diferentes que se ven las cosas dependiendo del lugar desde donde las mires. Yo tampoco había entrado nunca antes en una cuadra, nunca había tenido que coger una pala, ni había pensado que cuando un buey descargaba sus excrementos, alguien tendría que recogerlos después, y mucho menos que ese alguien sería alguna vez yo misma.

Me acordaba de las recomendaciones de mi padre. «No te dejes embaucar por las apariencias —me decía siempre—, detrás de cada hecho debe haber un pensamiento racional que lo analice». Recordaba sus teorías sobre la naturaleza, su concepto del amor y del odio como los elementos que organizan el caos y reí con tristeza al pensar que con mi odio recién descubierto estaba contribuyendo a equilibrar el mundo.

Nunca volvimos a ver a Cenía ni a la esclava con la que nos habíamos peleado, pero cuando me levanté descubrí que mi enfermedad había cambiado sustancialmente mi posición. En primer lugar, todas estaban encantadas de haberse librado de la brutalidad de Cenía y, como yo había tenido algo que ver en el cambio, esto me abrió definitivamente las puertas de la hermandad de las esclavas.

Y, lo más importante, se había acabado lo de acarrear estiércol. Temis llegó corriendo la noche anterior de mi vuelta al trabajo con una orden de Aspasia. A partir de aquel momento, serviría por fin en la casa. Mi amiga me agarró de las manos y me hizo saltar con ella, algo que aún no me sentía con ánimos para hacer. «Podremos estar juntas —gritaba—, iremos al mercado, visitaremos el templo y ofreceremos juntas los sacrificios». Temis tenía una cara asombrosa, de ojos enormes, redondos y negros y una cabeza de rizados enloquecidos como ella misma, a pesar de llevarlos cortos, como todas las esclavas. Era delgada y pequeña como una niña de diez años, y aguda e inteligente como un miembro del Areópago. Era la persona que me había salvado la vida y en aquel momento sentí que estábamos unidas para siempre, que pasara lo que pasara con mi vida, Temis formaría parte de ella.

Capítulo V

Aquella mañana volví al mundo y el mundo era mucho más bello de lo que yo recordaba. Estaba a punto de conocer a mi ama, Aspasia de Mileto, la mujer que había sido mi dueña invisible durante tanto tiempo; la mujer de cuya inteligencia se hacían lenguas todos los que la conocían, incluido mi padre, la mujer más admirada, más envidiada y más difamada del mundo.

Me parecía revivir tras aquellos meses en los que no había querido cuestionar más mi destino. Aquí estaba y aquí tendría que seguir durante todo el tiempo que los dioses dispusieran. O quizá no. Eran los dioses quienes habían dirigido mis pasos hasta aquel baño inundado por el primer sol de la mañana, pero no tenía por qué someterme para siempre a su capricho. Comenzaba un nuevo día, y yo no era, no quería ser un Sísifo resignado a su suerte, condenado a un trabajo inútil y sin sentido. Recé a la diosa que bajó al infierno para buscar a su hija y se impuso al poder del mismo Zeus. «Deméter —invoqué—, protégeme en este amanecer incierto». Era una estancia llena de luz, con una gran bañera de piedra junto a la ventana desde la que se contemplaba el verdor del monte y las esbeltas columnas del templo de Atenea, que vi pintadas por primera vez de un brillante color rojo. Había vuelto al mundo y el mundo me acogía entre los colores de aquel baño de paredes cubiertas de pinturas, con los olores fragantes que alejaban, esperaba que para siempre, el hedor del estiércol, con el sonido de los pájaros que saludaban al sol desde los árboles del patio y que ensordecían en mi memoria el mugido de los bueyes pidiendo su alimento.

La imagen de Afrodita naciendo de la espuma del mar decoraba las paredes. Las nereidas y los tritones rodeaban la concha de nácar de la diosa y era tan magnífica la pintura que parecía sentirse el suspiro de Afrodita salir de sus labios, mientras contemplaba por primera vez el mundo y el mundo se quedaba prendado de su belleza.

Recorrí con la vista la pintura de la diosa que envidió la belleza de Psique, que engañó a Hefesto y yació con Ares. Rocé el frío del mármol de la bañera, hundí la mano en la vasija de agua caliente que entibiaría el frío del agua del pozo, placeres que casi había olvidado.

—Tenemos que preparar el baño —me dijo Temis, sacándome de mi meditación—. A la señora le gusta bañarse a la salida del sol.

Me asombró que se bañara todos los días.

—Las grandes damas se ensucian mucho, mi querida amiga —bromeó Temis, engolando la voz y envolviéndose en la túnica de lino blanco que estaba preparada para Aspasia.

En aquel momento, entró el ama y sin hacer caso de Temis, que se apresuró a

dejar la túnica donde estaba, Aspasia se dirigió hacia mí.

Era la mujer más hermosa que había visto en mi vida; pero no era su belleza lo que más me impresionó, sino su mirada, de un profundo color azul, una mirada que me devolvió a mis delirios febriles, a la mujer que yo supuse Perséfone y que me vigilaba desde las alturas.

—Así que ya estás recuperada.

Su voz era grave y la sonrisa que me dedicó, fría y formal. Sus ojos pasaron por encima de mí sin mirarme.

—Sí, señora.

—Espero que te portes bien y cumplas con tus deberes. Si es así, aquí podrás vivir tranquila.

—Sí, señora.

Aspasia se quitó la túnica suelta que llevaba y entró en el agua, donde Temis la esperaba para frotarle la piel con la arcilla perfumada más fina que había visto nunca. Pensé en mi hermana y en mi madre, y en los sacrificios que hubieran ofrecido a Afrodita Pasifaesa para conseguir aquella arcilla. Mi señora tenía un cuerpo esbelto, sin un solo vello que lo afeara, blanco como el mármol más puro y sus movimientos eran tan majestuosos como los que yo imaginaba en una reina de Egipto.

—¿Te ha explicado Temis tus deberes?

—Sí, señora.

Mi ama cerró los ojos y se dispuso a disfrutar con evidente placer de su baño mientras yo preparaba la túnica, de un tejido tan delicado que era casi transparente, y que se deslizó por los callos de mis manos como un bálsamo refrescante; las sandalias doradas de finas tiras, casi invisibles; los pendientes, las pulseras, el ceñidor y las fíbulas con forma de delfín que se pondría al salir del baño. El sol creaba reflejos de cobre en el agua y el vapor enrojecía las mejillas de Temis, inclinada sobre Aspasia.

—¿Sabes peinar?

Adormecida por la belleza y la quietud de aquel lugar, la voz de mi ama me sorprendió. El baño había acabado y Temis secaba a Aspasia con un gran paño de lino.

—Sí, señora, solía peinar a mi ama allá en Síbaris.

Aspasia me miró de arriba abajo con una media sonrisa.

—Temis te dirá dónde están los peines y los alfileres.

El cabello de Aspasia era rubio oscuro, ondulado y largo hasta la cintura. Esperé que no fuera demasiado exigente con mis habilidades. Era cierto que yo solía peinar a mi hermana, porque me encantaba crear formas nuevas con un cabello tan salvaje como el suyo. Sin embargo, nunca había intentado realizar los laboriosos peinados que estaban de moda en Atenas y que apenas había podido vislumbrar desde mi llegada.

Decidí improvisar. Separé la pesada melena en tres guedejas y cogí entre mis

manos la de en medio. La trencé e hice con la trenza un moño apretado que sujeté con unos alfileres de oro. Los otros dos mechones los dividí a su vez en tres cada uno, e hice con ellos otras tantas trenzas que fui colocando alrededor del moño. Solo dejé dos pequeños mechones por encima de las orejas, que enrollé en unas tenacillas calientes y dejé caer sobre el escote de Aspasia formando largos rizos. El tacto de aquel pelo suntuoso y brillante me produjo una especie de ensoñación y me sentí de nuevo en Ákragas, junto a mi hermana, mientras dejábamos que nuestro pelo se secase al sol tibio y adormecedor de la mañana y Atis hablaba y hablaba y yo me sentía mecer por aquella sensación placentera del sol en mi nuca, ajena al mundo y sus peligros.

—Esta noche quiero estar lo más bella posible.

De vuelta a la realidad, mi mirada se cruzó con la de Aspasia en el espejo de bronce que Temis sujetaba frente al ama para que pudiera comprobar mi trabajo. Bajé la vista.

—Tú siempre estás bella, señora —afirmó Temis, con convicción, abriendo aún más sus enormes ojos.

—Estás aprendiendo muy bien a engatusar —rio Aspasia—. Te acabas de ganar un calco para comprar dulces en el mercado.

—No quiero dulces, señora —replicó mi amiga—. Prefiero comprar hierbas y ungüentos.

—Entonces, es cierto lo que he oído por ahí. Que eres toda una hechicera.

—Mi abuela me enseñó alguna de sus pócimas, mi ama, y yo quiero seguir aprendiendo. En el mercado hay un hombre anciano que vende ungüentos y me enseña algunas fórmulas cuando no tiene trabajo.

—Así me gusta —dijo Aspasia—, las mujeres deberían tener el mismo afán de aprender que los hombres, y esto sirve igualmente para esclavas y para ciudadanas. Tú sigue así y yo te ayudaré. Podrías convertirte en curandera.

—Oh, señora. —Temis parecía en éxtasis. Se arrodilló frente a Aspasia olvidando el espejo y se inclinó para besar el borde de la túnica—, es lo que más deseo en este mundo.

—Y a ti, Lena, ¿también te gusta aprender? —Aspasia parecía muy satisfecha de sí misma, lo que no ocultaba una frialdad que se reflejaba en el azul oscuro de sus ojos.

—No sé, señora —respondí, mientras nuestras miradas se volvían a cruzar en el espejo y yo apartaba la mía con rapidez.

—Haces mal en no saberlo. El conocimiento es lo único que nos hace libres.

—Yo nunca podré ser libre por mucho que aprenda, señora.

La humillación que sentía frente a aquella mujer me había hecho hablar sin ser del todo consciente de lo que había dicho. Me quedé en suspenso, aterrada, esperando el castigo de volver a la cuadra de la que había escapado. Comprendí entonces que los latigazos de Cenía me habían producido algo más que unas cuantas cicatrices y

unos días de calentura. Eran aquellos golpes, no la cuadra, ni los piojos, ni el olor nauseabundo de los bueyes, los que finalmente me habían convertido en esclava.

Pero Aspasia no pareció molesta por mi contestación, sino más bien divertida y por primera vez me miró con una sonrisa, como analizando mis palabras.

—Tienes razón, Lena —dijo por fin—, quizá nunca seas libre, pero ¿qué me dices del esfuerzo por intentarlo, de la satisfacción de aprender? ¿No merece la pena?

—Sí, señora. —Ya no iba a volver a hacerme hablar más de lo debido, pero la rabia me bullía por dentro como si tuviera una caldera hirviendo en las entrañas. El peine me tembló en las manos.

—Mi buen amigo y maestro, Sócrates, suele decir que la vida sin discernimiento no merece la pena de ser vivida. Recuérdalo.

—Sí, señora.

—Estoy satisfecha. —Se miraba con atención en el espejo—. A partir de hoy me peinarás tú. Pero límpiame las uñas y suavízame las manos con algún ungüento. Me repugna la suciedad. Recuérdalo, ni suciedad ni desidia ni marrullerías. Y quizá haya que hacer algo con el color de tu pelo. Es demasiado llamativo para una esclava.

Incliné la cabeza.

Aspasia se acercó a un pequeño cofre que tenía junto al diván y sacó de él dos monedas que nos entregó a Temis y a mí.

—Procurad gastarlo con sabiduría.

Conseguí eliminar las pulgas, las grietas de las manos y el hedor a estiércol que me habían acompañado como una estela durante aquel último año y me permitieron, por fin, servir junto a los otros criados en los simposios que se celebraban casi todas las noches.

Me había mirado en el espejo del ama después de que esta me hiciera teñirme el pelo para ocultar su color rojo, un rostro anónimo que me miraba con asombro. Yo, que había renegado de aquel color, lo echaba ahora de menos como a una amiga demasiado charlatana, pero de la que no puedes separarte. Ni siquiera mi nombre tenía ya sentido. Helena, la del pelo resplandeciente. Intenté tragar la rabia y pensé en las amigas de mi madre, en lo que dirían si me vieran con aquel casco grisáceo en que se había convertido mi cabello, ellas, que tanto bromeaban sobre el origen de su color.

Frente al espejo que reflejaba mi desaparición sentí resurgir la furia acumulada durante aquel año, y unas manos ajenas a mi entendimiento golpearon una y otra vez la superficie de bronce. Con los golpes, mi cara también se iba transformando, la boca retorcida y amarga, los ojos entornados, la cabeza deforme. Esa era yo y reí y lloré ante aquella imagen nueva. A partir de aquel día dejé de mirarme y no me importaron las magulladuras de las manos ni el castigo por la rotura del espejo que nadie entendió.

Gris y desvaída, entré aquella primera vez en el salón donde se celebraba el simposio, preocupada por mantener el equilibrio de la bandeja con las copas para los

invitados. Había ya tres hombres charlando, tumbados en sus divanes. Uno de ellos era muy elegante, casi anciano, con una túnica de lino, lustrosas sandalias de cuero y un anillo de oro en el dedo pulgar. Otro, sin embargo, parecía el reverso de la moneda. Era un hombre rechoncho, con una gran barriga que apoyaba sobre el diván en el que estaba recostado mientras mostraba las plantas de unos pies inmundos. En comparación con su compañero, parecía haber dormido varios días con la misma túnica, adornada con manchas de diversa procedencia; tenía la barba y el pelo desgredados, una frente excesiva y unos labios carnosos que en aquellos momentos se relamía por el último trago de vino. El tercero era mucho más joven, casi un efebo, alto y desgarbado, con granos en las mejillas, enormes dientes de mula y cara de estudioso.

—Yo no sé hablar tan bien como tú, amigo mío —decía el hombre gordo dirigiéndose a *este* último mientras tomaba una copa de mi bandeja—. Soy incapaz de crear un discurso tan florido, pero me pregunto si el amor es tan bello y tan bueno como dices.

—No te entiendo, maestro.

—Convenimos que el amor es el impulso de poseer algo bueno y bello que se desea.

—Cierto.

—Pero es absurdo desear lo que ya se tiene.

—Dices bien.

—Luego el amor no es bueno ni es bello, pues carece de aquello que busca.

—Tus argumentos me confunden, maestro.

—Tampoco es un dios, entonces. —El hombre mayor sonrió.

—Eres tú mismo quien contesta. Si el amor no es bello ni es bueno, ¿cómo puede ser un dios si carece de lo que confiere la condición divina?

—Pero, maestro —se escuchó en la puerta—, ¿cómo te atreves a hablar del amor sin que nuestra anfitriona esté presente?

Junto a Aspasia, deslumbrante con una diadema de oro y lapislázuli que enmarcaba a la perfección mi último peinado, se erguía la figura de un hombre enorme, de grandes espaldas y una curiosa cabeza con la famosa forma de cebolla que le había valido el apelativo que le daban sus enemigos políticos, pero que no restaba dignidad a su porte. Sujetaba a Aspasia por la cintura, lo que no dejó de asombrarme, y vestía una túnica ribeteada en púrpura que dejaba un musculoso brazo derecho al aire.

En el poco tiempo que llevaba sirviendo en la casa ya había escuchado hablar de sus victorias. Acababa de volver de la isla de Samos, donde había aplacado una insurrección, y su vuelta a Atenas se había celebrado con una hecatombe y una comida posterior en la que habían participado todos los habitantes de Atenas, ciudadanos, metecos y esclavos. Hasta yo, que aún sufría las secuelas de los azotes de Cenia, había conseguido saborear un trozo de buey asado que Temis me guardó de su

ración.

Pericles estaba en el apogeo de su renombre y esto era como un manto cálido que parecía envolver todos sus movimientos. Debía de haber alcanzado la cincuentena, pero aún se mantenía fuerte y atractivo. Nadie imaginaba entonces lo que acontecería tiempo después, y aquella noche de celebración, la noche de mi primer simposio, todos los que estaban a su alrededor parecían reflejar el brillo del poder de Pericles.

—Tienes razón, amigo —respondía el hombre gordo, haciendo un saludo y lanzando un beso hacia mi señora—. Cuando el mismo amor se presenta ataviado con tan bellos atributos, quién puede atreverse a indagar en su naturaleza. Nos preguntábamos por la naturaleza del amor cuando lo tenemos delante.

—Siempre sabes decir la palabra justa, mi buen Sócrates —rio Aspasia—, pero olvidaos de mi presencia y seguid hablando de tan interesante asunto. Quizá yo pueda ilustraros en algo que no hayáis descubierto aún.

—Y tú, maestro —se dirigió mi amo al otro invitado—, ¿qué me dices del amor?

—Afortunadamente, mi edad me hace inmune a sus servidumbres. La vejez es la única época de la vida en la que el hombre es verdaderamente libre. Ahora mi mente está ocupada en otros asuntos, de los que tal vez podríamos hablar en privado más tarde.

—Cuando gustes —repuso mi amo.

—Lena, sirve vino.

Mi ama me había sorprendido con la boca abierta y con esas pocas palabras me había devuelto de golpe a mi condición. Pero no importaba, porque seguía allí, escuchando. La bandeja había dejado de pesar, el tejido de la túnica nueva ya no me picaba y no sentía el frío del mármol en los pies descalzos. Era una esclava, sí, seguía siendo una esclava, un mueble más de la habitación, y, sin embargo, estaba en el lugar en el que siempre había ansiado estar. Allá en Ákragas, en mi dormitorio, permanecía despierta muchas noches con los oídos atentos, casi sin respirar, tratando de adivinar las pocas palabras que se escapaban de la sala donde mi padre y sus amigos hablaban de todo lo prohibido, de lo misterioso y lo oculto, de las maravillas de un mundo que yo anhelaba descubrir. Palabras poderosas que yo hacía resbalar entre la lengua y los dientes, saboreándolas como un dulce de miel, palabras desconocidas, peligrosas, que se decían en voz baja, y que yo nunca conseguía descifrar del todo.

Ahora, allí, de pie, con una bandeja en las manos, otras palabras igualmente seductoras me envolvían, me aceleraban el pulso y casi me hacían olvidar mi lugar. Me apresuré a servir el vino.

Llegaron más invitados, la mayoría hombres y también algunas mujeres elegantes que parecían sentirse plenamente a gusto en aquel ambiente. Mientras los atendía, miraba asombrada a unos y a otras, sentados en los mismos divanes, compartiendo incluso la misma crátera y recordaba las costumbres de Ákragas y a mi madre, que hubiera salido corriendo de aquella reunión cubriéndose la cabeza con su manto en

señal de vergüenza.

Con los cuerpos desnudos y esbeltos, brillantes de aceites aromáticos, las flautistas tocaban con languidez en un rincón de la sala y el bullicio aumentaba a medida que los vinos eran trasegados a creciente velocidad por los comensales. Me dolía todo el cuerpo de estar tanto tiempo de pie, erguida como me habían enseñado, sosteniendo pesadas bandejas que eran traídas de la cocina y que yo, al menor gesto de mi ama, debía ofrecer a los invitados.

La mayor parte de ellos seguía hablando del amor alrededor del hombre gordo y desaliñado que había comenzado la discusión, y cuyas palabras despertaban en mí inquietudes que llevaban mucho tiempo dormidas. «El amor hace vivir a los hombres honestamente —dijo el joven de los dientes de caballo que parecía muy orgulloso de sí mismo—, lleva a hombres y mujeres a los mayores actos de sacrificio y heroísmo». Yo escuchaba y lo quería aprender todo y entender todo, y por primera vez volvía a sentir el corazón ligero y el espíritu despierto a pesar del dolor de pies.

Una mujer que tomaba en aquel momento un higo de la bandeja que yo le ofrecía habló de lo invencible que sería un ejército de amantes, capaces de los mayores sacrificios para salvar a su compañero y amado. Y el hombre que estaba a su lado se lanzó sobre ella volcándose la bandeja y gritando «comencemos, pues, la guerra, amada mía», y todos rieron y ya nadie habló, y aprendí también otras muchas cosas aquella noche, cosas que no podían explicarse con palabras.

Capítulo VI

Cuando todo terminó, recogimos las copas y limpiamos los excesos de los invitados, pero yo no dejaba de recordar las palabras y los gestos y las pieles sudorosas y el olor a perfume que lo impregnaba todo, hasta mi ropa de saco. Se me erizó la piel. Cerré los ojos.

—¿Son excesivos los placeres del simposio para un espíritu tan religioso como el tuyo? —se burló Temis a mi espalda.

Había sido una noche de aprendizaje. Una noche cuyos recuerdos me enervaban las piernas, erizaban mi cuerpo con ansias desconocidas, con un vértigo que me hacía bullir la carne como si temblara de fiebre. Mis conocimientos en los juegos de la seducción se habían limitado hasta entonces a las risas y susurros de las amigas de mi hermana y a los de las esclavas mayores, después, susurros que yo simulaba ignorar y despreciaba. Hasta entonces, no había sido capaz de comprender que aquellos susurros, que aquellas risas vergonzosas eran la puerta de un mundo misterioso y atrayente que yo aún desconocía; una puerta que se me había entreabierto durante los esponsales de mi hermana y por la que aquella noche había atisbado sin saber que muy pronto se abriría de par en par.

Placeres nuevos en cuerpos desconocidos que, de alguna manera misteriosa, había sentido en mi propia carne. Roces, humedades, silencio jadeante, risas, todo ello se había colado en mi cuerpo y no me dejaba atender a las palabras de Temis, que llevaba un rato hablando sola de algún hecho sorprendente que yo aún ignoraba. Dejé mis ensoñaciones, volví a meter las manos en el barreño de agua rojiza por el vino y seguí lavando las copas.

En aquel momento, mi amiga ponía los ojos en blanco en una cómica mueca de éxtasis. Era el hombre más bello que habían contemplado los dioses, decía, hablando de alguien que parecía haberla hechizado. Era Alcibíades, el hijo adoptivo de Pericles que había llegado aquella mañana a la casa. El amo se haría cargo de su educación.

—Las rosas empalidecieron, la fuente del patio se secó, los perros lanzaron sus más lastimosos aullidos...

—Basta, te creo. Un enviado de los dioses, sin duda. —Reí y la salpiqué con un poco de agua.

—Es el ser más hermoso que hayan contemplado los mortales.

Temis metió las manos en el barreño y me mojó la túnica. Yo respondí y ambas terminamos empapadas, jadeantes y aguantando la risa para que no nos oyeran fuera de la cocina. Nos sentamos en el suelo cálido que estaba junto al fuego mientras seguíamos hablando del nuevo habitante de la casa.

—Estoy deseando conocer a ese prodigio que te ha hecho olvidar tus promesas de

virgen eterna.

—A partir de hoy le podrás contemplar a menudo, gracias sean dadas por ello. Va a vivir en esta casa.

—Y tendremos el gran privilegio de servirle sin levantar la mirada y obedecer todos sus caprichos. Realmente somos muy afortunadas.

—Búrlate, impía, pero no hasta que lo conozcas y te haya seducido con su belleza.

—En el simposio se hablaba precisamente de eso. Del amor y de la belleza sin saber que muy cerca tenían una clara muestra de que el amor no es bello ni bueno, sino absurdo.

Llenaba el cubo con agua del pozo pocos días después cuando Critila me ordenó llevar una jofaina a los aposentos del amo. Se refería al lugar donde Pericles recibía a sus amistades y a los miembros del gobierno, pues otra rareza más de la relación entre los amos era que ambos compartían el mismo dormitorio y el mismo lecho. Una enorme cama cubierta de pieles de animales africanos que el amo había regalado a su mujer por el nacimiento de su hijo, el pequeño Pericles. Toda Atenas comentaba aquel capricho y Aspasia, a la que encantaba el escándalo, no se cuidaba de ocultarlo a quien preguntara. Una extravagancia más que venía a sumarse a las muchas razones que tenían los ciudadanos de Atenas para odiar a mi ama y envidiarla a partes iguales.

Al entrar en la habitación choqué contra alguien que salía precipitadamente, y le volqué encima el agua de la jofaina. Primero vi la clámide empapada y el asombro en una cara que no me era desconocida.

—¡Mira por dónde vas, insecto! —gritó mientras se sacudía el agua de la ropa.

Supliqué perdón con humildad y agaché la cabeza, pero no pude evitar que aquel muchacho descubriera mi sonrisa por su cara airada y chorreante. Fue esa ira la que me hizo recordar de quién se trataba. Ahora no montaba a caballo, pero sus ojos y sus cabellos, a pesar de estar mojados por el agua, eran los mismos de aquella tarde en que estuve a punto de caer bajo las patas de su montura.

—¿Cómo te atreves a reírte? —gritó, aún más alto—. ¿Es que estás loca o qué?

—Solo soy torpe, señor.

Ante mi réplica, aquel muchacho, acostumbrado a la obediencia muda, enrojeció de ira y me miró como si realmente fuera una cucaracha que, por algún sortilegio, tuviera la facultad de hablar.

Antes de que pudiera hacer nada, el amo salió para comprobar a qué se debían aquellos gritos y, al ver lo que había pasado, me hizo una seña para que me retirara, mientras pasaba un brazo por los hombros de aquel energúmeno, intentando calmarle.

—Vamos, Alcibíades, será mejor que sueltes toda esta energía en la palestra.

Así había conocido, por fin, al ser sobrenatural que tenía a Temis suspirando por los rincones. Mi amiga no había exagerado. A pesar de sus malos modos, Alcibíades era el efebo más hermoso que había visto nunca. El brillo de sus ojos negros, que no había conseguido olvidar desde aquel encuentro fortuito en la calle, me hizo justificar

sus gritos. Había sido mi precipitación la que lo había enfurecido. Un ser tan perfecto no podía ser malo. Era la edad, pensé, que convierte a los jóvenes en gallos de pelea dispuestos en todo momento a probar sus espolones.

Aquella noche, Temis y yo, acostadas en el mismo camastro, y en susurros para no despertar a las demás esclavas, permanecimos largo tiempo intercambiando impresiones sobre aquel personaje que había irrumpido en nuestras vidas para hacernos conocer por primera vez las amarguras del amor.

—Dicen que era el mejor en la palestra Taureas, y que ahora va a entrenar en el gimnasio del Liceo. Daría la túnica nueva que no tengo por verle correr entre los mortales con su cuerpo cubierto de aceite adelantándolos a todos, con esas piernas esbeltas y musculosas y esos cabellos...

Yo reía por las locuras de mi amiga, pero no podía evitar imaginarme la escena que describía.

—Cuida tu imaginación, Temis, o no podremos dormir. Para ese presumido no somos nada, insectos, como me llamó esta mañana.

—Seremos unos insectos, Lena, pero todavía tenemos lengua para hablar y mientras no nos la corten podremos disfrutar de ella, y también de otras partes de nuestros miserables cuerpos.

Temis me recordaba a Laida con sus locuras, una Laida que siempre buscaba escandalizarme y que solo conseguía hacerme reír. Imaginé lo que hubiera dicho mi antigua amiga en aquellos momentos y comprendí de nuevo lo lejos que estaba de mi casa.

—Tienes razón —apreté el brazo de Temis bajo la manta—. Sigue deleitándome con el relato de nuestro bello Alcibíades en el gimnasio. Tendré con qué soñar durante esta noche.

Y Temis retornó con rapidez a su asunto preferido; a nuestro asunto preferido: Alcibíades, sus ojos negros y sus músculos sudorosos.

A partir de entonces, ambas rivalizamos por encontrarnos con el héroe de nuestras fantasías. Acudíamos con una presteza inusitada a la llamada de Critila; rondábamos con cualquier excusa los aposentos del hijo de Pericles y acechábamos su esporádica presencia como fieles esperando la aparición del sacerdote. Mientras, Alcibíades vivía una vida intensa, ignorante de nuestra adoración o, mejor aún, recibéndola como se reciben las muestras de afecto de un cachorro.

Asimilaba con presteza las enseñanzas del maestro Sócrates, quien también parecía hechizado por su pupilo y lo alababa sin medida en los simposios, tanto para envanecer a su padre adoptivo como para, imaginaba yo, su propio deleite en el recuerdo.

A veces, yo los acompañaba en sus paseos por el ágora llevando la sombrilla que protegía la calva del maestro de las inclemencias del sol. Fue en aquellas largas caminatas cuando aprendí a amar a Alcibíades y donde comencé de verdad a crecer. La insolencia del efebo se diluía, la soberbia de su gesto se suavizaba y sus respuestas

rápidas y agudas me hacían amarlo mucho más que la belleza de su cuerpo.

Sócrates era un insólito preceptor que no enseñaba ni escribía. Acostumbraba a decir a quien le preguntara que la escritura se parece a la pintura en que, como en esta, los personajes parecen vivos, pero si se les interroga nada responden. Él, por el contrario, conseguía con sus insidiosas preguntas que su alumno llegara a conclusiones a las que nunca hubiera llegado por sí mismo. Era irónico, socarrón, irritante. No hablaba del universo, ni de los elementos, no se preguntaba por la naturaleza de la materia o por la lejanía del sol. Hablaba de la verdad, de la belleza, de la bondad, y sus preguntas se quedaban agazapadas en el corazón y en el estómago como si el cuerpo se alimentara de ellas. A veces estaba tan absorta en sus palabras que olvidaba la sombrilla y el sol le daba en los ojos, con los que me miraba enojado.

Mi amor por Alcibíades fue creciendo mientras creía su fama en Atenas. Acudía al gimnasio y comenzaba a adquirir reputación como un gran atleta, se hablaba incluso de su participación en los próximos juegos pitios. Y asistía a la Asamblea con Pericles, que quería instruirle en los laberintos de la política y el amo volvía muy ufano, contando a quien quisiera escucharle la habilidad de su pupilo en unas lides de adultos que parecía comprender con inusitada perspicacia.

Y yo pensaba en la boda de mi hermana y en los epigramas que me había recitado el alumno de mi padre en su borrachera, y miraba ahora a Alcibíades deseando volver a aquel momento lejano, que fuera él quien susurrara en mis oídos palabras de poetas que me erizaran la piel. Pero no eran susurros precisamente lo que yo escuchaba de Alcibíades, y las frases que me dirigía no tenían ese regusto eterno de la belleza. «Aparta», «limpia esto», «trae agua», «mi túnica, rápido», «que me ensillen el caballo». «Sí, señor», era mi única respuesta. No importaba. Me bastaba verlo, escucharlo hablar con su maestro por la tarde, llegar del gimnasio con el pelo húmedo y la piel sonrosada o a caballo tras una cacería, cubierto de polvo, y saltar del caballo pidiendo a gritos un baño que alguien se apresuraba a preparar.

No sabía mi nombre, nunca lo recordaba. Me llamaba con un chasquido de los dedos, con un gesto altivo de la cabeza, con eso era suficiente. Y yo le comprendía, porque él era el amo, y alguna vez conduciría ejércitos, ganaría laureles, seduciría a la Asamblea y a las mujeres de Atenas.

Cómo hubiera sido todo, me preguntaba, si en lugar de la esclava Alcibíades hubiera conocido a la hija del hombre rico y admirado, a una joven segura de sí misma y de su linaje. Pero aquella joven había muerto antes de nacer. Se había corrompido en su envoltura cuando estaba a punto de salir al mundo y ya solo quedaban de ella unos cuantos despojos inservibles.

Y, así, entre penas de amor y recuerdos, volvieron a mí las angustias de los primeros tiempos. Noches en vela, preguntas sin respuesta, deseo insoportable de salir corriendo, de gritar a todos que aquella no era mi vida, que mi vida estaba muy lejos, junto a un mar turquesa y una tierra dorada y caliente que ya quizá no me esperaba.

Sentía amor por Alcibíades, sí, pero también un sentimiento igualmente doloroso. El que percibía al verme a mí misma a través de sus ojos.

Aquella joven que podía haber sido gritaba por salir del cuerpo que se había convertido en su cárcel. Escapar de su pelo sin color, de su vestido sin forma, de sus manos y pies encallecidos. Temis le adoraba como a un dios sin esperar ninguna recompensa. Yo no. En mi interior era aún aquella otra, muerta hacía tanto, y en un rincón cerrado y casi desconocido de mí misma seguía viva la esperanza de ser alguien distinto, digno de aquel ser perfecto que había entrado en mi vida para abrir unas heridas que había supuesto ya cicatrizadas.

Aprendí a atesorar con la avaricia de un usurero los instantes en que los ojos de Alcibíades me miraban sin verme, cuando sus manos rozaban las mías, cuando su altivez dejaba paso por un instante a un muchacho capaz de reír y ser feliz. Porque Alcibíades no era siempre el ciudadano arisco y orgulloso, el atleta aclamado que portaba el laurel como si formara parte de su cuerpo, adulado por todos, temido por muchos, que atravesaba el mercado al galope de su caballo *Cerberos*, negro como la muerte, derribando puestos callejeros, ajeno al mundo, sabiendo que el mundo estaba a su servicio.

A veces, incluso, era un niño asustado que temblaba con el trueno y era entonces cuando el muro se rompía y yo estaba allí, para atisbar por un instante a ese otro Alcibíades que yo amaba.

Un día vi su cuerpo desnudo, tan bello como el de un guerrero de la *Iliada*, entrenando en el gimnasio. Nuestra delgadez y nuestra túnica sin formas nos permitieron a Temis y a mí pasar desapercibidas entre los esclavos que esperaban la salida de sus amos. Marchábamos a casa desde el mercado cuando nos detuvieron las exclamaciones de admiración de los ociosos que contemplaban los ejercicios y apostaban a su atleta favorito. Era un lugar prohibido y por tanto lleno de misterio y emociones. Nos retamos, pues, a intentar engañar a los hombres que custodiaban las puertas y descubrir así lo que ninguna mujer podía contemplar.

Nos colamos entre la multitud, aguantando golpes y pisotones, ocultando nuestros rostros con los fardos de las compras y así conseguimos un lugar desde el que ver a los atletas.

Pero lo que no habíamos esperado era verle a él, su cuerpo destacando, brillante de sudor, entre los demás contendientes que recuperaban el resuello tras la competición. Alcibíades respiraba con fuerza, inclinado, con las manos en las caderas, recibiendo sonriente la felicitación de todos, y levantando después los brazos en señal de triunfo mientras el pelo le refulgía con los rayos del sol inclemente de la mañana.

No podía existir nada más bello, más inalcanzable y la humedad de mis ojos veló por un instante aquella imagen que yo nunca podría poseer. Me abracé a mí misma como si quisiera hacerme aún más pequeña, me agarré a la tela de saco de mi túnica para no caer.

—Vámonos —le dije a Temis, sorprendida como yo por la visión inesperada—, vámonos antes de que nos descubran.

Y salimos de allí tan invisibles como habíamos entrado, tan insignificantes, tan oscuras. Ni siquiera el sol estival que calcinaba sin piedad el cielo, pensé, sería capaz de librarme de tanta oscuridad.

Capítulo VII

Los días pasaban como gotas de lluvia en una tarde de otoño. Lentos, iguales y tranquilos. Los días eran de los amos, pero las noches eran nuestras. En luna llena, cuando Eos dejaba caer su manto de humedad en el monte, Temis y yo recogíamos plantas que ella conocía por su abuela, y las estudiábamos juntas, y ella me enseñaba a hacer emplastos y bebedizos y yo le hablaba de la naturaleza y de los cuatro elementos que formaban todos los seres del universo, y que mi padre me había enseñado a descubrir. Temis invocaba a Hécate, la diosa del misterio y la magia, la que todo lo sabe y todo lo ve.

—Hécate es hija de Coeo y Febe —contaba en la escuela Aspasia, mientras yo servía hidromiel a las alumnas—, y Zeus la colmó de dones, le concedió poder absoluto sobre la tierra y el mar. Es una diosa muy invocada por curanderas y brujas, y su estatua suele situarse en las encrucijadas de los caminos.

—¿Y por qué se representa con tres cuerpos y tres cabezas, maestra?

—Son el símbolo de una poderosa triada femenina, un recuerdo de la época heroica en que la diosa madre dominaba el cielo y la tierra y los hombres la servían con humildad. Los tres cuerpos y las tres caras serían las de Artemisa, como reina de la tierra, Selene, como reina del cielo de la noche, y Hécate, como reina del abismo subterráneo.

Sí, Selene, que nos protegía en nuestras salidas nocturnas, Artemisa, que nos brindaba las plantas que arrancábamos de la tierra, y Hécate, que nos inspiraba la sabiduría para combinar los elementos con los que crear nuestras pócimas.

Recorriamos con antorchas las calles de Atenas, en honor a Deméter y su búsqueda incansable de Perséfone, la hija perdida en el inframundo, e invocábamos a la diosa para que nos iluminara en nuestra búsqueda del conocimiento.

—Perséfone vivía en un bosque lejano —relataba Aspasia a sus alumnas—, rodeada de otras hijas de dioses. Con ellas jugaba y se crio feliz, siempre bajo la vigilancia de su madre, Deméter, y la indiferencia de Zeus, su padre. Pero un día que el señor de los infiernos se encontraba paseando por los límites de sus terrenos, se acercó demasiado al bosque donde habitaba la diosa. La vio, se enamoró y quiso casarse con ella. Como Deméter se opuso a esta unión, Hades urdió un plan para que su amada bajara con él a los infiernos. Encantó una de las flores que tanto le gustaban a Perséfone y cuando esta fue a cogerla para hacerse una diadema, la flor la absorbió y la hizo descender al reino de su raptor.

Yo también había sido raptada y había bajado al inframundo donde sobrevivía sirviendo hidromiel, convertida en unos oídos que no querían escuchar y unos ojos que miraban con indiferencia a su alrededor. Las alumnas lanzaban exclamaciones de

asombro y seguían con fascinada atención el relato de Aspasia mientras yo repartía mi peso sobre un pie y sobre el otro para aliviar el cansancio y esperaba poder soltar pronto aquella bandeja tan pesada.

—Fueron días muy duros para Perséfone, que vio desaparecer todo aquello que amaba: las flores, el verdor del césped, las gotas de rocío con las que lavaba su cara al salir el sol... Al principio se negó a hablar con Hades, pero poco a poco se fue resignando. El dios del infierno había ya dispuesto todo para su boda, y llegado el día, Perséfone, ya sin lágrimas, se unió en matrimonio a su carcelero.

Mi carcelera hablaba con voz melodiosa, tenía modales aristocráticos, me trataba con justicia, con la justicia de Atenas. No podía quejarme. Perséfone había sido menos afortunada.

—Mientras tanto —continuaba Aspasia—, Deméter buscaba a su hija sin descanso. Durante nueve días y nueve noches recorrió cada rincón de la tierra buscándola, hasta que el décimo día, el Sol decidió contarle cómo había visto desaparecer a Perséfone. Deméter enfureció y dejó la Tierra, que sin su presencia se quedó estéril, nada crecía ya en ella. Marchó a hablar con Zeus para que le exigiese a Hades que devolviera a su hija. Zeus intervino, y Hades se avino a devolver a Perséfone siempre que esta no hubiera comido nada durante su estancia en el infierno.

—Pero comió, ¿verdad, maestra?

—Cierto. Hades la engañó y le hizo comer unas semillas de granada que la ataron para siempre al inframundo. Pero Hades no conocía a Deméter, que acabó por cruzar ella misma la laguna Estigia para llegar al reino de los muertos. Allí, frente al dios, juró permanecer en el infierno hasta que pudiera recuperar a Perséfone.

Y yo, que hacía lo posible por no escuchar aquella historia, pensaba que mi padre, a diferencia de Deméter, no había luchado por encontrarme. Mi padre, ese ser todopoderoso que me había enseñado a esperar lo imposible, me había abandonado a mi suerte. Y yo seguiría en mi infierno privado, soñando cada vez menos con una liberación que nunca llegaría.

—La Tierra, mientras, agonizaba sin Deméter. Las flores no crecían, las cosechas se agostaban y Zeus decidió imponer su voluntad para volver las cosas a su lugar. ¿Qué sucedió, Moira?

—Los dioses llegaron a un acuerdo. Perséfone viviría parte del año en el inframundo y parte en la Tierra. Así, cuando Perséfone habita en la Tierra, las cosechas florecen y maduran y cuando vuelve al inframundo con su esposo, las hojas se caen y el mundo se vuelve frío y gris.

Frío y gris.

Era fiesta en Atenas. Corrimos entre la multitud para conseguir un lugar cercano a la ceremonia, aunque los alrededores del templo ya estaban abarrotados de ciudadanos, comerciantes y esclavos que habían dormido a la intemperie para conseguir una buena posición. Nos escurrimos como anguilas entre la gente, nos

llenamos los pies de barro, sorteamos puestos callejeros, carros, soldados que protegían el paso de la procesión, bailamos junto al Tesmoforio y estornudamos por el incienso de los altares levantados para honrar a la diosa.

Había llegado el gran día. Por fin, sería consagrada la estatua de Atenea Pártenos que el famoso escultor, Fidias, había mantenido tan en secreto. Toda Atenas estaba allí; ciudadanos con sus mejores galas, acompañados por las familias más importantes de la Liga de Delos, junto a miles de esclavos y extranjeros, que habían invadido los barrios elegantes de la ciudad para asistir a un acontecimiento tan magnífico.

Hacía calor en la planicie abierta de la Acrópolis. El sudor corría los afeites de las damas y reblandecía la dureza de las barbas de los hombres, y los vendedores de agua e hidromiel no daban abasto para satisfacer las demandas de los sedientos. Temis llevaba con orgullo una guirnalda que había confeccionado con las flores que adornaban las calles y a mí me había colocado una diadema de mirto florecido, que con el calor despedía un perfume demasiado denso para mi estómago.

Vestidas con sus deslumbrantes túnicas blancas, y tocadas con el velo ceremonial, las sacerdotisas de Atenea elevaban sus cánticos y acumulaban las ofrendas que entregaban los asistentes. Trigo, vino, flores, miel, corderos de las familias aristocráticas, y bueyes de cuernos dorados, prestos al sacrificio, que mugían mientras eran introducidos en el templo hasta que llegara su hora.

Al seguir con la vista a Festo, el boyero, que conducía entre el polvo a uno de aquellos bueyes que tanto me habían hecho padecer, vislumbré solo un instante, entre la multitud, una cara que no fui capaz de identificar, pero que me produjo una reacción instantánea en el estómago, una náusea que achiqué al olor de las flores de mi diadema.

Fue aquel el instante elegido por el maestro Fidias para aparecer con sus ayudantes y entonces olvidé aquella extraña sensación y todos le aclamamos como si se tratase de un atleta de los juegos. Era ya casi un anciano, pero su cara resplandecía y caminaba con vigor hacia el templo. Los relieves del friso parecían seres reales detenidos por una fuerza sobrenatural, que se asomaban desde su elevada posición para contemplar la fiesta; tal era el realismo de aquellos cuerpos preparados para la batalla, la majestuosidad de aquellos dioses y la belleza de las diosas ataviadas con túnicas cinceladas en el mármol, tan sutiles y cálidas como el más suave lino.

Vi a mi amo, Pericles, acompañado por Aspasia, Sócrates, y Alcibíades, que brillaba como Apolo. Desde hacía unos meses sus entrenamientos en la palestra eran más intensos ahora que se acercaban los juegos. Sus lecciones con el maestro Sócrates y la atención de Pericles, que le hacía asistir a las reuniones de la Asamblea para instruirlo en sus deberes de ciudadano, le alejaban cada vez más del espacio doméstico.

Pero aquella misma mañana, había conseguido estar a solas con él saltándome las órdenes de Critila, y acudiendo a su llamada en lugar del esclavo que solía atender

sus necesidades. «¿Dónde está Filomeno?», me había preguntado sin mirarme. «Ha tenido que salir, señor, ¿qué deseas?» «Trae agua fresca y vino». «¿Vas a beber ahora?» Se volvió hacia mí con su expresión más dura. «Tienes la absurda costumbre de discutir mis órdenes, como te llames». «Lena», dije. «¿Lo ves? —se enfadó aún más—, ¿quién te ha preguntado?», pero entonces se echó a reír y me dio un capón en la cabeza. «Deja de molestarme y trae lo que te he ordenado. Hoy es un día grande y hay que celebrar». Cuando volví con el agua y el vino, se estaba vistiendo la túnica de ceremonia y le ayudé a colocar los pliegues como a él le gustaban. «Reconozco que tienes manos hábiles, como te llames. He oído por ahí que eres una especie de curandera». El estómago se me encogió. Era la primera vez que se dirigía a mí sin que sus palabras encerraran una orden y guardé aquel momento en ese rincón de mi espíritu en el que aún era una mujer libre. Por desgracia, fue solo un instante, pues cuando iba a contestar a su comentario, se dio media vuelta y me despidió con un gesto de la mano.

Ahora, la comitiva, en la que Alcibíades destacaba en juventud, soberbia y belleza, era aclamada por la multitud, aunque se escucharon algunos silbidos y abucheos que procedían del ala más conservadora de la Asamblea. La aparición de Aspasia junto a Pericles tampoco pareció ser muy bien vista por la muchedumbre. «Cómo se atreve a acudir al templo cuando todos sabemos de su herejía. Atenea puede contrariarse y vengar su ira en todos nosotros», susurró junto a mí una ciudadana. «Pericles haría bien en no desafiar así a los dioses», respondió su compañero. Mi ama, sin embargo, no mostraba signos de sentirse ofendida por las frases que se escuchaban aquí y allá. «Hereje», susurraba la multitud, «prostituta», «extranjera». Y ella erguía la cabeza y sonreía saludando a Fidias mientras encabezaba la comitiva que entró en el templo para descubrir, por fin, la famosa estatua que todos habíamos acudido a contemplar.

Me asombró sentir tanto odio. Yo aborrecía su soberbia, su ironía hiriente, su indiferencia burlona; creía envidiar aquella superioridad que nunca la abandonaba, las conversaciones que mantenía tumbada bajo la sombra de la parra, sus amigos, el amor que le brindaba Pericles y que ella aceptaba como un regalo más. Creía que todos la adoraban y, sin embargo, ahora sentía el odio crecer a su alrededor como un monstruo capaz de engullirla. Era extranjera, hablaba con libertad de asuntos prohibidos, tenía poder, era hermosa y era sabia. Era imposible perdonarla.

Pero aún estaba lejos el tiempo en que el odio eclosionaría. En aquel momento, Pericles era el centro del mundo a despecho de sus enemigos. Después de treinta años de gobierno, Atenas refulgía con sus obras y el resto de las ciudades de la Hélade se inclinaban sin reservas a su hegemonía. Incluso los esclavos participábamos de esa magnificencia. Como aquel día, en la explanada de la Acrópolis.

Se abrieron las puertas de la cella y ante nuestros ojos atónitos apareció la diosa, inmensa y brillante como el amanecer. Todos los gritos y las aclamaciones quedaron ahogados en nuestras gargantas. Nunca antes en Atenas se había visto nada igual, se

escuchaba, y aunque yo apenas podía ver la mitad superior de la estatua, eso bastó para dejarme sin respiración. No era solo su tamaño, que alcanzaba casi el techo de madera del templo, pintado de un azul intenso salpicado de estrellas; era la impresión que causaba la blancura del marfil que había servido para recrear el cuerpo de la diosa, y el fulgor del oro del casco y del escudo, brillantes como dos soles, en contraste con la penumbra suave del interior y el rojo de las columnas que la enmarcaban.

El pilar sobre el que se erigía la estatua, adornado de relieves, quedó pronto cubierto por las ofrendas de flores que iban depositando los ciudadanos en una procesión que parecía no tener fin. Yo también participé en la procesión y dejé a los pies de la estatua la guirnalda que había estado mareándome toda la mañana, deseando que su perfume fuera digno de la diosa. Ayudada por sus asistentes, la sacerdotisa encendió el fuego sagrado y los matarifes comenzaron a degollar a los corderos mientras las vestales seguían con sus rezos.

La ceremonia comenzó, la sacerdotisa se colocó frente al altar erigido a los pies de la estatua y levantó los brazos al cielo.

—Oh, diosa de sabiduría —rezó con una voz profunda que parecía escucharse en muchos estadios a la redonda—, nacida de la misma frente de Zeus, virgen eterna, vencedora de Palas. Tú, que nos entregaste el olivo como signo de alianza, oh, señora del Olimpo, a ti elevamos nuestras plegarias.

El calor, el olor de la sangre y la cadencia de las oraciones comenzaron a producirme una perezosa fascinación en la que todo se difuminaba como en un día de niebla. Los cánticos de las celebrantes parecían provenir de un lugar muy lejano. Las voces de mi alrededor callaron y yo me sentí flotar hacia la estatua que me miraba con enormes ojos fríos que parecían gritarme «huye, aléjate del peligro».

Salí de aquel sopor extraño con la cabeza aturdida y ganas de salir corriendo. A mi lado, Temis parecía a punto de quedarse dormida.

Para evitar que esto pasara, y aún perdida en aquella visión producida por el calor y la falta de alimento, sacudí la duermevela de mi amiga y le propuse dar media vuelta y volver a casa.

Estábamos a punto de llegar a los Propileos y caminar se volvía más y más complicado. La multitud, que a aquellas alturas de la ceremonia estaba cansada, sudorosa y sedienta, impedía a cada momento nuestros intentos de avanzar. Aunque había recibido algún que otro golpe, yo intentaba abrirme camino entre los ciudadanos pidiendo clemencia, cuando unas manos me agarraron con fuerza por los hombros y me detuvieron.

El cuerpo al que pertenecían aquellas manos terminaba en unas sandalias por las que asomaban unos pies escuálidos, de dedos largos y sucios por el polvo y el sudor. Levanté la mirada y descubrí la misma cara de la Parca, delgada, amarillenta y correosa como un perro muerto, en la que solo parecían vivos los ojos negros y hundidos en las órbitas, brillantes como ascuas y que tanto tiempo habían poblado

mis pesadillas. Intenté soltarme de aquellas manos, pero me había quedado sin fuerzas y el hombre mantuvo su presa mientras esbozaba una media sonrisa que me devolvió a aquel barco hediondo y nunca olvidado.

—Tienes mucha prisa, muchacha, y molestas a todo el mundo —dijo con ese tono melifluo que yo no había olvidado—. Debería entregarte a tus amos para que te den unos buenos azotes.

—No te preocupes, señor —respondió por mí Temis, que estaba justo detrás—, es seguro que recibiremos los azotes aun sin tu intercesión. El ama es muy estricta y llegamos tarde a nuestras tareas.

Entonces, como si Temis no hubiera hablado, se inclinó hacia mí con la sonrisa que yo tanto había odiado. Reviví su aliento ácido y su voz cascada y la fuerza de sus manos que me oprimían los brazos como una argolla de hierro. «Si hubiera sabido en qué te ibas a convertir, te hubiera guardado para mí», susurró, y un rastro de saliva me dejó en la oreja la sensación húmeda del paso de un caracol.

—¿Dónde vives? —preguntó por fin incorporándose y sujetándome aún del brazo.

—Somos esclavas en casa del marmolista Nicomedes. —Temis hablaba casi sin respirar—. Es el dueño del mejor mármol pentélico, de su cantera salen las más bellas estatuas y los frisos más trabajados. Si lo deseas, podemos acompañarte hasta la tienda de nuestro amo. Es la más grande del Cerámico y...

—Basta —cortó el hombre, aunque sin apartar su mirada y su sonrisa oscura de mí—, deja de parlotear de una vez. Y tú...

En aquel momento, Temis, que se había adelantado hasta situarse junto al hombre, le propinó una fuerte patada que le hizo soltarme. Mi amiga me agarró de la mano y corrimos entre la gente, dejando atrás los gritos del hombre, que quedaron ahogados rápidamente entre el revuelo de la multitud, que ya empezaba a moverse para regresar a sus casas tras la ceremonia.

—¿Por qué has hecho eso? —quise saber, cuando estuvimos a salvo en casa y recobramos el resuello—. ¿Por qué te has inventado toda esa historia absurda del marmolista?

—Ay, Lena, unos ojos así solo pueden traer desgracias.

Capítulo VIII

La mentira de Temis no sirvió de nada. A partir de aquel día, empecé a encontrármelo en cualquier recodo. La primera vez escapé creyendo que me perseguiría, pero él no parecía tener intención de acercarse a mí. Solo me miraba y a veces me hacía una señal desde lejos, como una advertencia, como un recuerdo de nuestro antiguo trato. «Nunca dejaré de vigilarte —me había susurrado a nuestra llegada al Pireo—, y si alguna vez se te ocurre contar a alguien quién eres, juro que tu madre y tu hermana pagarán por ello». Eran como una oración macabra que recordaba cada noche al acostarme, una advertencia que siempre había tenido presente y que ahora revivía con más fuerza que nunca en la mirada de aquel hombre.

Como pasaban los días y el fenicio no hacía nada más que sonreír desde lejos, me acostumbré a su presencia como el que se acostumbra a ver un mendigo escrofuloso y hasta empecé a perder el miedo, aunque no el rencor. Pero entonces, cuando habían pasado varios meses desde nuestro primer encuentro, lo descubrí a la vuelta de una esquina, en el Scambonidai.

Recuerdo cada gesto, cada movimiento de aquel instante. Es casi de noche, yo vuelvo de recoger agua de la fuente y él está apoyado en la pared. Le veo incorporarse con lentitud y acercarse. Y me veo a mí, paralizada con el cántaro de agua en la cadera. Miro hacia todos los lados, pero estamos solos. Quiero escapar, pero él me sujeta del brazo.

Yo sigo buscando una salida, espero un prodigio que me libere, pero la calle está desierta. Los dioses le han ayudado a preparar bien el encuentro. Recuerdo cómo tira de mí y el cántaro se estrella contra el suelo. El agua me salpica y los trozos del cántaro roto me lastiman las piernas.

Aún siento cómo me arrastra hasta un callejón cercano, estrecho, hediondo y me empuja contra la pared. Me aplasta con su peso. Me aprieta la cara con una mano y con la otra me levanta la túnica. Y me toca, áspero y brutal, como si quisiera abarcarme toda de una vez.

No grito. No me muevo. Solo tiemblo al sentir sus manos ciegas cada vez más arriba, cada vez más adentro.

—Sí, debí guardarte para mí —dice con aquel aliento podrido.

Y me toca, me besa con labios húmedos, me lame con una lengua viscosa, restriega su cuerpo contra el mío durante un tiempo que parece no acabar, noto sus dedos sin piedad dentro de mí, hasta que por fin lanza un jadeo de perro enfermo y me suelta con violencia. «Vete», me grita, pero yo sigo quieta, como si tuviera un gran peso sobre los hombros que me impidiera dar un paso. Y es él quien se aleja de mí sin una palabra más, con una mueca tensa, entre la risa y el llanto, como si en

lugar de carne y hueso su cara solo fuera una máscara siniestra.

No conté nada a nadie, ni siquiera a Temis. Recibí en silencio la reprimenda de Critila por la rotura del cántaro mientras sentía aún el dolor de las heridas en las piernas y la presión de sus manos y el escozor, y cuando todos estuvieron dormidos cogí un poco de agua, y a la luz de una pequeña lucerna, me lavé las huellas de aquellos dedos descarnados. Raspé la piel con fuerza sin notar dolor, una y otra vez, allí donde sus manos me habían tocado, arrastrando la suciedad con la sangre que me purificaba. El miedo, aquel miedo antiguo que había conseguido casi desaparecer con los años renacía en mí con más fuerza que nunca.

Desde aquel día temía encontrarle al volver cualquier esquina; me acostumbré a mirar a todos lados y cuando la obligación me sacaba de la casa, corría hacia mi destino con una velocidad que aceleraba el terror. Pero a pesar de mis cuidados yo no era dueña de mi tiempo y siguió acorralándome a lo largo de los meses siguientes. Siempre igual. Sus jadeos, sus manos ásperas tocando, explorando, su cuerpo flaco oprimiendo el mío, sus dedos tan adentro y luego, con un estertor que le hacía encogerse, me dejaba allí donde estuviera, sin una mirada, sin una palabra más. Solo con aquella mueca delirante en su cara huesuda, siempre la misma, como un llanto seco y silencioso. Y en mí quedaba el temblor que me sacudía el cuerpo, como avisándome de que todo había terminado por aquella vez.

Después, al quedarme sola, no dejaba de pensar que yo tenía la culpa, que podía haber gritado, pateado, mordido aquella lengua que se introducía en mi boca como un gusano, que yo era más ágil, más rápida, que no tenía que soportar aquella humillación perpetua. Y sin embargo, nunca escapaba. La vista de aquel hombre me paralizaba como un conejillo al que se deslumbra con antorchas. Me parecía estar atada a él a través de aquellos ojos hundidos que brillaban como fuegos del infierno y él tiraba de aquel hilo invisible y yo sucumbía a su poder, a pesar de mi rabia.

Soñaba con librarme de él, pensé en llevar una daga oculta en la ropa y en el momento en el que cerrara los ojos para alcanzar su extraño clímax hundir la daga en su garganta, justo debajo de la nuez que subía y bajaba por su cuello escuálido como buscando la salida de aquella cárcel repugnante, y entonces fantaseaba con retorcer la daga dentro de su cuerpo, como se mata a los cerdos, dejando que se desangren poco a poco, para lavarme después en aquella sangre que sería tan negra como su mirada.

Pero eran solo fantasías. El miedo era más fuerte que todo lo demás y el miedo me entregaba a aquel hombre, inerme, sumisa, estúpida, como si me inmolará en un sacrificio ritual del que no hubiera escapatoria.

Una tarde me ocupaba de remendar, junto a otras dos esclavas, los peplos demasiado raídos de la servidumbre. Era una tarea que aborrecía porque la aguja se empeñaba en clavarse en el dedo a la vez que atravesaba la tela y a pesar de lo dura que ya era mi piel en aquel tiempo, el dolor de cada pinchazo me hacía soltar la aguja y lanzar maldiciones en voz baja. Estábamos sentadas a la sombra, protegidas del sol que aún no se había retirado del todo del patio cuando se escucharon unos golpes en

la puerta. Un esclavo acudió a abrir y en el umbral se perfiló la silueta de un hombre que no reconocí al principio, pues su porte era muy distinto al habitual. Iba vestido con elegancia y se había cortado el pelo a la moda ateniense. Pero entonces miró hacia nuestro rincón y vi su sonrisa. Bajé los ojos hacia el suelo. Me parecía que toda la sangre se me había concentrado en la cabeza y me quedé así, esperando sentir en cualquier momento el contacto de aquellas manos que tan bien conocía.

El tiempo se había detenido a la espera de que el fenicio hiciera el primer movimiento. Le vi hablando con un esclavo.

—Estás manchando la tela —escuché.

Me miré las manos. La aguja se me había clavado en el dedo, pero yo no la sentía y el pinchazo había teñido de rojo la tela que sujetaba con fuerza. Me metí el dedo en la boca de forma instintiva y al levantar la cabeza vi cómo el fenicio era conducido a la sala donde mi ama recibía a las visitas.

Pasó el tiempo. Las sombras cubrían ya el patio y las esclavas recogían entre parloteos la ropa que habíamos cosido. Llegó Temis del mercado y me vio allí, sentada, esperando no sabía qué, y se alejó hacia las cocinas con las compras, diciendo algo sobre el precio del pescado y que dejara de mirar a las estrellas que aún no habían salido y le ayudara a limpiarlo.

Hubiera querido acercarme para escuchar lo que hablaba mi ama con aquel hombre, pero las piernas no me respondían y seguí allí, entre las sombras que ocupaban el patio y me volvían invisible.

Poco tiempo después, escuché un grito de rabia y una blasfemia y la sombra del fenicio salió con precipitación de la sala donde había permanecido con Aspasia. Atravesó a grandes zancadas el patio, abrió él mismo la puerta, sin esperar al esclavo y salió dando un gran portazo.

—¡Lena! —escuché entonces. Mi ama me llamaba y su grito no presagiaba nada bueno.

Corrí hacia allí y encontré a Aspasia acalorada, resoplando, caminando a un lado y a otro de la habitación, como cuando se enfadaba tanto que era mejor no estar al alcance de sus manos.

Al verme se detuvo, pareció calmarse y me hizo señas de que me acercara. Cuando llegué junto a ella, me cogió la barbilla con una mano y me giró la cabeza a un lado y a otro. Después me alejó un poco y me miró con detenimiento, de arriba abajo, como habían hecho ya conmigo en la sala de subastas.

—Has crecido. No me había dado cuenta.

Tragué saliva.

—No te quedes ahí como una estatua —me dijo de repente dándose la vuelta y cambiando de tono— y trae algo de beber. Ese hombre horrible me ha dado sed.

No podía interrogar a mi ama y era evidente que ella no iba a decirme nada más. Intuía que lo que había sucedido era bueno para mí, que el fenicio había venido a solicitar algo que Aspasia le había negado. En aquel momento casi sentí el deseo de

abrazarla.

—Y deja de holgazanear tanto por la calle —me dijo cuando volví con una copa de hidromiel—. Ya no eres una niña.

Pasaron casi dos meses sin que volviera a ver al fenicio. Y llegó el mes de pianepsión y con él el frío, y con el frío, las Tesmoforias.

Capítulo IX

Subimos en procesión al templo, en la ladera del Pnix. El otoño ya estaba avanzado y la lluvia había comenzado a caer por la noche, empapando la tierra seca del verano. Un manto de agua tenue parecía acallar los ruidos de la ciudad y protegía la procesión de mujeres cubiertas con sus túnicas y las esclavas que las seguíamos cargando con los enseres necesarios para aquellos días de festejos. Temis llevaba un gran fardo de ropa y comida. Yo, la tela con la que levantaríamos la tienda de campaña en la que dormiría el ama y que llevaba muy apretada contra el cuerpo para que me protegiera de la humedad.

Aspasia iba sola. Sus amigas no solían ser mujeres casadas y a su alrededor se había creado un lago de silencio que solo rompían los rezos y algún que otro saludo ceremonioso y frío de las esposas de ciudadanos influyentes.

Durante aquellas fiestas mi ama desaparecía de la casa, siempre acompañada por alguna esclava mayor y por Critila. Pero ese año decidió que Temis y yo seríamos su escolta. No por primera vez desde que era esclava descubría la ventaja de ser un apéndice de los amos y poder así, en este caso, asistir a una ceremonia reservada únicamente a las mujeres casadas. Nosotras no lo éramos, aunque tampoco se nos podía considerar solteras. Éramos esclavas, seres aparte, invisibles y atentos.

Aun así, Temis y yo estábamos excitadas y ansiosas por descubrir los misterios que se ocultaban tras aquellos rituales vedados a los hombres y de los que tan poco se sabía si no se había participado en ellos. Pero junto a esta excitación, no podía dejar de sentir cierta melancolía al contemplar a las recién casadas, jóvenes de mi edad que acudían por primera vez a la ceremonia. Las miraba desde mi distancia insalvable, sus ojos asustados y curiosos, un apocamiento que les hacía encogerse, sus mantos de lana cálida, el oro que cubría su desamparo. «No son más libres que yo», pensé, mientras bajaba la cabeza para evitar la lluvia y contemplaba mis sandalias de cuero basto chapotear en el barro.

Llegó la noche. Las mujeres, que habían ocupado los terrenos donde se reunía la Asamblea, vedados el resto del año, se sentaron alrededor de los fuegos y comenzaron a entonar unos cánticos que a Temis y a mí, que estábamos algo alejadas de las hogueras principales junto a las demás esclavas, nos hicieron enrojecer a pesar de no entender la mayor parte de lo que decían. Hablaban de los tiempos antiguos, cuando aquellas fiestas habían sido reuniones orgiásticas donde las mujeres se ofrecían unas a las otras, donde los cuerpos buscaban el placer en otros cuerpos iguales, donde se bebía hasta perder el sentido. Aquellas ceremonias pasadas se representaban ahora con canciones procaces y bromas que repetíamos en voz baja, riendo. Mi cabeza se alejó de aquel lugar de festejos, las voces se fueron diluyendo

como si fueran de arcilla bajo la lluvia.

Durante el día, mientras nosotras preparábamos los lechos de plantas y ramas donde se acostarían al terminar la jornada, las mujeres se habían dedicado a desenterrar las estatuillas escondidas meses atrás. Había dejado de llover, y el suelo blando por el agua hacía más fácil la búsqueda de los pequeños tesoros enterrados. Figurillas con formas de serpiente, de cerdo y otras formas que les hacían reír y esgrimían como un estandarte. No era la primera vez que veíamos esos objetos. Aspasia guardaba uno en el arcón que había junto a su cama, era de cuero y estaba envuelto en un lino muy suave. Una vez, con el ama ausente, Temis lo había sacado explicándome con mucha claridad para qué se usaba y cómo. Habíamos reído comparando aquel dildos con los órganos que mostraban las estatuas de los dioses y los héroes y también con el cuerpo desnudo de Alcibíades que su indiferencia nos permitía contemplar. Pero entonces la risa se me había cortado al recordar el tacto blando, caliente y pegajoso de aquello que el fenicio tenía entre las piernas y que me hacía palpar y restregar, y que dejaba en los dedos un olor acre que permanecía en mi piel aunque me lavara varias veces.

En aquel momento, sin embargo, el recuerdo parecía alejarse de mí y convertirse en una pesadilla de la que había despertado y nunca volvería a repetirse. Acunada por los cánticos, me arrebujé en la tela encerada que me protegía de la lluvia y sentí una gran serenidad. Me vi unida a aquellas mujeres por vínculos antiguos, más antiguos que los propios dioses. Vínculos que estaban por encima de clases sociales, de alianzas y de naciones. Creía que nada, que nadie podría amenazarme junto a aquellas mujeres que charlaban alrededor de la hoguera, ahora que la lluvia parecía haber parado. Me sentí a salvo y cuando mi ama me miró desde lejos y alzó su copa indicando que estaba vacía, me levanté con ánimo y me acerqué hacia el fuego dejando atrás las sombras hostiles que nos rodeaban.

Las señoras charlaban junto a la hoguera. Me incliné para llenar su copa. La prevención que solía existir contra Aspasia se había ido suavizando a medida que el vino corría con ligereza entre las damas. Y parecía que todas ellas querían aprovechar la oportunidad para instruirse en habilidades que no se podían aprender en los gineceos. Aspasia era maestra de muchas cosas, pero sin duda lo era en los artificios del amor, y aquellas ciudadanas envueltas en velos y ocultas en sus mundos cerrados, ansiosas de saberes desconocidos, querían aprovechar aquellos días de libertad para adentrarse por pasadizos desconocidos con los que, sin duda, soñaban frente a la rueca.

—Los hombres son precipitados, ansiosos. No saben disfrutar de las delicias de la pasión. Para ellos el lecho es un campo de batalla del que tienen que salir victoriosos lo antes posible. Las largas campañas no están hechas para ellos, bravos guerreros atenienses.

Todas reían y escuchaban a mi ama con los ojos brillantes, con la misma atención fascinada que mostraban sus alumnas y yo me sentía casi orgullosa, como si hubiera

dejado de ser mi ama y fuera una madre sabia de cuya sabiduría yo participara. Aspasia tenía la habilidad de embaucar con la palabra, de conseguir que matronas respetables que hubieran muerto antes de asistir a sus fiestas, a las que muchos de sus esposos eran asiduos, se mostraran ahora ansiosas, dispuestas a dejar de lado todos sus prejuicios.

—No debéis someteros a su ritmo, debéis imponer el vuestro.

Se miraban entre ellas, con una sonrisa avergonzada, como sin atreverse a decir lo que todas parecían saber.

—Sé que no es fácil. Los hombres solo se pliegan a los caprichos de las hetairas, no a los de sus esposas.

Y todas asentían con resignación y, sobre todo las más jóvenes, esperaban anhelantes las siguientes palabras de mi ama.

«No son más libres», volví a pensar mientras envolvía a Aspasia en una túnica que la protegiera del relente de la noche, solo son más confiadas. Me imaginaba el lecho nupcial de Atis, recordaba a aquel esposo borracho y viejo y me preguntaba qué artes de seducción habría tenido que utilizar mi hermana para conseguir un poco de felicidad.

—Yo aprendí muy pronto a disfrutar de mi cuerpo. Eso no os lo puede quitar ningún esposo autoritario.

Mi ama cogió un palito de la hoguera y con él trazó un dibujo en el suelo, una especie de flor de varios pétalos, aunque las cabezas de las damas me impedían ver con claridad. Yo me incliné, como todas, pero cuando Aspasia se dio cuenta de que estaba tras ella, pendiente de sus palabras, me miró con aquella irónica sonrisa suya que me seguía haciendo enrojecer.

—Ya no te voy a necesitar.

El segundo día, el del ayuno, se levantó de nuevo lluvioso. Las damas tardaron en despertar. Las libaciones de la noche habían sido excesivas y la humedad del ambiente hacía más difícil la recuperación. Temis y yo aprovechamos para contarnos todo lo que habíamos aprendido aquella noche y reíamos entre cuchicheos cuando se acercó a nosotras una de las esclavas más viejas, una que había dormido a nuestro lado.

«Tengo un recado que darte». La miré con asombro, pues no la conocía, pero ella me hizo señas para que la siguiera y cuando Temis hizo intención de acompañarme, la detuvo con un gesto de la mano. «Tú sola —me dijo—, nadie más». Se inclinó hacia mí y susurró: «Se trata de tu padre».

No sé de dónde pude sacar la fuerza que me permitió caminar tras aquella mujer. Lo cierto es que sin saber cómo me encontré junto a ella en el muro posterior del Tesmoforio, oculto a las miradas de las participantes en los festejos y anegado por el agua de las últimas lluvias. No era capaz de pensar. Después de haber oído aquella frase sorprendente, me sentía como adormecida, como si todo aquello fuera un sueño que me producía el mismo frío que el agua que empapaba mis sandalias.

Abrí la boca para hablar, pero la mujer se puso un dedo sobre los labios reclamándome silencio: «Ten paciencia y espera aquí un momento», y se alejó con precipitación mirándome como si me compadeciera.

No sentí miedo, solo una ansiedad que no me dejaba casi respirar. Y cuando empezaba a creer que todo había sido una broma extraña, escuché a mi espalda unos pies que chapoteaban en los charcos. Me volví.

—Eres difícil de encontrar.

Otra vez sus ojos, esos ojos que nunca olvidaba pero que hacía tiempo que no tenía tan cerca. Sentí como si una losa cayera sobre mí. Perdí fuerza en los brazos y las piernas, como siempre que estaba a su lado. Se acercó sabiendo que yo no iba a escapar, tan seguro de mi cobardía como de su impunidad.

—Cada día estás más hermosa —dijo el fenicio acercándose con su sonrisa oscura—. Tu padre estaría orgulloso si te viera.

Yo solo podía jadear esperando su contacto, la aspereza de sus manos, el aliento ácido. Había vuelto a ser quien era, el traficante que olía a salmuera y orines y que se acercaba con lentitud, saboreando su poder. Al retroceder un poco, el barro me hizo resbalar y caer en el charco sobre el que estaba parada sin notarlo.

Me alargó la mano para levantarme, pero yo no podía hacer ningún movimiento.

—Vamos, no seas tan remilgada. Ya somos viejos amigos. —Y se agachó más con la mano extendida.

Entonces algo pasó en mi interior y sí, le agarré con las dos manos y tiré de él con todas mis fuerzas. Se desplomó junto a mí. Me levanté y quise escapar, pero el barro me hizo caer de nuevo de rodillas. El fenicio se incorporó y me agarró de la túnica. Comenzamos a luchar. Él era más fuerte, pero yo era más ágil y conseguía escabullirme de sus manos resbaladizas, aunque no podía escapar del todo de aquel suelo enfangado y de su cuerpo. Seguimos forcejeando en el suelo, cubiertos de barro, hasta que escuché una voz que gritaba mi nombre. El fenicio dejó de tirar de mí y vi a mi ama con el rostro enfurecido como nunca lo había visto. Junto a ella había dos de los soldados que protegían el sueño de las damas. Me levanté como pude y me acerqué a mi ama mientras el fenicio se incorporaba con dificultad e intentaba limpiarse el barro que le volvía aún más inmundo.

Aspasia respiró hondo varias veces para controlar su ira. «Creía que nuestra conversación había sido clara, señor», dijo con absoluta frialdad. Me miró de soslayo: «Ve a limpiarte».

No quería irme, tenía que saber qué iba a pasar entre mi ama y mi carcelero. Me alejé un poco y me quedé detrás de Aspasia y los soldados, esperando que no se diera cuenta de mi presencia, pero mi ama se volvió hacia mí y me miró con unos ojos que me hicieron salir corriendo.

Junto a las tiendas me encontré con Temis, que parecía muy excitada.

—¡Gracias a las dos diosas que estás bien, Lena! —me dijo abrazándome sin importarle el barro que me cubría.

La miré interrogante.

—Te seguí —dijo—, y vi a aquel hombre espantoso, y corrí en busca del ama, pero no me dejó ir con ella. ¿Te ha hecho algo?

Negué con la cabeza. No podía hablar.

—Es el mismo que el de aquel día, ¿verdad? —continuó—. El día de la consagración de la estatua de Atenea. Es el mismo que te sujetó y que quería saber dónde vivías, ¿verdad?

Asentí, reconociendo sus palabras.

—Pero ¿por qué te busca? ¿De qué te conoce?

Y tuve que volver a mentir, aunque la mentira se acercaba mucho a la verdad que no podía revelar.

—Es el hombre que me compró en Síbaris y que me trajo hasta el Pireo.

Le conté que desde que me vio en la Acrópolis me perseguía e incluso le conté que a veces había conseguido acorralarme contra algún muro.

—No hace mucho se presentó en casa de los amos y habló con Aspasia, pero se fue muy enfadado. No le había vuelto a ver —concluí.

Temis luchaba entre el enfado por mi silencio y la preocupación por lo que me había pasado, pero su corazón era generoso. Me acompañó a cambiarme de túnica y a lavarme el barro que ya comenzaba a secarse.

—Pareces una estatua asustada —rio, queriendo tranquilizarme.

Aspasia tardó un tiempo en aparecer y cuando al fin lo hizo se mostraba tan segura y tranquila como siempre. No comentó nada sobre el asunto, no me preguntó nada. Y yo, también como siempre, quedé relegada a ser un testigo mudo e ignorante de lo que pasaba a mi alrededor, incluso de lo que tenía que ver con mi propia vida. Sin embargo, comprendí también que aquella seguridad que había sentido junto a la hoguera no había sido una ilusión. Que mi ama, a pesar de sus modos soberbios y su silencio, me había protegido de la oscuridad y, como ya pasara la noche anterior, sentí orgullo por su valor, por su fuerza. Ya no estaba indefensa, a merced de los caprichos de un destino incierto y peligroso. Algo que iba a tener muy presente en los tiempos oscuros que estaban a punto de llegar.

El tercer día de las Tesmoforias, las participantes, al amanecer, ofrecieron a las dos diosas frutos, queso y gachas. Yo seguía intranquila por lo que había pasado, pero Temis no dejó de incordiar me durante toda la mañana.

—No te ha pasado nada, Lena, no seas aguafiestas. Diviértete. Hoy es el día grande. Van a flagelarse con ramos verdes. Estoy deseando verlo. Es para tener hijos. Pero yo creo que los consejos del ama son mucho más eficaces que unos cuantos azotes. Te apuesto la limpieza del patio durante un año a que dentro de nueve meses hay más nacimientos en Atenas.

El otoño se deslizó sin estridencias en el Scambonidai. No volví a ver al fenicio, parecía haber desaparecido, e imaginé que había vuelto al mar, en busca de nuevas víctimas que engordaran su bolsa.

Seguimos con nuestras tareas cotidianas, recogimos los frutos de la higuera del patio y los pusimos a secar bajo techo; recolectamos las últimas hierbas de la temporada; comenzamos a hilar el lino y la lana con que tejeríamos las ropas del nuevo año y nos fuimos recluyendo en casa a medida que el frío se instalaba en Atenas.

Junto a los amos ofrecimos libaciones a Deméter para que la cosecha de la primavera fuera abundante; a Atenea, para que protegiera la ciudad de los males del invierno, a Afrodita Ambológera, para que retrasara la vejez de los habitantes de la casa. Y yo, alejada de todos, hice una ofrenda muy especial en honor de Poseidón. «Señor de los mares y de las profundidades —recé frente al altar del templo—, no dejes que vuelva, mantenlo alejado de Atenas, señor de las aguas, libérame».

Capítulo X

Las esclavas de la casa se acostumbraron a reclamar nuestros cuidados para pequeñas heridas, para los dolores producidos por la humedad del invierno y los sofocos de la canícula estival. Temis era más hábil a la hora de preparar una cataplasma de cebolla para abrir un uñero, o aplicar un ungüento de aceite y manzanilla en los huesos de las esclavas viejas. Pero yo era mejor mirando a los ojos de las enfermas para averiguar dónde estaba su mal. Males del cuerpo y también del espíritu, que a veces remitían con una infusión de menta y una charla junto al pozo a la caída de la noche. Aspasia, cumpliendo su promesa, hacía comprar los ungüentos que Temis necesitaba para sus pócimas. Incluso ella misma, en alguna ocasión en que se sentía indispuesta tras una fiesta de excesivas libaciones, acudía a nosotras para que le preparáramos una infusión de perejil con la que aliviar los párpados inflamados.

El viejo Eudemo estaba un poco loco. Era una mezcla de mago y charlatán. Vendía hierbas, ungüentos y talismanes y le gustaba pasar el rato con nosotras cuando la clientela lo permitía. Eudemo era muy locuaz y Temis necesitaba poco para tirarle de la lengua y conseguir que hablara de sus asuntos favoritos. Aunque me reía con las bromas de Temis, las palabras de aquel hombre no me eran desconocidas. Me hablaban de mi infancia, de las ceremonias a las que acudía junto a mi familia, pero también me recordaban frases espiadas tras la puerta de mi padre cuando se reunía por las noches con sus amigos más íntimos.

Eudemo nos hablaba del alma inmortal que emigra a otros seres nuevos, del castigo en la otra vida por las maldades que se cometieran en esta y de que todas las cosas están dotadas de vida. Entonces, Temis se ponía muy seria y se quitaba una sandalia: «Perdona, mi muy querida sandalia, que te arrastre por el fango de este sucio mercado, pero mis pies tienen la piel más delicada que tú y debo cuidarlos». El viejo se enfurecía con Temis: «No hay que reírse de eso, niña estúpida —protestaba—, tus maldades te llevarán a reencarnarte en un sapo maloliente», lo que nos hacía reír aún más fuerte.

Cuando nos hablaba de la prohibición de comer carne o vestir lana para ser merecedor de la inmortalidad del alma, respondíamos riendo que nuestra salvación estaba garantizada, ya que la carne solo la veíamos pasar en las bandejas y la lana solo la tocábamos en los telares.

—Si atendéis a mis palabras y cumplís los mandatos, pronto estaréis preparadas para la iniciación —nos dijo un día acercándose para hablarnos en susurros—. Orfeo no distingue entre hombres, mujeres, esclavos y ciudadanos. Todos son dignos de un alma inmortal.

Nos encantaba ir al puesto del viejo y aprovechábamos cualquier ocasión para

pasar un rato en su compañía. Por él, por sus palabras, creí descubrir lo que se ocultaba tras aquellas reuniones de mi padre. Unas creencias profundas y atrayentes, que remitían a mitos ancestrales, a un pasado de magia y misterios, de castigos eternos, pero también de promesas tentadoras. La vida y la muerte una y otra vez, sin descanso, hasta que el alma alcanza la sabiduría absoluta. Los seres humanos convertidos en Sísifos esperanzados. Dionisos era su dios y Orfeo, su enviado. Con qué placer escuchaba aquellas palabras de Eudemo, con cuánta inconsciencia.

Una de aquellas mañanas que visitaba el mercado para ver al vendedor y comprarle las hierbas que no podíamos cultivar en el huerto o arrancar en el monte, me di de bruces con mi pasado.

Al principio no reparé en la mujer, solo en que era alta y elegante, pero me quedé contemplando aquella escena con un cinismo que ni yo misma sabía que me hubiera nacido con los años. «Los hombres —pensé— son animales simples y absurdos. Encierran a sus esposas en los gineceos y gastan su fortuna en mujeres con las que nunca consentirían en contraer esponsales». Presté más atención cuando descubrí entre los presentes que rodeaban a la mujer a uno de los asiduos visitantes de mis amos. Sófocles, el famoso dramaturgo que siempre nos hacía reír en la casa con sus chanzas y aspavientos, era uno de los zánganos que parecía tener mayor éxito ante aquella abeja reina enmascarada tras un velo tenue que no ocultaba sus facciones.

Cuando me fijé más en ella, el corazón dejó de latirme por un instante y fue entonces cuando nuestros ojos se cruzaron. Los suyos me miraron primero con indiferencia, luego frunció el ceño y un instante más tarde ni siquiera el colorete que le cubría las mejillas pudo ocultar la palidez de su rostro. Se llevó la mano a la cara y se arrancó el velo que la cubría como para ver mejor. Yo estaba paralizada, pero cuando hizo ademán de acercarse hacia mí el instinto me hizo negar con la cabeza. Ella se detuvo, vacilante, y me pareció leer mi nombre en sus labios. No esperé más.

Me deslicé entre el gentío del mercado. Escapé. Corrí sin ver, tropezando entre la gente y levantando protestas airadas, y con cada bocanada de aire un sollozo salía de mi cuerpo mientras recordaba la última vez que la había visto, muy joven aún pero ya sabía, instruyéndome en los avatares del amor y el matrimonio. Cuando volvíamos de los esponsales de mi hermana y yo le había confiado mi decisión de no casarme nunca y consagrarme al templo para evitarlo. Después ella me había hablado de una posibilidad para evitar ambas cosas, «aunque aún eres demasiado joven para que te lo cuente».

Y yo me había alejado, enfadada, sabiendo que al día siguiente volveríamos a vernos; que nos reiríamos de todo aquello y que ella, sin poder resistir la tentación, me hablaría de sus misteriosos planes de libertad.

Aquel día nunca llegó y tres años después volvíamos a encontrarnos y ella era una bella mujer rodeada de hombres que la mimaban como a una diosa y yo, una esclava asustada que había tenido que huir sin abrazarla.

No podía dormir, ni comer, ni pensar. El deseo de buscarla era cada vez más

fuerte, pero el miedo se había aposentado en mí como una enfermedad incurable que me impedía seguir las órdenes de mi corazón.

Por fin, dos noches después, apareció en casa de mis amos. Ahí estaba, libre y perfecta. Si en Ákragas Laida había despertado ya la admiración cuando aún era una niña, era ahora su belleza la que volvía niños a los hombres que la rodeaban. De su rostro habían desaparecido por completo las últimas redondeces de la adolescencia y sus pómulos altos enmarcaban el poder de unos ojos que yo no recordaba tan oscuros y que parecían cubiertos por un velo de inquietud. Llevaba los labios demasiado rojos por los afeites y las mejillas blancas de albayalde y una clámide de estilo espartano, que dejó ver gran parte de las piernas y los muslos cuando se recostó sobre el diván que le ofreció Aspasia. Aunque sonreía a unos y a otros, y era hábil con los juegos de palabras maliciosos que eran acogidos con risas y aplausos, cuando me incliné ante ella con una copa de vino, aquellos ojos me estremecieron como si se hubiera colado un hálito de invierno en aquel ambiente cargado. Ambas temblábamos, yo al sostener la bandeja y ella al tomar la copa de vino que le ofrecí.

Hasta Alcibíades parecía más risueño de lo habitual, y había dejado por un momento la altivez que lo seguía siempre como una estela. Desde su diván, donde charlaba con su maestro, mientras este le acariciaba con indolencia los rizos oscuros que tanto le embellecían, lanzaba de vez en cuando miradas hacia Laida, que reía en aquel momento por algo dicho por Aspasia; unas miradas que casi no me hacían daño, tan inevitables eran.

Intenté prestar atención a la charla, siempre con la cabeza baja, buscando ser más invisible aún de lo habitual. Tenía ante los ojos mis manos enrojecidas por el trabajo, cuarteadas por el agua fría del pozo, y tenía sus manos, blancas y suaves como el primer plumón de una paloma, que volvieron a temblar un poco al coger un dulce de mi bandeja y que se metió en la boca de labios densos y rojos. El corazón me retumbaba en los oídos.

—No tengo miedo a ser comparada con la mujer más bella de toda la Hélade —respondía mi amiga en aquel momento—. La rivalidad entre mujeres es un invento de los hombres para evitar que conspiremos contra ellos.

—Bien dicho, Laida —aprobó mi ama—. Cuando las mujeres comiencen a intercambiar ideas en lugar de fórmulas para blanquear las mejillas, saldremos de los gineceos y volveremos a la edad dorada de nuestras antecesoras.

Me arrodillé para colocar un cojín bajo los pies de Aspasia, que se había incorporado en el diván para dar más énfasis a sus palabras. Y al incorporarme, mi mirada se cruzó con la de Laida. Casi no podía respirar frente a aquellos ojos herméticos que no mostraban ni reconocimiento ni rechazo. La boca se me abrió sin mi voluntad. Las ganas de gritar eran tan fuertes que me mordí una mejilla y sentí el sabor de la sangre. Laida, sin dejar de mirarme, sonrió, levantó su copa y enarcó las cejas. Mi ama, que vio el gesto, me dio un suave puntapié en la cadera y me señaló la copa de mi amiga. Me levanté con rapidez y acudí a llenarla.

—Las mujeres —rezongó Alcibíades mientras sostenía un racimo de uvas del que su maestro comía con fruición— son seres aburridos y gritones que no merecen la más mínima curiosidad.

Yo miré a Laida de reojo, esperando ver su reacción ante aquellas palabras ofensivas, pero ella solo rio, lo que mortificó aún más la soberbia de Alcibíades.

—Eres un muchacho ignorante, hijo mío —replicó el amo—, y no deberías acudir a una reunión cuando no sabes aún comportarte como un adulto.

—No me refería a las damas aquí presentes, padre —Alcibíades se incorporó en el diván con el rostro colorado como una granada—. Si os habéis sentido ofendidas, os presento mis disculpas.

Diciendo esto, se levantó y salió con gran dignidad hacia sus aposentos, apartándome de su camino con un empujón que casi me hizo caer. No me importó y por una vez no le seguí con la mirada como solía hacer siempre que lo tenía frente a mí. En aquellos momentos, mi interés estaba en otro lado.

—Te ruego que no prestes demasiada atención a mi hijo —se disculpaba mi amo—, es aún muy joven y sigue prefiriendo las peleas en el gimnasio y las discusiones filosóficas con su maestro antes que las delicias de una compañía como la tuya.

—Comprendo que prefiera un bello torso musculoso, brillante de aceites —replicó mi amiga sonriendo—. Yo también lo prefiero, sin duda.

Laida había encontrado la manera de evitar el matrimonio y la consagración en el templo, como ya me insinuara aquella lejana noche de esponsales.

Habían pasado apenas tres años, tres años de silencio, de oscuridad y de preguntas sin respuestas. Tres años que Laida había aprovechado mejor que yo. Me fui, hui como siempre. Me había convertido en una esclava de espíritu y eso era algo que no tenía nada que ver con mi pelo corto y mi túnica de saco.

Al día siguiente, mientras acompañaba a Critila al mercado, escuché de nuevo su voz.

—Dama Critila, ¿podrías prestarme a tu acompañante? Acabo de comprar una preciosa tela de Corinto, pero mi esclava es un alfeñique que no puede ni con sus propias sandalias.

Así, me vi caminando tras Laida y su esclava, cargada con un enorme fardo de tela que apenas me permitía ver por dónde pisaba, y ansiosa, no sabía si por escapar o por sumergirme aún más en aquella situación imprevisible.

Llegamos a la vivienda de Laida, una bella mansión con un laurel en la entrada, situada cerca de la de mis amos, en el Scambonidai. No me asombró que en tan poco tiempo mi amiga hubiera conseguido una situación tan desahogada. Sabía de las hetairas, de sus grandes fortunas y, por lo que había conseguido indagar, Laida empezaba a destacar entre las más hermosas de Atenas.

—Acompáñame —dijo sin mirarme cuando entramos en la casa.

La seguí hasta su dormitorio, una de las habitaciones que se abrían al patio. El sándalo impregnaba el aire de aquella casa de divanes y brisas, de pinturas y estatuas,

de mármoles frescos bajo los pies y murmullo del agua en la fuente del patio. Una especie de cortina transparente envolvía un lecho mullido y enorme que se reflejaba en el espejo más grande que nunca había visto. Había frascos de perfumes y tarros de ungüentos, un gran arcón de madera pintada con escenas eróticas, almohadones bordados en oro, todo tan bello que parecía acariciar al mirarlo. Yo no me atrevía a moverme y seguí contemplando aquel extraño velo.

—Los persas lo utilizan para la intimidad del lecho —escuché—. Resulta muy sensual, ¿no te parece?

—Sí —susurré con una voz que apenas reconocí como mía.

—Te dije que encontraría la manera de escapar del matrimonio, Helena, pero aquella noche no supuse que tú también tenías tus planes.

Lloramos tanto las dos que cuando volví a casa de mi ama tuve que inventar una caída para explicar la hinchazón de los ojos. Llorábamos, nos abrazábamos, reíamos y nos volvíamos a abrazar. Sentí, por primera vez en mucho tiempo, que los dioses habían sido clementes, que la vida ya no sería una sucesión de días grises, que había esperanza. Lloramos y hablamos, hablamos mucho, y por primera vez en aquellos tres años pude desahogarme y saber qué había ocurrido tras mi desaparición.

—Tu madre estuvo como loca una temporada. Se corrió la voz de que te habían robado los marineros de un barco fenicio que había partido del puerto aquella noche y tu padre ofreció una gran recompensa, pero nadie supo dar razón de ti.

Mi padre, al principio, había viajado mucho, me contó, pero unos meses después de mi desaparición volvió, se encerró en casa y abandonó todas sus actividades políticas. Solo dijo que había sabido de mi muerte en el mar junto a las costas calabresas.

Le pregunté por mi hermana. De Atis solo sabía que, poco tiempo después de su matrimonio, había perdido el hijo que esperaba. Vivía recluida en el gineceo, apenas salía a la calle, solo en las grandes ceremonias religiosas, y también en aquellas ocasiones Crémilo la vigilaba como un halcón. Recordé su risa, y me pregunté con dolor cuánta de aquella alegría inconsciente permanecería aún en ella. Pobre Atis, tan esclava como yo. Una esclavitud mayor, pues no tenía ni siquiera la esperanza de la redención.

—Cuando te vi en el mercado —dijo Laida sacándome de mis recuerdos—, casi me muero de la impresión, y luego desapareciste tan rápido que pensé que lo había soñado.

Le pregunté cómo había podido reconocirme, cuando ni yo misma era capaz de hacerlo cuando me miraba en un espejo.

—Pueden oscurecerte el pelo y disfrazarte con esta túnica inmunda, pero los ojos con los que me miraste no han podido cambiarlos.

Sus ojos, sin embargo, sí eran otros. Unos ojos demasiado reservados que Laida ocultaba tras la risa y enmascaraba con un discurso rápido que aturdía.

Casi sin respirar comenzó a hacer planes, ahora que habíamos vuelto a

encontrarnos, todo sería distinto, me dijo.

—Te compraré a Aspasia y, si quieres, podrás volver a Ákragas. Lo primero que haremos será enviar un mensaje a tu padre y...

Corté su entusiasmo. Nada de aquello era posible. Mi verdadero carcelero no eran mis amos, y le hablé de aquella presencia que siempre volvía para recordarme mi lugar. Le hablé de la amenaza del fenicio, mi secuestrador, le conté todo menos aquellos encuentros viciados que tanto me avergonzaban, que hacía un tiempo habían dejado de producirse, pero que yo no dejaba de temer; le hablé del miedo que me inspiraban sus ojos hundidos y brillantes que me seguían aterrorizando aunque ya no los viera. Mi madre y mi hermana eran los rehenes de mi silencio y así seguiría siendo. Mi amiga quiso convencerme. Aquello solo era una amenaza imposible de cumplir. Ahora ella me protegería. Estaba segura de que mi hermana y mi madre estaban a salvo.

Pero yo sabía que no era cierto, que la maldad y la determinación de aquel hombre eran tan grandes como la obsesión que sentía por mí.

—Entonces te compraré y vendrás a vivir conmigo. Nadie tiene por qué saber que ya nos conocíamos. Será nuestro secreto.

El corazón me latió con fuerza. ¿Sería posible? ¿Vivir con Laida? ¿Que todo volviera a ser como antes? Una felicidad nueva que olía a libertad, a un futuro incierto y excitante me inundó. Sí, me iría con ella. Viviría en su casa, discreta y oculta. Laida hablaría con Aspasia.

No podía aguantar la impaciencia. Desde mi nueva situación, conseguiría avisar a mi padre de que estaba viva y del peligro que les acechaba. Todo sería como antes. Incluso mejor, pues no dejaba de pensar en un posible futuro junto a Alcibíades. A partir de ahora, podría mirarlo a la cara, y él me vería a mí por primera vez sin la máscara. Sí, todo sería mejor. Incluso la vida de Temis, pues estaba segura de que después de mi liberación podría también conseguir la suya.

Pero antes incluso de que Laida pudiera hablar con Aspasia, antes de ser capaz de comenzar a saborear la ilusión de mi nueva vida, los cielos se desplomaron y yo comencé a hundirme en una caverna húmeda y fría de la que pensé que nunca podría escapar.

Capítulo XI

Aquella noche era casi feliz. Le había ayudado a vestirse y aunque no me había dirigido la palabra, como era habitual, pude contemplar su cuello y su perfil mientras le colocaba la túnica, respirar el calor que desprendía su piel tras el ejercicio y el baño, tan cerca de mis manos mientras le ceñía el cinturón que llevaría aquella noche en el simposio. Había rozado con los dedos su piel caliente, el pecho fibroso y moreno, las piernas endurecidas que mostraban un bello dorado, casi invisible, que se había erizado a su pesar cuando le calzaba las sandalias. Alcibíades me separó impaciente, y se alejó de mí dejándome de rodillas, sintiendo aquel calor casi robado. Sería su primera reunión como adulto. Había cumplido hacía poco los dieciocho años y para mi desgracia, estaba empezando a utilizar sus armas de seducción con las mujeres, abandonada ya la camaradería de los gimnasios y la tutela de su maestro.

Mientras me dirigía al andrón con comida para los invitados, no podía dejar de sentir el olor de Alcibíades en mi piel y este ensimismamiento hizo que no me diera cuenta en un principio de la seriedad y el silencio que reinaban en la sala. Normalmente, los invitados de mis amos eran grandes habladores que se quitaban la palabra los unos a los otros para discutir de todo, desde la naturaleza de las cosas hasta el último cotilleo del ágora. Aquel día, sin embargo, apenas se escuchaba algún que otro comentario entre los pocos asistentes. La de hoy era una reunión de los íntimos, los amigos más cercanos a mis amos. Allí estaban Sócrates, por supuesto, con su túnica llena de manchas y la mirada de cordero degollado con que contemplaba a su alumno ya adulto y por tanto inalcanzable; Anastasio, el amigo más antiguo del amo, un liberto ya anciano de aire patricio y triste; Sófocles, tan apuesto como siempre, sin la sonrisa que solía lucir en contraste con sus personajes atormentados; Narciso, compañero de armas y salvador del amo en la guerra contra los persas, y en el último diván, alejados de todos, Alcibíades y Friné, musa de poetas y escultores, la mujer por la que el anciano Mirón había gastado su fortuna. Friné, tan bella como implacable, quería ser la primera y había enfocado aquella noche su mirada oscura en un Alcibíades demasiado ansioso aún en las lides del amor y lo envolvía en sus olores y agasajaba sus apetitos y yo penaba de celos y hervía de amor y escanciaba las copas de vino esperando que el líquido rojo que ahora bebía Friné se convirtiera en una pócima terrible que la transformara en una estatua a la que dejar olvidada en una esquina.

Tumbados en sus divanes, alrededor del brasero que protegía de la noche invernal, todos bebían mucho y apenas comían. Junto al diván donde se reclinaban Aspasia y Pericles había un hombre desconocido. Joven, alto y muy moreno, de pelo rizado y demasiado largo para la moda, llevaba en la muñeca el brazalete con la

serpiente enrollada de los servidores de Asclepios. Tenía la piel curtida y en lugar de ir descalzo como el resto de los invitados, llevaba unas botas de cuero, de las que se suelen usar para realizar largos viajes. No quiso beber.

Cuando llegué a la altura de Aspasia, que se apoyaba en Pericles, y me incliné para que tomaran una copa de vino, vi con sorpresa que este le secaba los ojos con el borde de su túnica.

Hice una pregunta muda a Temis, que servía los dulces, y ella me contestó encogiéndose de hombros. No sabía nada, pero no me importó. Las disputas de los amos no me incumbían y todo mi interés se dirigía entonces a las manos de Friné y de Alcibíades, que intercambiaban roces y susurros ajenos a todo lo demás.

—No debemos estar tristes —dijo mi amo, levantando la copa que le ofrecí—. Murió como vivió, desafiando a los dioses.

Yo moría al ver a Alcibíades inclinado sobre aquella mujer abrumadora; vigilaba su mano, que al tomar un pastel había oprimido unos instantes el pecho opulento y erguido de Friné, expuesto a las miradas de todos por la liviandad de la tela de su peplo.

—Sí —Narciso rechazó con un gesto mi bandeja—, y los dioses finalmente han vencido.

Moría, sí, vencida por la fiebre que sentía en Alcibíades y por la indiferencia juguetona con la que Friné se ofrecía y luego se apartaba.

El tono airado de mi amo me hizo escuchar.

—Todos sabemos que no han sido *los dioses* quienes han acabado con él. —Y golpeó el diván con el puño.

Mientras rellenaba las copas con el vino de la crátera, no tenía ojos más que para los movimientos de Alcibíades, que recorría ahora la espalda de Friné y apretaba sus nalgas mientras respondía indiferente a alguna pregunta de Pericles. No tenía oídos más que para intentar traducir los murmullos que la hetaira depositaba en el cuello de Alcibíades, y que la conversación del resto de los invitados me impedía entender. Maldije a aquella mujer y a todos los que no me dejaban escuchar sus palabras.

—Era un gran médico, sin duda —decía el hombre desconocido.

Las lenguas de los dos amantes se tocaron y cada roce me produjo un escalofrío. Esas lenguas ajenas parecían unidas a mi espíritu por un rayo invisible. Me acerqué más, me puse tras ellos. Ahora podía escuchar incluso el jadeo de Alcibíades y yo también jadeé, esperando.

—Médico, poeta, mago..., un hombre muy popular.

Ellos seguían jugando, la túnica corta de Alcibíades mostraba una clara hinchazón y estaba yo tan cerca que creí sentir en mis manos vírgenes el contacto endurecido que solo conocía en sueños. Pero no, eran las manos de aquella ramera las que lo cercaban con caricias audaces, las que tocaban sus muslos, las que cogían un trozo de fruta de mi bandeja y lo pasaban por los labios de Alcibíades. Era Friné la que reía con aspavientos, y yo agarraba con fuerza la fuente de la fruta por miedo a no

aguantar las ganas de estrellarla en su cabeza.

—Y paradójico. Esas creencias absurdas...

Mi cuerpo respondía a las demandas de mis amos, pero mis sentidos solo tenían un destino, sus caricias, sus risas ahogadas. En aquellos momentos, Alcibíades, demasiado excitado para aguantar por más tiempo una reunión tan luctuosa, se levantó y arrastró con él a Friné.

—Disculpadnos, padre, Aspasia, señores, esta noche no estoy para duelos. Como veis, mi interés se dirige más hacia Eros que hacia Tánatos.

Salieron riendo y abrazados y yo les seguí con la mirada, las manos rígidas sujetando aún esa bandeja que no había tenido el valor de utilizar, mientras ellos, entre tanto, se perdían en las sombras hacia el aposento de Alcibíades. Los celos me dejaron tan paralizada que Aspasia tuvo que chasquear los dedos y mirarme con el ceño fruncido para que siguiera cumpliendo mis tareas.

—Los jóvenes no entienden de muerte, amigos míos —decía Anastasio—. Aún soy capaz de recordar las caricias de una mujer y los desplantes de un muchacho caprichoso, pero es un recuerdo tan lejano que parece haber sido vivido por otro.

—Dichoso tú, inmune a los suplicios del sexo —suspiró Sócrates, muy lejos, al parecer, de sentirse indiferente a la salida de Alcibíades.

Cómo entendía al maestro. Mi amor se había alimentado de sueños, sin veneno, sin celos, pero por fin, aquella noche, terminé de crecer. Me vi tal cual era y la realidad me golpeó como los cascos de un caballo desbocado. La esperanza inútil que había mantenido viva aquellos años acababa de romperse y yo ni siquiera podía retirarme para recoger los pedazos en soledad.

—Para mi gusto, una muerte demasiado dramática —dijo Narciso mientras me hacía una señal para que le atendiera.

Seguí sirviendo vino y tragando saliva, pero no era capaz de deshacer el nudo de vergüenza que me apretaba la garganta.

—Muy en consonancia con esos cultos arcaicos que practicaba.

Cultos arcaicos. Qué no hubiera dado yo en aquel momento para poder conseguir el favor de Circe y que la bruja con sus poderes encantara la voluntad de todos aquellos que me apartaban de mis deseos y poder, así, escapar de aquella sala que era mi cárcel. Mis pies se movían inquietos, mis ojos se apartaban de la luz para contemplar las tinieblas del patio.

—No es sensato burlarse de lo que no se entiende —replicó Pericles.

Ya habrían llegado al dormitorio. Me imaginaba la estancia apenas iluminada por la lucerna que yo misma había encendido al anochecer. A Friné soltándose las fíbulas del vestido y quedando desnuda ante Alcibíades, a él, agarrando con fuerza sus pechos...

—¡Cuentos de brujas! —Narciso había levantado el tono de voz más de lo normal y me había alejado por unos instantes de los aposentos de Alcibíades—. Supersticiones, mentiras.

Me olí los dedos que aún mantenían el perfume de Alcibíades, y sentí en mí las manos que recorrían el cuerpo de Friné, que se enroscaba en mi imaginación como una serpiente ponzoñosa, dispuesta a atacar a su presa ya vencida, entregada. El cuerpo de Alcibíades, cincelado a la luz de la luna y la lucerna...

—Pitágoras no era ningún estúpido, aunque algunos de sus seguidores hayan seguido caminos erróneos.

Que se callaran, que terminaran por fin aquella absurda charla. Mi cuerpo quería escapar como ya lo había hecho mi espíritu. Las caricias que fraguaba en mi cabeza me invadían, me escocían en la piel, me oprimían la boca del estómago y lágrimas de rabia me nublaban la realidad.

—¿Me llamas cobarde?!

La protesta de Narciso atravesó la sala como un mal viento y yo desperté de mi ensoñación y miré a Temis, que a mi lado parecía asustada por lo que estaba pasando. Intenté acallar mis pensamientos y prestar atención a lo que allí sucedía. Narciso se levantó con orgullo del diván.

—Sabes que nunca he dudado en enfrentarme al enemigo. Pero ellos no son un batallón persa, no tienen lanzas ni pelean a cielo abierto. Son ladinos y embusteros y, por tanto, son invencibles. La democracia vive momentos oscuros y sus defensores estamos expuestos a intrigas y amenazas, y también a la muerte.

—Pero nosotros somos más fuertes —protestó mi ama—. El pueblo está de nuestro lado.

Narciso soltó una carcajada amarga.

—El pueblo se pone del lado del vencedor. Hasta ahora los vencedores éramos nosotros, pero cada vez hay más oposición en la Asamblea.

Vencedores, vencidos, rencillas estúpidas. Y la bandeja cada vez más pesada, y el mármol cada vez más duro bajo mis pies y mi corazón cada vez más frío.

—Eso explicaría su muerte. Era demasiado popular para ir contra él. Quizá lo hayan matado utilizando sus últimas palabras para ocultar el crimen.

Era el desconocido, que se irguió en el diván. Aspasia me hizo señas para que le sirviera vino. Me acerqué a su lado, pero el hombre volvió a rechazar la copa que le ofrecía.

—Por supuesto que lo han matado. —Narciso parecía cada vez más rabioso—. Les venció en la lucha por el poder y les humilló, pero no podían enfrentarse a él cara a cara. Y qué mejor que crear la leyenda de su desaparición en el volcán.

El estómago me había dado un vuelco, la boca se me secó. Con qué placer hubiera vaciado aquella copa que me rechazaban. Sentí una inquietud nueva, ajena a mis desvelos de aquella noche. Supe que algo terrible iba a pasar. Lo olí en el aire, lo sentí en la lengua.

—Es cierto —siguió mi amo—. Hubo muchos testigos de sus fantasías. Según me han dicho, hablaba de romper no sé qué ciclo de vida y muerte viajando hasta el Olimpo. ¿Quién puede creerse que el Etna escupiera sus sandalias de bronce?

Me tambaleé como si alguien me hubiera golpeado. La boca se me inundó de un sabor metálico y tuve que hacer un gran esfuerzo para seguir escuchando a pesar de los latidos que me oprimían la garganta, que me ensordecían.

—¿Qué te pasa? —me susurró Temis, pero yo solo tenía fuerzas para seguir escuchando.

—Estoy de acuerdo en que todo induce a la sospecha, pero también hay que tener en cuenta que era imprudente, pendenciero y se mostraba, al parecer, más agresivo que nunca. Dicen que estaba borracho. ¿Quién puede asegurar que no fuera el mismo Empédocles quien buscaba una fama que recorriera toda la Hélade?

La bandeja cayó al suelo con estrépito. El vino salpicó a todos. Mi ama me miró con los ojos cargados de ira y me hizo una señal imperiosa. «Limpia esto». Cogí un paño y me arrodillé en el suelo, no veía nada. No grité, pero dentro de mi cabeza aullé como un animal herido. Temis susurraba algo agachada junto a mí, pero no la entendía. Me levanté y salí como pude del salón balbuciendo algo. Me encogí, el dolor parecía querer escapar de mi cuerpo, sentí una náusea. Gimiendo en voz baja crucé como pude el patio hacia el interior de la casa, pero no llegué a mi camastro. Las pocas fuerzas que tenía se fueron, me apoyé en una pared y me dejé caer hasta quedar sentada en el suelo, encogida, temblando, intentando sofocar el vómito que se me había agarrado a la garganta.

Alguien me sacudió por el hombro y miré sin ver la figura que se inclinaba en la oscuridad. Me encogí aún más, cerré los ojos y quise seguir así para siempre. Me preguntó algo. Que no me molestaran, que me dejaran morir en aquel rincón. Quería desaparecer como si nunca hubiera existido, quería desaparecer como mi padre, como mi vida.

Me cogieron en brazos y me llevaron hasta mi cama. Escuché a Temis preguntando, a las demás esclavas que hablaban a mi alrededor. Unas manos cálidas me quitaron la túnica, me frotaron los brazos y las piernas con un líquido caliente y aquellas mismas manos me hicieron beber, casi a la fuerza, un brebaje desconocido. Me taparon. Y allí, ya sola, en silencio y a oscuras, las lágrimas salieron de mí casi a la fuerza, ardientes como la lava que escapaba a borbotones de la boca del volcán, la lava que había cubierto a mi padre para siempre.

Así me enteré de su muerte y ni siquiera pude llorarle. En los días que siguieron me imaginaba a mi madre, sola y asustada, derramando sobre sí las cenizas y entonando los lamentos rituales. Su esposo había desaparecido y ella ni siquiera tendría un cuerpo al que lavar y vestir con la mortaja blanca, ni al que ceñir la corona funeraria. No podría acompañar al cortejo a la necrópolis ni ayudar a encender la pira en la que desaparecería para siempre. Cómo llegarían hasta él las ofrendas de agua y de leche, de vino y de aceite, me preguntaba, si su cuerpo había desaparecido. Quién le honraría en la Genesia cada año, quién guardaría sus escritos, sus poemas, quién recordaría sus enseñanzas si su hija ni siquiera podía vivir su duelo.

Al día siguiente tuve que levantarme y seguir con mis tareas, achacando mi

malestar a la indisposición mensual que solía producirme fuertes dolores. Temis, que me conocía bien, sabía que pasaba algo más, pero solo lo demostró con su mirada y con la atención que me prestó a lo largo del día.

Mientras lavaba la ropa de mi ama moviendo las palas en las grandes ollas del patio interior, arrastrando las telas que se movían como un peso muerto, dejé que el sol confortara mi cuerpo aterido y canté en voz baja los himnos fúnebres. Unos versos vinieron entonces a mi cabeza, unos versos que mi padre recitaba con histrionismo y que me aterraban. «¡Oh, hijo de Cronos, que dominas el Etna, prisión huracanada del temible Tifón de cien cabezas!» Alejada de todos, honré la memoria de mi padre. Me cubrí el pelo con ceniza de la colada y ofrecí a Perséfone un poco de miel hurtada en la cocina. Esos fueron los ritos funerarios de Empédocles de Ákragas. Esa fue mi ceremonia y mi despedida. Y allí, en aquel patio, en aquel momento, dije adiós para siempre a los últimos vestigios de esperanza.

Laida me hizo llamar aquella misma tarde con el pretexto de pedir mis servicios como peluquera. Solo con ella pude dejar salir todo el dolor que llevaba dentro. Me sostuvo entre sus brazos, acunándome, mientras lloraba de dolor y de rabia, balbuciendo recuerdos y rumiando venganzas imposibles.

—Al comentar su muerte —dije cuando pude por fin hablar—, todos parecían estar de acuerdo en que lo habían asesinado.

—No pienses eso, Helena, o tu dolor se teñirá de veneno. Nada puedes hacer, salvo llorarlo.

—Tengo que saber qué pasó. Si mi padre ha sido asesinado, mi madre y mi hermana corren también peligro. Pero ¿por qué?, ¿qué hizo mi padre?, ¿qué hicimos para atraer tanto odio?

Pocos días después Laida recibió noticias de Ákragas.

—Nadie habla de ello en voz demasiado alta, pero se cree que fue una imprudencia de tu padre —me dijo después de abrazarme con fuerza—. Todos le aclamaban porque había conseguido devolver la vida a una mujer que, según dicen, llevaba varios días muerta. Aunque en los últimos tiempos vivía casi encerrado, en esta ocasión consintió en beber a la salud de la mujer y de sus parientes. Entonces, ya muy borracho, se levantó y se alejó diciendo a todos que, puesto que era un dios, viajaría hasta el Olimpo para encontrarse con sus iguales. Montó en su caballo y se dirigió hacia el Este. Esa fue la última vez que le vieron. Poco después, encontraron sus sandalias de bronce junto al cráter del volcán.

En lo único que podía pensar era en las palabras que había escuchado en el simposio donde supe de su desaparición y que no me aclaraban nada. Rencillas políticas por un lado, el ciclo de la vida y la muerte por otro. Aquello de lo que nos hablaba Eudemo y que se había convertido para mí en una realidad tan dolorosa. Recordé algo que hasta entonces había olvidado: «Yo ya he sido antes un muchacho y una muchacha, un arbusto, un pájaro y un pez del mar», había escuchado una noche a mi padre, y mi mente infantil había imaginado a un pescado de los que se vendían en

la plaza con la cara morena de mi padre y no había podido aguantar la risa, consiguiendo que me descubrieran y me llevaran a la cama.

Ahora ya no reía y veía las cosas de forma muy distinta. Su afirmación como ser divino que tantas risas levantaba entre sus enemigos adquiriría entonces otro sentido y quizá explicaba su inmolación en el volcán para cancelar el ciclo de vida y muerte y conseguir así la felicidad absoluta. No, no podía creerlo. No era propio de él abandonarlo todo por una quimera. ¿Qué ocultaba todo aquello? ¿Había muerto mi padre por su propia mano o lo habían asesinado? La angustia por no saber se unía al dolor y entonces dejaba de pensar y seguía con mis tareas diarias, ajena a lo que pasaba junto a mí.

Así, llegó la primavera pero no mi renovación. Seguía flotando en una bruma gris, adormecedora. Me movía por un escenario tranquilo y conocido en el que me sentía a salvo. Era lo único que quería, seguir así, cumpliendo con mis tareas, ajena a las pasiones, a la vida que bullía en mi entorno. Pero, entonces, aquel escenario al que estaba acostumbrada comenzó a resquebrajarse como si un atlante sacudiera sus entrañas, como si algún dios libertino hubiera decidido utilizarme de nuevo como marioneta de sus travesuras.

Capítulo XII

—¿Para qué queremos unos dioses así?

Era una tarde tibia, en el almendro del patio habían brotado ya sus flores efímeras, como pequeñas mariposas blancas que descansaran de su vuelo en busca de alimento. Sentadas alrededor del pozo y bajo la sombra de las dos higueras, las alumnas de mi ama hablaban con languidez, disfrutando aquellos momentos mágicos de la tarde y los últimos rayos de sol antes de que el monte Hymettos lo ocultara y dejara caer su sombra sobre el patio.

Yo también estaba allí, viviendo lo que tantas veces quise desde mi llegada a Atenas. Asistir a las enseñanzas de Aspasia, aunque fuera desde mi condición de sirviente. Y, sin embargo, en aquel momento nada me importaba ya. Seguía escuchando porque no podía dejar de hacerlo, pero aquellas palabras me parecían solo discusiones triviales, juegos de mujeres ricas para ocupar el tiempo de ocio.

—Los dioses egipcios aman a sus gentes —siguió hablando Aspasia—, tanto que se hacen carne y comparten la vida mortal como gobernantes; Ahuramazda, el dios de los persas, es cruel, pero solo con los enemigos de su pueblo. Nuestros dioses, sin embargo, solo piensan en divertirse con los mortales, especialmente con nosotras las mujeres, abusan de su poder y se ríen de nuestros males.

Qué me importaban a mí los dioses, sus rencillas y sus maldades. Nada podían hacerme ya. Mi único deseo era seguir en aquella casa de olor a jazmín, alejada de dolores y miedos. Solo la sombra del fenicio oscurecía ese futuro gris que tenía ante mí, pero hacía tiempo que no me molestaba y yo volvía a salir a la calle sin mirar constantemente a mis espaldas.

—Pero nos dejan en libertad, no nos imponen reglas, solo las que nosotros mismos queramos ofrecerles —respondió Laida—. ¿No es mejor eso que sufrir un faraón omnipotente que domina a sus súbditos desde su poder absoluto? Nuestros dioses, al menos, tienen bastante con sus rencillas.

Mi amiga se había acostumbrado a acudir a la escuela de mi ama. Le gustaban aquellas charlas vespertinas sin prisas. Se sentaba en el suelo y se apoyaba en el tronco de la higuera con los pies descalzos, un poco manchados de polvo. Y le gustaba guiñarme un ojo con malicia como para intentar arrancarme de mi duelo.

—No es cierto —replicó Aspasia—, solo tienes que pensar en Zeus, maestro de los engaños y del disfraz para aplacar su lujuria. O Hera, vengativa y celosa, que descarga su ira contra cualquiera que ose yacer con su esposo, aunque esta no sea más que una víctima de las artimañas del viejo. ¿No es eso ser esclavo de sus caprichos?

—Señora, no debes hablar así —protestó una alumna, que entraba en aquellos

momentos con los ojos llenos de lágrimas—. Mi padre dice que en el ágora se habla de ti y hay muchos ciudadanos indignados con tus herejías. Me ha prohibido volver a la escuela, pero yo me he escapado del pedagogo.

—Querida mía —Aspasia frunció la boca con aquel gesto con el que solía controlar su ira—, los ciudadanos están muy satisfechos con los dioses, como con todo lo demás. Somos las mujeres las que sufrimos sus afrentas y sus venganzas. Si tu padre te ha prohibido que vuelvas aquí, debes obedecerle. Él es tu amo y señor, como lo son todos los hombres de todas las mujeres. Pero algún día esto cambiará.

—Pero si es como dices —Laida se había levantado y elegía unos dátiles de la bandeja que yo sostenía y hablaba mirándome con una intención que no entendí—, debemos considerar también a las diosas como enemigas.

—Veo que has aprovechado bien las lecciones de los sofistas. —Aspasia parecía muy satisfecha por la pregunta de Laida—. Puede que sea verdad, puede que las diosas sean también nuestras enemigas, porque utilizan las mismas armas que los hombres, el engaño y el poder para someternos. Puede que sean peor incluso que los dioses, porque nos traicionan.

—Así, pues —siguió Laida, y me lanzó otra fugaz mirada que solo yo fui capaz de descubrir—, debemos hacer todo lo posible por huir de su dominio. Debemos buscar nuestra libertad a costa de cualquier cosa. De la reputación, del bienestar y de la misma protección de los dioses.

—¿Recuerdas a Safo? —Aspasia recitó—: «Se han puesto ya la luna y las pléyades. Es media noche. Pasa el tiempo. Y yo sigo durmiendo sola». ¿Cómo crees que será recordada, si es que es recordada? ¿Como una gran maestra, como una gran poetisa o solo recordarán los insultos de Anacreonte, un poeta menor que por envidia la acusó de corromper a las jóvenes de Mitilene? ¿Crees que Safo se preocuparía de estas acusaciones?

—Pero ella no tuvo que luchar como nosotras para ser independiente —protestó una alumna—. La vida es más dura ahora para las mujeres.

—Cierto —respondió Aspasia—, cuando los hombres ven amenazadas sus fronteras, las mujeres deben apartarse y dejarlos luchar. Atenas vivió tiempos difíciles, pero eso ha cambiado. Nuestros enemigos están tranquilos y las fronteras, a buen recaudo. Es tiempo ya de reclamar un puesto en la Asamblea.

Yo escuchaba todo aquello con indiferencia, ocupada en sostener la bandeja con frutas. Escuchaba hablar de ansias de libertad, solo posibles para quienes ya eran libres. Laida y yo nos miramos con disimulo y entonces sí estuve segura de leer sus pensamientos. Tanto era así que, tras unos instantes de silencio, mi amiga volvió a intervenir.

—¿Y qué sucede con las esclavas? ¿Pueden ellas aspirar a conseguir también su independencia?

—Las esclavas son un reflejo de sus amas. Si estas son libres, ellas podrán serlo un poco más.

En nuestros encuentros clandestinos, Laida me contaba las noticias que le llegaban de Ákragas. Por ella supe de la boda de mi madre, que había sucumbido a una ley casi olvidada en Atenas, pero que en mi ciudad seguía convirtiendo a las viudas en moneda de cambio.

—Un mes después de que tu padre desapareciera, llegó a vuestra casa el heredero directo de sus bienes, un pariente lejano. Tu madre ha tenido que casarse con él para seguir viviendo en vuestra casa. Mi madre, según me cuenta mi hermana, demuestra el pesar que siente por ella, pero nunca lo confesará abiertamente, porque sería ir en contra de la tradición.

—No hay esperanza, ¿verdad? Solo somos muñecos en las manos crueles de los dioses.

—Hay la esperanza que nosotras mismas queramos construir. Y, ahora, yo soy tu esperanza. Ya no tienes ninguna razón para seguir dónde *estás*. Te compraré a Aspasia.

Yo negaba con terquedad.

Laida se enfurecía sin comprender mi obcecación. Ni yo misma la entendía. Quería comprarme, quería que viviéramos juntas, me proponía incluso irnos de Atenas, decía que todo volvería a ser como antes.

Pero nada podía volver a ser como antes. Mi padre había muerto, mi madre había sido obligada a casarse de nuevo para no perder su fortuna. Mi hermana languidecía entre cuatro paredes, alejada de todo cuanto quería. Yo, al menos, estaba a salvo, era invisible, nadie me haría daño.

—No estás a salvo —replicaba mi amiga—, estás muerta. Te niegas a vivir. Solo tienes diecisiete años, pero el tiempo pasa muy deprisa, Helena. Cuando te quieras dar cuenta, habrás malgastado tu vida por una obcecación.

—¿Por una obcecación? —Ahora era yo la que gritaba—. ¿Llamas obcecación a todo lo que me ha pasado?

—No puedes seguir quejándote de tu mala fortuna sin hacer nada. No te reconozco, Helena. ¡Por las dos diosas!, si tan terrible te parece tu vida, lucha por cambiarla.

—Las esclavas son un reflejo de sus amas, y mi ama es la mujer más poderosa de la Hélade. ¿Dónde podría estar mejor?

Pero Laida no iba a darse por vencida. Aquel verano estaría fuera de Atenas. Un arconte la había invitado a su villa de Éfeso y permanecería allí hasta el inicio del invierno.

—Y no lo olvides —me dijo al despedirse—. No te permitiré que sigas con esta locura. Mientras esté fuera tendrás tiempo para reflexionar, pero en cuanto vuelva hablaré con Aspasia y vendrás a vivir conmigo.

Por aquel entonces pasé una noche con Alcibíades cuidando a su caballo enfermo. Quizá la última que estuve junto a él sintiendo la adoración de antaño, disfrutando su calor, su belleza, su fuerza sin preguntas ni razones. Fueron quizá, sí, mis últimos

momentos de ingenuidad.

Había reclamado mi presencia, pues sabía de mis conocimientos sobre hierbas y yo había preparado un emplasto de árnica y una escudilla de barro para reducir la hinchazón de las patas de *Cerbero*, al que había exigido demasiado en la última partida de caza.

Fue una noche larga y silenciosa, un silencio apenas roto por alguna pregunta de Alcibíades que yo contestaba con voz vacilante. La cuadra olía a heno caliente y a estiércol y yo apenas lo sentía. Solo era capaz de sufrir su contacto indiferente cuando quería comprobar nervioso el resultado de la cura y ponía su mano sobre la mía mientras yo aplicaba las compresas de barro en las patas del caballo. Respiraba su olor cuando se inclinaba junto a mí y susurraba a su caballo palabras de aliento con una voz desconocida, hecha para la caricia y no para las órdenes. Me recreaba en los rizos que se apartaba de la frente con gesto rápido. Sentía su alejamiento a pesar de la cercanía de nuestros cuerpos y casi no me dolía.

Por la mañana, ojerosos los dos y sucios de la noche en la cuadra, cuando el caballo mejoró, cuando se levantó del suelo y piafó de nuevo y cabeceó el pecho de su amo agradeciéndole sus desvelos, Alcibíades lanzó una carcajada y, quizá por primera vez, me miró a mí, no a la esclava sin nombre que atendía sus deseos y suspiraba su desdén. Miró a la muchacha que apenas se atrevía a respirar. «Eres una buena curandera», y me dio una moneda y una palmadita en la cara casi tan cariñosa como las que prodigaba a su caballo. Pero la moneda cayó entre la paja y cuando me levanté de recogerla, él ya estaba de nuevo junto a *Cerbero* y le susurraba algo que no entendí.

Sí, quizá esa noche fue la última de mi adoración. Porque aquel verano en el que Laida me dejaba sola y que imaginé una sucesión de días calurosos y tristes fue un verano de amanecer, de respuestas, ilusiones y miedos, fue el verano en que volví a creer que todo era posible y que solo yo era dueña de mi destino. Fue el verano en que todo comenzó.

Capítulo XIII

Con los primeros calores apareció de nuevo el desconocido que había anunciado la muerte de mi padre y se alojó en casa de mis amos. Era un médico famoso a pesar de su juventud, un sabio, y no había que molestarle, me dijo el ama, cuando me encargó el cuidado de su habitación. Lo veía salir y entrar de la casa a grandes zancadas, siempre apurado, sin tiempo para acudir a los simposios o descansar en el patio. Su energía contrastaba con la tranquilidad de la casa, sumida ya en el sopor estival. Olía a jazmín y al lino de los telares. Era tiempo ya de comenzar el tejido de las túnicas de invierno y yo procuraba escapar de aquel menester que me encerraba en el gineceo y me sumía en una ensoñación dolorosa.

Me ocupaba esa mañana de la limpieza de la habitación del maestro cuando este entró, apurado como siempre. Me había quedado más de lo necesario porque el desorden de rollos de papiro y tablillas me recordaba los aposentos de mi padre y el olor de la tinta removía emociones casi olvidadas. Hipócrates frenó en su carrera y al verme me preguntó si era yo la esclava que sabía de pócimas y hierbas. Mi ama le había hablado de mí y él necesitaba un ayudante.

—Quizá te refieres a otra esclava, señor. Es ella quien sabe, no yo.

Hipócrates me miró con unos ojos sabios que producían desazón. Me dio la espalda y se puso a ordenar unos escritos.

—Me alegra ver que estás recuperada.

Callé, sin comprender.

—La última vez que estuve aquí te encontré en el patio y parecías muy enferma. El aquilón es un mal viento, y aquella noche soplaba con fuerza. Espero que mi tisana te aliviara.

Le agradecí su cuidado, intentando ocultar el dolor que me producía el recuerdo de aquella noche, y permanecí callada, aguardando que me despidiera.

—Mañana, al alba, comenzaremos.

Pasábamos el tiempo en silencio. Hipócrates, dedicado a sus escritos, yo, mezclando en escudillas las hierbas que él me indicaba. El cálamo sobre el papiro rasgaba el silencio y ese roce casi imperceptible junto al pequeño tintineo del almirez y el olor acre de la tinta formaban un círculo protector que me aislaba del mundo y me devolvía, como por un sortilegio, a mi casa, a mi vida. Veía al maestro levantar la cabeza del papiro y mirar hacia muy lejos, como si la respuesta que buscaba se encontrara más allá de aquella habitación y yo también creía intuir esa respuesta oculta, y la falta de mi padre se hacía más intensa pero no más dolorosa. Aquellos momentos callados, aquellos días de luz dorada y caliente me fueron transformando, curando, sin que yo misma me diera cuenta. Hubiera permanecido así para siempre,

junto al maestro, oliendo la tinta y las hierbas que maceraban, escuchando su respiración, sus murmullos inconscientes, el crujir de los rollos de papiro.

Pero para Hipócrates aquellas tardes no eran tan placenteras. El estudio parecía no avanzar, el maestro comenzó a mostrar su impaciencia y el mal humor le volvía taciturno e inquieto.

—Esto no sirve de nada —gritó una mañana lanzando al suelo un rollo que llevaba un tiempo estudiando. Se levantó con energía, se puso una túnica, metió con desorden unas cuantas cosas en un hatillo que se colgó al hombro y me hizo seguirle.

Llegamos a un templo en las afueras de Atenas. Un templo pequeño, dedicado al culto de Hermes. La época del año propiciaba el andar por los caminos y el templo estaba abarrotado de viajeros que ofrecían sacrificios al dios para protegerse de los peligros de la travesía. Allí se dirigió Hipócrates y tras una escueta conversación con uno de los sacerdotes, intercambié unos cuantos óbolos por un gran atado que olía a sangre.

Tan contento como un niño con su mejor juguete, Hipócrates no hizo intención de volver a la ciudad; continuó por aquel camino, con su apestosa bolsa y conmigo intentando seguir sus largas zancadas.

—Señor, no dudo de que tienes mucha prisa y que yo entorpezco tu camino —jadeé cuando no pude aguantar más—. Irías más deprisa si me dejaras volver y tú siguieras solo, adondequiera que vayas.

Hipócrates rio y aminoró el paso.

—Si el maestro Zenón de Elea está en lo cierto, lo mismo da viajar deprisa que hacerlo despacio, pues nunca llegaremos a nuestro destino.

—Sobre todo si ese destino es tan incierto como lejano —repliqué.

—¡Vaya!, una sofista —dijo mirándome con una atención nueva.

—Solo es sentido común, señor..., y dolor de pies.

La vivienda era mísera, pequeña y oscura como una cueva, y vacía de muebles y enseres salvo una mesa destartada y un taburete. Más bien era una especie de almacén, donde entré con aquel loco que parecía llevar el tesoro de Menelao en lugar de un paquete de miasmas. Dejó el atado en el suelo y miró a su alrededor frotándose las manos con deleite mientras me hacía encender varias lucernas descascarilladas que encontramos en la sala.

Me prohibió hablar de todo lo que viera en aquella habitación y yo se lo prometí, emocionada por el misterio que estaba a punto de revelarme.

Del paquete sacó un cordero degollado según el ritual del templo, y lo colocó encima de la mesa. Yo fui sacando de la bolsa con cuidado varios cuchillos muy pequeños y afilados envueltos en un lienzo, y él los fue ordenando como guerreros prestos a la batalla. En la bolsa había también unas pinzas, unas tijeras, una tablilla de cera y un punzón. Al coger la tablilla y el punzón con mis manos llenas de callos todas las tardes de estudio, la transformación que ni yo misma sabía que se había producido en mi interior durante aquel verano pareció eclosionar y sentí como si los

últimos años hubieran sido apenas un extraño sueño y yo estuviera junto a mi padre en aquellas tardes de Ákragas en las que era aún tan ignorante que creía ser capaz de convertirme en una mujer sabia.

Cuando me vio absorta con el punzón en una mano y la tablilla en la otra, Hipócrates me preguntó sonriendo si sabía escribir, esperando la negativa que habría dado en cualquier otro momento, pero casi sin darme cuenta del todo le dije que sí, quizá porque mi espíritu estaba confuso, porque necesitaba sentir algo de lo que me había sido arrebatado y porque allí, casi sin testigos, en aquel lugar secreto, decidí que estaba a salvo.

El maestro enarcó las cejas con asombro y me dictó unas palabras para comprobar que decía la verdad. Ni siquiera estaba segura de poder hacerlo después de tanto tiempo, pero cuando Hipócrates habló, mi mano se puso en movimiento sin mi voluntad y copió con rapidez sus palabras.

—Eres la primera esclava que conozco que sepa escribir, hay muy pocas mujeres que lo hagan. ¿Cómo aprendiste?

—Mi ama, en Síbaris, era una mujer educada y le gustaba la poesía. Me hizo aprender para que pudiera escribir sus versos favoritos y leérselos mientras se bañaba —respondí mientras recordaba los baños de mi ciudad, cuando yo leía en voz alta poemas de Corinna y Píndaro mientras Atis, mi hermana, dormitaba envuelta en el vapor del agua caliente.

—Deberías haberlo dicho antes —aceptó sin más—. Toma la tablilla y ve anotando lo que yo te diga.

Para mi sorpresa, abrió en canal al cordero y fue sacando con cuidado las vísceras, observándolas y separando su masa sanguinolenta con una atención fascinada, como si en lugar de una carne medio putrefacta, se encontrara contemplando el oráculo que le daría las respuestas a todas sus preguntas. Entonces entendí el porqué de su advertencia. Sabía que mi padre también en ocasiones había desafiado la prohibición de diseccionar animales, aunque nunca lo había hecho delante de mí. Me sentí poseedora de todos los misterios, dueña de un privilegio único. Emocionada y absorta, me dispuse a participar en ese ritual secreto que me abriría las puertas del conocimiento.

Mientras Hipócrates hurgaba en el interior del cordero y yo iba anotando sus observaciones, volví a estar junto a mi padre y sus experimentos y los ojos se me nublaron.

—Mira —dijo con entusiasmo, señalándome una víscera que supuraba un líquido negruzco—. Esta es la bilis negra, uno de los cuatro componentes de los cuerpos.

Me incliné junto a Hipócrates y los años se disolvieron como la bruma frente al sol mientras abría los ojos y el espíritu a todo aquello que decía el maestro y que caía sobre mí como una tormenta que revivía mi mente abotargada. Él hablaba y hablaba y yo le hacía preguntas sin ser consciente de mi condición. Aquella lejana tarde, entre cuatro paredes descascarilladas y ante las tripas abiertas de un cordero putrefacto,

volví a ser yo misma tras años de negación. El maestro hablaba de la armonía de los humores que forman el organismo, y me parecía escuchar a mi padre; veía el entusiasmo de Hipócrates y me parecía contemplar la sonrisa de mi padre ante el mundo y sus misterios.

—¿Cómo dices? —Hipócrates me miraba con estupor.

Yo también le miré como quien se despierta con sobresalto de un sueño. No comprendía el porqué de su asombro y entonces me di cuenta de que el entusiasmo me había hecho hablar más de lo debido.

Me quedé callada, intentando recordar lo que había dicho. Palabras de aquellas lejanas noches en las que permanecía despierta y alerta para descubrir los misterios que me eran vedados y que más tarde había oído repetir a Eudemo. Había preguntado a Hipócrates dónde estaba el alma inmortal del cordero. Cuál de aquellos cuatro componentes sobrevivía para reencarnarse en otro cuerpo. Había preguntado también por qué los cuatro elementos de los que hablaba eran distintos a los de la naturaleza.

—¿Qué sabes tú de todo eso?

—No sé, es algo que escuché alguna vez —balbuceé sin saber muy bien qué decir.

—¿Dónde lo escuchaste? —me preguntó mirándome cada vez más extrañado.

—Mi amo en Síbaris. Yo escuchaba sus conversaciones..., aunque no comprendiera de qué hablaba la mayor parte del tiempo.

—Tenías unos amos muy curiosos. Los sibaritas son famosos por su aversión al trabajo, al físico y al especulativo y por su amor a los placeres del cuerpo. No imagino a ninguno de ellos siguiendo los preceptos órficos.

Callé y oculté la mirada. No iba a decir una palabra más.

—Había un hombre en Síbaris que odiaba tanto el trabajo que viendo un día a un herrero temprar una herradura en su fragua, le dijo que no levantara tanto los brazos porque le cansaba verle.

Intenté sonreír ante la broma, cada vez más inquieta por el giro que estaba dando la conversación.

—¿Cómo se llamaba tu amo? Es probable que haya oído hablar de él.

Estaba atrapada. El aturdimiento y el miedo me impedían recordar el nombre de algún ciudadano de aquella ciudad que hubiera estado en mi casa. Me sentía incapaz de recordar el nombre de ningún amigo de mi padre, y esto me hizo pensar en algo que, de manera incomprensible, había olvidado. Que todos los que estaban en el andrón aquella noche fatídica, incluido Hipócrates, parecían conocer cierta información que aclaraba su muerte. Estaba mareada, comprendí que había vivido meses envuelta en una niebla que aturdí mi entendimiento, una niebla que parecía disiparse como si por fin saliera el sol tras una noche húmeda. Tenía muchas cosas en las que pensar, pero, mientras, Hipócrates esperaba una respuesta.

—Mi ama debe de estar preocupada por ti, señor —dije para ganar tiempo—. La hora de la comida ha pasado y las tripas no entienden de ciencia.

—En la bolsa hay un poco de mazé y un odre con vino —respondió—. ¿Cómo se llamaba tu amo?

—No puedo decírtelo, señor. Su nombre me trae recuerdos muy dolorosos que no querría despertar.

La perplejidad de Hipócrates por mi comportamiento parecía haber llegado al límite. Tanto que no siguió preguntando. Se dio media vuelta y me ordenó que comiera algo y volviera al trabajo.

A lo largo de la tarde noté que me miraba de vez en cuando de reojo, pero no volvió a dirigirme la palabra salvo para ordenarme una u otra cosa.

Llegamos al Scambonidai ya de noche cerrada, y apenas se podían distinguir nuestras figuras a la luz tenue de las antorchas. A pesar de los acontecimientos de aquella tarde extraña, me sentía segura caminando tras Hipócrates en aquel silencio apenas manchado por algún ladrido solitario. Olía su sudor fresco tras la jornada de trabajo, escuchaba su respiración, sus zancadas decididas y firmes.

—Eres lista —dijo de repente reduciendo la marcha para situarse junto a mí—. Podrías ser una buena curandera.

—No tengo interés en ser curandera.

—Entonces, ¿qué querrías ser?

—Ya soy una esclava, señor, y supongo que lo seré siempre. Soy una esclava y soy una mujer. ¿Tengo derecho a desear algo?

Hipócrates se inclinó hacia mí, como intentando ver mis facciones.

—Eres una muchacha muy extraña.

Ahugué la tentación de confiar en aquel hombre y callé, como tantas veces.

—A los esclavos, incluso a las esclavas, se nos permite pensar. Y eso es algo que he hecho toda mi vida sin necesitar el permiso de mis amos —respondí huraña, para alejar de mí su atención y su curiosidad.

Por fortuna, llegábamos ya a la puerta de la casa y allí me incliné y me despedí con rapidez para evitar seguir hablando.

—Espera —me dijo cuando ya me alejaba. Me detuve y me volví hacia él—. ¿Ves aquella estrella, la que brilla más que ninguna?

Miré al cielo, oscuro y deslumbrante por los cientos de estrellas de aquella noche sin luna y seguí la dirección de su dedo.

—Es Fenonte. Su luz no es mudable como la de las demás estrellas, sino firme y segura. A veces me dirijo a ella para pedirle un deseo, pero esta noche te la presto. Haz buen uso de ella.

Miré a aquel hombre, que siempre decía algo distinto a lo esperado, sin saber qué contestar. Sus ojos no me pasaban por encima, se quedaban en los míos. Y yo también le miré a él por primera vez, no al maestro. Miré al hombre joven y delgado, de pelo siempre demasiado largo y revuelto, de túnica ajada, tan distinto a todos aquellos patricios musculosos por el entrenamiento en el gimnasio.

Hipócrates rompió el silencio con una pequeña caricia que apenas me rozó.

—Pero solo esta noche —dijo con una sonrisa mientras se alejaba hacia sus aposentos.

Contemplé la luz que me había señalado el maestro y me pregunté qué pediría si aquella estrella concediera realmente los deseos. Volver a mi casa, quizá, aunque mi casa era ahora la de un extraño; o convertirme en una mujer libre como Laida, rodeada de lujos. O adquirir sabiduría, que no podría utilizar. O tal vez conseguir el amor de Alcibíades, pensé riéndome de mí misma, porque sabía que esa petición sería excesiva, incluso para la estrella de los deseos. Y entonces supe lo que pediría. Descubrir de una vez la conspiración que me mantenía prisionera, saber quién estaba detrás de la muerte de mi padre y de mi secuestro, pues cada vez estaba más segura de que eran parte de una misma conjura, y, sobre todo, borrar los recuerdos de los últimos cuatro años y volver a ser quien había sido antes, aquella que protestaba porque su madre la hacía sentarse ante el telar o girar la rueca, mientras soñaba con futuros imposibles.

Temis estaba despierta. Desde que yo había empezado a trabajar para Hipócrates, nos veíamos menos y cuando lo hacíamos parecía que éramos incapaces de charlar como antes. Mi amiga vivía rodeada de un misterio que nunca antes había sentido en su presencia y que empañaba su piel y la claridad de sus ojos. En aquellos cuatro años, Temis se había convertido en una mujer, aunque su cuerpo seguía siendo casi tan delgado y pequeño como cuando la conocí. Sin embargo, sus ojos y su voz habían adquirido una profundidad adulta que desmentía su aspecto. «Ya está bien de misterios y engaños», pensé cuando la vi, decidida a contarle toda la verdad sobre mi vida.

Cuando entré tenía algo en las manos que ocultó bajo el jergón.

—Llegas muy tarde —susurró, para no despertar a las otras esclavas.

—El maestro me ha tenido todo el día trabajando.

—Te vas a convertir en toda una filósofa.

—Cambio el estropajo por las vísceras de un cordero. Pero al final, siempre hay que limpiar. ¿Por qué estás despierta?

—Antes lo hacíamos todo juntas. ¿Te acuerdas de cuando hablábamos de ser curanderas y recorrer los caminos?

—Y ahora tú te ocupas de asuntos misteriosos y yo ayudo a un loco a despedazar corderos para encontrar una repugnante bilis negra.

Temis no respondió. Parecía querer decir algo, pero seguía callada, como absorta. Volví a preguntarle por qué estaba aún despierta.

—Ven —dijo por fin, agarrándome de la mano y arrastrándome fuera de la habitación.

—Voy a contarte algo —dijo cuando nos alejamos lo suficiente—, pero tienes que jurarme que no te vas a enfadar.

—Lo juro si tú me juras antes que no has hecho ninguna locura.

—¿Te acuerdas de lo que nos habló un día Eudemo?

Me sobresalté, asombrada de la coincidencia entre la pregunta de Temis y lo que había pasado aquella tarde.

—Eudemo nos habla de muchas cosas.

—Me refiero al culto secreto en el que podríamos iniciarnos para conseguir la inmortalidad.

—Sí, y también me acuerdo de que cuando nos quedamos solas juramos que nunca participaríamos en esos rituales de brujos.

Temis calló. En la oscuridad no podía ver sus facciones, pero algo me decía que ahora no estaba riendo.

—¿Qué me quieres decir?

Mi amiga aguantó callada unos instantes más, como un buen corifeo que quisiera elevar la tensión dramática de la escena.

—Tú estabas ocupada con tu médico y yo me había quedado aquí, sola. Comencé a visitar más a menudo al viejo y un día me volvió a hablar de aquello y me dijo que muy pronto iba a celebrarse un ritual de iniciación y que creía que yo estaba preparada para formar parte del culto. Me dijo que no se lo contara a nadie, porque eran muy pocos los elegidos.

—¿Y tú eras uno de ellos?

—No te burles y escucha. Hace tres noches acudí a la cita. Había hecho mucho calor, ¿recuerdas?, te dije que iba a dormir fuera, en el patio, porque en mi jergón me ahogaba.

»Nos reunimos en una cueva cercana a la Vía Sagrada. En la entrada, que estaba medio oculta por la maleza, tuvimos que beber un líquido caliente y picante y hacer un juramento de silencio ante un altar dedicado a Dionisos y a Orfeo.

»Seguimos por un pasadizo hasta llegar a una zona más ancha e iluminada por grandes antorchas. Todas éramos mujeres y el aire no se podía casi respirar. Había varios pebeteros donde se quemaba incienso y otras hierbas que tenían un olor dulzón. Al poco tiempo de estar allí me sentí la persona más afortunada del mundo. Tenía ganas de reír y bailar y cantar, y debía de ser algo contagioso, porque todas nos pusimos a bailar alrededor de un círculo dibujado en la tierra, agarradas de las manos. Algunas se quitaron la ropa y todas hicimos lo mismo y éramos perfectas. Nuestros cuerpos despedían luz, estábamos rodeadas de una lluvia de oro, como si fuéramos ninfas bailando a la luna. Era magia.

—Eran las hierbas.

—Ya lo sé, pero entonces no pensaba en nada y todo era maravilloso. Nunca me había sentido mejor. Bailamos sin parar, sin sentir ningún cansancio. Había mujeres con máscaras de sátiros y grandes falos atados a la cintura y una música de cítaras que parecía venir del interior de la cueva. Nos abrazábamos, nos besábamos y gritábamos y te juro que nunca sentí nada igual. Bebimos mucho vino y lo dejamos caer sobre nuestras cabezas como una lluvia caliente y pastosa. Entonces entraron varios hombres, también desnudos y cubiertos con máscaras y cuernos de sátiro. —

Temis rio con una risa desconocida—. Uno de ellos llamaba la atención porque no tenía la verga erguida, como los otros, sino flácida, y así y todo era descomunal; le colgaba como un odre entre unas piernas resacas y arqueadas.

»Alguien trajo un cordero recién nacido, aún vivo, y lo colocó en un círculo dibujado en el suelo y entonces todos se abalanzaron sobre él gritando y lo hicieron pedazos y comieron la carne caliente y bebieron la sangre. Yo también comí y bebí.

Temis se detuvo; sus ojos parecían seguir contemplando aquellas imágenes oscuras que me producían escalofríos.

—Todo estaba rojo. El rojo del vino, el rojo de la sangre del cordero. Me cogieron en brazos y empecé a flotar. Ya no sentía mi cuerpo, solo las manos, muchas manos...

—¿Qué te hicieron?

—Me tocaron —dijo con voz muerta—, me besaban y me lamían, pero todo era muy dulce, muy suave, como un sueño.

—¿Y qué más?

—Luego todo es más confuso —siguió—, los mismos que me habían acariciado me separaron las piernas y los brazos. Me hacían daño, pero a la vez me seguían besando y me mordían y eso me daba tanto placer que creía que no lo podría soportar. Grité. Grité mucho. Entonces el dolor cambió, era un dolor que no había sentido nunca, y noté como si la carne se me rasgara y volví a gritar, pero me taparon la boca y siguieron besándome y mi cuerpo se movía atrás, adelante, y cada embate me hacía más daño, pero a la vez no quería que parara y entonces olvidé el dolor y la cabeza empezó a darme vueltas...

—¿Qué más?

—Nada más. —Temis pareció salir de un trance—. Cuando desperté amanecía y yo estaba en el patio, vestida y cubierta con un manto. La boca me sabía a hierro, todo era muy confuso y hubiera llegado a pensar que era un sueño, a no ser porque tenía la máscara en la mano y porque me dolían el vientre y la garganta y sentía mucho escozor entre las piernas.

No supe qué decir. Me sentí culpable. Culpable por haberla dejado sola, por no darme cuenta de su dolor, y también por haberle ocultado siempre mi verdad cuando ella me confiaba su vida entera.

—Todavía estoy un poco atontada, creo que me drogaron con belladona, y mi cuerpo sigue sintiendo el placer y el dolor y a veces tengo ganas de volver allí y también de gritar y de salir corriendo, pero las sensaciones se van debilitando. No he vuelto al puesto del mercado, por miedo a lo que me vaya a decir o a pedir el viejo.

Agarré la mano de Temis en la oscuridad.

—Estoy bien, de verdad —volvió a reír con esa risa nueva—. Mejor así que en un callejón oscuro, con cuatro brutos oliendo a cebolla. Además, hay algo que te incumbe. No sabía si contártelo, pero creo que tienes que saberlo.

La miré interrogante.

—El hombre del día de la consagración de la estatua, el hombre de las

Tesmoforias..., creo que estaba allí —concluyó.

Sentí un mareo, como si las estrellas que había sobre nuestras cabezas comenzaran a girar. Justo cuando comenzaba a olvidar su aliento ácido y sus manos huesudas, mi pesadilla había vuelto.

—¿Fue él el que...?

—No, no, todo lo contrario, escucha. Ya sabes que los granos de la belladona arrojados a las brasas producen alucinaciones y pérdida de visión. De hecho, todavía lo veo todo un poco borroso. Así que no sé si lo que recuerdo es real o lo estoy imaginando, pero me veo a mí misma en un círculo donde todos recitamos un salmo terrorífico invocando a Dionisos y sus poderes. Llevamos las máscaras puestas, cada uno hace en voz alta un ruego, y se arrodilla con la cabeza inclinada. Y cuando le llega el turno al hombre delgado de la verga flácida, ¿a que no te imaginas lo que pide?

No pude hablar y Temis siguió sin esperar mi respuesta.

—«Poderoso Dionisos, dios del exceso, de la vida y de la muerte, del placer y del dolor. Tú que transformas la carne en vibración creadora, ayúdame a poseer a la esclava del cabello de fuego, haz que consiga hacerla mía por completo, dispón mi arma para la batalla y devuélveme el poder que Orfeo me ha arrebatado». No le vi la cara, pero tras la máscara sus ojos brillaban como carbones encendidos. Era el mismo hombre, Lena, estoy segura, y ya sabes quién es la esclava que parecía desear tanto.

Terrible y confusa noche aquella, plagada de dolor y de revelaciones.

Porque la noche aún no había acabado. La historia de Temis no había hecho más que afianzar mi propósito de revelar la verdad, y cuando calló y nos quedamos allí, con las manos agarradas, yo intentando comprender todo lo que acababa de escuchar, ella ensimismada en sus pensamientos, supe que aquel era el momento que tantas veces había aplazado.

—Yo también tengo algo que contarte, amiga, y estoy segura de que tú sí te vas a enfadar.

Capítulo XIV

Desde el día de la disección del cordero, la noche en que Temis conoció mi historia y yo la suya, mi relación con el maestro había cambiado. Ya no me trataba como a un sirviente, se dirigía a mí de forma distinta. Mostraba interés por explicarme sus investigaciones, decía que, aunque yo lo escuchaba en silencio, podía ver en mis ojos las respuestas que se hacía a sí mismo y eso le ayudaba a pensar.

Se hablaba de él en la ciudad. Había conseguido soliviantar a todos con sus nuevas ideas. En especial a los sacerdotes de Asclepios, que se escandalizaban cuando escuchaban a Hipócrates señalar la fuerza curativa de la naturaleza y, en especial, cuando el maestro buscaba el origen del mal en la constitución del enfermo, en su régimen de vida, sus costumbres y su alimentación. Yo entendía la furia de los sacerdotes. Si las ideas de Hipócrates se extendían por la Hélade, los sanatorios de Asclepios perderían su influencia; si los males se podían curar sin la intervención de los dioses, dónde quedaría la influencia de sus intermediarios en la tierra.

Me interesé aún más por sus estudios, haciendo preguntas que Hipócrates respondía con placer y que yo atesoraba como si supiera que alguna vez me salvarían la vida. «¿Cómo se pueden aliviar estas póstulas, maestro?», le preguntaba cuando acudíamos a visitar a los enfermos indigentes que protegía la ciudad. Y él me hablaba del emplasto de tomillo que mataba los humores malignos y yo repetía emplasto de tomillo, muy seria, para no olvidarlo nunca. «En los momentos de paroxismo de la enfermedad —decía—, deben prohibirse los alimentos, pero en los tiempos tranquilos, la alimentación debe ser abundante, para que el enfermo resista el nuevo ataque», pero los sacerdotes se escandalizaban y ofrecían libaciones para la sanación del enfermo.

Pasamos días enteros abriendo en canal cerdos y corderos; tardes enteras volcados sobre antiguos pergaminos egipcios que hablaban de los cuerpos y sus enfermedades, y su conservación tras la muerte, un asunto que por aquel entonces interesaba mucho al maestro. Leía las bellas imágenes de pájaros y halcones, de aguas ondulantes y ojos que acusaban, imágenes que él convertía en palabras sabias, desconocidas.

Su fama se extendía y la gente acudía a él, e Hipócrates siempre tenía una palabra de consuelo o un consejo sabio con los que aliviar los dolores del cuerpo y del espíritu. Con el tiempo comprendí que no solo buscaban al médico. Las mujeres de los domos más importantes de la ciudad le reclamaban en sus gineceos con males que tenían más que ver con la soledad que con una digestión pesada. Los hombres ancianos le trataban con respeto, como si supieran que Hipócrates sería capaz de salvarlos un día más de la muerte.

Tenía tal afán por descubrir todo lo oculto, por adentrarse en un inmenso laberinto

de ideas nuevas que a su lado me sentía renacer. Y así, casi sin percibirlo, volví a recuperar aquello que creí perdido para siempre, la curiosidad por todo lo que me rodeaba. Esta misma curiosidad me hizo afianzarme en el plan que había trazado, y esperar con paciencia el momento propicio para llevarlo a cabo.

A su lado, empezaba a comprender el mundo que me rodeaba y a ver las mezquindades que envolvían los actos de los poderosos, y lo que esto podría tener que ver con mi propia historia.

Hipócrates había informado a los demás de la desaparición de mi padre y el resto de los invitados al simposio parecía sospechar la identidad de los culpables. Yo no podía hablar con mi ama ni con ninguno de ellos, pero quizá sí consiguiera de Hipócrates la información que buscaba sin tener que desvelar por ello mi identidad.

El momento propicio llegó una mañana en la que acompañé al maestro al templo para visitar a unos enfermos. A la salida, caminábamos lentamente por la Vía Sagrada, disfrutando del aire que el otoño comenzaba a refrescar y que venía cargado con aroma de uvas. En una fragua cercana el herrero templaba una espada y el fuego otorgaba a su rostro inclinado facciones de sátiro. Las mujeres llenaban los cántaros en la fuente y las ruedas de un carro levantaban el polvo de la calle aún reseca del verano.

—Agua, aire, fuego y tierra —dije en voz baja, e Hipócrates miró a su alrededor y luego a mí.

—Los cuatro elementos, sí. —Y se quedó en silencio, con una interrogación en los ojos que reclamaba una respuesta.

Tragué saliva y me encomendé a la diosa.

—El maestro Empédocles visitó a mi amo una vez —dije—, él fue quien habló en un simposio de los cuatro elementos que forman la naturaleza y lo hizo con unas imágenes tan bellas que nunca lo olvidé.

Hipócrates permaneció callado.

—Dicen que el maestro ha muerto —seguí, aunque algo se debió romper en mi voz porque me miró con extrañeza.

—Sí, murió hace unos meses —respondió por fin.

—Era un hombre muy sabio y fue muy amable conmigo.

Pregunté cómo había muerto e Hipócrates repitió escuetamente lo que yo ya sabía.

—Qué muerte más extraña —dije, y no seguí hablando.

Esperé aguantando la respiración a que él dijera algo, pero Hipócrates caminó en silencio, como si todo estuviera ya dicho. No podía detenerme ahora, nunca volvería a tener una oportunidad así.

—Quizá lo mataron —dije por fin, sin saber cómo seguir más allá—. Puede que...

—Nadie sabe qué pasó —me cortó Hipócrates—, pero en estos tiempos los hombres libres tienen muchos enemigos.

—¿Libres, señor?

—Libres de pensamiento, de ideas, libres incluso de aquellos a quienes deben lealtad por cuna y por rango. Empédocles era un hombre libre y quizá eso le mató.

Se acercó a un puesto de aceitunas y compró un puñado. Seguimos caminando juntos, sin hablar. Hipócrates comiendo aceitunas, pensativo, y yo tras él, intentando recuperar el sosiego. Había conseguido rozar la verdad sin atraparla y, sin embargo, me sentía en paz. El maestro con sus palabras me había consolado como nadie lo hubiera hecho. Mi padre había muerto por su libertad y yo pagaba con la mía. Estábamos unidos en un vínculo invisible que nadie, nunca, podría romper.

Temis estaba a la entrada de la casa, saltando sobre un pie y sobre otro, escudriñando la calle y cuando nos vio se abalanzó sobre Hipócrates, que la retuvo por los hombros para evitar su ímpetu.

—Han detenido al ama —jadeó, con sus enormes ojos negros, abiertos como nunca—. Han llegado los soldados del Areópago y se la han llevado escoltada.

El maestro preguntó por Pericles. El amo no estaba, Temis no sabía nada de él, pero en el andrón había unos amigos de los amos que esperaban noticias. Hipócrates se dirigió hacia allí. Temis me agarró por un brazo.

—Si la hubieras visto —me dijo—, antes de irse me pidió su túnica bordada y se la colocó tranquilamente, como si fuera a pasear por el ágora. Los soldados no se atrevieron a apurarla.

Temis parecía haberme perdonado por fin tras muchos días de reprocharme mi silencio, pero le hice poco caso. Quería estar en la sala y enterarme de las razones de la detención de Aspasia. Siempre había considerado a mi ama intocable, siempre había creído que nadie se atrevería a hacerle daño, que junto a ella estaba a salvo. Mi mundo pequeño y seguro se desmoronaba sobre mí. Pericles era el autocrátor, el jefe, y si los jueces detenían a la mujer que amaba, eso significaba que mi amo no era tan poderoso como siempre había supuesto. Y si ni él ni mi ama estaban a salvo del peligro, nadie podría ya protegerme. Me dirigí a la cocina, preparé una fuente con higos y almendras y sin que reclamaran mi presencia me dirigí a la sala, decidida a no moverme de allí hasta que supiera algo más.

—No se detienen ante nada —estaba diciendo Sócrates cuando entré, y hacia él me dirigí sabiendo que nunca rechazaba una oferta de comida. Cogió varios higos de la bandeja y se los fue metiendo uno tras otro en la boca, engullendo como si la terminación de aquel bocado fuera la solución a todos sus problemas.

—Primero Anaxágoras, después Fidias y ahora Aspasia —siguió hablando el maestro con la boca llena—. La acusación de impiedad es un arma invencible en estos tiempos.

Recordé al anciano Anaxágoras, sus palmaditas cariñosas cuando le calzaba las sandalias tras los simposios. Sus palabras amables, su mirada limpia. Ahora vivía exiliado. Pericles, su discípulo, nada había podido hacer para salvarle; ni había podido evitar la cárcel de Fidias, y quizá tampoco pudiera hacer nada por Aspasia.

Me pregunté qué enemigos eran aquellos que poseían tal poder.

—Los jueces son supersticiosos —dijo Anastasio.

—Y una bolsa llena oscurece las conciencias —replicó Sócrates—. Todos terminaremos siendo sus víctimas.

—Pero ¿por qué Aspasia? —preguntó alguien.

—La mejor manera de acabar con un hombre es destruir lo que más ama.

Eso era lo que había pasado, sí, ahora y entonces. El maestro Hipócrates había hablado en voz baja y yo tuve ganas de acercarme y poner mi mano en su frente y aliviar su pesar, que también era el mío. Sus palabras me habían hecho confirmar lo que siempre supe. Que mi secuestro se debía a una venganza contra mi padre, a una manera de hundir su soberbia, su valor. Mi padre me amaba y a mí me habían destruido para acabar con él.

Ofrecí a Hipócrates una copa de vino y él la tomó mirándome a los ojos. Yo también le miré y me pareció que compartíamos un aire distinto al que respiraban los demás.

—¡Acabo de enterarme!

Alcibíades entró furioso como un toro. Se sentó entre grandes aspavientos y chasqueó los dedos hacia mí para que le sirviera vino.

Me fastidió con sus gritos y sus aires de dueño. Alcibíades había cambiado, o quizá era yo la que cambiaba. Ya no podía disculpar sus modales, sus miradas vacías, la indiferencia con que recibía mis cuidados. Aún me estremecían su piel y su olor, aún suspiraba algunas noches por un Alcibíades ideal, tan bello como el de carne y hueso, pero con un espíritu más noble. Pero aquel que ahora se condolía por la suerte de Aspasia mientras arreglaba los pliegues de la túnica era un hombre cada vez más lejano a mis deseos.

Le serví una copa rebosante que se bebió de un trago como si estuviera sediento, aunque bien se veía que no era la primera que tomaba.

Mi nuevo afán por conocer lo oculto, por descubrir lo que no estaba a la vista, me hacía contemplar a Alcibíades con unos ojos más inquisitivos, más atentos, y lo que había visto, sus borracheras constantes, los escándalos con sus amigos aristocráticos, las mujeres con las que se exhibía, estaban secando el amor infantil que creí eterno. A pesar de todos los discursos escuchados a lo largo de los años entre aquellos muros, empezaba a comprender que la belleza no siempre está unida a la bondad.

Desde esa noche en las cuadras en la que algo cambió dentro de mí, después de tantos días junto a Hipócrates, no miraba a Alcibíades como antaño e incluso osaba replicar sus órdenes cuando estas significaban un trabajo sin sentido, lo que le indignaba tanto como cuando era un niño caprichoso y le hacía mirarme *con* más desprecio incluso del habitual.

Levantó la copa hacia mí para que le sirviera más vino, pero yo simulé no verle y salí de la habitación en busca de algo que pudieran comer.

La tarde se deslizó hacia la noche sin tener noticias de los amos y sus amigos

parecían tan temerosos como si fueran ellos mismos los apresados. Nadie hablaba claro de lo que pasaba. Solo insinuaciones, palabras veladas, ningún nombre, ninguna razón.

Un esclavo enviado a indagar en el ágora había vuelto con un gran número de habladurías. El comentario general era, al parecer, que Aspasia había sido acusada de herejía y llevada a la prisión del Areópago. Podía imaginarla allí, por primera vez vencida, temerosa de su suerte. Recordé los gritos que la recibieron durante la consagración de la estatua de Atenea, a los que ella había respondido con una sonrisa fría y superior.

No quería a Aspasia, no podía quererla. Nuestros mundos estaban tan alejados como la costa de Ákragas lo estaba del Pireo. Y, sin embargo, en aquellos momentos en que las dos éramos prisioneras sentí un acercamiento que nunca hubiera imaginado. Comprendí que también ella era esclava de la devoción y el homenaje que recibía y que estos podían convertirse en un odio peligroso. Todos la querían y, por tanto, todos podían odiarla. Puede que esa fuera la maldición de las personas grandes, me dije, de aquellas que no se conforman con lo que el destino les depara y deciden buscar algo nuevo.

Pasó la noche, la madrugada, los amigos de mis amos dormitaban en los divanes del andrón salvo Alcibíades, que se había retirado a su dormitorio, e Hipócrates, que había salido en busca del amo. Todos habían considerado que por no estar inmiscuido en la política de la ciudad era el más indicado para buscar a Pericles y apoyarle. De vez en cuando alguno se despertaba con sobresalto y me despertaba también a mí de mi sopor para pedir una copa de vino que bebía de un trago, tras lo cual suspiraba y volvía a dormirse encogido, arropado por el miedo. Aquellos hombres invencibles parecían niños abandonados por su padre. Pericles los había resguardado bajo su poder y ahora se sentían tan vulnerables como un prisionero de guerra. Porque de eso se trataba, de una guerra sin soldados de la que yo era un testigo ignorante.

—¡Ha sido Hermipo! —gritó Pericles entrando por la puerta seguido por Hipócrates.

Todos se levantaron con sobresalto. Corrí a atender a mi amo. Su túnica estaba sucia y su cara mostraba la fatiga de una noche de vigilia. Se dejó caer en un diván y se tapó la cara con las manos. Sus amigos le rodearon.

—Ha sido Hermipo —repitió en voz baja—. Él la ha acusado de lujuria y de corromper a las jóvenes de Atenas induciéndolas a la blasfemia con no sé qué farsa sobre las musas.

Por lo que entendí, el ala aristocrática de la Asamblea estaba muy debilitada, pero había surgido un partido nuevo que se denominaba de los demagogos y que acusaba a Pericles de ser un tirano. El tal Hermipo pertenecía a ese partido, al igual que los que habían acusado a Fidias de cincelar su propio rostro en el escudo de Atenea y quedarse con el oro que había recibido de la ciudad para la escultura y también los que habían conseguido el exilio de Anaxágoras por su rechazo de la religión oficial.

La acusación de mi ama podía significar la muerte. En aquella ciudad de pensadores y sabios, los incrédulos en cosas divinas debían guardarse de mostrar sus opiniones. Mi ama, bien lo sabía yo, no tenía ninguna prudencia y solía diferir en público de las creencias oficiales.

Tras años de escucharla, yo había comenzado a pensar también en la inutilidad de los dioses y solía preguntarme por qué los hombres ponían su esperanza en la intercesión divina en lugar de recorrer su propio camino y buscar sus propias respuestas. Quizá era solo el miedo el que impedía que se rebelaran; el miedo, que hacía que sucumbieran a la superstición y a la ignorancia, siempre más poderosas y persuasivas que la razón.

Aquel iba a ser un día muy difícil, murmuró Pericles, y tenía que estar descansado para afrontarlo, y se alejó hacia sus aposentos inclinado por el peso de la realidad. En aquel momento parecía un anciano, había perdido toda su energía, aquella fuerza que le había dado el poder durante tantos años. Los que acusaban a mi amo de despotismo tendrían que haberlo visto entonces, como lo vi yo, abrumado por unos hechos que no era capaz de controlar.

—Este proceso no deshonra a Pericles, si es eso lo que quieren —dijo alguien mientras se alejaban—. Ni siquiera deshonra a Aspasia. Solo deshonra a la ciudad que lo permite.

Hipócrates también parecía exhausto y me acerqué a él.

—Tienes que descansar, maestro —le dije, y él me sonrió.

Se iría a dormir, sí, Atenas le había mostrado su cara más oscura y ese era un dolor que había que reposar en silencio.

—Descansa tú también, Lena —me dijo al alejarse.

Aquel desvalimiento, aquella inseguridad de los poderosos me producía emociones contradictorias. Como esclava, no podía evitar un cierto sentimiento de compensación, de justicia. Y, sin embargo, el dolor de Pericles, la mirada de Hipócrates, sí, sobre todo su mirada, me estremecían el ánimo, me producían una ternura que nunca hubiera supuesto. Caminé tras el maestro mientras se dirigía a sus aposentos y sentí la tentación de tocar su mano, de aliviar el peso que parecía hundir sus hombros y que le hacía andar como pasos de viejo. Cuando llegó a su habitación se volvió hacia mí y yo me detuve. Ninguno de los dos habló, nos quedamos allí, en silencio, un tiempo que se prolongó sin sentido, pero también sin remedio. Hipócrates dio un paso hacia mí y puso su mano en mi mejilla con suavidad como si yo fuera uno de los papiros antiguos que tanto temía quebrar.

Por efecto del Amor los elementos se reúnen para formar un solo organismo, decía mi padre, y por efecto del Odio se separan. Habíamos hablado aquella misma tarde de los elementos que son a la vez inmutables y perecederos; perecederos porque el organismo que ha formado el Amor puede desaparecer, pero los elementos que lo integran permanecen inmutables, subsisten en su esencia aunque no en su forma. Y en aquel momento, mirándome en los ojos de Hipócrates, me pareció sentir la

creación de algo nuevo y, quizá por primera vez, entendí de verdad las palabras de mi padre.

Capítulo XV

Pericles tuvo que llorar. Lloró y suplicó frente a los mil quinientos ciudadanos que juzgaron a mi ama. Todos hablaban de ello, lo escuché entre risas en los puestos del mercado o entre susurros por las columnas de la stoa, pero el llanto de Pericles corría de boca en boca por la ciudad como la llamada del cuerno avisando de un naufragio.

Aunque Aspasia había salido absuelta, el crédito de mi amo se había debilitado quizá para siempre. Lo veía pasear por el patio con la mirada perdida, mientras mi ama se recluía en el gineceo por donde apenas asomaba antes del juicio. Se habían acabado las fiestas, las risas, la música. La peinaba como siempre, tras el baño, y Temis intentaba alegrar su tristeza con los chismes del mercado, que ella parecía no escuchar, y nosotras nos mirábamos y nos retirábamos en silencio, volviendo a nuestras tareas y a la rutina que nos marcaba la dama Critila, preocupada por el ama y su futuro.

Llegaba el otoño de nuevo. Otro otoño, más gris que ninguno en la casa de mis amos. Temis y yo nos veíamos poco, al ama le gustaba tenerla a su lado mientras tejía o bordaba. Nunca antes Aspasia se había ocupado de tales menesteres, pero tras el juicio parecía haber recuperado el gusto por las labores del gineceo o por la lectura tranquila de algún poeta, sentada bajo la higuera del patio, que mostraba sus frutos en sazón.

También Hipócrates parecía distante y un poco perplejo. «Creíamos estar en la cima del mundo y la cima se ha derrumbado sobre todos nosotros», había murmurado cuando supo la noticia del llanto y la súplica de su amigo. Ya no seguía con sus experimentos, al menos los que podrían crearle problemas con los sacerdotes de Asclepios. Nada de corderos ni cerdos diseccionados, solo largas tardes inclinado sobre sus papiros egipcios, tardes en las que aprovechaba también para dictarme frases que salían de sus labios tras un silencio inquieto. «En las afecciones agudas no es conveniente utilizar los purgantes, y menos al principio de la enfermedad. Si hubiera que hacerlo, se hará con las mayores precauciones», y daba un trago de vino muy aguado para aplacar una especie de fiebre que no le dejaba reposar tranquilo.

Hipócrates era un viajero, un hombre acostumbrado al movimiento continuo, a recorrer los caminos en busca de conocimiento. Llevaba ya demasiado tiempo en Atenas y eso le inquietaba, parecía el propio Hermes deseando emprender el vuelo hacia tierras desconocidas. Lo veía en sus ojos cuando hablaba de Persia, de Tracia, de Egipto, lugares mágicos, palabras mágicas que a mí también me creaban una extraña inquietud.

Me dolía un poco su mutismo. Me había acostumbrado a aquellas charlas largas y excitantes en las que el maestro me mostraba el mundo. A veces, sin embargo, le

sorprendía mirándome y aunque apartaba la vista con rapidez, aquella mirada me producía un efecto tan intenso que incluso lo confundía con malestar.

—Nunca conseguiré superar sus conocimientos.

Se inclinaba sin descanso sobre aquellos escritos egipcios. Textos tan antiguos como los dioses y que hablaban del corazón, de los vasos sanguíneos, de las enfermedades de los ojos y de los oídos, de ganglios, fístulas y humores.

—Nunca lo conseguiré porque vivimos en un mundo de superstición. La ignorancia siempre triunfa, Lena, recuérdalo. El sol puede calentar durante un tiempo, pero la oscuridad vuelve y lo enfría todo.

—Entonces, maestro, habrá que aprovechar la luz siempre que aparezca.

—Tienes razón —me miró sonriendo por primera vez en muchos días—, hay que aprovechar las ocasiones que se nos presentan. El tiempo se escapa entre los dedos y hay tanto por saber.

Sí, había tanto por saber y él me lo mostraba con una generosidad sin límites. Con sus palabras, sus gestos, sus escritos, empezaba a sentirme parte de un universo lleno de cosas ignoradas que debían ser descubiertas. Aquello que iniciara mi padre eclosionaba ahora, cuando creía que nunca podría volver a sentir la avidez por aprender.

Yo le escuchaba y creía en sus palabras, y sentía una emoción distinta a cualquier cosa que antes hubiera experimentado. Era sosiego mezclado con excitación, y a la vez un presentimiento incierto, una opresión en el pecho que no tardaría en saber interpretar.

Lo primero que me dijo cuando entré aquella mañana en sus aposentos fue que pronto se iría. Lo dijo sin mirarme, mientras ordenaba unos escritos. Sería un viaje largo y peligroso, pero de gran interés para sus estudios.

—Un sátrapa de Katpatuka ha oído hablar de mis tratamientos y ha solicitado mi presencia. Será una gran oportunidad para estudiar aquellas tierras. Siempre he creído que las estaciones y el clima influyen poderosamente en las enfermedades y aquella es una zona seca y árida, con montañas de formas inexplicables y fuentes de aguas termales que fluyen en lagunas blancas —hablaba sin parar, y seguía sin mirarme, mientras revisaba una túnica con algún que otro remiendo—. Un lugar extraño...

—¿Cuándo partes, señor?

—Antes de que entre el invierno.

Cuando supe que iba a perderlo tan pronto, todo se hizo claro, entonces comprendí. Aquel nudo en el estómago que notaba desde hacía días y que había achacado a una comida en mal estado se deshizo sin más. El corazón me latía en el pecho como una paloma que quisiera escapar de unas manos asesinas y en los oídos sentía el zumbido de la sangre que no me dejaba escuchar sus palabras. Sabía qué era aquella extraña enfermedad, aunque nunca la hubiera sentido con tal virulencia. Era lo mismo y no era nada parecido. Era una felicidad que no me dejaba respirar y miedo y temblor y un calor que ponía fuego en mis mejillas y en mi frente, y un frío

que me hacía estremecer. Y él hablaba y hablaba sin darse cuenta de mi turbación, del sudor de mis manos, que arrugaba la túnica que le había traído para acudir al templo.

Me agradecía el tiempo que le había dedicado, satisfecho de nuestra colaboración, dispuesto, al parecer, a conversar como si no pasara nada, como si no estuviera a punto de abandonarme y escapar al otro lado del mundo para estudiar unas montañas absurdas. Todo volvía a oscurecerse.

—Era mi deber, señor —respondí con toda la frialdad que pude.

—Espero que no haya sido solo eso —dijo, sonriendo, sin querer darse por enterado de mi tono—. Es la primera vez que puedo hablar con una mujer de mi trabajo y que le interesa de verdad. Te he dicho muchas veces que podrías ser una gran curandera.

Cada vez estaba más confusa, más triste. Balbuceé unas gracias sin sentido, y me quedé a mitad de una fase, sin poder decir una palabra más. Permanecí con la mirada baja, esperando que me despidiera, queriendo salir de allí lo antes posible para evitar la humillación de echarme a llorar delante de él.

—Me gustaría entregarte algo —siguió, sin darse cuenta de que yo estaba a punto de desaparecer como una gota de agua bajo el sol del verano.

—No es necesario, maestro —respondí, intentando reponerme. Acababa de descubrir mi amor por un hombre que partiría en poco tiempo a tierras lejanas y al que seguramente no volvería a ver nunca más y tenía que ser educada y formal, humilde y respetuosa.

No me hizo caso y abrió un cofre de madera que tenía junto a sí.

—¡No quiero nada! —grité sin poder contenerme. Volvía a estar sola y él no se daba cuenta—. No me des nada, por favor.

Pero no era dinero lo que quería darme, sino algo mucho más valioso. Del cofre sacó varios rollos de papiro escritos con aquella letra que yo tan bien conocía.

—Quiero que te los quedes cuando me haya ido.

No supe qué decir. Lo que me ofrecía era quizá su posesión más preciada, eran los últimos estudios realizados en Atenas, sus investigaciones, sus descubrimientos. Eran los textos de los que nunca se separaba y que ahora me entregaba a mí, que le había servido apenas durante unos meses y que estaba frente a él con los ojos y los labios llorosos, incapaz de responder a su generoso gesto.

—No es un regalo, sino un préstamo —siguió Hipócrates mientras ordenaba sus escritos con una mano que me pareció algo insegura—. El viaje será largo y, como todos los viajes, peligroso. No confío en nadie para que los cuide como confío en ti.

—Entonces, ¿vas a volver?

—Nada, salvo la muerte, me mantendría alejado de Atenas. Aquí está todo lo que quiero —dijo, mientras inspeccionaba los rollos de papiro con total dedicación.

Puedo jurar que escuché a mi corazón pararse por un instante y dar un salto, asustado, para seguir latiendo.

Y así permanecimos los dos. Hipócrates, con la atención cada vez más dirigida a

sus escritos, yo, mirándome las manos, mientras aguantaba las lágrimas. El tiempo se alargó y ninguno de los dos decía una palabra. Pensé que quería que me fuera, a pesar de que yo me hubiera quedado así hasta el final de los tiempos.

—Guardaré tus escritos con cuidado —dije con apenas un susurro de voz, mientras daba media vuelta para salir de la habitación.

Entonces sentí su mano agarrando la mía. Una mano que me transmitió su misma ansiedad, que me acercó a él, que me arrastró hacia su influjo, como el mar atrae al río con impaciencia.

Hizo que me sentara, pero sujetando aún mi muñeca.

—No te he dicho qué es lo que me atrae de Atenas.

—Señor, Atenas es el centro del mundo.

—Es cierto. —Se sentó tan cerca que sentí el calor de su muslo contra el mío y su mano dejó mi muñeca y se posó en mi cuello con suavidad, apenas un leve roce que me estremeció como una mañana de invierno.

—Aquí... puedes... encontrar los maestros más sabios de la Hélade —seguí, con la voz ahogada por los latidos de mi corazón.

—Sí. —Y su mano se curvó en mi nuca y yo bajé la cabeza, entregada a su caricia.

—Y también realizar tus investigaciones.

—Lo que es una gran suerte. —Su boca se acercó a mi boca y fue dejando un reguero de calor junto a mis labios y un suspiro de palabras que marcaban mi piel allá donde se posaban.

—Quién hubiera supuesto que mi estancia en Atenas fuera a reportarme tantos sinsabores y tantos beneficios —siguió, como si hablara con un amigo y sus manos y sus labios fueran niños traviesos que hubieran escapado a la vigilancia del maestro.

Aquellos labios calientes y secos, cargados de fiebre, me recorrieron las mejillas, se acercaron a mis ojos y bajaron después por la garganta arrasándolo todo, mi pasado, mis recuerdos, mis penas de amor y mi tristeza.

—Señor, yo... nunca... —balbuceé cuando sus dedos comenzaron a jugar con los alfileres de mi túnica.

—Nunca ¿qué? —Y me agarró por la cintura, uniéndome a él con un poder tan inevitable como la marea.

—Nunca... he... nunca he ofrecido sacrificios a Afrodita —terminé como pude.

—¿Nunca? —Su brazo izquierdo aún me ceñía, mientras su mano derecha seguía ocupada en los cierres de mi ropa—. ¿Ni con tu adorado Alcibíades?

Debí de sonrojarme como el interior de una granada. Me levanté de un salto e intenté salir corriendo, pero Hipócrates fue más rápido y me agarró por la túnica.

Entonces pensé que los hombres, aunque fueran tan sabios como aquel, nunca saben lo que siente una mujer. Y yo, en aquel momento, sentía vergüenza; vergüenza de que Hipócrates hubiera descubierto un amor que, ahora comprendía, se había ido disolviendo sin que yo me diera cuenta a lo largo de aquel verano. Era tan distinto,

tan inmenso, tan profundo lo que sentía por Hipócrates que mis sentimientos anteriores parecían solo un remedo necio del amor.

—Alcibíades solo me considera un tábano molesto que osa replicar sus órdenes.

—Siempre creí que el hijo de Clinias era un muchacho inteligente, a pesar de su soberbia y sus excesos. Pero ahora veo que su inteligencia se limita a cosas sin importancia.

Yo callaba y solo quería que volviera a besarme, que sus manos jugaran con mi túnica; quería aplacar de algún modo aún desconocido la agitación que me estremecía, la palpitación que sentía en todo el cuerpo, como si el corazón hubiera crecido hasta llenarme por entero.

—No quiero hablar de alguien tan estúpido como para creer que eres un tábano —rio—, aunque pensándolo bien, no va tan desencaminado. En ocasiones yo también he sentido tu picadura.

Entonces sí, volvió a atraerme con fuerza y con fuerza me besó, aún riendo, mientras yo trataba de apartarme porque con una náusea volvieron a mí aquellos otros besos oscuros y nunca olvidados. «No —me dije—, no, calla», y me volví hacia él, nueva, desnuda de todo lo que no fuera aquel momento.

Desnuda contra su cuerpo desnudo; piel nueva desvirgada por otra piel experta y tostada por el sol y los viajes; desnuda, y sus manos de ciego modelando mi cuerpo como un escultor inseguro; desnudos los dos en una danza de himeneo; y el sol penetrando nuestra alianza desde el ventanuco y dejando estelas de luz humedecida. Afrodita susurrando en mis oídos caricias y palabras, yo, tocando, aprendiendo, entregándome; y mi cuerpo, como un arco que él tensa lentamente con sus dedos sabios, tendido hacia el infinito cada vez más alto, hasta que el aliento se me corta y estallo como el trueno que descarga la tormenta y brillo como el relámpago y me estremezco como las hojas del álamo y grito y me abrazo a él para siempre.

«Vendrás conmigo», me dijo, cuando nuestros corazones dejaron de ensordecernos nuestras palabras. Sí, iría con él donde él fuese. Él era mi lugar y mi destino.

No podía dejar de sentirlo. Durante el día, cuando nuestras manos se rozaban sobre un papiro; cuando le servía la cena y él tardaba en escoger el trozo de cordero para tenerme un instante más junto a él; cuando me alejaba con el cántaro vacío hacia la fuente y la arcilla húmeda me rozaba la cadera y era como sus manos fuertes, como sus labios. Y estaban las noches, cuando le abrazaba bajo la manta y sentía su amor en la respiración tranquila del sueño, cuando me despertaba la humedad de su lengua, la sabiduría de sus dedos y el escozor de su barba nueva entre mis muslos. Entonces me atrevía a atraerlo hacia mí, con gestos que aún me producían temor y que él agradecía con risas.

Escondía la cara en el hueco de su cuello y besaba su calor y quería quedarme allí para siempre, y entonces le notaba estremecerse y me atraía más hacia sí, hasta que ya no había nada entre nuestros cuerpos, y hundía por fin su carne en mi carne con un dolor perfecto que me erizaba la piel y los sentidos, y yo bebía su boca, me aferraba a

su cuerpo para aguantar al borde del precipicio que se abría con cada uno de sus movimientos, hasta que caía por fin, una caída fulminante al principio y tan suave después como la de una hoja en el otoño, y la luz de la lucerna se iba apagando lentamente, como mis miedos, como mi soledad.

Pero Temis habló y no quise creerla, porque estaba deslumbrada, porque era demasiado feliz.

Capítulo XVI

Sí, Temis lo vio y el presagio del que me burlé se hizo dolorosamente cierto.

Me escuchaba cantar en el patio y reír después de tanto tiempo y me miraba preocupada. «Los amos son los amos», me decía. «Eres una esclava, Lena, tu tiempo no es tuyo, ni tus deseos, ni tu cuerpo». La hacía callar, no quería escucharla. «Hipócrates se irá y olvidará sus promesas». No, no me abandonaría, él no; me lo decía con sus manos, con su piel, con la risa que me ofrecía en cada encuentro. Y también con sus palabras, que me curaban las heridas como un bálsamo refrescante.

Solo había un obstáculo que aún debía superar: tenía que contarle a Hipócrates la verdad, pero siempre encontraba razones para no hacerlo. Tenía miedo de lo que aquella revelación pudiera desencadenar. Estaba el fenicio, que no había podido acercarse a mí en todos esos meses, pero al que seguía viendo desde lejos cada vez que salía con Hipócrates a la calle. Al pensar en aquel hombre comprendí que algo había cambiado dentro de mí. Sus amenazas habían perdido la fuerza que antes tenían y ahora las veía como lo que siempre fueron: una manera de mantenerme sumisa y callada en un principio y una artimaña con la que violentar mi cuerpo envarado aquellas noches que procuraba olvidar cada mañana.

Pero tenía miedo de hablar, de quitarme la máscara que durante tanto tiempo me había servido de coraza y protección. Mejor esperar, me dije, esperar a estar lejos de Atenas, a respirar con libertad por los caminos, fuera de estos muros cada vez más opresivos. Esperar a despojarme de todo lo que nos separaba, de todos aquellos que nos separaban. Lejos de Aspasia y su soberbia, de Alcibíades y su mezquindad, incluso de Laida, que seguía fuera de Atenas, pero que se hubiera burlado de mis planes de haberlos conocido. De todos quería escapar menos de Temis, de quien me dolía separarme como si estuviera unida a mí con piel y huesos.

Hablé con ella una mañana de finales de otoño, una de esas mañanas atenienses en las que el sol entibia los huesos entumecidos por la humedad de la noche y pone en el pecho anhelos de vida y aventuras; en la que los templos brillan como rubíes tallados por las propias manos de Hefesto y el aire es tan transparente que se escucha con nitidez el reclamo de los mercaderes.

Le conté los planes de Hipócrates mientras tendíamos la ropa al sol.

—Me comprará a Aspasia y nos iremos juntos hacia Persia. Seré su mujer y su ayudante. Curaremos enfermos, aprenderemos, conoceremos gentes distintas.

Temis me miró con sus enormes ojos negros y siguió estirando las túnicas sobre las piedras calientes.

—Haznos un conjuro, Temis, libranos del mal que nos acecha en los caminos —le dije riendo.

Temis cogió un gran cesto y se alejó en silencio, algo tan extraño en mi amiga que sentí un estremecimiento, como si todo el frío de la noche hubiera vuelto para enfriar la tibieza del sol. Supuse que estaba triste por mi marcha, y entonces me di cuenta de lo que significaba abandonar Atenas. Significaba separarme de mi amiga, de mi hermana y yo también sentí su angustia. La seguí y la abracé y lloramos juntas, pero entonces Temis me separó y no tardó en hablar.

—Tengo miedo por ti, Lena.

La miré sin comprender.

—No he descubierto lo que significaba hasta ahora, pero ayer supe que algo terrible estaba a punto de pasar. Cuando volvía del mercado, vi un pájaro con un ala rota que intentaba remontar el vuelo sin conseguirlo. Entonces, un gato salió de un callejón y se lanzó sobre el pájaro. Ya sabes lo que eso significa.

—Nadie va a traicionarme, Temis. —Nada iba a pasar, era tiempo ya de que los dioses me ofrecieran una tregua. Quise burlarme de los malos augurios que predecía mi amiga—: Y eres tú quien ha visto al gato, no yo. El presagio es tuyo.

—No me creas si no quieres, pero procura estar alerta. El mal acecha, lo noto desde hace tiempo. Lo que le ha pasado al ama es solo el comienzo de unos tiempos muy oscuros.

Me reí, sintiendo un sabor ácido en la garganta.

—Solo tienes que esperar, Temis, amiga mía, y verás que los augurios se te atragantan como a tu maldito gato el pájaro que se comió.

Hipócrates iba a hablar con Aspasia. De lo mucho que yo había aprendido junto a él, de lo útil que le sería en su viaje, de su deseo de comprarme. Los vi dirigirse juntos hacia la Acrópolis. Él para hacer una ofrenda a Atenea que le permitiera salir con bien de la ciudad, y mi ama, como anfitriona, para rezar junto a su huésped y propiciar así un viaje venturoso.

Yo, mientras, en la casa, tenía que retener las ganas de salir corriendo, de volar como una flecha hacia el templo y postrarme allí a los pies de mi señora para abogar también por mi libertad.

Desde que Temis me había hablado de sus temores, no tenía un momento de sosiego. No quería creer, pero sabía también que la fatalidad siempre encuentra algún resquicio por el que colarse en la vida de los mortales. Un presentimiento de dolor aún desconocido me hacía deambular por la casa como un espíritu del Hades, la boca seca, el pulso apresurado, las piernas flojas y un insoportable hormigueo en todo el cuerpo que no me dejaba reposar.

Pasó el tiempo, la mañana dejó lugar a la tarde y nada se sabía de Aspasia ni de Hipócrates. El amo preguntó por ellos y nadie supo darle razón. Durante la tarde, se presentaron en la casa tres sacerdotes de Asclepios preguntando por Hipócrates y se mostraron muy contrariados cuando supieron que no estaba allí.

Todos, no solo yo, comenzamos a inquietarnos. Pericles envió a un esclavo para que averiguara el paradero de la señora, pero este volvió sin haberlos encontrado,

solo con la información de que habían sido vistos ofreciendo una libación en el templo.

Cuando ya mi amo se preparaba para salir junto a unos sirvientes en su busca, apareció Aspasia. Venía pálida y jadeante, se dirigió a Pericles, le agarró del brazo y entró con él en sus aposentos.

—¿Dónde está el maestro, señora? —me atreví a preguntar antes de que Aspasia desapareciera, pero ella ni siquiera pareció escucharme. Sin hacer caso de la mirada de Temis, me deshice de un tirón de la mano que me sujetaba y me acerqué con sigilo a la puerta del dormitorio.

Aspasia parecía muy excitada, pero no podía entender las palabras. La angustia no me dejaba casi respirar, me llenaba toda, como una marea que subiera desde mi estómago a mi garganta inundándolo todo. ¿Dónde estaba Hipócrates? ¿Qué había pasado? Cuando la clepsidra anunciaba ya la hora última, mi amo salió y me vio aún allí, junto a la puerta, tan paralizada como la estatua contra la que me intentaba sostener.

—Trae a tu ama una infusión de manzanilla, Lena.

—¿Se encuentra mal la señora? —pregunté, y seguí porque no era capaz de hacer otra cosa—. ¿Le ha pasado algo al maestro Hipócrates?

—Haz lo que te digo.

Eso era todo. Haz lo que te digo, sin una explicación, como si yo fuera un caballo al que se le pide correr más rápido o saltar más alto. Haz lo que te digo. Y lo hice. Le llevé la infusión a mi señora, y cuando entré en los aposentos, Aspasia estaba sola, muy seria, pero con la dignidad de siempre ya recuperada.

Esperé mientras bebía a pequeños sorbos con la escudilla entre las manos, como para darse calor. Quería preguntar, no podía dejar de preguntar, aunque intuía que iba a ser en vano.

—¿Te encuentras mejor, señora?

—Mucho mejor. —Y Aspasia suspiró y se reclinó en el diván después de terminarse la infusión.

—¿Cenarás ahora? Llevas fuera todo el día.

—No voy a comer nada. Vete a dormir.

—Y el maestro Hipócrates, ¿tampoco cenará?

Aspasia se quedó mirándome con una expresión que nunca había visto en sus ojos. Entre la pena y el miedo.

—Hipócrates ha tenido que salir de viaje con urgencia. Sé que te habló de comprarte y llevarte con él, pero tuvo que precipitar su salida.

—Pero volverá. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Es mejor así. Los viajes son agotadores y tú estás acostumbrada a la vida cómoda de Atenas.

—Volverá, ¿verdad, señora?

—No creo que vuelva en mucho tiempo.

Me quedé allí, delante de mi ama, mirándola sin ver. Quería irme porque tenía que pensar, y prepararme, porque sabía que Hipócrates vendría por mí. Esperaría despierta, esperaría su reclamo. Tenía que irme de allí, pero las piernas no me hacían caso y me mantenían frente a Aspasia, que me miró por fin.

—Vete. Quiero descansar.

Tardé tanto en creerlo. Cada mañana y cada tarde de los siguientes días, de los siguientes meses, esperaba verlo aparecer. Sentía el ruido de sus sandalias en la arena del patio, en el mármol de los pasillos de la casa, su voz detrás de mí, el calor de sus manos, el peso de su cuerpo sobre el mío, y pasaba las noches en vela contemplando una oscuridad cada vez más densa.

Recordaba nuestra última noche, que yo había imaginado la primera del resto de nuestra vida; cómo había lamido mi cuerpo palmo a palmo, dibujando senderos húmedos y ardientes; cómo su boca se había hundido entre mis piernas y me había arrancado gemidos ahogados que había tratado de ocultar contra su cuerpo; y cómo cuando ya estaba abierta y casi desmayada había entrado en mí hasta que su cuerpo y el mío se mezclaron, igual que el agua y la miel se unen al vino para que este sepa más dulce.

Cuando el tiempo comenzó a destruir la certeza de su vuelta, tampoco lloré, porque seguía sin creer en su traición o quizá porque si creía en ella, no me quedaría ya nada. Temis intentaba consolarme, pero yo no la dejaba. No había consuelo porque no había dolor, solo expectación. Y la expectación me mantenía viva.

Aquel fue un largo invierno de transformaciones. Cambió mi espíritu, que fue oscureciéndose como las tardes invernales y cambió mi cuerpo. Me crecieron los pechos, la sangre dejó de visitarme y siempre estaba cansada. Critila se dio cuenta y me lo dijo. No sentí nada, el sufrimiento del principio se había convertido en un narcótico que me impedía pensar. Pero antes incluso de darme cuenta de lo que aquello significaba, la sangre apareció de nuevo con un dolor que nunca antes había sentido, que me hizo agacharme en las letrinas una noche y apretar como si algo malo tuviera que salir de mi cuerpo antes de que terminara matándome. Y lo que salió fue mucha sangre y varios cuajarones que quedaron allí, hasta que el agua los arrastró hacia las cloacas.

No sufrí la pérdida, como tampoco me había conmovido la noticia. Mi cabeza estaba en otra parte, hacia Oriente, en algún camino polvoriento donde un viajero alto y moreno se alejaba paso a paso de Atenas y destruía paso a paso, también, mis ilusiones.

Y, por fin, sucedió. Dejé de tener miedo. Ya nada me haría daño, nada podía ser peor que el vacío, que esa nada espesa y adormecedora que me envolvía desde la desaparición de Hipócrates. Era libre por fin, libre de mí misma, de los temores que me habían tenido anestesiada durante tanto tiempo y que ahora se alejaban de mí como una manada de lobos que me hubiera estado acechando y que huía con el rabo entre las piernas.

Laida había vuelto de su viaje. Era el momento, tenía que alejarme de aquella casa y le pedí que hablara cuanto antes con Aspasia y comprara mi libertad. Si mi ama hubiera sido la mujer de antes, nunca me hubiera dejado ir, pero Aspasia era solo una copia desvaída de ella misma, una mujer callada y solitaria que pasaba el tiempo leyendo poesía.

Accedió a mi venta y a la de Temis sin más, me contó Laida, y cuando la vi por última vez sonrió con su frialdad habitual: «Has hecho bien en cuidarte las uñas como te dije», me cogió una mano y la miró sonriendo. «Las manos de esclava no casan con la vida que te espera», y me hizo una señal para que la dejara sola.

Y así me fui de aquel lugar que había sido mi casa durante cinco años; de mis primeros tiempos de estiércol y pulgas, de aquellos otros de miedos y esperanzas y de los últimos, oscuros y amargos, que tanto quería olvidar.

El último día, mientras me esperaban en la puerta, recorrí el patio tocando cada esquina. El pozo donde Temis y yo nos habíamos hecho tantas confidencias; el último rincón que visitaba el sol cada tarde y donde nos sentábamos para coser o desgranar garbanzos; la higuera, vacía de frutos, que servía de hogar en aquel momento a una escandalosa familia de vencejos. Aproveché la ausencia de mis amos y entré en el andrón y toqué la tela suave que cubría los divanes y la enorme crátera, ahora seca, a la espera del próximo simposio. Aquella sala había sido como un teatro donde se desarrollaba la obra de mi vida sin que yo participara en la representación. Pensé que Sófocles había contemplado sin saberlo una historia que su genio hubiera transformado en tragedia. Yo no era hija de un rey, pero como Antígona había sido marcada por la fatalidad. No había enterrado a mi padre, pero había sufrido el castigo de su muerte.

Me sentí en aquel momento como uno de esos personajes abandonados a su suerte, con unos dioses mudos y ciegos que no ofrecen consuelo. Un personaje como los creados por la palabra poderosa del dramaturgo, un personaje solitario, arrasado.

Todo o casi todo había ocurrido entre aquellas paredes. Había escuchado la muerte de mi padre por boca del hombre que después me había abandonado. Había sufrido las penas del amor adolescente y más tarde había disfrutado unos instantes de plenitud para caer de nuevo en la confusión. Había escuchado a los filósofos hablar del alma, de los astros y la naturaleza; y había aprendido de Aspasia que a los dioses no les gustan las mujeres y por eso juegan con nosotras como niños perversos. Siempre escuché con el espíritu alerta hasta que llegó la aniquilación, esa aniquilación que precede a la armonía.

El escenario estaba desierto a la espera de sus próximos actores. Era hora, pues, de comenzar un nuevo acto lejos de allí, con nuevo vestuario y nuevos argumentos. Que los dioses ciegos y sordos a las súplicas de los mortales se quedaran en su Olimpo vacío. Ya no los necesitaba.

Temis me llamó, impaciente. Me esperaban. Eché un último vistazo a aquella sala vacía y me dirigí resuelta a seguir con mi destino.

Capítulo XVII

Desperté con el alba. Escuché, aún con los ojos cerrados, los sonidos de la mañana, las voces de las mujeres que se dirigían a la fuente para recoger la primera agua del día, los carros de bueyes que rodaban hacia el mercado, el ladrido de un perro madrugador y los pájaros alborotando en el patio. Entonces recordé el sueño que me había despertado. Estaba en una enorme casa bajo el mar. Yo intentaba nadar con rapidez, me sujetaba a las jambas de las puertas para darme impulso, buscando algo que siempre se ocultaba en la siguiente habitación. El agua me envolvía en un manto cálido dentro del que podía respirar como una criatura marina, pero también me impedía avanzar, aumentaba mi impaciencia por llegar a mi destino. Había una luz oscilante y los muebles brillaban como piedras preciosas, y yo sabía que no podía detenerme, que tenía que encontrar aquello que buscaba, algo que llevaba buscando mucho tiempo y que estaba ahí, al alcance de mi mano. Entonces, el agua comenzaba a agitarse, un gran oleaje me zarandeaba y ya no podía respirar, me ahogaba, intentaba asirme, pero las paredes se derrumbaban sobre mí. El agua turbia me cegaba y la oscuridad era cada vez más profunda. Sabía que si lograba gritar podría respirar otra vez, pero tenía la garganta cerrada y solo conseguía lanzar un pequeño vagido, como el de un animal que acabara de nacer. Lo intentaba varias veces, cada vez con más fuerza, hasta que, por fin, lancé un grito salvaje, liberador, el grito que me había despertado.

La puerta se abrió y entró una esclava con agua para lavarme. Me sentía muy extraña dejándome servir de nuevo, como si el tiempo no hubiera pasado, como si aún estuviera en la casa de mi padre. Sin embargo, nada era igual. Aquella mujer que me presentaba la jofaina con los ojos bajos tenía un nombre, una historia, era como yo, era yo misma, y, sin embargo, mi cuerpo tenía más libertad de la que nunca hubiera soñado poseer. Por fin iba a ser dueña de mis actos. Los dioses tendrían que apartarse y dejarme tomar las riendas de mi vida. El maestro Anaxágoras, que ahora se pudría en los confines de la Hélade por negar la divinidad de la esencia del hombre, estaría de acuerdo conmigo. Esa inteligencia eterna, ese *nous* que contiene el principio de todas las cosas, iba a ser mi guía. Sería mi *nous* quien me indicara el camino a seguir.

Entró Laida con Temis para supervisar mi transformación. Según sus indicaciones, la esclava me embadurnó la cara con una mezcla muy diluida de agua con albayalde y mi piel tomó una tonalidad casi azulada que me produjo un escalofrío. Con un pincel me pintó las mejillas, los labios y los pezones con rojo egipcio y cuando terminó y me miré al espejo me pareció ver una figura tallada en mármol. Fría, dura, lejana. «Mejor así —me dije—, oculta tras la máscara. Así viviré

en paz». Aquel era un día de renovación, un día de renacimiento, y no podía llorar porque toda la labor de maquillaje quedaría destruida.

Temis se quedó mirándome con la boca entreabierta y pensativa.

—Quizá tendrías que ponerte una peluca. Todavía tienes el pelo demasiado corto.

Recordé las palabras del hombre gordo del barco cuando me cortó el pelo con aquel cuchillo roñoso, «tendré suerte si me lo compra alguna puta de gustos raros», había dicho. Quizá mi pelo de niña siguiera aún adornando alguna cabeza perdida en un burdel del puerto; quizá, incluso, pudiera comprarla yo misma y completar así otro de los círculos absurdos que formaban mi vida.

Habíamos pasado muchas tardes probando perfumes, ungüentos, telas y peinados. A veces, Laida incluso me hacía reír con sus locuras, con el relato de su viaje a Atenas, pagado con las joyas robadas a su hermana.

—El viaje era largo y tedioso y el capitán del barco, un antiguo guerrero fornido que había viajado por todo el mundo, desde las columnas de Hércules hasta Persia. Me hablaba de lugares remotos y sorprendentes. De Tartesos y de una ciudad a orillas de un río que manaba vino ponzoñoso. Del palacio del rey Jerjes, el más grande que hayan visto los siglos, con una sala de cien columnas donde los susurros se escuchan como gritos en una montaña. De las ruinas de Tebas, una ciudad antigua como los propios dioses.

Y entonces Laida había reído con una risa tan carnal como una caricia.

—Pero cuando era más elocuente era cuando callaba, en las noches largas y claras del mar, cuando el ruido de las olas y el gemido del viento en las velas encendían la piel y abrían todos los apetitos. Él fue mi primer maestro en el amor, Helena, si lo hubieras visto, tan grande y fornido y a la vez tan sabio y tan dulce, como un enorme gato ronroneante, a la espera de su escudilla de agua con miel.

Temis escuchaba los relatos de Laida con el ceño fruncido, quizá un poco celosa de mi atención, de la risa que a veces conseguía despertarme con sus locuras y que tanto tiempo llevaba callada.

—Me rogó que fuera su esposa, que le acompañara a Cos, donde había nacido y donde pensaba instalarse al final de la travesía. Cos, ¿te imaginas? Una isla perdida en medio de la nada, llena de sacerdotes de Asclepios y de escrofulosos. Creo que tienen buen vino y buenas sedas, pero eso no me pareció suficiente para abandonar mis planes.

Y yo no quería pensar que él también era de Cos, que aquella isla había visto sus primeros pasos, escuchado sus primeras palabras, y que de allí había salido porque se había quedado demasiado pequeña para su espíritu. No quería pensarlo y dejaba que Laida siguiera con su relato mientras yo respiraba hondo y cerraba la mente y dormitaba envuelta en los vahos del baño que hacía tanto que no disfrutaba.

Hablaba Laida de sus primeros tiempos en Atenas, cuando nadie la conocía aún y buscaba un lugar destacado entre las hetairas más famosas de la ciudad.

—Fue en las Dionisiacas. Ahí comencé a labrar mi fama. Prometí pasar todo un

mes atendiendo los caprichos del hombre que consiguiera arrancarme un gemido de placer antes de que su propio placer se desbordara. Fueron muchos los que lo intentaron, esforzados guerreros, pero solo uno lo consiguió —rio a carcajadas—. Un guapo efebo de sesenta años y barriga y bolsa prominentes que creyó saciar todos mis apetitos y engordó durante aquel mes mis arcas. Así pude instalarme en una casa lujosa y consolidar mi posición.

En ocasiones como aquella, Laida me asombraba con su frialdad, pero también me hacía reír y no me importaba lo que hubiera hecho. Era su vida y estaba jugando al juego que ella misma había elegido.

Y así, entre sedas y relatos, pasaron los días, los meses, y el corazón se me fue curando con una cicatriz tan pétrea que estaba segura de que ningún dolor podría atravesarla. El pasado había muerto, mi vida comenzaba entonces, alejada de los fogones y las pilas de lavar; envuelta en perfumes y linos transparentes; rodeada de atenciones y de mimos, como antaño. Todo era igual, todo, menos yo misma. Era una mujer y como mujer tendría que pagar mi tributo de carne.

Aspasia me lo auguró ya en nuestro único encuentro durante aquellos meses. Una mañana se presentó sin avisar en casa de Laida, cubierta con una túnica que evitaba las miradas indiscretas. Quiso hablar conmigo, solas las dos. No entendí por qué lo hizo. Estuvo poco tiempo y no habló mucho. Me miró sopesándome, me hizo caminar frente a ella y sentarme a su lado. Por primera vez estaba a su altura, la miraba a los ojos sin sentir su poder, solo una gran soledad y quizá también amargura. Me habló como a una igual, me habló de las servidumbres ocultas tras las sedas, me aconsejó que estuviera atenta, que aprendiera a entregar solo mi cuerpo.

—Un cuerpo vacío —me dijo al despedirse en un susurro—. Ese es el secreto. Y el espíritu guardado a buen recaudo hasta que puedas dejarlo salir sin peligro.

No me daba miedo. Mi espíritu, si es que aún existía, no se mostraba desde hacía mucho tiempo. Era mi cuerpo el que había tomado el mando, mi instinto me guiaba, mi instinto y un mortecino afán de supervivencia que seguía presente a mi pesar.

Inexorable como las estaciones, llegó por fin la noche en que comenzaría mi nueva vida. Pasé el día eligiendo la ropa que llevaría al simposio; los perfumes, untuosos y densos, un peinado que disimulara mi pelo demasiado corto, un pelo que, como una imagen de mi vida, había salido de su encierro y volvía a tener su color primitivo. Me resultaba extraño verme envuelta en aquel color que tanta mortificación me había producido. En aquel momento, sin embargo, lo sentía como un estandarte de mi liberación y me gustaba que despertara curiosidad, que fuera incluso señalado con el dedo en el mercado, donde lo mostraba sin velos ni disimulos.

Terminé de arreglarme mientras Laida me seguía transmitiendo sus conocimientos en pequeñas joyas de sabiduría.

—El hombre anciano es el más generoso. Suple con regalos lo que comienza a fallarle entre las piernas. Recuérdalo bien, Helena; cuantos más dientes le faltan a un

hombre, mayor y más provechoso es el esfuerzo que hace para que lo olvides.

Yo asentí distraída mientras me probaba unos nuevos pendientes largos y tintineantes.

—Y, por último, ya sabes, cuídate del joven fogoso y nunca olvides utilizar tu cascara de granada. Un vientre hinchado es el mejor camino hacia la ruina.

Consejos que me enfrentaban con una realidad nueva; palabras que me separaban de aquellas noches de ambiguo recuerdo. Ahora él estaba lejos, tan lejos de cuerpo como de espíritu. Su ausencia ya no dolía, era apenas una pequeña náusea que a veces me oprimía la boca del estómago y que espantaba como una mosca inoportuna. «Ven conmigo», me había dicho, para desaparecer después con su hatillo y su capa de viajero y su sombrero de ala ancha. «Ven conmigo», dijo, y nunca le había vuelto a ver.

Noche de renaceres, de miel y acíbar, de encuentros esperados y temidos. Nada más atravesar la puerta del andrón, vi a Alcibíades y sentí su mirada, que me observaba por encima de la copa desde el otro lado de la sala. Una mirada distinta, de deseo, de asombro. Me lanzó un beso y una sonrisa fácil de interpretar. A través del humo de los pebeteros todo se difuminaba mientras me dirigía al diván de la mano de Laida. El olor al aceite de canela con el que me había perfumado los pechos me llegaba a la nariz intensificado por el calor de mi propio cuerpo, y los aromas de mejorana del pelo y las cejas, el aceite de almendras de las manos y la hierbabuena de los brazos que tantas veces había curioseado en otros cuerpos me protegían de mi inseguridad. Los hombres y mujeres bebían y se besaban. Reconocí a Apolodoro y su porte altivo, a Sófocles y su risa, reconocí a casi todos los hombres que había en la fiesta.

Les había servido durante años y durante años ellos me habían ignorado. Me sentí muy extraña entre aquellas gentes que me saludaban como a alguien desconocido y a los que yo había limpiado los vómitos en cientos de fiestas o acercado la escudilla cuando estaban demasiado borrachos para salir a orinar al patio. Era este un anonimato distinto; ahora todos me miraban y, sin embargo, seguían sin verme. Yo solo era una mujer con la que esperaban yacer algún día y sopesaban su bolsa junto con mis caderas como ya ocurrió en el mercado de esclavos. Pero ahora sería yo quien recibiría el pago de la compra, yo quien elegiría al comprador.

Laida había hecho bien su trabajo. Me había convertido en un ser enigmático por quien los hombres pagarían grandes fortunas. «Sé coqueta, caprichosa —me había dicho—, ceda a uno y otorga los favores a otro. Sé despiadada, Helena, como ellos lo serán contigo cuando ya no te deseen».

—Me cubro todo de sudor helado. Pálido quedo como marchita hierba. Y ya sin fuerzas, sin aliento, inerte, muerto parezco —escuché en un susurro, con un aliento caliente en la nuca.

Me volví riendo, temblando.

—Qué pensaría la genial Safo si escuchara cómo te burlas de sus tristezas de

amor.

—No es burla, señora. La misma Afrodita te contempla con envidia esta noche. —Alcibíades tomó mi mano y la besó y luego acercó su boca a la mía y me rozó apenas con unos labios calientes que me produjeron un escalofrío, unos labios mucho más suaves de lo que imaginaba.

«De insecto a rival de Afrodita —pensé—, quién osaría quejarse», y me dejé seducir por aquella voz, por aquellas manos que rozaban el borde de mi escote, que tocaban mi cintura con el mismo afán de dueño que antes exigía mis servicios. A mi pesar, el amor de la infancia volvía a mí, me aceleraba el corazón y me humedecía las manos. Como siempre, Alcibíades era el hombre más apuesto de la sala, el más orgulloso, y me envolvía en sus maneras cazadoras, mientras dejaba caer en mi oído las frases que tantas veces le había escuchado susurrar a las demás. Parecía que el tiempo se dilataba, que el resto de los presentes desaparecían en una bruma enloquecida. Volvía a ser un mortal que miraba a un dios.

Entre risas y vino fuimos el blanco de todos los deseos; Laida me sonrió desde lejos, Temis había desaparecido. Alcibíades vestía una clámide corta, como era su costumbre, que dejaba ver sus piernas musculosas y morenas por el ejercicio. No había perdido los rizos de la adolescencia, pero llevaba el pelo más corto y se había dejado una barba muy fina, que apenas le tapaba el óvalo de la cara, pero que añadía dureza a sus facciones algo aniñadas.

Poco quedaba de aquel joven soberbio que gritaba como un salvaje cuando no se cumplían sus caprichos. Sus modales eran amables, su trato, sofisticado, comparó mi pelo con el último rayo de sol; alabó mi belleza con palabras antiguas, y cuando me miró a los ojos con una pregunta silenciosa, no tuve que fingir. Se levantó del diván y me condujo con él fuera del salón mientras yo recordaba aquella otra huida que tuvo a Friné como protagonista, la noche en la que me enteré de la muerte de mi padre, la noche en que lo conocí a él.

Pero las manos de Alcibíades no eran sus manos, y sus besos no podían suplantar aquellos otros besos que a mi pesar me estremecían en el recuerdo. Y las palabras de cortejo que ahora escuchaba sonaban a llanto antiguo, a miedo, a despedida. Alcibíades me miró, me desnudó con besos inflexibles, me soltó los alfileres del peinado y metió las manos con avidez en mi melena suelta; recorrió mi cuerpo y yo seguí sus movimientos como los autómatas que construía mi padre y que tanto miedo me daban.

No había nada en el corazón, y sin embargo, mi cuerpo respondió a su olor a cuero y almizcle, a su sabor algo salino, al tacto áspero de sus manos encallecidas por las bridas del caballo, que me recorrían la piel; sentí y acepté la dureza de aquel cuerpo perfecto que se mostraba ante mí con todo su poder. Su belleza musculosa y dorada compensaba su falta de dulzura. Y me dejé llevar por aquel deseo desbocado. Seguí su ritmo violento, sus investidas descuidadas que, sin embargo, me produjeron un placer imprevisto. Era aquello lo que necesitaba. Un cuerpo distinto que me

hiciera olvidar aquel otro que creí mío; unas manos que estrujaran mi carne en lugar de acariciarla, una nueva vida que diluyera mis recuerdos, mi nostalgia y mi rabia en nuevos placeres exaltados.

Noche de renaceres, sí, y de muerte también. Mi corazón estaba muerto, solo y oculto tras mi carne estremecida. Creo que le amé. Amé a Alcibíades como la esclava que fui y también le odié como la mujer recién descubierta que otorgaba caricias como joyas y recibía homenajes del hombre que una vez la humilló sin conocerla. Él fue el primero.

Capítulo XVIII

Él fue el primero, quién si no, el más grande, el más poderoso, el más bello. Y a él seguirían otros muchos, hombres acaudalados que engordaban mi bolsa, hombres de carnes flácidas o magras, de pelo canoso o calvas relucientes; hombres viejos y desdentados gastando sus últimos alientos; hombres jóvenes recién salidos de la tutela de su amante y maestro, buscando en el cuerpo de una mujer, en mi cuerpo, la confirmación de su madurez recién estrenada.

Me paseaba entre los puestos del mercado cubierta con una túnica púrpura, como tú, padre, sintiéndome yo también diosa de un Olimpo privado, aquel que arropaban las pieles de mi lecho, llevando como una estela de poder las figuras imponentes de dos esclavos nubios, de piel desnuda, negra y brillante de aceites, como el mar en una noche de luna. Me gustaba tocar sus músculos, tenerlos cerca. Cuando el gentío se hacía insoportable, me levantaban y me transportaban entre ambos, una sacerdotisa en su carroza ceremonial, erguida entre aquellos brazos anchos como columnas.

Las mujeres me miraban con envidia y los hombres con deseo. Los niños reían a mi paso porque les regalaba almendras y los ancianos imprecaban mi desvergüenza y yo sabía que era el miedo a la muerte lo que les hacía protestar por mi juventud.

Algunas querían ser como yo, una copiaba mi vestido, otra mi peinado, suspiraban por conseguir el color de mi pelo con artificios. Y yo reía y las dejaba hacer y me acercaba al ágora y escuchaba a los filósofos hablar de la guerra, de las estrellas, de la naturaleza y de los males que amenazaban la ciudad para luego, en los simposios, admirar a todos con mis palabras sabias y oportunas.

Y mientras todo esto sucedía, Temis me miraba en silencio. Siempre atenta, siempre amable. Y siempre en silencio.

No me importaba. Estaba más allá de sus reproches callados, de sus ojos enormes, oscuros y tristes como malos pensamientos. Yo reía y jugaba a ser feliz. Me hacía leer los astrágolos que auguraban grandes bondades. Acudía con Laida a los talleres de los maestros y servía de inspiración a sus estatuas. Mis pechos y mis brazos daban vida a las diosas más bellas en los más suntuosos mármoles. Brazos y pechos fríos, inertes.

Alcibíades se convirtió en uno de mis visitantes más asiduos. Entraba en mi casa envuelto en su arrogancia y se despojaba de ella como de una túnica demasiado pesada.

—No soporto Atenas —gritó un día mientras entraba como una exhalación y se sentaba a mis pies como un niño caprichoso buscando una caricia—. Son todos unos viejos asustados.

—¿También tu padre? —pregunté jugando con sus rizos.

—Mi padre es el peor, pero solo yo me atrevo a decírselo.

—¿Habrá guerra? —seguí mientras él comenzaba a acariciarme los tobillos.

—Eso espero. —Y me rozó apenas las piernas subiendo poco a poco—. Hay que demostrar a esos comedores de sangre que somos los más fuertes.

—Yo creo que nadie demuestra nada en una guerra.

Me miró con fastidio.

—No deberías hablar de lo que no entiendes. Homero dice que los hombres se cansan antes de dormir, de amar, de cantar y de bailar que de hacer la guerra. ¿Acaso no demuestran esas palabras que el deseo de guerra y de laureles es el deseo más noble?

Cuando iba a replicar, Alcibíades me tapó la boca con la suya.

—Deberías dedicar tus esfuerzos a lo que tan bien sabes hacer. —Sus manos se hundieron con violencia en mi cuerpo y su lengua comenzó a trazar sendas urgentes que alejaron de mí otros pensamientos.

Alcibíades era así, grosero, incluso brutal a veces, pero también, en ocasiones, se comportaba más como un amigo que como un amante. Me hablaba de la posible guerra con Esparta y su impaciencia por convertirse en un guerrero aclamado por todos. Por él supe, por fin, de los manejos políticos, de las alianzas, de los peligros que acechaban a Atenas y que estaban más cerca de lo que ninguno sospechaba entonces.

—Mi padre ha perdido influencia —me confió más tarde, cuando su ardor de amante dejó paso a su ardor guerrero—. Es débil y todos se apresuran a aprovecharse de su debilidad.

El partido aristocrático manejaba los hilos de las conspiraciones contra los amigos de Pericles. Anaxágoras en el exilio, Fidias recién salido de la cárcel, el juicio de Aspasia. Episodios que yo ya conocía, pero que ahora se me presentaban en toda su complejidad. Quería ver en ello un paralelismo con las circunstancias que debieron de causar la muerte de mi padre. Conflictos políticos, miserias de hombres ansiosos de poder. Empédocles se había enfrentado también a sus enemigos y también él había perdido. Mi padre invencible, poderoso. Solo me faltaba saber quién había dictado su condena y estaba segura de que antes o después lo averiguaría.

Era una tarde inclemente; el cielo estaba cubierto de nubarrones negros que dejaban caer sobre Atenas su carga de lluvia. Los truenos retumbaban en el patio y la humedad se colaba entre las pieles del lecho. Alcibíades parecía no sentir el frío, y yo me acurrucaba junto a él, buscando un poco del calor que despedía su cuerpo desnudo.

Con un brazo tras la cabeza y el otro descansando en mi cadera, me hablaba del maestro Anaxágoras, de quien había recibido noticias desde su exilio en Lampsaco.

—Pobre hombre. A pesar de los sinsabores que le ha reportado, sigue convencido de que el sol es una masa de hierro incandescente del tamaño del Peloponeso y que la luna es solo una roca que refleja su luz. Pero sigue sin explicar por qué no caen sobre nosotros.

—Nadie debería ser castigado por decir lo que piensa, aunque esté equivocado.

—Eso díselo a los ciudadanos que ven prodigios en cada esquina —se burló—. La democracia es una estupidez. Acuérdate de todos los que han sucumbido a la barbarie del pueblo.

—Sí, lo sé. Alguien me dijo una vez que la ignorancia siempre triunfa.

—Cierto... ¿Recuerdas a Hipócrates? Creo que tú aún servías en casa cuando desapareció.

Me quedé sin aire. Estaba segura de que se podían escuchar los latidos de mi corazón. Parecía un encantamiento. En el mismo instante en que yo le recordaba a través de sus palabras, Alcibíades había pronunciado su nombre. Pude apenas susurrar un «sí» ahogado y permanecí alerta, pendiente de sus siguientes palabras.

—Menudo iluso. Creía que podía burlarse de los sacerdotes de Asclepios, pero al final ellos fueron más fuertes.

—¿Lo denunciaron? —logré articular.

—Supongo. Lo único que sé es que alguien le avisó y pudo escapar antes de que vinieran por él.

Eso había sido todo. Había huido y a mí me había dejado sola. Algo muy simple que yo durante mucho tiempo había intentado justificar. Incluso había llegado a pensar que lo habían matado, solo así me explicaba su abandono. Y, sin embargo, todo era más sencillo. Había preferido su libertad y no había tenido ni un solo recuerdo para mí. Por qué no me buscó, me pregunté. Yo le hubiera seguido a cualquier parte. Me hubiera escondido con él, hubiera mendigado con él. Por fin todo se había aclarado y yo podía seguir con mi vida sin esperar nada. Me apreté más al cuerpo de Alcibíades y le reclamé con caricias aprendidas el olvido que sus brazos pudieran ofrecerme.

Así comencé a deslizarme por un camino confuso, rojo de vino y desorden. Los rostros se confundían en laberintos de risas, en cuerpos desnudos, ansiosos, siempre distintos. Yo era la sacerdotisa todopoderosa de un ritual aterrador, doloroso o repugnante en ocasiones, delirante en otras. Me hundí en el bullicio que me evitaba pensar. Busqué el límite, el filo excitante del peligro.

Acostumbraba a pasar las noches en vela, y destaqué entre todas por satisfacer el deseo de varios hombres a la vez, siempre los más ricos, los más bellos. Los dejaba rendidos en el lecho y yo me levantaba al amanecer y me sumergía en el agua caliente de la bañera, dejando que se disolvieran las sombras de la noche, volviendo a reconocer aquellas partes de mi cuerpo que parecían ser de otra.

Y una mañana, tras una larga noche de festejos, di el paso definitivo, salté la raya que me separaba del peligro, y comencé a labrarme la fama que un tiempo más tarde contribuiría a alejarme de Atenas. La fiesta había sido en la villa de un gran señor, junto al mar, en el puerto de Falero. Reposábamos en las escalinatas de mármol que conducían a la playa y alguien relacionó aquel momento con el del nacimiento de la diosa de la espuma del mar. Grité, borracha, que si yo había sido comparada con ella

en múltiples ocasiones, justo era que la representara.

Me levanté, riendo, y reuní varias túnicas con las que me cubrí de la cabeza a los pies, como una sacerdotisa. Pretendí adoptar la figura hierática de una estatua y me quedé en lo más alto de la escalinata, tambaleándome y aguantando la risa, ante la expectación de un público excitado y borracho que esperaba mi primer movimiento. Comenzó a sonar una flauta. Y cuando la tensión amenazó con romper el orden de los asistentes, empecé a bajar poco a poco con algún tropezón, y me fui despojando de la ropa prenda a prenda, muy lentamente, hasta quedar desnuda. Lancé un grito salvaje y corrí por la playa y me sumergí en el mar, para volver a aparecer entre las olas como una nueva Afrodita, mientras unos hombres, los más borrachos, bramaban como toros en celo y otros se alejaban de allí perturbados por la blasfemia. El juego corrió de boca en boca escandalizando a muchos y yo lo repetía siempre que el vino emponzoñaba mi cuerpo.

Pero, a veces, mi espíritu despertaba de su letargo y en noches intensas de aturdimiento miraba desde fuera aquel cuerpo de pechos enrojecidos y nalgas expuestas hendido por otro, sudoroso y esforzado, y nada parecía real y cuando aquella Helena desconocida jugaba a castigar con el látigo a algún amante ansioso de dolor, la otra Helena, la que miraba aquello como si estuviera en el teatro, quería gritar, salir corriendo, acurrucarse en su lecho y esperar el consuelo de las manos morenas y fuertes que la habían abandonado.

Empecé a escuchar su nombre. Se volvía a hablar de sus viajes, de sus métodos de sanación, que algunos llamaban herejes y otros admiraban como el alba de una nueva era; de sus aforismos tan sabios, pero nadie hablaba de su vuelta. Sus estudios y su cobardía le habían llevado más allá de los confines de la Hélade, allí donde habríamos ido juntos y donde parecía que iba a quedarse por mucho tiempo. ¿Se acordaría de mí?, me preguntaba, ¿estaría arrepentido? ¿Sentiría siquiera las promesas incumplidas que había susurrado volcándose en mi cuerpo?

Cuando estos pensamientos me asediaban, procuraba alejarme de todos, escapaba de Atenas unos días y recorría las colinas que rodeaban la ciudad, y mientras caminaba volvía a ser la esclava que recogía hierbas, y repetía su nombre en voz baja para aferrarme a la realidad que se me escapaba: la manzanilla, para las digestiones pesadas, el espliego, para alivio de *los* huesos cansados, la caléndula, que sana heridas dolorosas. Temis me acompañaba y volvíamos a ser casi quienes fuimos. Reíamos corriendo entre las matas, y el vuelo de las túnicas quedaba impregnado con los olores del tomillo, del romero y la lavanda. Después nos dejábamos caer bajo la sombra de un árbol, agotadas, olvidando solo unos instantes la ciudad y sus servidumbres.

Fue en aquellas salidas cuando Temis comenzó a hablar de nuevo de nuestro viejo proyecto. Ella y yo recorriendo los caminos, curando heridas y aliviando dolores.

—Vayámonos, Helena —me dijo por fin un día.

Bajábamos del Licabeto, donde habíamos pasado el día recogiendo bayas.

Nuestro carro nos esperaba a los pies del monte para llevarnos de nuevo a la ciudad, pero Temis se paró a mitad del camino e hizo que yo también me detuviera sujetándome de la túnica. Me volví hacia ella sin entender.

—Vámonos —repitió—. Aquí el espíritu se oscurece.

Yo la miré incrédula, cómo se le ocurría que pudiéramos alejarnos de Atenas, ahora que mi fortuna y mi fama habían traspasado incluso los muros de la ciudad; que los ciudadanos más importantes de la Liga de Delos acudían a nuestra casa para ofrecer sus bolsas repletas por una caricia mía, sus fortunas por una noche en la que vencer el hastío. Ahora, que me escuchaban como al oráculo y me envidiaban y temían mis réplicas y desplantes como una expulsión del Jardín de las Hespérides.

—Nunca me iré de aquí, este es mi sitio. Vete tú, si tanto echas en falta las fatigas del trabajo.

Temis calló y comenzó a caminar delante de mí y yo sentí su pérdida como si ya se hubiera ido, pero no dije nada, no podía decirle que si ella también me dejaba todo se volvería negro y vacío, no podía decirlo porque ni yo misma lo sabía entonces. Había llenado aquel vacío con mentiras y halagos, tantos que el vacío estaba rebosante y no me dejaba casi respirar.

Ahora sabía lo que era el poder. Lo catava y era un sabor picante y dulzón. Lo descubría en cada uno de mis movimientos, en la inquietud que creaba mi ceño fruncido entre los que ansiaban mis favores. Era picante, sí, y también mareaba un poco y me hacía meditar en la soledad de mi aposento. Ellos hacían las leyes, jugaban a definir el universo y la naturaleza, corrían más rápido, saltaban más lejos, cincelaban las estatuas más bellas. Y yo, con un gesto de mi cuerpo, les hacía inclinarse como esclavos temerosos de su ama.

Fidias, el maestro al que yo más admiraba, fue quien me dio la medida de mi poder y me llenó la boca de amargura. Me seguía por el ágora como un perro famélico, visitaba mi vivienda en horas impropias, cuando estaba seguro de encontrarme sola, creyendo que esto me haría más vulnerable a sus súplicas. Pero yo siempre me negaba. Era viejo, sí, la edad y la estancia en la cárcel le habían vuelto blando y arrugado, me repugnaba su piel demasiado blanca, sus ojos acuosos de un azul sucio, los temblores de las manos que le impedían seguir sorprendiendo a la Hélade con sus obras. Pero, sobre todo, no podía soportar sus maneras serviles, la voz aflautada con la que requería mi cuerpo.

Yo había asistido a la consagración de la estatua más bella que contemplaran los siglos. Había visto al maestro en todo su esplendor, con el poder que solo el hálito divino del arte concede a unos pocos mortales. Cuánto hubiera dado yo por que las musas me hubieran tocado con ese aliento. Y, sin embargo, aquel hombre que había sido un dios se arrastraba frente a mí como un ser falto de entendimiento.

Me negaba a él, sí, y disfrutaba con ello. Mis desplantes se habían convertido en un juego que divertía a todos y que yo iba perfeccionando con el tiempo. Hasta una mañana, en el mercado. Estaba rodeada de aduladores y él venía hacia mí. Al

principio no fui capaz de reconocerle. Solo vi un fante, un remedo de hombre, con una túnica púrpura que dejaba al descubierto su brazo fofo y descarnado. Llevaba la cara cubierta de colorete, que daba a sus mejillas un tono grotesco de falsa juventud. Se había rizado el pelo y teñido la barba, que sobresalía de su rostro marchito como el rabo de un gato muerto y sonreía y se acercaba, dispuesto, como siempre, a solicitar mis atenciones.

—No te esfuerces, amigo mío —dije muy seria, levantando una mano y mirándole a los ojos antes de que hablara—. Y no esperes que hoy le entregue al hijo lo que siempre le he negado al padre.

Las risas estallaron entre los que nos rodeaban y Fidas, a pesar del colorete, palideció y dio media vuelta sin decir nada más, mientras mi corazón, que tanto tiempo llevaba callado, se reavivó un instante mientras seguía con la vista a aquel anciano ridículo que se alejaba con todo el peso de sus años y de mi humillación a las espaldas.

Nunca volvió a mí y fue él, me dijeron, quien comenzó a extender por Atenas las habladurías que me harían abandonar la ciudad y que estuvieron a punto de costarme la vida.

Capítulo XIX

Pero antes volvió el monstruo. Cuando creí que había desaparecido para siempre, volvió el monstruo y yo pensé que podría dominarlo. Desde que había abandonado la casa de Pericles no le había vuelto a ver y antes, la figura persistente de Hipócrates había evitado su acoso. Llevaba, pues, mucho tiempo sin temerlo cuando empecé a encontrarme de nuevo con el fenicio.

Me miraba desde lejos, en silencio, y yo le sentía como un demonio de mi pasado que ya no podía herirme, por el contrario, comencé a pensar que él era la llave para desvelar el misterio que aún no había sido capaz de aclarar. Y sabía cuál era el arma más eficaz para conseguirlo. Ya no era la persona indefensa de aquellas noches que creía olvidadas por tantas otras noches nuevas. Ahora yo tenía el poder.

Le saludaba burlona cuando nos cruzábamos en la calle o en el templo. Le provocaba con mi desprecio, con el cuerpo que él deseaba y que no podía conseguir. Y él me miraba, siempre desde lejos, con la misma intensidad que en otro tiempo me aterrorizó, pero que ahora recibía como un buen augurio. También había prosperado mi secuestrador en aquellos años. El comercio de esclavos era un negocio muy rentable en tiempos confusos y él se había instalado en Atenas, en un barrio elegante, y había cambiado sus trajes fenicios y su pelo largo y grasiento por un aspecto de meteco acomodado.

No se atrevía a hablarme, pero a mí me divertía sentirlo débil y cobarde, y jugaba con él, como quien juega a pasear junto a un precipicio con los ojos cerrados. Lo sentía temblar cuando me acercaba a él en el ágora o el mercado y ese poder me producía vértigo, me aceleraba el corazón, me oprimía el estómago en una náusea que casi sentía placentera. Le sonreía con la sonrisa que había aprendido en tantas noches de simulación, le rozaba apenas con el borde de mi túnica para impregnarle con mi perfume y solo quedaba satisfecha cuando conseguía despertar en él aquel jadeo febril que tantas noches pobló mis pesadillas.

Era tarde de mercado y de otoño, los higos demasiado maduros inundaban la calle de un olor corrompido, empalagoso. Yo probaba unos ungüentos para suavizar las manos y entonces sentí en mi nuca un aliento que enfriaba la tibieza de la tarde. Me di la vuelta y ahí estaba él, mirándome, como siempre, aunque esta vez tan cerca que podía contemplar sin esfuerzo el hueco negro de un diente, los surcos que cruzaban su rostro descarnado y unos pelos blancos que le salían de las orejas como en las de un pollino viejo. Solo los ojos seguían mostrando al mismo hombre oculto tras su disfraz de ciudadano. Y su sonrisa, mellada y amarillenta, la misma que recordaba de aquellas noches.

Solicitó con precipitación mi presencia en una fiesta que ofrecería a unos amigos

y un leve temblor de las manos dejó adivinar una inquietud que no supuse peligrosa. Yo tenía el poder, yo decidía, y acepté la invitación como el rey que perdona la vida a un súbdito condenado. Iría a aquella fiesta, le dije, y esperaba poder hablar con mi anfitrión, sin antiguos rencores, de los viejos tiempos y de los recuerdos que compartíamos.

—No tan viejos, señora, no tan viejos —replicó inclinándose con las maneras fenicias que no había conseguido eliminar.

Estaba segura de mi triunfo y hacia él me dirigí esa noche sin luna y sin estrellas. Temis lo supo y me advirtió. Quiso ir conmigo, pero no la dejé. Había llegado el momento y hacia él me dirigí, sola y decidida. Me acompañaban mis dos esclavos nubios, que quedaron en el patio como guardianes fieles y mudos.

Al entrar en la sala me asombró el lujo de la estancia. Los manjares dispuestos en bandejas de plata; una crátera rebosante de vino que mostraba escenas de sátiros con enormes falos acosando a doncellas inexpertas; los divanes cubiertos de telas preciosas y pieles; los perfumes intensos, una sofisticación que no identificaba con su dueño.

La sala estaba vacía. La fiesta, me dijo cuando le miré interrogante, era en mi honor y un honor así no quería compartirlo con nadie. Recordé sus manos húmedas en rincones oscuros y sentí un estremecimiento de anticipación. «¿Qué hago aquí?», me dije, y miré hacia la puerta, a punto de avisar a mis esclavos y volver a mi casa. Por un instante la tentación de escapar se hizo insoportable; el deseo de seguir con mi vida y olvidarlo todo: las preguntas sin respuesta, el pasado que siempre volvía, que me seguía rodeando como una cárcel sin salida. Quería buscar la puerta que me alejara de todo sin enfrentarme a aquel hombre que me miraba ahora con sus ascuas encendidas, ansioso, casi sin respirar, con un ligero temblor que me hacía hervir de asco. Suspiré hondo. No había llegado hasta allí para dar marcha atrás. Me creía invencible, fuerte, astuta. Las respuestas estaban tan cerca que podía alcanzarlas con un ligero movimiento, como alcanzaba la copa de vino que el fenicio me ofrecía con sus propias manos.

Bebimos y comimos. Yo reía, le provocaba, le servía vino y le acercaba la copa a los labios y él bebía y yo le hacía beber más para apagar con el líquido las brasas de sus ojos. Yo misma le corté la fruta en pequeños trozos y bebí también para ocultar mi miedo tras la copa de vino, bebí mucho y, por fin, hice la pregunta que había encerrado dentro de mí como a un animal dañado, la pregunta que solo aquel hombre podía responder y que me daría la clave de mi historia y de mi futuro.

El aire parecía haberse detenido, el mundo estaba en suspenso, esperando una respuesta de aquella boca babeante que se acercaba a la mía. Aparté la cara, pero él me obligó a mirarle, cerca, más cerca, hasta que nuestros alientos avinados se confundieron, hasta que nuestras salivas se mezclaron. Era el precio que tenía que pagar por saber la verdad. Me separé de su boca aguantando la náusea y me incliné ante aquella verga dormida, cuya incapacidad me había salvado tantas veces del

abismo. Le rendí el homenaje que el hombre esperaba, tan borracho que ni siquiera parecía sentir vergüenza, solo el deseo siempre aplazado, siempre latente. Besé aquella carne muerta y pegajosa, acaricié, lamí, agoté todo el ritual con esmero. Y cuando se dejó caer en el diván, vaciado y nunca satisfecho, volví a preguntar y él, finalmente, respondió.

Me tapé los oídos. Al fin sabía y no quería saber. Era demasiado doloroso o ridículo o imposible. O quizá no, quizá todas las pistas señalaban hacia el mismo lugar y yo no había sabido o querido interpretarlas. Crémilo, el marido de mi hermana, era el hombre que estaba detrás de mi secuestro. Sí, todo encajaba. El odio me subió por la garganta como una hiel destructora y me levanté como en trance, olvidada ya del fenicio. Tenía que pensar, tenía que gritar, vengarme, morir. Tenía que salir de allí de inmediato.

Me dirigí a la puerta, pero el fenicio no me dejó avanzar, se acercó a mí de un salto y me sujetó con una fuerza que no correspondía con su borrachera.

Aún escucho su voz farfullando, «ahora no puedes irte, te quedarás aquí conmigo, para siempre». Intento apartarle, demasiado alterada para reír sus absurdas pretensiones, pero él no me suelta y comienza a arrastrarme hacia el diván. Cae como un peso muerto sobre mí y me agarra la cara con las manos. «Siempre has sido mía». Intento luchar, pero sus manos aprietan cada vez más fuerte, su cuerpo paraliza el mío. «El mar, nos iremos al mar, otra vez», y entonces sí, río con violencia, con rencor, quiero hacerle el mismo daño que él me hace, y le insulto y me retuerzo, le llamo demonio, engendro, pero sus manos me rodean el cuello, acarician, aprietan, gotas de saliva me saltan a la cara. «Entraré en ti, por fin, puta». La garganta se me cierra por la fuerza de sus manos, los oídos me zumban y ya casi no escucho sus palabras. «Te esperé y no venías, te esperé, maldita, te alejé de él y así me lo pagas». Su voz se convierte en una jerga incomprensible. «La cárcel, el destierro», quiero absorber un poco de aire pero no puedo, toso, me asfixio, la luz se apaga. No puedo morir así, no ahora que sé la verdad, no antes de poder vengarme. Intento apartarlo, pesa demasiado. Consigo liberar una mano y tanteo a ciegas, busco algo que me ayude. Quiero gritar, pero ya es demasiado tarde. Todo se apaga, me parece colgar al borde de una sima, tanteo buscando un asidero al que sujetarme y toco algo frío, lo agarro y golpeo con él a mi asesino, una vez, y otra, y otra...

Desperté tosiendo, con un gran peso en el pecho que me cegaba. Empujé aquel bulto con todas las fuerzas que aún tenía y conseguí que cayera al suelo produciendo un ruido casi líquido. Me incorporé, me senté boqueando, recuperando la vida tras aquellos momentos angustiosos. El color rojo lo invadió todo.

Me miré las manos y la túnica cubiertas de sangre y el cuchillo con el que había cortado la fruta, que sujetaba con tanta fuerza que no podía abrir los dedos agarrotados. En el suelo estaba el fenicio, envuelto en un manto oscuro, su propia sangre, casi negra, que aún salía a golpes de un agujero oscuro en el cuello y que me había empapado la túnica. La sangre despedía un olor a herrumbre y moho.

Escuché unos pasos rápidos, alguien se acercó, se quedó un momento en suspenso y después me abrió uno a uno los dedos, cogió el cuchillo y lo tiró junto al cadáver. Me limpió la sangre de las manos con un paño e intentó que bebiera un trago de vino. No pude tragar. Era un hombre, un esclavo que se agachó frente a mí y me miró como si me conociera. «Volvemos a encontrarnos», me dijo, y tomó el paño y me limpió con cuidado la cara mientras yo intentaba recordar sus facciones. Sus dientes grandes y blancos despejaron mi memoria.

Era uno de los esclavos del barco, aquel joven que se había despedido de mí en el almacén del Pireo deseándome suerte.

—Me alegro de que lo hayas matado —dijo sin apartar la mirada del cuerpo.

Intenté hablar, pero no pude. Me llevé la mano a la garganta, que me escocía como si hubiera bebido cicuta. Mis esclavos estaban de pie, tras él, con los ojos abiertos de par en par, blanco enrojecido en medio de aquella piel tan negra.

«La guardia —pensé—, vendrán por mí». Me levanté buscando una salida rápida a aquella escena de muerte, pero el esclavo me detuvo. No podía salir así a la calle. Estaba cubierta de sangre. Le miré con la mente vacía, sin comprender. Tenía que escapar de allí, esconderme, huir de Atenas. El esclavo pareció interpretar mi mirada y me convenció para que volviera a sentarme.

—Aquí estás a salvo. Nadie va a venir. El amo encierra a los esclavos por la noche. Solo yo tengo libertad para moverme, pero él me ordenó entretener y emborrachar a tus criados. No sabía a quién esperaba. No sabía que eras tú. Y cuando me di cuenta de que algo raro pasaba, ya era demasiado tarde.

No podía hablar, solo jadear y toser, pero el sonido de aquella voz grave me transmitía confianza, devolvía un poco de paz a mi mente enfebrecida. «Está muerto —solo acertaba a pensar—, está muerto», y a través de aquella letanía se fue abriendo camino una sensación de alivio tan intensa que ahogó todo lo demás. Le había matado y nunca volvería a tocarme. Era de nuevo la esclava asustada que se escondía en las esquinas buscando descubrir su silueta entre las sombras de la noche y que tantas veces quiso vengarse. Y la venganza que imaginara se había hecho real. El alivio creció y se convirtió en una euforia que no podía mantener más tiempo retenida en mi pecho. No podía hablar, pero podía gritar, y lancé un grito que se convirtió en llanto liberador y que me fue despejando la garganta hasta entonces enmudecida.

Aquel desahogo pareció sacudir también las telarañas que me impedían pensar y me volví al esclavo que permanecía junto a mí esperando que me recuperara. «Necesito lavarme y ropa limpia», dije con una voz ronca y débil, pero también decidida.

En el patio sacó un cubo del pozo que volcó en una jofaina. Allí mismo, sin ninguna luz que delatara mi presencia, al resplandor de la luna, me quité la túnica manchada y me lavé la sangre que ya empezaba a secarse. Raspé todo lo que pude hasta que la piel me escoció y cuando por fin me sentí limpia me envolví en la túnica que me había traído el esclavo.

Me reponía en otra estancia donde el recuerdo de lo que acababa de pasar se hacía más liviano. El esclavo me hizo sentarme y me ofreció un cuenco con agua. Bebí y el agua se deslizó por la garganta como un ritual purificador que arrastrara todo lo malo que había en ella. Entonces recordé el nombre del esclavo, Basilio, el majestuoso, y recordé también sus relatos en aquellas noches de travesía, y su fuerza, y su impasibilidad durante el viaje, como si el tiempo fluyera de forma distinta para él.

Había permanecido con el fenicio desde entonces, me contó, y por eso sabía de mí desde hacía tiempo. Habían viajado mucho, de Cartago a Persia, de Tartesos a Egipto, por todo el Mediterráneo, traficando con esclavos hasta que su amo había conseguido amasar una fortuna cuantiosa. Se había instalado en Atenas, aunque seguía viajando mucho, ya no para comerciar, sino para asistir a ciertos cultos misteriosos de los que volvía más taciturno que nunca. Basilio se había convertido en su hombre de confianza y fue él a quien su amo encargó que me buscara por la ciudad, indagando entre los esclavos hasta dar conmigo. Tras la cárcel, se había alejado un tiempo de Atenas, pero no pudo soportarlo y volvió. Se cambió de nombre, de vivienda y de aspecto.

—¿La cárcel? —le interrumpí.

Basilio me miró con asombro.

—¿No sabes que estuvo en la cárcel por querer secuestrarte en las Tesmoforias? Tu ama le denunció y fue condenado a un año de cárcel por intento de robo.

Y yo, entre tanto, buscándole en cada esquina, sin poder olvidar sus jadeos, sus manos, su aliento hediondo. Pensé en Aspasia sin comprenderla, como siempre.

«Vivía obsesionado por ti», continuó, visitaba los talleres más afamados de la ciudad y allí donde encontraba alguna estatua que pudiera reflejar mi cara o mi cuerpo, la compraba sin vacilar y la llevaba a sus aposentos.

—Allí, te ofrecía sacrificios y te honraba como si fueras una diosa. Contrataba a prostitutas en las que buscaba tu rostro, tu pelo, pero siempre acababa despidiéndolas. Ellas se reían de él y él se encolerizaba y las echaba a latigazos y se encerraba en su habitación, rodeado de tus imitaciones.

Aunque aquel hombre estaba muerto, aunque yo le había matado, lo que me contaba Basilio me producía tanto terror como si fuera a entrar por la puerta en cualquier instante. Sin la ayuda del esclavo hubiera salido corriendo por las calles, enloquecida.

Había que decidir qué hacer, pero yo no podía pensar. Seguía aún conmocionada, pero aquel hombre que me había salvado parecía poseer la solución. Uno de los esclavos me acompañaría a casa. El otro se quedaría con él.

—Aún queda bastante tiempo hasta que amanezca —dijo—, pero tenemos mucho trabajo que hacer.

No hice preguntas de las que prefería no saber la respuesta. Me levanté como una anciana con todo el peso del tiempo sobre la espalda y seguida por mi esclavo atravesé las calles silenciosas y llenas de sombras de aquel barrio vacío. Un trayecto

que me sirvió para respirar aire fresco y pensar por primera vez en el nombre que había salido de los labios del fenicio. Había matado por saber aquel nombre y, en ese momento, hubiera dado cualquier cosa, incluida mi vida, por olvidarlo.

Capítulo XX

De nuevo el mar. Respiré un aire que parecía más denso, cargado de sal y gritos de gaviotas. Hinché el pecho por primera vez desde aquella noche roja y me apoyé en la baranda del barco, contemplando las maniobras de desatraque. Los marineros habían desplegado la vela y se afanaban para salir del mismo puerto al que yo había llegado hacía seis años y la imagen que se abría ante mis ojos era tan igual a aquella que recordaba que por un instante me pareció oler de nuevo a mi alrededor el hedor de la miseria que envolvía el barco del fenicio.

Me estremecí y pude sentirlo a mi espalda, noté la presión de sus manos en los hombros susurrándome «estás sola», y volví a verme tan inmunda y desgraciada como entonces. Olor de salmuera y miedo en la nariz, el tacto grasiento de la baranda del barco en las manos y en el pensamiento aquel cadáver cubierto de sangre que volvía a mí cada noche invadiendo mi sueño como ya hiciera cuando estaba vivo.

El fenicio estaba muerto, sí, pero sus rehenes aún seguían vivos, mucho más vivos y más vulnerables de lo que nunca hubiera imaginado. Quería vengarme, y quizá no pudiera hacerlo. En el barco tuve mucho tiempo para recordar. Envuelta en una túnica que me protegía de la brisa, pasaba las horas contemplando la costa que bordeábamos y pensando con más intensidad de lo que nunca lo había hecho. Poseidón nos despidió desde su atalaya en Sunion y las columnas poderosas de su templo me infundieron la fuerza para enfrentar el futuro, ahora que comprendía mejor el pasado.

Habíamos decidido ir por mar. Los caminos estaban embarrados en aquella época del año y nuestro destino no era un lugar demasiado seguro para un ateniense. Llegando en barco, podríamos disfrazar nuestra procedencia. Bordearíamos, pues, la costa hasta llegar a Corinto. Una travesía corta en la que tendría tiempo para pensar en lo que me esperaba. Basilio y Temis iban conmigo.

Tras la desaparición de su amo, de viaje a Egipto, para todo aquel que preguntara, Basilio simuló pasar a mi servicio. El fenicio viajaba mucho y no tenía amigos. Nadie quiso saber más. Yo sí. Cuando todo hubo pasado pregunté qué habían hecho con el cuerpo. «Los jabalíes del Hymetto tuvieron un buen festín —me dijo—, no te preocupes por nada más». Su desaparición no había alertado a nadie y tras un tiempo en el que cada uno siguió con su vida cotidiana, después de largas reflexiones sobre lo que ahora sabía e indagaciones sobre el paradero de Crémilo, decidí hacer frente a la vida y a aquel que la había trastocado. Y al descubrir para mi sorpresa que estaba en Corinto, mucho más cerca de lo que esperaba, allí nos dirigimos sin saber muy bien lo que haría cuando lo tuviera frente a mí.

Aquel hipócrita funesto había preparado bien su venganza. Hizo secuestrar a una

hija y desposó a la otra, todo el mismo día. Qué iluso había resultado mi padre, qué confiado. Me preguntaba cómo era posible que una disputa política desencadenara tanto dolor. Cómo era posible que el afán de poder enfermara de tal manera a algunos hombres, me preguntaba, cómo era ese delirio, esa ansiedad sin tregua, sin límite, sin cordura. ¿Era eso lo que había destruido a mi familia? ¿El deseo de poder, más allá de cualquier cosa?

Mi padre y Crémilo habían sido amigos de juventud, herederos de las familias más ricas de la ciudad, incluso habían peleado juntos en la batalla de Himera contra Amílcar, el cartaginés, pero cuando mi padre había optado por las ideas democráticas, Crémilo no se lo había perdonado, no había podido vivir tranquilo a pesar de su aparente reconciliación y había tejido poco a poco una trampa perversa en la que mi padre había sido apresado sin remedio.

Las gaviotas acompañaban mis recuerdos en aquel barco, y Temis y Basilio me dejaban tranquila con mis pensamientos. Oía las risas que apenas conseguían evitar y contemplaba de reojo sus juegos de seducción, pero seguía absorta en el pasado, intentando comprender.

Había algo, sobre todo, que no me dejaba descansar. Me estremecía al imaginar cómo habría sido la vida de mi hermana aquellos años. Nunca había pensado especialmente en ello, mis recuerdos eran para nuestra infancia, para nuestras charlas nocturnas en las noches de verano, cuando el calor nos hacía dormir en el patio y contábamos estrellas y también sueños. Para las tardes de invierno, cuando aprovechábamos el poco sol que entraba por el ventanuco del gineceo para terminar de hilar el lino y nos dábamos aliento en las manos demasiado frías y reíamos por los aspavientos de nuestra madre cuando la tarea se retrasaba más de lo debido; para nuestras salidas al templo, nuestros juegos, nuestros ojos ansiosos de novedades en los escasos paseos que nos permitían por la ciudad.

Me preguntaba cuántos de aquellos sueños permanecerían en mi hermana y me producía náuseas pensar que todos aquellos años había vivido con el secuestrador de su hermana y, estaba segura de ello, también con el asesino de su padre. Rogué a los dioses que nunca lo supiera, que permaneciese tan ignorante como aquellas lejanas tardes de mi recuerdo. Que Crémilo se hubiera sentido satisfecho con mi desaparición y con la muerte de su enemigo, salvando así a Atis de su odio.

No sabía si tendría el valor suficiente para enfrentarme a aquel que había movido los hilos de mi destino; si sería capaz de mirar a la cara a un hombre que había destrozado mi vida, que podía ser el padre de unos sobrinos que no conocía, incluso el marido atento de una hermana a la que consolaba desde hacía años por mi muerte.

Llegamos al puerto al atardecer y atracamos haciéndonos pasar por ciudadanos de Megara, aliada de Corinto. Era una ciudad bulliciosa, como todos los puertos, repleta de extranjeros que acudían a comprar sus famosos perfumes y, según se comentaba en los círculos atenienses, de enemigos de Atenas que, a la sombra del poder económico de Corinto, preparaban sus intrigas contra la ciudad que los dominaba.

Los almacenes del puerto dejaban escapar un sinfín de aromas que creaban un ambiente viciado y dulzón al que tendríamos que acostumbrarnos, pero que en aquel primer momento nos revolvió el estómago y hacía más difícil tomar una decisión sobre nuestro destino. Nos alojamos en una posada no demasiado sucia cercana al ágora pasando desapercibidos entre tanto grito de comerciante y tantos afanes de esclavos apurados.

Lo más difícil era entrar en el círculo de Crémilo, pero una casualidad vino a allanar las dificultades. Una tarde, mientras Temis vagabundeaba con Basilio por la ciudad, intentando escuchar algo que nos ayudara a encontrar a mi cuñado, mi amiga escuchó su nombre en boca de un ciudadano que saludaba a otro con grandes aspavientos.

Aquel hombre había abordado a Crémilo como a un amigo que se vuelve a encontrar, reprochándose no haber podido acudir antes a saludarlo por asuntos personales. Pregunté a Temis qué impresión le había causado:

—Me dio frío mirarle —dijo Temis simulando un estremecimiento—. La sonrisa le sale del estómago. Pero hay algo más que supe. Siéntate y no te pongas nerviosa porque se trata de tu hermana.

Me dejé caer en un taburete, pendiente de las palabras de Temis.

—El otro hombre le preguntó por un próximo alumbramiento y tu cuñado le dijo muy orgulloso que su esposa había roto la cinta hacía siete lunas ya. También dijo que estaba aquí, con él, pues juntos habían acudido a consultar el oráculo de Trofonio.

Atis. Mi hermana Atis allí, tan cerca después de tanto tiempo, y a punto de tener un hijo. Un hijo de aquel hombre, el último quizá de otros con su misma sangre. Me estremecí de impaciencia, quería salir a la calle, buscar a mi hermana y abrazarla, abandonar todos mis planes, llorar junto a ella y olvidarlo todo.

No podía pensar. Estaba demasiado ansiosa y excitada. Atis, tan cerca y tan inaccesible. Tenía que buscar la manera de verla, de hablarle, me retorció las manos de angustia, caminaba de un lado a otro de la habitación, pensando, buscando una solución que no encontraba.

Fue Temis, finalmente, quien dio con una respuesta tan sencilla que me quedé mirándola con el asombro que muchas veces me producía su astucia.

—Tu hermana está encinta y nosotras somos unas famosas parteras. Si tu cuñado tiene el crédito suficiente, quizá tengamos a bien ofrecerle nuestros caros y eficientes servicios.

Desde entonces, Basilio se dedicó a alabar en el ágora las excelencias de sus amas, famosas curanderas de Tesalia, mujeres misteriosas, poseedoras de los secretos de Oriente, de la ciencia milenaria de Egipto, conocedoras de hierbas y magníficas parteras que habían asistido al alumbramiento de los herederos de las casas más poderosas de la Hélade.

Crémilo no tardó mucho en dejarse atrapar por las alabanzas que Basilio

proclamaba a los cuatro vientos. Unos días después llegó a la posada un esclavo preguntando por nosotras.

—Mi amo, el ciudadano Crémilo de Ákragas, requiere vuestros servicios para su esposa. Apuraos, se os pagará con justicia.

—Con justicia —se burló Temis mostrándose muy ofendida—. No parece que tu amo tenga mucho interés en contar con nuestra sabiduría. Nuestros honorarios no son justos, esclavo, son excesivos porque somos únicas. Dile eso a tu amo.

Cuando el esclavo hubo desaparecido, miré a Temis queriendo matarla.

—Déjame a mí, Helena, no seas impaciente. Tu cuñado tiene que saber con quién está tratando. Solo así conseguiremos ver a tu hermana sin condiciones.

Como Temis había imaginado, casi no tuve tiempo de impacientarme. Aquella misma tarde el esclavo aparecía con una pesada bolsa de dracmas, solicitando con toda humildad nuestra presencia ante su amo.

Temblando y sin atreverme a levantar los ojos del suelo, a pesar de llevar el rostro cubierto con un velo y el pelo oculto bajo una peluca negra, entré en la vivienda donde se alojaba Crémilo. Temis iba a mi lado, cubierta también ella con un velo ceremonial y una túnica.

Para mi sorpresa, Crémilo nos recibió en el andrón. Estaba solo, recostado en un diván y cuando entramos nos mostró su deferencia levantándose con rapidez y saliendo a nuestro encuentro.

Era viejo, un hombre viejo y bien cuidado que al saludarnos mostró unas encías a las que les faltaban varios dientes y que trató de ocultar con la mano. Recordé la última vez que lo había visto, los ojos enrojecidos por el vino, la túnica manchada y los pasos vacilantes mientras hacía equilibrios para sostener a mi hermana entre sus brazos. Los invitados les despedían con cánticos y risas y copas levantadas y yo lloraba por dentro, como ahora. Ese era mi demonio particular, el hombre en la sombra que había destruido nuestras vidas. Me pareció tan inofensivo, tan débil en su vejez y su ansiedad que me pregunté si todo aquello no sería una última venganza del fenicio.

Hablamos, o mejor, Temis habló con altivez, como correspondía a una curandera famosa. Demostró sus conocimientos y preguntó a mi cuñado por los problemas que aquejaban a su esposa.

—Es una mujer débil —dijo ceceando por la falta de dientes—. Demasiado melindrosa. Cuando la desposé creí que me daría hijos sanos, pero ha sido un fracaso. Cuatro abortos en seis años. Ninguno llegó a pasar de los tres meses.

Temis me miró y con los ojos me pidió calma.

—Entonces, antes de que volviera a quedar preñada, embarcamos para consultar con el oráculo de Trofonio, que tiene fama de ser sabio en cuestiones de nacimientos y muertes. La sibila nos auguró un hijo cercano.

—¿Por qué no regresasteis a vuestra tierra? —preguntó Temis.

—Tengo asuntos importantes en Corinto. Mi esposa quedó encinta muy pronto y

preferí no arriesgarme con un viaje tan largo. Esta vez, como pronosticó la sibila, el embarazo ha llegado a su séptimo mes.

—¿Qué necesitas de nosotras? —volvió a preguntar Temis llevándose un dátil a la boca.

—No quiero que esta vez pase nada que malogre el embarazo. Mi esposa está enferma y yo ansío un heredero. Puede que sea la última oportunidad, al menos con ella. Debí repudiarla hace años, pero soy demasiado blando y no tuve corazón para hacerlo.

—Estoy segura de que los dioses sabrán premiar tu bondad —hablé por primera vez.

Crémilo me miró con una ceja levantada. Quizá mi tono no había sido el más indicado y comprendí que debía callar si no quería descubrir mi odio antes de tiempo.

—Condúcenos hasta tu esposa, por favor —intervino Temis, levantándose.

Crémilo nos invitó a que le siguiéramos. Al llegar al gineceo, hizo ademán de entrar con nosotras en los aposentos que supuse de mi hermana, pero Temis levantó la mano.

—Debemos ver a la paciente a solas.

—Mi esposa es muy tímida —dijo sin detenerse, entreabriendo la puerta—. Yo contestaré las preguntas que debáis hacerle.

—Eso es imposible —replicó Temis sin más explicaciones y sin avanzar.

—No está acostumbrada a las visitas. Si no estoy yo, se asustará.

Temis se mostró inflexible, pero Crémilo no parecía dispuesto a dejarnos pasar sin él. Igual que su anterior esposa, pensé, recluida, muerta de tristeza. Así me imaginaba a Atis tras aquella puerta entreabierta y la necesidad de verla se hizo tan intensa que a punto estuve de apartar a Crémilo de un empujón y abrir la puerta yo misma. Temis intuyó mis intenciones.

—Tu esposa llevará a buen término su embarazo sin nuestra ayuda —dijo.

Se inclinó ante mi cufiado, me agarró del brazo con fuerza y dando media vuelta hizo ademán de marcharse. Entonces Crémilo nos detuvo y se excusó, pero a pesar de su sonrisa meliflua la pequeña papada que le colgaba del mentón le tembló por el esfuerzo de contener su ira.

Y por fin la puerta se abrió del todo. Ajusté bien el velo para evitar que mi hermana me reconociera en el primer momento, sin darme cuenta de lo distinta que debía de ser del recuerdo que Atis guardaba de mí. Ni siquiera mis ojos, lo único que podría ver de mi cara y que permanecen casi inmutables en el rostro de una persona con el paso del tiempo, tendrían ya el mismo brillo. ¿Podría reconocerme? ¿Podría yo reconocerla tras las penas de aquellos años?

Capítulo XXI

La habitación estaba en penumbra. Una cortina de lana gruesa evitaba el paso de la luz. El corazón me latía en la garganta y creí que se me iba a parar cuando intuí sobre la cama un bulto inmóvil. Pensé que Atis estaba dormida, pero cuando Temis dijo «señora» en voz baja, mi hermana susurró:

—¿Crémilo?

—Tu esposo no está —dijo Temis—. Nos ha pedido que te ayudemos.

—Sí, me habló de vosotras —Atis se incorporó con dificultad—. Pasad, por favor, ¿dónde está mi esposo?

—La presencia de los familiares entorpece nuestra labor.

Temis se acercó a la ventana y apartó un poco la cortina. El sol entró en la habitación como un pequeño río de luz, pero la cama continuó en penumbra, aunque se podía ver con claridad la figura de mi hermana, que se levantaba ahora de la cama lentamente y avanzaba hacia la luz, envuelta en un manto a pesar del calor. Olía a enfermedad, a encierro, a sudor rancio, a tristeza.

Lo primero que me estremeció fue su pelo. De la antigua melena espesa y suntuosa que recordaba, apenas quedaban unas greñas sin vida, pegadas al cráneo y sujetas sin gracia con una cinta. Su cuerpo, deforme por un vientre hinchado en exceso para siete lunas de gestación, se movía con fatiga, como si en lugar de los veintidós años que tenía, perteneciese a una anciana a punto de morir.

Me acerqué a ella y la abracé sin poder resistir por más tiempo la necesidad de tocarla, de protegerla. Aún siento entre mis manos los huesos de su espalda, afilados como dagas, los sarmientos secos de sus brazos, el calor de la fiebre que la consumía.

Atis se separó de mí y me miró con extrañeza.

—Creí que ibas a caerte —susurré bajando los ojos.

—No estoy tan débil como parece —dijo con frialdad—. Paso mucho tiempo acostada y eso me hace caminar con torpeza.

Su voz me dolía. Era la voz de la joven que yo recordaba y también la de una mujer agotada por la vida.

Ni siquiera me miró. Su indiferencia era más dolorosa que cualquier otra actitud. Parecía tan resignada a su suerte, tan indefensa, tan herida que la garganta se me cerró con un nudo de lágrimas secas.

Nos sentamos y fue Temis quien hizo las preguntas pertinentes. Yo solo podía mirar a mi hermana e ir descubriendo tras aquel disfraz de muerte que la envolvía los antiguos gestos, las palabras antiguas, que destellaban entre el grisor de su espíritu y me devolvían a aquel otro tiempo de nuestra niñez. Ya no veía las greñas sin brillo, la cara macilenta, las ojeras, volvía a contemplar a mi hermana como la vi por última

vez, con sus sueños intactos y su ignorancia. Solo la risa faltaba. Aquella risa que volvía loca a nuestra madre, que resonaba en el patio a todas horas y hacía levantar la vista a mi padre de sus escritos y menear la cabeza.

—Háblame de tu familia —decía Temis en aquel momento, y yo contuve la respiración—. ¿Tuvo tu madre embarazos malogrados?

—Creo que no. No desde que yo nací, desde luego.

—¿Y tus hermanas? ¿Tienes hermanas?

—No. —Atis miró hacia otro lado.

—Estás muy delgada. ¿Comes bien? ¿Descansas?

—Duermo casi todo el día, pero no puedo comer. Apenas alguna torta de miel. Algo de vino muy aguado. El resto me produce náuseas.

—¿Y tu esposo? ¿Es amable contigo?

Atis rio por primera vez, pero con una risa que era más triste que cualquier lágrima.

—Sí, Crémilo es muy amable. Protege bien a su heredero.

Atis contestaba a todo con indiferencia, como si estuviera hablando de otra persona, ni siquiera el próximo nacimiento de su hijo parecía despertarle ninguna emoción. Entre pregunta y pregunta sobre su salud, Temis intentaba que mi hermana hablara de su pasado. Y yo miraba a Atis como si quisiera guardar su imagen en mi mente para siempre. Miraba sus manos de venas marcadas por la delgadez, la única parte de su cuerpo que parecía viva, enlazándose y desenlazándose como en un gesto aprendido hacía tiempo; sus labios pálidos y reseca, que permanecían medio abiertos en un jadeo constante cuando no hablaba; sus ojos, sobre todo sus ojos, tan oscuros, más grandes incluso de cómo eran antes, hundidos y brillantes por la fiebre.

Temis le preguntó por los anteriores embarazos malogrados, y en las circunstancias en las que se habían producido. El primero, tres meses después de los esponsales, nos contó.

—Tenía problemas familiares y a mi esposo, bueno, no le gustaba que saliera a la calle. Quería protegerme, pero yo necesitaba salir, tenía que... En fin, me caí por las escaleras del templo. Cuando la partera dijo que hubiera sido un niño, Crémilo... se enfadó mucho.

—¿Qué problemas familiares? —pregunté sin darme cuenta.

Atis me miró con sorpresa.

—No creo que eso importe.

—Háblanos de los demás abortos —respondió Temis mirándome con intensidad.

—Mi padre murió —dijo, y se encogió de hombros—. No sé. Un día comencé a sangrar. Eso es todo. Después estuve muy enferma y la curandera que me vio dijo que mi cuerpo estaba muy débil para concebir, pero volví a quedar embarazada enseguida y lo perdí. La última vez ni siquiera recuerdo qué pasó.

Tenía que llevarme a mi hermana de allí. Antes de que muriera, antes de que Crémilo terminara por matarla en su afán por tener un heredero. Estaba decidida a

hablar, pero Temis, de nuevo, se adelantó a mis intenciones y se levantó.

—Por ahora es suficiente, señora. Volveremos al atardecer. Tenemos que preparar los remedios que necesitas para fortalecerte. Eso es lo principal. Descansa e intenta comer algo entre tanto.

No podía dejarla allí otra vez. Solo me tenía a mí. Hacía mucho tiempo que no invocaba a los dioses, hacía mucho que no creía en ellos. «Deméter —recé—, ayúdame a encontrar las palabras que salven a mi hermana». Crémilo nos esperaba impaciente, pero esta vez no dejé que Temis hablara primero. Apelé sobre todo a su hijo, al bien de su hijo, y a la debilidad de su esposa.

—Necesitará cuidados constantes hasta el parto para evitar que el niño se malogre. Nos instalaremos aquí para poder atenderla, si estás de acuerdo —terminé con toda la amabilidad que pude.

Crémilo, por supuesto, accedió a todas nuestras peticiones. La posibilidad de perder a su heredero en el último momento le tenía a nuestra merced.

Aquella misma tarde nos instalamos en el gineceo, en una habitación junto a la enferma. Después de tantos años estaba de nuevo cerca de mi hermana, y no pude conciliar el sueño en toda la noche. Estuve pendiente de cada sonido, de cada crujir de las maderas del lecho que demostraban el sueño inquieto de Atis. De cada tos, de cada suspiro. Le habíamos preparado una infusión de hojas de olivo y savia de sauce blanco, un remedio que había aprendido de Hipócrates para controlar la fiebre y el dolor, y habíamos conseguido que comiera algunas aceitunas maceradas en tomillo para intentar estimular su apetito.

—Tenemos que sacarla de aquí, Temis. Ahora, mañana mismo, no aguantará mucho más.

Pero antes de que Temis lo dijera, yo sabía que mi hermana no sobreviviría en su estado a una huida precipitada. Había que tener paciencia. Esperar al parto y entonces escapar. Habíamos hablado durante toda la tarde del tratamiento más oportuno.

Recordé las notas de Hipócrates. Aforismos sobre la necesidad de alimentar bien a los enfermos con comidas poco copiosas en caso de fiebre. Sus papiros egipcios, donde se hablaba de la avena como fuente de energía, aunque sabía lo difícil que era conseguirla. Intentaríamos buscarla en el puerto y preparar con ella papillas que repusieran las fuerzas de mi hermana. Ese era nuestro principal objetivo. Tendríamos que seguir con el sauce blanco y el olivo para controlar la fiebre y Temis habló de la tisana de frambuesa, un fruto del que yo nunca había oído hablar, pero que ella conocía por su abuela y que resultaba muy eficaz para evitar los partos prematuros.

Enviamos a Basilio en busca de todo lo que necesitábamos y nosotras nos instalamos en casa de Crémilo.

Atis no mejoraba. Después de diez días seguía tan apagada como el primero. Yo no me separaba de su lado y ella me agradecía mis cuidados con una sonrisa débil y distante. Hablé con Temis de la oportunidad de descubrirme, pero ambas creímos que en su estado una emoción tan fuerte podría ser muy peligrosa. Pero yo le demostraba

mi cariño con cada gesto y eso hizo que, poco a poco, la indiferencia de mi hermana se fuera ablandando y que en ocasiones apareciera su antigua personalidad, mucho más cálida y cercana.

Una tarde, mientras la convencía para que tomara un bocado más de sus gachas, se quedó mirándome con fijeza, con el ceño fruncido, como si me viera por primera vez. Yo había procurado no mostrar mi rostro demasiado a la luz, lo que no era difícil, pues Atis pasaba casi todo el día en la cama y la estancia se mantenía en penumbra. Siempre llevaba, además, la peluca y un velo que me cubría la cabeza. Pero aquel día, Atis me miró de una manera distinta. Cuando intenté acercarle de nuevo la cuchara, me detuvo el gesto con su mano.

—Te pareces mucho a... alguien que conocí.

Seguí con la vista fija en el cuenco de avena.

—Son los gestos, la voz. Eres... lo que hubiera sido mi hermana si hubiera vivido.

No pude responder. Tragué saliva. Me levanté para preparar la infusión que debía tomar. Respiré hondo. Bebí un poco de agua, pero el nudo no se disolvía.

—Creí que no tenías hermanas.

—Murió hace años. Mi hermana pequeña.

—El agua del cántaro está caliente. Saldré a buscar más.

Como una condena inmutable se acercaba la fecha del parto y Atis seguía débil, aunque se levantaba más a menudo e incluso se atrevía a pasear unos momentos por el patio. En cuanto a Crémilo, le veíamos poco. Al final de la tarde, como el que cumple un deber penoso, se acercaba por el gineceo y preguntaba por la salud de su esposa sin pasar siquiera a saludarla, lo que mi hermana parecía agradecer en silencio.

Mientras yo vivía obsesionada por la salud de Atis, Basilio, con discreción y su probada habilidad para la intriga aprendida en casa del fenicio, intentaba enterarse de las actividades de Crémilo, pero lo único que a mí me interesaba en aquellos momentos era que mi hermana saliera con bien del parto y llevarla conmigo cuando estuviera repuesta. Solo había un impedimento que no sabía si Atis sería capaz de superar. No podría llevarse a su hijo si era un varón. Ella podía escapar, desaparecer para siempre y su esposo no haría demasiado por encontrarla, pero si escapaba con su heredero, Crémilo no descansaría hasta detenerla y condenarla a muerte por el rapto.

Todo aquello me mantenía en un estado de vigilia e inquietud constantes. Solo conseguía respirar con tranquilidad cuando veía descansar a mi hermana, porque cuando estaba despierta no podía dejar de sentir su mirada cada vez más lúcida, más inquisitiva. Tenía que decirle quién era, revelarle por fin mi identidad. Si no lo hacía, sería la misma Atis la que lo descubriera y quizá en el momento más inoportuno.

La necesidad de abrazar a mi hermana tomó la decisión por mí. Era el atardecer de un día especialmente caluroso y salimos al patio a respirar un poco de aire fresco. Estábamos solas, habíamos visto salir a Crémilo, que se había despedido con una

ligera inclinación de cabeza; el aire dorado de la tarde daba a las mejillas de Atis un color que no tenían y el pelo, recién lavado, mostraba algo de su brillo antiguo. Todo era como una imagen de otro tiempo. Entrecerré los ojos y la vi como era antes, y sentí el pecho ahogarse de cariño por mi hermana y temor por su futuro.

Dije su nombre en voz muy baja, «Atis», como una invocación, como una plegaria. Mi hermana abrió los ojos, me miró y sonrió, pero entonces la sonrisa pareció vacilar en unos labios que empezaron a temblar mientras sus ojos se humedecían y me miraban sin parpadear, fijos como los de un gamo asustado.

«Helena». Yo me levanté y me senté en el suelo, junto a su diván, le cogí una mano y la besé y dejé allí los labios mucho tiempo, sin poder levantar la cabeza. Y seguimos allí hasta que las sombras invadieron el patio, sin hablar, sin llorar, reconociéndonos de nuevo en nuestras nuevas caras, en nuestros cuerpos desconocidos, con el corazón en paz, como si ambas hubiéramos vuelto a casa tras un viaje largo y azaroso.

Aquella noche no dormimos. Llegó el momento de las palabras, de todas. Tuve que revelar el papel de su esposo en nuestro infortunio, pues su primera intención fue avisar a todo el mundo de que su hermana había aparecido. Tras la revelación se quedó callada durante mucho tiempo.

—Siempre me he sentido culpable por odiarle tanto —dijo al fin con una mueca amarga—. Ahora podré disfrutar de mi odio.

Me estremeció escuchar aquellas palabras. La hermana dulce, inconsciente y feliz que yo recordaba había desaparecido para siempre. La había matado el dolor. De nuevo, como tantas veces, juré en silencio vengarme del demonio que la había convertido en lo que era.

Seguimos hablando, le conté mi vida de aquellos años dejando de lado los momentos más amargos. Y ella también habló de aquellos primeros tiempos, cuando yo suplicaba a los dioses que mi padre viniera en mi ayuda.

—Te lloramos tanto, Helena. Nuestro padre nunca volvió a ser el mismo. Fue en tu busca, pero todo lo que descubrió fue que habías muerto de fiebres durante la travesía del barco que te robó. Nuestra madre no salía del templo y yo intentaba acompañarla. Creímos que se volvería loca. Cuando padre volvió con la noticia de tu muerte, yo también creí morirme de pena. Fue entonces cuando perdí a mi hijo y Crémilo nunca me lo perdonó.

De su vida no habló demasiado, pero con sus pocas palabras y sus silencios, pude imaginar lo que habían supuesto aquellos años.

—Recordé muchas veces tus palabras, hermana —me dijo ya cuando las primeras luces del alba empezaban a perfilar los objetos del dormitorio—. Me pediste que tuviera cuidado, que pensara en la primera esposa de Crémilo, muerta de tristeza, y yo me reí, ¿te acuerdas? ¡Era tan estúpida! Creí que la vida era eso, risas, dulces y sedas.

Suspiró y no siguió hablando. Estaba agotada por la emoción y la falta de sueño.

Me reproché haber sido tan egoísta y la obligué a callar y a acostarse después de tomar un cuenco de leche. Se durmió agarrada a mi mano, como una niña pequeña, a salvo de los terrores nocturnos y de la realidad que nos esperaba tras la puerta, tan cercana, preparada para arrastrarnos al abismo, como tantas otras veces.

Llegó el momento y antes de lo que esperábamos. Atis había dormido mal, se quejaba del estómago, el dolor se hacía cada vez más fuerte. Se dispuso todo para el parto. Crémilo ya había hecho pintar la casa con pez para alejar los demonios, aunque más tarde Temis, al quedarnos solas, se había reído de la superstición de mi cuñado: «Buena cosa pretender alejar a los demonios de la casa cuando él sigue dentro», se burló.

Los músicos comenzaron a tocar y yo a masajear el vientre de mi hermana mientras Temis le hacía masticar un trozo de raíz de mandrágora, a pesar de mis protestas. Ella sabía que el sufrimiento en el parto, dada la debilidad de mi hermana, podía ser mucho más dañino que los efectos de aquella planta.

Atis no quería que me separara de ella. Se agarraba a mí con la poca fuerza que le quedaba y yo temblaba de miedo. Aunque el dolor se había calmado con la mandrágora, a mi hermana le quedaba mucho esfuerzo por hacer y yo me daba cuenta de que podía ser un esfuerzo imposible para su cuerpo exhausto. En la pared, como un presagio, una salamanquesa vigilaba impasible el avance de una araña.

Llegó la tarde. Mi hermana se agotaba y a pesar de nuestros intentos, el niño seguía sin asomar la cabeza. Hicimos que se acostara. No podía seguir en cuclillas, las fuerzas no la sostenían, pero así el nacimiento se hacía más difícil. Una esclava se sentó sobre el vientre, pero no sirvió de nada. Temis creía que las caderas de mi hermana eran demasiado estrechas para dejar pasar a su hijo y meneaba la cabeza con gesto preocupado. De vez en cuando, Crémilo mandaba a algún esclavo a preguntar y siempre recibía la misma respuesta. Aún no.

Las costillas se marcaban en la espalda de Atis. Su cuerpo desnudo era como un odre a punto de reventar, la respiración jadeante levantaba un pecho de senos hinchados y venosos, el pelo empapado de sudor se le pegaba a la cabeza y dejaba ver el cuero cabelludo enrojecido. Y en la pared, la salamanquesa acechaba a su víctima, cada vez más cerca, esperando un movimiento imprevisto que la pusiera a su merced.

Pasamos la noche en una espera desahuciada. Atis perdió el sentido varias veces y no sabíamos qué más hacer. Al alba, me agarró de la túnica con una fuerza inesperada. «¿Voy a morirme, Helena?», me preguntó con la voz ronca. «No», le mentí. «Antes quería —siguió en un susurro—, pero ahora ya no». «Estás muy cansada, Atis, pero pronto acabará todo». Sí, pronto iba a acabar todo y yo miraba a mi hermana, impotente, y le limpiaba el sudor y la saliva seca de la boca, y le besaba la frente notando el calor cada vez más intenso, e intentaba sonreír mientras veía el hilo de sangre que salía de su cuerpo, implacable como la muerte.

Entrada ya la mañana, Atis abrió los ojos y me miró. Estaba muy bella, la mueca de dolor había desaparecido de su boca y las mejillas estaban pálidas, casi traslúcidas.

Sus facciones parecían haber recobrado la lozanía de antaño y la respiración era menos convulsa. Sonrió, me agarró la mano, la acercó a sus labios y la besó. «Soy tan feliz de que estés aquí, hermana». Quiso incorporarse y yo me senté tras ella para que apoyara su espalda en mi regazo. Era tan frágil, apenas sentía su peso, ni siquiera notaba su calor, la fiebre había desaparecido, su cuerpo ya no luchaba. «Intenta ser feliz tú también, Helena», siguió con la poca voz que aún quedaba en su cuerpo agotado. «No te aferres a dolores antiguos, busca tu destino». Eso fue todo. Cerró los ojos y siguió respirando y cada respiración tardaba más en llegar, y cada movimiento de su pecho parecía ser el último y yo, entre tanto, le hablaba al oído: «No te vayas, por favor, espera, por favor, Atis».

Dejó de respirar de una forma tan suave que no me di cuenta hasta que Temis me abrazó. Y así nos quedamos las tres, Temis abrazándome a mí y yo sujetando el cuerpo sin vida de mi hermana.

Entró Crémilo. Alguien le había avisado de la muerte de su esposa. No se acercó, contempló el cuerpo de Atis desde la puerta con una expresión que se parecía mucho a la ira, pero mientras le miraba, vi cómo su ira se transformaba de repente en asombro. Tras él, la salamanquesa, hinchada, desapareció por una grieta de la pared.

«Se mueve», dijo señalando el vientre de mi hermana. «El niño sigue vivo», escuché decir a Temis, y la miré sin comprender. «¡Salva a mi hijo!», gritó Crémilo enloquecido.

Temis me miró expectante, asustada.

—Puedo intentarlo —dijo. Yo seguía sin entender, solo sentía dolor y rabia—. Como Apolo sacó a Asclepios del vientre de su madre muerta. Sé que algunas parteras lo han hecho.

—Hazlo, rápido, te pagaré lo que pidas —gritó Crémilo aún desde la puerta, como si el cuerpo de Atis le produjera un miedo o un asco invencibles.

Entonces algo se me rompió por dentro. Dejé a mi hermana con cuidado sobre el lecho y me levanté. Cogí el cuchillo que hubiera servido para cortar el cordón que unía al niño con su madre y lo puse delante de la cara de Crémilo.

—Atis ha muerto por tu culpa y ahora quieres destrozarla.

Crémilo lanzó una blasfemia y retrocedió. «Esta mujer está loca. Sacadla de aquí». Varios esclavos me agarraron por los brazos y me sacaron a rastras de la habitación mientras yo seguía gritando e insultando a Crémilo. Sentía el dolor fluir de mí como una lava destructiva y ya no quería contenerme, quería matarlo, acabar con él. «¡Te meteré un cuchillo en las tripas, asesino, asesino...!» Me encerraron en una habitación alejada de la de mi hermana. Pasó el tiempo y yo seguía viendo la cara de Atis, tan pálida, su voz ronca, sus últimas palabras. Y hervía de rabia golpeando la puerta con los puños y recorría la habitación sin descanso y rumiaba mi venganza. «Te voy a matar, asesino, vas a pagar todo lo que has hecho, asesino, miserable». La luz que entraba por el ventanuco se fue debilitando y también la excitación y la rabia que me habían mantenido en pie. Me recosté en un diván y conseguí llorar por fin a

mi hermana sin que las lágrimas me abrasaran.

Llegó la mañana, la puerta se abrió y entró Temis con un cuenco de gachas.

—He conseguido que me dejaran traerte algo de comer.

—No quiero comer, solo quiero matarlo.

—Pues así no vas a conseguirlo. Ese hombre está furioso, quería mandar a buscar a la guardia para que te detuviera, pero al final he conseguido convencerlo de que ha sido el cansancio y la impresión por la muerte de Atis lo que te ha hecho hablar así. Pero tienes que pedirle disculpas en persona.

—¿Quieres que le pida perdón? ¿Cómo podría hacer algo así?

—¿Prefieres que te encierren? Al final Crémilo se saldrá con la suya y todo habrá sido en vano.

Sabía que Temis tenía razón y eso me ponía aún más furiosa. Me quedé callada, intentando sacar de mí toda la ira que no me dejaba ni respirar.

Tras un tiempo de silencio, pregunté por el recién nacido.

—Crémilo se enfureció al ver que no era un varón y ordenó que la dejaran en el patio.

Miré a Temis esperando que continuase.

—Cuando se fue la recogí, pero el parto había sido demasiado largo y estaba muy débil.

La hija de Atis había muerto, y supe que las disculpas que tenía que ofrecer no serían un tributo demasiado amargo si pensaba en mi venganza posterior. Así que lo hice, me incliné ante él y solicité su perdón con la humildad que había aprendido en mis años de esclavitud. Crémilo pareció satisfecho, aunque no perdió la ocasión para humillarme.

—Eres demasiado vehemente y eso nunca es bueno en una mujer —me dijo con su sonrisa mellada cuando me hube disculpado—. Debes aprender a respetar a tus superiores aunque tu destino no sea el matrimonio.

Se acercó más a mí y me tomó la barbilla con la mano.

—Y ahora que te veo con más detalle, es una pena que no lo sea.

Me puso las manos sobre las caderas y las acarició levemente:

—Tendrías hijos sanos y fuertes.

Crémilo consintió en que fuéramos Temis y yo quienes nos encargáramos de los rituales de purificación al no existir parientes cercanas en la ciudad. Así, pude volver a estar con mi hermana por última vez para rendirle el tributo final. Temis había trabajado bien y del destrozo que había supuesto sacar a la niña de su vientre, solo quedaba una gran cicatriz que había cosido con habilidad.

Bañamos su cuerpo, lo ungimos con aceites y lo envolvimos en el sudario. Solo la cara de Atis quedó al descubierto, una cara libre de huellas del dolor de aquellos últimos años. La muerte había sido clemente con mi hermana y su rostro blanco, duro y frío, parecía el de una diosa dormida. Adornamos aquel rostro en paz con las joyas que había recibido como pago por su esclavitud y rodeamos su cuerpo con flores de

mirto que endulzaran los olores de la muerte.

Cuando todo estuvo dispuesto, fui yo y no su esposo quien colocó en su boca la moneda para el barquero y yo también quien veló su cuerpo y quien cantó junto a Temis el lamento ritual. Y fuimos Temis y yo, junto a las plañideras que contrató Crémilo, quienes formamos el cortejo tras el pequeño grupo de amigos del esposo doliente que se lamentaba por las calles de Corinto mostrando su pesar a todo aquel que quisiera contemplarlo.

Crémilo había sido generoso. El cuerpo de mi hermana no se pudriría bajo tierra. Había pagado una buena carga de leña para su incineración, y antes de que el viento apagara los últimos rescoldos, antes de que los encargados de recoger los restos comenzaran su labor, me acerqué a la pira funeraria y llené un pequeño cuenco con cenizas de mi hermana desaparecida. No había podido honrar la memoria de mi padre, pero había conseguido ver de nuevo a mi hermana y compartir sus últimos días ofreciéndole un poco de consuelo y eso, al menos, mitigaba en parte el gran vacío que había dejado su muerte.

Así, tras el rito funerario, con el cuenco de cenizas de mi hermana entre las manos, me dirigí a paso ligero a la posada que había vuelto a ser nuestra vivienda. Aún me quedaba mucho por hacer para estar en paz y estaba preparada y ansiosa por hacerlo. Atis, sin saberlo, me había dado las claves para vengarla. El odio haría el resto.

Capítulo XXII

Habíamos elegido una antigua cisterna de grandes dimensiones por su discreción y la resonancia de sus paredes. Allí las voces se volvían graves y oscuras, como si aquellos pasadizos excavados en la piedra estuvieran habitados por espíritus dolientes. Éramos siete, todos cubiertos con ricas túnicas dibujadas con signos y máscaras doradas que nos ocultaban por entero. Llevábamos altos coturnos para dar majestuosidad a nuestras figuras y las luces de las antorchas producían sombras extrañas que nos envolvían y creaban aún *más* un halo mágico y siniestro.

En los pebeteros se quemaban hojas de laurel y belladona para incrementar los efectos del jugo del hongo que Temis había volcado en la copa de Crémilo en la fiesta. Con ello, entraría en un trance en el que su vista se mantendría borrosa, su entendimiento, lento y confundido, y las imágenes reales que viera se fundirían con sus propios demonios interiores.

Los actores iniciaron los cánticos acompañados por la cítara que tocaba el portador de la máscara de Orfeo y que sonaban inmensos al retumbar en las paredes de la cueva. Crémilo despertaba...

Sí, Atis me había dado las claves para la venganza. En una de las tardes de confidencias que habían seguido a nuestro reconocimiento, tomábamos el fresco ya en penumbra cuando Crémilo cruzó el patio con sigilo y salió sin darse cuenta de nuestra presencia. «Cree que así se librará de todas sus maldades», había dicho Atis.

La miré sin comprender. «Es muy devoto», había seguido mi hermana con una sonrisa amarga. «Ya sabes que compartía con nuestro padre el culto órfico, pero después del primer aborto se obsesionó con la idea del alma inmortal que sobrevive al cuerpo y no sé qué otras locuras. Nunca come carne, no viste lana y está en contra de los sacrificios cruentos. Cree que si cumple los preceptos, su vida en el más allá estará llena de dones y venturas». Ahí estaba otra vez. Ese era el punto de unión entre Empédocles y Crémilo, aparte de sus rencillas políticas. Vida y muerte. Reencarnación. Así que era eso. Pregunté a mi hermana, pero ella nunca se había interesado por las creencias de nuestro padre y de su esposo y poco más sabía, salvo algo que no aportaba luz, pero que confirmaba el rencor de su esposo.

Aunque Crémilo nunca hablaba de sus creencias con mi hermana, Atis me contó que, poco antes de la muerte de nuestro padre, había llegado un día furioso. Se había encerrado en sus aposentos y no había querido salir de allí hasta el día siguiente. Cuando Atis entró para comprobar si necesitaba algo, él la había rechazado de mala manera. «¡Déjame en paz! —le había gritado—, tú y toda tu familia no sois más que una desgracia. Tú, un vientre enfermo que no puede darme un heredero y tu padre, un fanfarrón que va por ahí gritando a los cuatro vientos cosas que deberían quedar

ocultas. Y encima se le premia por ello». Se había reído como un loco. «¡Matemático! ¡Nada menos! ¿Es eso justo? ¡Matemático!» Al preguntarle a qué se refería, Crémilo la había echado de su habitación sin más explicaciones. Pero cuando se supo la noticia de la muerte de Empédocles, se había mostrado muy compungido, consolando a mi hermana y alabando las virtudes de mi padre con grandes aspavientos.

Estaba dispuesta. Habían pasado varios días y el dolor por la desaparición de Atis no escocía tanto, pero seguía ahí, en la boca del estómago, dispuesto a aparecer en cualquier momento y arrasarlo todo.

Mientras yo atendía a mi hermana, Basilio había seguido a mi cuñado cada vez que salía de casa, y había conseguido reunir una información muy valiosa.

—Tu cuñado es seguidor de un culto dionisiaco muy antiguo que más tarde fue adoptado por un tal Pitágoras, al parecer, un demente que...

—Sé quién fue Pitágoras y no era ningún demente. Fue un gran matemático.

—Bueno, yo no entiendo de esas cosas. Los adeptos al orfismo, que se llama así por un tal Orfeo que bajó a los infiernos y consiguió salir de allí vivo, buscan la inmortalidad. Tiene muchos seguidores, pero nadie habla de ello a los no iniciados.

A pesar de conocer ya todo lo que Basilio nos contaba, ahora lo veía desde una perspectiva nueva. Y comencé a pensar por primera vez que quizá mi padre no era como yo siempre había imaginado. No supe comprender su vertiente más impenetrable, más furtiva, que pude vislumbrar apenas en esas noches en que espiaba a escondidas sus reuniones secretas. Aquellas reuniones, aquellas creencias dionisiacas y órficas lo acercaban a lo más primitivo, a lo más ancestral. Eran zonas oscuras y desconocidas de su personalidad que yo, una niña de trece años, fascinada por su mente inquisitiva y brillante, no había sido capaz de interpretar.

Recordé también al loco Eudemo, el vendedor de hierbas, y su verborrea, un galimatías en el que se mezclaba todo y del que tantas veces nos habíamos burlado y pensé que quizá mi padre no estaba tan lejos de las locuras de Eudemo como yo hubiera supuesto.

Mi padre era un personaje contradictorio, siempre lo había sido, un hombre apegado a la magia, a lo irracional, pero, a la vez, ávido de conocimiento, vehemente en la búsqueda de las respuestas a los misterios de la naturaleza, de los astros, de la vida. Y no eran tiempos de contradicciones. Qué acertado había sido el juicio de Hipócrates aquella tarde lejana. «En estos tiempos los hombres libres tienen muchos enemigos —había dicho—, libres de pensamiento, de ideas, libres incluso de aquellos a quienes deben lealtad por cuna y por rango. Empédocles era un hombre libre y quizá eso le mató».

—Si lo he entendido bien —siguió Basilio—, el orfismo cree que cuando el cuerpo muere, el alma, que ha sobrevivido, pasa a otro cuerpo y cuando este muere, al siguiente y así durante siglos. Es lo que llaman la meta... mete... metempsicosis.

»El órfico afirma que la fuente del mal está en el cuerpo y sus pasiones y que esto

del viaje del alma es como un castigo. Piensa que estar dentro de un cuerpo, es como estar dentro de una prisión. Cuando el alma pasa a otro cuerpo, es porque en la vida anterior no ha conseguido alcanzar el grado de perfección que necesita para romper con ese ciclo. Si lo consiguen, los iniciados viven en un banquete continuo en la otra vida, pero los malvados yacen en el fango del Hades y siguen su viaje en otros cuerpos hasta expiar sus culpas.

Dentro de la secta había dos niveles, nos contó, dos categorías que separaban a los discípulos. Los «matemáticos» eran los que llegaban más al fondo de todos los saberes impartidos. Los «acusmáticos», en cambio, se limitaban tan solo a las enseñanzas compendiadas en los libros. Eso explicaba la ira de Crémilo de la que me había hablado Atis. Al parecer, mi padre había alcanzado un nivel que él no poseía, lo que había incrementado aún más su odio.

Por fin todo estaba claro. Mi padre había vencido a Crémilo en el terreno político y, además, había conseguido un grado de iniciación superior en lo que más le importaba. De nada había valido mi secuestro, tampoco su boda con mi hermana había supuesto ningún cambio en aquella competición incansable que su soberbia le hacía mantener. Había llegado la hora de deshacerse de su rival para siempre y había aprovechado para ello el último éxito y la última locura de mi padre.

Al comprobar la miseria de aquel hombre, las razones por las que había destruido nuestras vidas, el odio que sentía por él se transformó en algo vivo que me acompañaba como un demonio invisible, que susurraba en mi oído palabras de venganza que me aceleraban el corazón y me producían un aturdimiento que a veces, incluso, me sosegaba.

Crémilo pertenecía a un culto secreto que buscaba la inmortalidad y estaba dispuesto a cualquier cosa para conseguirla. Esta era su debilidad y nuestra fuerza.

La ciudad continuaba la borrachera tras una jornada de festejos en honor a Dionisos. Como casi todas las noches, Crémilo había acudido a la vivienda de un ciudadano que pertenecía a la aristocracia de la ciudad. Allí se celebraban reuniones donde había música, baile y donde el vino parecía correr con generosidad como atestiguaban los carros llenos de ánforas que cada día descargaban en el patio.

Habíamos decidido que fuera Temis la que acudiera a la fiesta. Crémilo no confiaría en mí y yo no me sentía capaz de representar ante él la farsa que necesitábamos. Compramos la mejor clámide de seda que pudimos encontrar. Con ella, su gran melena oscura y rizada suelta, solo sujeta por una diadema de coral rojo, sus ojos negros grandes y brillantes y un poco de maquillaje para enrojecer sus labios y palidecer sus mejillas, estaba tan hermosa que tuvo que dar un manotazo a Basilio para que cerrara la boca y la escuchase. Con el adorno de coral era como una pequeña nereida recién salida del mar para acudir en ayuda de los mortales y divertirse con ellos.

—Tú no puedes venir —protestó cuando Basilio quiso acompañarla—. Si sé que estás allí, me pondré nerviosa y no haré bien mi papel. Me esperarás fuera, como

habíamos convenido.

Lo que pasó en la fiesta me lo contó Temis mientras volvíamos en el barco hacia Atenas. Hubiera preferido no escucharlo, después de todo lo que había pasado, pero el silencio solo incrementaba mi frustración.

—Me senté a su lado y tardó en reconocirme —comenzó su relato Temis—. Al principio se mostró un poco cohibido, como si le doliera recordar la muerte de su mujer, aunque muy pronto supe lo equivocada que estaba. Bebió mucho y apenas comió algo de fruta. Cuando nos ofrecieron una bandeja con alas de paloma, aproveché la ocasión. «No como carne», dije para que él lo escuchara, y me di cuenta de que me miraba con más atención. «Prefiero alejarme de la sangre —dije con una sonrisa—, y veo que tú también lo haces». «Si tuviese la palabra de Orfeo... —susurró Crémilo, en voz baja—, persuadiría a las rocas para que me acompañasen —continué yo—, y seduciría con palabras a quien quisiese», terminó él.

—A partir de ahí todo fue sobre ruedas —siguió Temis—. Por primera vez me alegré de haber participado en aquel ritual sangriento. Nunca entenderé por qué para entrar en una hermandad en la que no se come carne, debes comerte crudo un cordero y bañarte en su sangre. En fin, Crémilo me aceptó sin más como uno de los suyos. Bebimos mucho y me confesó que estaba a punto de casarse de nuevo. La novia era hija de un amigo. Tenía quince años y buenas caderas. Estaba seguro de que esta vez conseguiría el heredero que garantizaría su inmortalidad.

»Me preguntó si estaría dispuesta a viajar hasta Ákragas con ellos para cuidar de su nueva mujer. “Soy muy rico. Podría pagarte lo que quisieras. Además, te alejarías de estas tierras de rencillas. Atenas no tardará en perder su hegemonía y Ákragas es un lugar pacífico y generoso”». Me mostré muy interesada y seguimos bebiendo, sobre todo él. Aquel era su día de suerte, dijo. Me habló de su vida, de sus posesiones, del ciudadano tan relevante que era en su ciudad. Me contó que las cosas estaban a punto de cambiar y que él sería aún más importante. En fin, no me pareció que sintiera su cuerpo como una cárcel. Al contrario, se le veía muy satisfecho de su vida y lo único que buscaba era seguir con su buena suerte en el otro mundo. Eché en su copa la pócima que llevaba preparada y cuando se encontró mal le ayudé a salir a la calle. Después Basilio lo metió en un carro.

Crémilo despertaba...

Nos miró, aún adormecido, y, poco a poco, pareció asimilar la realidad que tenía a su alrededor y la que su propia mente iba creando.

—Todo fluye de una fuente eterna cuando nace; más tarde fluye de nuevo hacia ella para buscar su propio origen y, por fin, se perfecciona después de haber regresado —recitaron los actores que habíamos contratado.

—Crémilo de Ákragas —siguió solo el que representaba a Orfeo—, tu hora ha llegado. Serás juzgado por tus actos, serás castigado o recompensado.

—¿Estoy muerto? —preguntó Crémilo con voz vacilante.

—Tu cuerpo está muerto. Tu alma se ha liberado de su cárcel. Regocíjate —

salmodió el coro.

—¿Estoy muerto? —repitió como para sí.

El coro siguió con el mismo estribillo una y otra vez, hasta que Crémilo se tapó los oídos, «¡basta!», gritó; consiguió incorporarse con dificultad y se apoyó en la pared para mantener el equilibrio intentando una dignidad que la droga y el miedo le impedían mostrar:

—He cumplido los ritos, no he comido carne, no he llevado lana en lugares sagrados. He practicado la abstinencia salvo para conseguir un heredero —farfulló.

—Has asesinado, has destruido la vida de muchas personas —hablé yo por primera vez tras la máscara, intentando controlar mi rencor.

Me miró con los ojos desorbitados.

—No es cierto. He cumplido los preceptos. He seguido las enseñanzas de Orfeo. He cumplido. He cumplido.

Saqué un rollo de entre los pliegues de mi túnica y lo desplegué.

—Has derramado la sangre de tus enemigos —simulé leer, y el papiro comenzó a temblar entre mis manos—. Has mentido, has traicionado. Tus víctimas reclaman su venganza.

—¡No es cierto! ¿De qué hablas? ¿De quién hablas?

—Empédocles de Ákragas, Atis y Helena de Ákragas, sus hijas —recité—. Tus víctimas.

Crémilo se quedó callado, con los ojos vidriosos y entornados.

A la cítara de Orfeo se unieron los tambores al ritmo del corazón, un ritmo que se fue haciendo más lento, un ritmo que parecía marcar la muerte.

—¡No es cierto! —gritó Crémilo. Había empezado a llorar y las babas y los sollozos enturbiaban aún más sus palabras—. Yo no he matado a nadie. Atis era mi esposa, y para mi desgracia murió de parto. Su hermana fue secuestrada y murió en el mar. Y Empédocles...

—¡Detente! No mientas más, o en lugar de continuar tu ciclo de vida y muerte, acabarás en el cuerpo de un daimon y sufrirás las miserias del Tártaro por toda la eternidad.

—¡Digo la verdad! —Los sollozos de Crémilo eran convulsos. Se dejó caer apoyado en la pared hasta acabar sentado.

Me había acercado a él y le cogí por la ropa. Parecía un fardo sin voluntad. Le abofeteé una y otra vez, poniendo en los golpes toda la rabia acumulada durante aquellos años.

—¿Acaso crees que puedes engañar a las Parcas? ¡¿Quién mandó secuestrar a la hija pequeña de tu enemigo?! ¡¿Quién hizo desaparecer a Empédocles creando el bulo de su suicidio?! ¡¿Quién destruyó la vida de su hija mayor hasta llevarla a la muerte?!

Yo también estaba en trance. Temis y Basilio intentaron separarme, pero me liberé de ellos y seguí golpeando a Crémilo hasta que las fuerzas me abandonaron.

Crémilo jadeaba tumbado en el suelo. Seguía gimoteando, él también sin fuerzas ya para llorar.

—¡Él me obligó! Él me obligó. Se reía... —Levantó la cabeza hacia mí—. ¡Siempre se reía! ¡Se reía!

Repetía aquello como una invocación, como un talismán que le abriera las puertas del Olimpo. Él también reía como si hubiera perdido la razón y las babas se le escapaban de la boca y caían hasta el suelo sin que hiciera nada por evitarlo...

En aquel momento de silencio, comenzamos a escuchar voces, gritos. Nos habían descubierto. Basilio me agarró del brazo.

—Tenemos que escapar.

No, aún no. No podía irme, no podía malgastar aquella oportunidad de devolver a Crémilo todo el sufrimiento que nos había creado. Las voces se iban acercando y Basilio tiraba de mí.

—Hay que escapar, Helena. Si nos cogen nos matarán.

Los actores habían echado a correr ya por uno de los túneles. Solo quedábamos Temis, Basilio y yo y una piltrafa balbuceante en el suelo. Le miré, miré a Temis, que se había quitado la máscara y me apremiaba también para huir.

—No puedo, Temis —supliqué—, no puedo dejarlo.

—Sí puedes y lo vas a hacer. La vida es larga, Helena, y la paciencia es una virtud muy saludable. Este no es el momento. ¡Vamos!

Las voces estaban muy cerca y parecían provenir de todas partes. Acepté escapar, pero antes, me acerqué a Crémilo, pegué la boca a su oído: «Por el poder de Circe, la bruja que todo lo puede, yo te maldigo. Tu cuerpo se irá pudriendo como tu alma. No encontrarás sosiego. El Tártaro te espera, Crémilo, antes o después».

Basilio me agarró del brazo y tiró de mí. Salimos corriendo cuando las voces estaban ya tan cerca que podíamos ver la luz de las antorchas. Gracias a eso, conseguimos escapar por los túneles más oscuros, casi a tientas, apenas iluminados por una pequeña luz que llevaba Basilio. Corrimos hasta perder el aliento y nos escondimos en las profundidades de la cisterna hasta estar seguros de que no nos perseguían. Nos quedamos dormidos y al despertar nos despojamos de las túnicas de ceremonia, que enterramos bajo unas piedras, y salimos por un camino distinto.

Nadie reparó en nosotros. Ya era de día y el bullicio de las fiestas dionisiacas mantenía a la ciudad en una celebración constante. Entre los puestos, los viandantes, las procesiones y los bailes pasamos desapercibidos y llegamos sin problemas a nuestro alojamiento. Aquella misma tarde salimos hacia Atenas sin saber qué había pasado con Crémilo, aunque tenía la esperanza de que mi maldición tuviera la fuerza suficiente para hacerlo sufrir el resto de su vida.

La catarsis que había significado aquella farsa se había roto con tal rudeza que mi cuerpo seguía sintiendo la ira que no había podido desahogar. Recordaba su rostro humillado y lloroso y notaba aún en mis manos su carne flácida y quería seguir golpeándolo. Imaginaba su llegada a Ákragas, cuando informara compungido a mi

madre de la muerte de Atis; su vida junto a una nueva mujer a la que destrozaría como a mi hermana, y apretaba con tanta fuerza la barandilla del barco que tenía que hacer un esfuerzo para soltar los dedos agarrotados. Veía una y otra vez la cara de mi hermana diciendo: «Ahora ya no quiero morir», y el ansia de destruirlo se hacía tan fuerte que tenía que aguantar la respiración para no ponerme a gritar.

Y después solo quedó el vacío. Un vacío grande y un rencor latente y oscuro que se agazapó en mi cuerpo y me hizo aguantar aquellos días. Un vacío que ocupó mi vida durante un tiempo y que se rompió para siempre de una forma que nunca hubiera podido imaginar.

Capítulo XXIII

Había pasado la madrugada llamando una y otra vez para que me trajeran agua recién sacada del pozo. Tenía mucha sed por el exceso de vino de la noche anterior y por la mañana me desperté con la garganta seca. Frente al espejo, me repasé con los dedos las ojeras nuevas, las mejillas demasiado hundidas, los labios un poco agrietados. Llamé a gritos a Temis, asustada. No podía aparecer con aquel aspecto demacrado. «Estoy vieja», protesté a una Temis resignada a mis caprichos.

—Haz algo —pedí—, una mascarilla de miel y albayalde, manzanilla para los ojos hinchados, arcilla para el pelo, rápido.

Desde mi vuelta a Atenas, mi vida se había convertido en una sucesión de días imprecisos. Hombres distintos, cuerpos distintos. El vacío que encontré en el barco llenaba mis días y el desorden, las noches. Volví a compartir mi vida con Laida, de quien antes de mi viaje me había distanciado algo por sus excesos. Ahora era yo la que escandalizaba, la que mezclaba con el vino de mis invitados pimienta en polvo y simiente de ortiga para alargar su potencia viril, la que pasaba días sin dormir en orgías inacabables, la que desafiaba a las buenas y piadosas gentes de Atenas con mis apariciones teatrales en el ágora, donde recitaba pasajes de los grandes personajes de Eurípides o Sófocles como si fuera un hombre.

Volví también a frecuentar a Alcibíades, y volví a creer que él era lo que necesitaba. Su pasión, que no su amor, me saciaba durante unos instantes, me abandonaba a su placer salvaje, quería sentir su cuerpo dentro del mío, una y otra vez, anegándolo todo.

Él también me buscaba más que a ninguna, porque solo yo consentía sus locuras y aun las excedía. Galopábamos desnudos en la noche hasta caer rendidos, nos bañábamos en vino para lamernos después uno al otro como perros en celo, conseguía prostitutas en el puerto y las traía después a mi casa para descubrir juntos nuevas perversiones llegadas de Oriente...

Pero incluso Alcibíades torcía el gesto cuando yo bebía hasta caer rendida. Rechazaba mi aliento ácido y mis balbuceos absurdos.

—No me canses, Helena —decía cuando el vino me hacía hablar más de lo preciso—. Para protestas, tengo ya las de mi esposa.

Temis vivió un tiempo con Basilio, pero este quería prosperar y el único camino era el ejército. Se alistó como arquero para acompañar a las falanges que acudieron en apoyo de los demócratas de la isla de Corcira, donde se libraba una enconada guerra civil entre estos y los oligarcas, apoyados por Corinto.

Cuando Basilio partió, Temis se mudó de nuevo a mi casa. Al principio se pasaba el día regañándome. «Espabila, Helena —me decía—, ¿es que quieres matarte?», y se

iba unos días diciendo que si era morir lo que quería, ella no iba a ser mi cómplice, pero siempre volvía cuando yo la llamaba con carantoñas y promesas que nunca conseguía cumplir. Después se resignó a estar a mi lado, a esperar mi hastío y mi mudanza.

Aquella mañana transcurrió como ya era costumbre, intentando arreglar los desfueros de la noche. Protesté, reñí a todos, rechacé las telas que me ofreció mi vendedor habitual. Reposaba la comida en mi dormitorio protegida del fulgor de la tarde, cuando escuché unos golpes en la puerta de entrada. Carreras, voces cuyo significado no entendí, gritos de Temis, y pasos rotundos que se acercaban.

Cuando estaba incorporándome del lecho para comprobar qué sucedía, la puerta se abrió de golpe y en el umbral aparecieron tres soldados cubiertos con el casco ático que me impedía ver sus facciones. Estaba detenida y tenía que acompañarlos, me dijeron sin ningún saludo y haciendo oídos sordos a mis reclamaciones y gritos pidiendo una explicación.

Apenas tuve tiempo de ponerme una túnica sobre los hombros y calzarme las sandalias. Me agarraron cada uno por un brazo mientras el tercero abría la marcha. Primero exigí y después rogué, cada vez más asustada por lo que estaba pasando. Ni mis exigencias ni mis ruegos, sin embargo, tuvieron respuesta.

Las calles a aquellas horas bullían de vida, de gentes que acudían al mercado, de vendedores ofreciendo sus productos, de niños que jugaban a mi alrededor; las mujeres se tapaban la cabeza con el manto a mi paso. Todos ellos me miraron con recelo, supuse que la mayor parte me conocería o al menos sabría de mí y todos cuchicheaban a mi paso, con miradas aviesas y sonrisas que no quería interpretar.

Tropecé y casi caí, pero los soldados me sujetaron, y entonces escuché risas y un grito que salió de la multitud que contemplaba mi paso. ¿Impía? ¿Era ese mi delito? Miré hacia el lugar de donde había salido aquella palabra, pero no reconocí a nadie. Solo gentes desconocidas que parecían odiarme. Me pareció estar viviendo la vida de otra, y recordé la tarde de la consagración de la estatua de Atenea y el desprecio que sentí hacia Aspasia y entonces comprendí. Yo también era objeto de su odio, como lo fuera ella. Las mismas miradas frías, las mismas muecas de desprecio. Yo no conocía a esas gentes, pero sentía en mi estómago su repulsa, su desprecio recién descubierto. Nuestros destinos, al parecer, seguían corriendo paralelos, aunque nuestras vidas se hubieran distanciado.

Estuve diez días en el calabozo. Noches húmedas y días oscuros. Fueron jornadas silenciosas tras la puerta de la celda, pero muy sonoras en mi interior. La parte de mí misma que había permanecido muda durante tanto tiempo no dejaba de hablar, de hacerme reproches y promesas. Todo lo que había amado me gritaba desde las paredes de roca y moho; todo mi pasado volvía a mí reclamando atención. Había amado y perdido, había matado y no me importaba. Había intentado vengarme y los dioses no me lo habían permitido. Y ya solo sentía frío. Siempre frío entre aquellas paredes que rezumaban la humedad de la piedra.

Temis vino a verme, pero no quise hablar con ella. También Alcibíades y, quizá por sentirse implicado en mi delito, me trajo a un abogado.

—No te preocupes, Helena —me dijo sin sentarse en el único camastro que había en la celda, mientras pateaba a una rata que se acercó para husmearle—. Dentro de unos días nos reiremos de todo esto. Recuerda el juicio de Aspasia, y sus enemigos eran mucho más poderosos que estos devotos que se escandalizan de tu vida.

Pero Alcibíades no era Pericles, nunca lo sería. Pericles luchó por su amor, y Alcibíades no me amaba, solo buscaba no perder a su mejor compañera de orgías.

—Daré una gran fiesta para celebrar tu libertad —dijo cuando se fue.

El juicio parecía haber despertado mucho interés y el Areópago decretó audiencia pública, pues la denuncia había partido de la asamblea de ciudadanos. Entré en la sala sin inclinar la cabeza y reconocí a muchos de los hombres que ahora desviaban la vista y que habían estado en mi lecho, y a muchos otros que no se lo habían podido permitir y que ahora me miraban con desprecio. A todos saludé con una sonrisa que pretendía mostrar altivez.

Solo Alcibíades respondió a mi paso con una gran reverencia y un beso lanzado de forma retadora. Su orgullo y su posición le hacían estar por encima de rumores y críticas. Él era intocable, poderoso, él podía desafiar a los jueces mostrándome una amistad que los otros enmascaraban. No vi a Laida y lo entendí. Su destino estaba ligado al mío; mi delito podía ser en cualquier momento el suyo. Cuanto más alejada de mí estuviera, menos ocasión daría a los devotos para extender su odio. Sí estaba Temis, tan pequeña y tan grande, a la que aparté la mirada para no mancharla con mi infamia.

Recuerdo aún el mármol bajo mis pies desnudos. Mi abogado me había hecho vestir una clámide espartana, apenas sujeta por un fino cordón a la cintura, una ropa que dejaba en evidencia mi piel erizada por el frío y algún que otro estremecimiento que yo no quería que fuera interpretado como miedo.

Impía. Esa era la acusación. Impía y blasfema. Los juegos en la playa de Falero, las noches de fiestas sin medida, las risas y las burlas habían eclosionado por fin y ahora aquellos hombres iban a juzgar mi osadía. Curiosa paradoja. Una asesina condenada a muerte por impiedad. Esta era Atenas y estas, sus leyes. Sería juzgada por los hombres que alguna vez me halagaron y corearon mis bailes. Que así fuera.

Los once arcontes habían ocupado ya su lugar, una posición elevada, como aves rapaces cernidas sobre su presa. Mi abogado empezó a hablar: «Honorable Cámara de la ciudad de Atenas...».

Dejé de escuchar y recordé a Pericles cuando allí mismo había defendido el honor de su mujer con llanto y palabras apasionadas que escuché en boca de sus amigos y que salvaron a Aspasia de la muerte. Pero yo estaba muy lejos de querer salvarme. Mi destino había dejado de ser mío, era de la ciudad en la que tantas vidas había ya vivido. Este sería el colofón inevitable, la despedida más arrebatada que cualquiera pudiera desear.

Me pregunté cómo sería la muerte, qué sentiría cuando el veneno recorriera mi cuerpo paralizando mis brazos y mis piernas, quemándome por dentro, silenciando mi boca, cerrando mis ojos. Dolor, quizá, sueño, y después Caronte, que aguardaría mi llegada con paciencia eterna. Yo le daría el óbolo y él me ayudaría a subir a la barca, que se balancearía con mi peso y que me haría recordar otras travesías más dolorosas que la que me aguardaba. Pensaba en mi padre y en aquellas creencias que tanto le habían costado. Qué cuerpo ocuparía mi alma si estas eran ciertas, me preguntaba con indiferencia, cuántas veces más tendría que revivir el dolor por la pérdida, el asco, el miedo...

«Por ello —mi abogado seguía hablando— no elaboraré ningún alegato. La acusada se defenderá por sí misma». Yo estaba en medio de la sala, expuesta a todas las miradas y a todos los reproches. Y, sin embargo, me parecía ser uno más de los presentes, un personaje anónimo, esperando una sentencia que en modo alguno me afectaba. Iba a morir y solo era capaz de tiritar y añorar el tacto cálido del manto de lana que debería haber traído a pesar de las protestas de mi abogado. Miraba mis pies, que comenzaban a mostrar un tono azulado por el contacto inclemente del mármol pentélico. Tenía frío y eso era lo único que ocupaba mis pensamientos. Lo demás era superfluo y solo quería que todo terminara cuanto antes, y volver al calabozo para cubrirme por fin los brazos ateridos.

«La belleza es virtud y es verdad. Nada es una sin la otra», continuaba mi defensor. «Este será mi único argumento». Yo sabía lo que iba a hacer. Me lo había propuesto en nuestra última reunión y yo le había mirado, incrédula, y me había encogido de hombros, y había vuelto por un instante a mi casa de Ákragas, a la última vez que había estado a solas con mi hermana antes de sus esponsales. Atis estaba vistiéndose en su dormitorio y yo contemplaba con admiración su cuerpo esbelto y su pelo negro y rizado, mientras miraba de reojo mis tobillos gordos y mi pecho liso aún. Mi hermana había reído al ver mi cara de desencanto. «No sufras, Helena, todo ocupará su sitio en su momento». Y, entonces, sin ninguna razón, había sentido miedo y el deseo de no crecer nunca, de seguir así, invisible y a salvo, no tener un cuerpo como el de Atis porque había intuido por un instante el tributo que antes o después tendría que pagar por él. Atis, con quien quizá volvería a encontrarme muy pronto. Sus mejillas serían lozanas de nuevo, sus ojos habrían perdido el brillo de la fiebre y su boca no se contraería ya con el rictus del dolor. Deseé que todo acabara de una vez, dejar de escuchar aquellas palabras vanas, dejar de ver aquellas caras acusadoras que solo me producían hastío.

Las manos de mi abogado estaban calientes y me provocaron un estremecimiento de placer. Con suavidad desató el cordón de mi cintura y abrió las fíbulas de los hombros. Sin más, el vestido cayó al suelo y mi cuerpo helado se mostró a los presentes sin afeites ni veladuras, erizado de *frío*. Solo el pelo que me cubría la espalda me proporcionaba algo de calor.

«Este es mi alegato, señores. ¿Hay alguien que se atreva a decir tras contemplar la

armonía de este cuerpo que puede albergar algún vestigio de maldad? La impiedad no puede esconderse tras la perfección de estos senos que han servido de modelo a los artistas más inspirados. ¿Hubieran permitido acaso Afrodita, Perséfone, Psique ser representadas por un cuerpo blasfemo?» El murmullo fue creciendo y apagando la voz de mi abogado, que tuvo que gritar para hacerse escuchar entre el tumulto.

«¿Hay entre vosotros alguno que se atreva a contradecir esta idea fundamental? La belleza de esta mujer, que es el reflejo de su bondad, es mi única y suficiente defensa». Me había vuelto a vestir y los magistrados formaban un corro de murmullos, como amas de casa desgranando el último rumor del barrio. Y yo seguía contemplándolo todo desde una indiferencia que no dejaba de asombrarme y me preguntaba por qué era así, por qué no sentía nada cuando mi vida se estaba decidiendo entre aquellas gentes, cuando once hombres iban a juzgar mis actos por la belleza de unos pechos que algunos habían tenido entre sus manos.

Pensé en Afrodita y la imaginé contemplando aquella escena absurda, asombrada de la estupidez de los mortales. Cómo disfrutaría ella, tan dada a los juegos peligrosos; cómo relataría más tarde a sus iguales, entre risas, aquel juicio que parecía el desenlace de una comedia irreverente de Epicarnio.

Mis pechos me salvaron como antes habían estado a punto de condenarme. Salí de allí libre y tan lúcida como si hubiera sido bendecida por el oráculo. Me envolví, por fin, en un manto cálido, me despedí de mi abogado tras obsequiarle con una bolsa generosa y entregué otra igualmente succulenta al templo para compensar las blasfemias que hubieran salido de mis labios. Hice un pequeño equipaje, me puse unas sandalias recias para aguantar el camino y salí de Atenas, pensando que nunca volvería. No me despedí de Laida, compañera de un tiempo que quería borrar. Ella y yo estábamos tan lejos ya como si nos separara el mundo entero. Ni de Alcibíades, pues sabía que intentaría evitar mi marcha. Y, a pesar del dolor que me producía, dejé Atenas sin buscar a Temis, hui antes de que pudiera encontrarme; no podía enfrentarme a su mirada, en la que veía reflejada toda mi vergüenza.

Aquella noche dormí bajo un árbol. Atenea y su ciudad se despedían de mí desde las hojas de plata de un olivo tan viejo como la historia.

Capítulo XXIV

Me desperté cuando apenas algún trino aislado y un ligero resplandor anunciaban el amanecer. El rocío había humedecido el manto con el que me tapaba y el cuerpo me dolía por la dureza del suelo, pero me levanté ligera, como si hubiera dormido en un lecho cubierto de pieles. Me desperecé y respiré hondo el olor de la mañana. Limpié el vestido de briznas de hierba y de polvo y levanté la cabeza. A lo lejos, cubiertos por la bruma de la mañana, aún se intuían los edificios de la Acrópolis, pero no me produjeron ninguna emoción. Mi espíritu, como mi cuerpo, había abandonado ya Atenas y la contemplé como la imagen de un sueño difuso que se disolvería al despertar.

Un rayo de sol, el primero de aquel día, coronó la cima del monte y corrió ladera abajo como un río de oro. Seguí su curso con la mirada y allí, a lo lejos, donde la luz era aún imprecisa, distinguí una silueta que avanzaba por el camino en mi dirección. Me senté en una roca, saqué un trozo de torta de la bolsa y mientras comía me entretuve en contemplar aquella figura que se iba dibujando con mayor precisión. La torta me supo al manjar más exquisito, en el aire flotaban aromas puros que nunca había encontrado en mis frascos de perfume. Mastiqué lentamente, disfruté la humedad del amanecer. La figura se acercaba, era una mujer que caminaba con premura. Su clámide era corta y su cuerpo menudo, y llevaba una gran bolsa a la espalda que la hacía inclinarse al caminar. Me quedé en suspenso, con un trozo de mazé en la mano y otro en la boca, esperando a que aquella mujer llegara hasta mi altura.

Temis se sentó a mi lado sin decir nada, cogió un pedazo de mi torta y se puso a comer. Cuando terminó sacó un odre con agua, bebió y me lo ofreció para que yo también bebiera.

—Será mejor que nos pongamos en marcha. Y que repartamos el equipaje. Casi me rompo la espalda con tanto peso.

Lo único que se me ocurrió para desatar el nudo que tenía en la garganta, la felicidad que casi no me dejaba respirar, fue preguntarle qué había en aquella bolsa tan enorme.

—Mis hierbas y ungüentos —respondió—. No sé de qué pensarás vivir tú, que has sido tan generosa con tus posesiones, pero yo no estoy dispuesta a morirme de hambre por los caminos.

Antes de que pudiera decir nada, Temis se levantó, repartió el peso entre las dos bolsas y se puso a andar a paso ligero, sin mirar si la seguía. Di gracias al destino que me había permitido conocer a una mujer como ella, tan valiente, tan generosa, tan sabia. Ahora que volvía a estar a mi lado, comprendía lo solitario que habría sido mi

viaje sin ella. Me apresuré a alcanzarla y la estrujé contra mí mientras Temis, mi amiga, mi hermana, la única que tenía ya, lanzaba exagerados gritos de protesta y yo reía a carcajadas, como casi no recordaba que se podía reír.

Decidimos dirigirnos a Olimpia, un lugar lo suficientemente lejano como para aprender a olvidar mientras lo alcanzábamos. Era año de juegos, los caminos estaban tranquilos por la tregua y esperábamos encontrar clientela durante el viaje que rellenara nuestras magras bolsas. Yo lo había dejado todo y me sentía ligera y renovada, pero aquel gesto que consideré tan necesario nos había condenado a un viaje duro en el que tendríamos que conseguir con esfuerzo el pan y un lecho cada día.

Aquellos últimos años se alejaban de mí más rápido que mis pasos me alejaban de Atenas. No me importaban las llagas de los pies, poco acostumbrados a la inclemencia de los caminos. Ni las noches al raso, cuando el rocío entumecía nuestros huesos. Volvía a sonreír después de mucho tiempo y a dormir toda la noche a pesar de la dureza de los lechos improvisados. Cada una de aquellas mañanas de primavera revivía junto a todo lo que acababa de nacer. Las pequeñas hojas que asomaban apenas como botones jugosos tiñendo de verde el aire, el agua de los arroyos que nos susurraba historias en las noches de luna y lavaba nuestras túnicas, y limpiaba el polvo de nuestras risas y el sudor de unas tardes demasiado calurosas. Y que aliviaba también la sangre de las pesadillas y la mueca mellada de Crémilo y los ojos de mi hermana cerrándose para siempre.

El camino estaba plagado de peregrinos que se dirigían a los juegos. Ciudadanos y esclavos, soldados y jóvenes ruidosos que acudían a Olimpia para probar sus fuerzas. Corredores, luchadores, todos ellos buscaban la fama, la fortuna, el laurel que los hiciera inmortales. Acudían a caballo levantando el polvo del camino y los viajeros nos apartábamos con humildad, porque eran los mejores, y algunos les aclamaban y les ofrecían vino y manjares, y buscaban tocarles, sentir por un instante su poder y su fuerza. Ellos sonreían y emprendían de nuevo el camino, llevándose en los labios el dulzor del vino y en el pecho la adulación de sus admiradores.

Había sacerdotes dispuestos a bendecir las pruebas y a llenar la tripa con las ofrendas de los caminantes. También se encontraban médicos en el trayecto, sobre todo cirujanos que coserían heridas y enderezarían huesos rotos tras las competiciones. Sin embargo, había pocas curanderas y con el tiempo se corrió la voz de nuestra destreza con las hierbas. Y al caer la tarde, cuando encontrábamos un lugar donde reposar, siempre aparecía alguna mujer en busca de nuestros remedios. Atendíamos pies llagados, estómagos enfermos, pornois en busca de remedios para su oficio, en especial el acanto mezclado con miel fermentada, que tan bien preparaba Temis para evitar un vientre hinchado, pero, sobre todo, atendíamos a mujeres en busca del remedio «de hiel y dolores y alivio de males» que cantara Homero y que fue ofrecido a Telémaco por esa otra Helena antigua para calmar su aflicción.

Y una noche llegó Mirta. Estábamos sentadas junto a la hoguera, aún despiertas a

pesar de que el sol se había ocultado hacía mucho. No teníamos sueño. El verano estaba cerca; el trigo crecido dejaba en el aire un aroma dulce e inquietante que nos desvelaba y el cricrí de los grillos acompañaba nuestra vigilia. Charlábamos y bebíamos un poco de vino muy aguado que alguien nos había dado como pago de una cura cuando oímos el paso de un caballo que se detuvo junto a la hoguera y piafó. Alguien dijo unas palabras y saltó al suelo. Temimos que fuera un soldado en busca de aumentar su bolsa con algún caminante desprevenido y cogimos las dagas y nos pusimos en pie, preparadas para defendernos.

Su silueta se dibujó a través de la hoguera. Un peto ceñido y unas piernas poco musculosas cubiertas hasta media pierna por unas botas con cintas de cuero mostraban un cuerpo demasiado esbelto para ser el de un hombre, a pesar de ir vestida como un soldado.

Cuando llegó junto al fuego pudimos ver su cara. Era una mujer, sin duda; el pelo enredado y sujeto de forma descuidada en la nuca le daba un aspecto algo salvaje, pero las facciones eran suaves. Resultaba difícil calcular su edad, porque tanto su cara como sus manos estaban muy sucias, pero por sus movimientos un poco envarados parecía una mujer mayor. Miró a nuestro alrededor, quizá para comprobar que estábamos solas, y se sentó en una piedra sin decir nada. De una bolsa sacó una cebolla y se puso a comer a grandes mordiscos, sin hacernos ningún caso.

Nos miramos sin saber qué hacer, esperando que fuera ella la que hablara, pero como no parecía tener intención de hacerlo, Temis sirvió un cuenco de vino y se lo alargó. La mujer nos miró unos instantes, agarró el vaso, bebió el contenido de un trago y siguió comiendo.

Nunca había visto a ninguna mujer como aquella. Su atuendo era ya de por sí asombroso, pero aún lo eran más sus gestos bruscos, su actitud huraña, la mirada de soslayo que le fruncía el ceño y le daba una expresión de fiera acorralada.

—¿Vienes de muy lejos? —preguntó por fin Temis.

—Sí —dijo la mujer, y siguió comiendo.

Temis me miró, hizo una mueca y se encogió de hombros. Parecía que aquella mujer no tenía demasiadas ganas de hablar. Sin embargo, había buscado nuestra compañía y parecía sentirse a sus anchas junto al fuego mientras Temis y yo la mirábamos embobadas.

Cuando terminó de comer se limpió la boca con el dorso de la mano y las manos en la ropa y, por primera vez, nos miró.

—¿Quién de vosotras es la curandera?

—Las dos —dije—. ¿Estás enferma?

—Estoy herida.

Se levantó y se quitó el peto y la saya que llevaba debajo. Al quedar desnuda me asombró la dureza de su cuerpo. La piel de sus brazos y de sus piernas era como el cuero curtido y contrastaba con la blancura de las zonas no expuestas al sol. A la luz cambiante de la hoguera se podían distinguir varias cicatrices antiguas. A pesar de

ello, me di cuenta de que era más joven de lo que había supuesto. Llevaba un vendaje muy sucio que le tapaba el hombro derecho y que se arrancó sin hacer un solo gesto de dolor.

Entonces pudimos ver que tenía una herida bastante profunda que le llegaba casi desde el cuello hasta la axila. La piel estaba enrojecida e hinchada alrededor de la herida y el olor que despedía demostraba que los humores malignos se habían apoderado de su sangre. Me parecía imposible que con una herida así aquella mujer hubiera montado a caballo sin desmayarse y que se hubiera puesto a comer con toda tranquilidad sin dar muestras de dolor.

—¿Podéis curarme? Esos sacerdotes estúpidos no se atreven a ponerme una mano encima.

—¿Cómo te has hecho esto? —le pregunté mientras observaba la herida. Le puse la mano en el cuello, y ella se apartó como si la hubiera golpeado, pero pude comprobar que estaba caliente. Los humores habían empezado a debilitar el organismo.

—Ladrones. Querían mi caballo.

—Lo mejor será lavar la herida con una infusión muy concentrada de tomillo y luego vendarla con una cataplasma de hipérico —dijo Temis mientras metía la cabeza en su bolsa interminable de dónde sacaba todos los remedios.

—Parece que sabéis lo que hacéis —dijo la mujer sentándose de nuevo con tranquilidad.

Mirta era de Esparta, era el enemigo de quien nos habían enseñado a desconfiar. Recordaba lo que había escuchado sobre sus duras costumbres, sus reglas extrañas y sus mujeres, que se comportaban como hombres, pero nunca hubiera supuesto que alguna vez tendría una amiga espartana que me salvaría la vida. Mirta era taciturna, de modales bruscos y palabras cortas y duras. No tenía un destino marcado y, desde aquel día, se unió a nosotras en el camino.

Podía pasar jornadas enteras sin abrir la boca, montada en su caballo, llevando a la grupa unas veces a Temis, otras a mí, que habíamos desistido de sonsacarle cualquier información sobre su vida. Cuando era yo la que cabalgaba junto a Mirta, terminaba por quedarme dormida por el paso cansino del caballo y el calor que ya por entonces comenzaba a apretar, y cuando ella notaba que mis brazos aflojaban su cintura, me zarandeaba sin miramientos para que despertara y siguiera atenta al camino. Al anochecer, al detenernos, mientras atendíamos a las mujeres que buscaban nuestros cuidados, Mirta se alejaba con su arco y volvía casi siempre con algún animalillo aún sangrante que alegraba nuestra olla demasiado escasa.

Y en las noches perfumadas y llenas de estrellas, cuando la brisa aplacaba el sopor de un día especialmente caluroso, Temis y yo nos sentábamos junto a la hoguera y hablábamos de nuestra vida, y recordábamos nuestros tiempos de esclavitud, como si los años posteriores y todo lo que había sucedido en ellos se hubiera borrado de nuestras mentes aunque no de nuestros corazones. Temis también

hablaba de Basilio, recordaba su sonrisa de dientes blancos y afilados, sus manos fuertes, la seguridad que ofrecía su cuerpo tan grande y Mirta nos miraba de reojo, ocupada en apariencia en arreglar su arco o pulir su espada, pero pendiente de nuestras palabras, que a veces le hacían esbozar una sonrisa pequeña y torcida.

Así pasaban los días, tranquilos, calurosos, siempre iguales. Olimpia estaba ya cerca y el camino comenzaba a convertirse en un hervidero de gente. Las voces de los conductores de los carros competían con las de los vendedores de comida, con las de los chamanes que prometían oráculos por un óbolo, con las pornois, que ofrecían sus cuerpos en cualquier recodo del camino. El calor era implacable, denso, y el polvo que levantaban los carros, los caballos y los viajeros se nos pegaba al sudor y hacía que al llegar la noche pareciéramos espectros cenicientos. Lo primero que buscábamos al acampar cada atardecer era cualquier hilillo de agua donde lavarnos como podíamos. Hasta que una noche, por fin, llegamos al cauce de un río lo suficientemente caudaloso para sumergirnos en él y arrastrar con sus aguas todo el polvo acumulado en el camino. Era el Alfeo, dijo alguien, y aquello nos animó porque era el río que bañaba la ciudad de Olimpia y que nos auguraba una pronta llegada a nuestro destino.

Buscamos un lugar discreto donde acampar, nos despojamos de nuestros vestidos y nos metimos en el agua. Temis había sacado de su bolsa infinita algo de raíz de saponaria, una planta milagrosa que conocía de sus años en Tesalia y que había encontrado junto al camino. Con ella machacada nos restregamos el cuerpo y el pelo hasta que volvimos a sentirnos limpias como hacía mucho que no nos sentíamos. Mirta contempló con curiosidad aquella extraña espuma, pero no se bañó con nosotras. Permaneció alerta protegiendo nuestras pertenencias y su caballo hasta que salimos del agua. No había que confiarse, dijo con su laconismo habitual. Olimpia estaba cerca y en sus alrededores había muchos bandidos que aprovechaban la afluencia de viajeros para aligerar las bolsas al primer descuido.

Mirta se dirigió al río para lavarse y Temis y yo nos acercamos a la hoguera que ya había encendido nuestra acompañante. Nos peinábamos junto al fuego para que el pelo secase pronto y poder dormir así con más comodidad cuando el caballo comenzó a parecer inquieto, relinchó y tiró de la brida que lo ataba a un árbol cercano. Temis fue hacia la bolsa donde estaban nuestras dagas, pero no pudo llegar a ella. Sin comprender de dónde venían, cayeron sobre nosotras cuatro sombras inmensas. Olí el sudor rancio de sus ropas, sentí el roce hiriente de una tela áspera como el esparto. Alguien me tapó la boca y me sujetó de la cintura con fuerza. Escuché pelear a Temis e intentar gritar, pero también ahogaron su grito con rapidez. Forcejeé, pero eran dos hombres y no podía hacer nada, salvo retorcerme. Me tumbaron, me abrieron las piernas con un gesto brutal y me sujetaron los brazos por encima de la cabeza. Estábamos desnudas y no había nada que impidiera a aquellas bestias acabar lo que habían empezado. Noté la raspadura de la arena en la piel y el polvo en la boca.

Supe que iba a morir, que nada podría impedir que nos violaran y nos asesinaran

en aquel rincón perdido. Nuestros huesos se consumirían en una hoguera improvisada y ningún sacerdote sabría siquiera qué nombre darnos en sus oraciones fúnebres.

El hombre que estaba sobre mí salió disparado. El que me sujetaba los brazos me soltó. Me incorporé y sentí escozor en los pechos y los muslos. Me levanté, vi a Mirta golpeando con un tronco al hombre que estaba encima de Temis. En un instante había dos hombres sin sentido en el suelo y otros dos rodeando a Mirta, que los mantenía alejados con molinetes del mazo. Aquellos hombres giraban alrededor de nuestra amiga como animales, encorvados, dispuestos a lanzarse sobre ella al menor descuido. Entonces Temis se lanzó sobre uno de ellos, se subió a su espalda, le rodeó el cuello con un trozo de soga y se dejó caer con todo su peso, que no era mucho. El hombre comenzó a moverse como un toro cretense, de un lado al otro, bufando y girando sobre sí mismo, pero Temis no le dejaba quitársela de encima. Yo cogí una tea del fuego y golpeé al otro hombre en la espalda, pero no pareció inmutarse. Entonces metí la tea entre sus piernas encorvadas y golpeé hacia arriba todo lo fuerte que pude. Lanzó un rugido, se giró a medias hacia mí tambaleándose y Mirta aprovechó para golpearle la cabeza con el tronco. Cayó al suelo como un fardo, unos instantes antes de que lo hiciera el otro, ahogado por la presión de la soga de Temis.

Nos miramos las tres, jadeando. Temis y yo aún desnudas, el pelo cubriéndonos la cara, el cuerpo lleno de raspaduras y polvo; Mirta, desnuda también y con el mazo dispuesto aún para el ataque.

—Vámonos —dijo nuestra salvadora con su escueto vocabulario.

Recogimos nuestras bolsas con rapidez, nos vestimos con la ropa que nos habíamos quitado y, subidas las tres en el caballo, salimos al galope de aquel lugar.

Mientras huíamos sentí una euforia extraña. Me sentí poderosa, valiente. Abracé la cintura de Temis, le besé la coronilla y me eché a reír.

—Me alegro de que te hayas divertido —protestó mi amiga.

Pero yo seguí riendo.

—¿Te das cuenta, Temis? Somos invencibles. Nadie puede con nosotras.

—Yo sí —dijo Mirta, y Temis también rio.

Acampamos unos estadios más adelante, cerca de un grupo de sacerdotisas custodiadas por varios esclavos que vigilaban el camino. Pero no pudimos dormir en toda la noche. Estábamos demasiado excitadas. Habíamos escapado de un gran peligro, quizá de la muerte, y eso nos había dado una fuerza desconocida. Por primera vez en mucho tiempo me sentía feliz. Mi vida había vuelto a cambiar como tantas veces, pero esta vez era yo la que había decidido mi camino. Un camino que se presentaba lleno de peligros, pero también cargado de sorpresas y posibilidades.

Aquella noche, por fin, Mirta comenzó a contarnos su vida. Temis y yo no podíamos parar de hablar, recordábamos cada instante, cada movimiento, cada golpe. Y Mirta, como siempre, callaba junto a la hoguera mientras afilaba su espada. De repente, como si fuera algo en lo que había estado pensando, comenzó a hablar con la cabeza baja, sin dejar de repasar una y otra vez el filo de la espada con el pedernal.

La luz de la hoguera le daba un aspecto de sátiro, y su voz era incluso más oscura que otras noches.

—Me enseñaron a defenderme del enemigo desde que nací. De los persas, de los tracios. Aprendí a usar la espada. Corríamos, saltábamos, nos bañábamos en el Eulotas en las mañanas de invierno, nos metíamos en el agua helada, competíamos en los juegos, demostrábamos que éramos fuertes, las futuras madres de los guerreros más valientes de la Hélade.

Mirta calló y siguió mirando al fuego, como si estuviera muy lejos de nosotras, como si hubiera vuelto a la orilla de aquel río de su infancia.

—Me casaron, pero cuando llegó el momento mi vientre estaba seco. Mi marido dejó de visitarme y se encerró en el cuartel hasta que me repudió. Sin él no era nadie, no servía para nada.

Levantó la mirada y me asombró comprobar que estaba sonriendo.

—Escapé. Hace mucho tiempo, ya ni me acuerdo. He vivido sola, robaba donde podía, luchaba. He viajado hasta Egipto, hasta Persia, pero estaba cansada y quería volver a casa.

Nos miró por primera vez y mostró unos dientes que brillaron en su cara cetrina.

Olimpia nos esperaba y hacia allí nos dirigíamos con el ánimo dispuesto a la batalla. No lucharíamos en el pancracio, nadie aclamaría nuestras hazañas, pero aquella noche habíamos ganado una corona de laurel que nadie podría arrebatarnos.

Capítulo XXV

«Aparta», «cuidado», «atrás», «mira por dónde pisas», eran las palabras que más se escuchaban al traspasar los muros de Olimpia. Fuera, al abrigo de la muralla, se habían levantado centenares de tiendas que rodeaban la ciudad como un cinturón polvoriento y vocinglero en el que habíamos encontrado albergue junto a un grupo de curanderas. Dentro, en la ciudad, la multitud abarrotaba también las calles empedradas de grandes losas brillantes por los miles de pisadas de siglos.

Había un gran número de puestos callejeros donde se vendía de todo, y los gritos incansables de los mercaderes anunciaban ungüentos sanadores para los atletas, odres de vinos y comidas de los lugares más remotos, talismanes y conjuros para la buena suerte, perfumes para las hetairas; bridas y protectores de cuero para las carreras de caballos, cojines para preservar las posaderas del público que asistía a las competiciones. Era difícil caminar entre tanto tenderete y tanto viandante asombrado y nos dejamos llevar por una riada de gente que se dirigía al mismo lugar: el templo de Zeus, donde un ciudadano nos informó de que estaba a punto de celebrarse la ceremonia en la que, cada atardecer, los atletas ofrecían al dios sus victorias y se lamentaban de sus derrotas. Temis, Mirta y yo debíamos de presentar una imagen bastante sorprendente. En especial Mirta, que no había consentido en cambiar su traje de cuero por una túnica más femenina, era la que atraía más miradas y codazos entre los curiosos. Y mucho más cuando la veían protegiendo con su cuerpo y los golpes de su espada envainada el avance de dos mujeres solas.

Aunque el templo no era tan grandioso como el de Atenea, nos impresionó el grosor de sus columnas y los bellos relieves del frontón, que representaban una carrera de carros. Y nos quedamos extasiadas ante la impresionante estatua de Zeus, sentado en su trono, casi tan alta como el propio templo. Una estatua que me hizo recordar a Fidias, su creador, y comprender lo lejos que me sentía ya de Atenas y sus gentes.

Un clamor se extendió por la multitud. Llegaban los héroes, los semidioses vencedores, coronados con el laurel que todos ansiaban. Se abrían paso entre risas y manoseos, entre empujones de los que querían ver más, entre gritos de los que eran aplastados. Nos apartamos para no ser engullidas por el gentío y conseguimos que nos dejaran encaramarnos a un carro lleno de gente que contemplaba la ceremonia. Desde allí, sentado en su trono, la estatua de Zeus destellaba a la luz de los últimos rayos del sol como si el dios se riera de los mortales que lo adoraban.

—Mira, es Dioreo de Rodas —me gritó al oído un ciudadano mientras me daba un codazo en las costillas—. Ha ganado el pancrancio esta mañana contra el favorito. Le ha reventado los testículos y él solo se ha llevado unos cuantos puñetazos y alguna

patada en el estómago.

El tal Dioreo, a pesar de los moratones que mostraba por todo el cuerpo, de su escasa estatura y su cara de simio, aparecía triunfante entre los demás atletas. Era un espectáculo grandioso, sí, ver a los contendientes entregar sus coronas de laurel a los pies del altar de Zeus, vestidos con peplos aureolados de púrpura que dejaban al descubierto sus músculos relucientes de aceites; ver a ciudadanos, metecos y esclavos de todas las partes de la Hélade ensalzar a los vencedores, unidos en un único deseo, y ser por unos instantes una sola voluntad, un solo pueblo. Los sacerdotes elevaban sus plegarias con voces poderosas que conseguían acallar el clamor, los acólitos quemaban el incienso en grandes recipientes de bronce y los matarifes degollaban a los corderos y el olor de la sangre exaltaba los ánimos.

Todos aquellos que ahora se abrazaban y reían juntos pronto estarían dispuestos a saltar sobre el cuello del otro en cuanto la tregua terminase y otra sangre muy distinta teñiría aquel escenario; los cánticos y los versos se irían apagando y el caballo de la guerra comenzaría a cabalgar sin descanso arrasando a su paso las flores de las guirnaldas y las risas de los vencedores. Qué absurdo era todo, pensé, qué infantil, pero me dejé arrastrar por la marea de cánticos y risas. Bebí y bailé como todos. Disfruté del gentío, del aturdimiento que reinaba en la ciudad. El mañana no existía, solo el sonido de las cítaras y de los versos que ensalzaban a los héroes y que todos recitábamos a voz en grito.

Durante el día, asistíamos a los concursos de versos y danza, y atendíamos a las mujeres que solicitaban nuestros cuidados, pero con tantas curanderas en la ciudad había poco trabajo. Y cuando la noche llegaba a Olimpia y las calles refulgían a la luz de las antorchas como si el sol aún iluminase sus piedras, Temis y yo danzábamos agarradas de la mano, ebrias de música y también de vino. Mirta nos contemplaba y se mantenía al margen de la fiesta dentro de lo posible, pues el vino corría por su garganta como por la de todos.

Bailábamos por las calles hasta llegar a la gran plaza donde, cada noche, un grupo de músicos tocaba la flauta, la lira, la cítara, el címbalo, el sistro, el tambor. Nunca había visto tantos instrumentos juntos ni tantos músicos unidos creando un sonido armónico que invadía el espacio, que no dejaba pensar, solo sentir el ritmo como si saliera de las propias entrañas. Me soltaba la trenza que siempre llevaba enrollada en la nuca y la deshacía dejando que mi pelo flotara en libertad y aquella liberación se transmitía a mi espíritu y me sentía expandir, mi cuerpo volvía a ser mío, respondía a la música, al vino, a la alegría de la gente y me dejaba abrazar, envolver por la multitud como si formara parte de aquellas gentes desde siempre. Temis, a mi lado, reía también. Hasta Mirta comenzó a saltar y a beber olvidando por un momento su papel de guardiana. Los hombres nos rodeaban la cintura y bailaban con nosotras y uno me besó, un beso con sabor a vino, y se alejó riendo mientras yo seguía bailando, girando, envuelta en la música y en mi propia risa...

Está mirándome. Hipócrates me mira. Sus ojos están rodeados de un círculo

oscuro y su boca tiene un rictus de dolor que nunca le había visto. Hay mucha gente junto a él, figuras imprecisas, oscuras, caballos que relinchan, encabritados, espadas, polvo, sangre, una mujer delgada y macilenta está tumbada en el suelo; veo la cara de Crémilo con la boca abierta, oscura, riendo o gritando; hay gente enferma, brazos levantados implorando ayuda. Y muchos muertos, hombres, mujeres y niños llenos de pústulas, apilados en el suelo como corderos desollados, esperando la hoguera. Lena, Lena, me llama, y yo extendiendo mis manos, pero no puedo tocarle; y cuanto más me acerco, más se aleja él. Todo está lleno de muerte...

Me desperté jadeando. Aún era de noche. No recordaba cómo había llegado a mi camastro. Me dolía la cabeza y tenía la boca seca y pastosa. A mi lado, Temis roncaba con la boca abierta. Tenía mucha sed y las imágenes del sueño eran tan reales como la tienda y las mujeres que dormían a nuestro alrededor. El olor de tantos cuerpos juntos hacía irrespirable el aire. Me levanté sin hacer ruido. Salí fuera.

Junto a la tienda había poco movimiento. Varias hogueras iluminaban la oscuridad de la noche. En algunas se asaban animales y el olor me llegaba en oleadas; en otras, hervía el agua. Sentada junto al fuego más cercano, había una mujer peinándose una larga melena blanca. Cuando me asomé levantó la cabeza y me miró. Sus ojos se encendieron como los de un gato. Dos círculos brillantes y rojizos a la luz de las llamas.

—La noche es fresca —me dijo—. Acércate.

Me senté junto a ella y me envolví en el manto. Bebí del cuenco que me alargó, pero no supe identificar de qué hierba se trataba. Tenía un sabor agradable, suave y algo dulce, que dejaba en la lengua un regusto a frescor y a verde que me alivió la sed de inmediato.

—¿No celebras las victorias?

—Ya he bailado suficiente.

La anciana siguió peinándose en silencio, mirando las llamas de la hoguera. Después se trenzó el pelo y dejó la trenza a un lado, como un animalillo cálido que dormitara en su cuello. Se volvió hacia mí.

—Sí, pareces cansada. Pero no es tu cuerpo el que necesita reposo.

Bebió de su cuenco sin añadir nada más. Se estaba bien a su lado. En silencio. El frescor de las hierbas calmó poco a poco la angustia que me había producido aquel sueño siniestro. Me fui relajando, como si hubiera bebido algún hipnótico, pero no sentía la mente aturdida, sino clara, despejada. Todo era sencillo. Solo miraba las llamas. Rojo, amarillo, azul, el fuego mostraba todos los colores, las llamas se enroscaban y desenroscaban, ascendían y dejaban escapar pequeñas pavesas que brillaban un instante y luego se apagaban en la noche.

—He tenido una pesadilla —dije sin saber muy bien por qué. Aquella mujer inspiraba confianza, daban ganas de sentarse en su regazo y dejarse acunar—. Nunca había visto algo tan terrible. Todavía estoy...

—Los sueños nos muestran el camino.

—Espero que este no —dije, y sentí un escalofrío.

—Lo que has visto está dentro de ti.

Miré a la mujer. Sus ojos seguían reflejando las llamas y su sonrisa era sabia y cálida.

—¿Quién eres?

—Solo una vieja que ha vivido más de lo que estaba escrito. Quizá para encontrarme esta noche aquí, contigo.

—¿Conmigo?

—Necesitas hablar. Puede que yo haya venido hasta aquí para escucharte.

Y hablé. Hablé durante mucho tiempo. Descargué en aquella mujer desconocida todas mis angustias, mis incertidumbres, mis deseos. Le hablé de mi secuestro, de mi padre, del fenicio, de mi hermana y su muerte, de Crémilo y su traición. Le hablé de Hipócrates, de mi vida en Atenas, del juicio y de la huida.

Cuando terminé, las primeras luces de la mañana comenzaban a apagar el brillo de la hoguera y en las tiendas se empezaban a escuchar ruidos de despertares ebrios. Me sentía vacía, limpia y triste. La anciana miraba las llamas, como si en ellas leyera lo que me iba a decir.

—Has recorrido un camino muy largo y muy extraño y aún te queda mucho por andar. Pero guardas en tu pecho un rencor que puede matarte. Tienes que librarte de él antes de encontrar tu destino.

—¿Mi destino? No busco nada. Ahora estoy en paz.

—No lo estás, pero todo llegará.

La mujer se levantó renqueando y se alejó con lentitud hacia una de las tiendas. Antes de entrar se volvió hacia mí.

—El sueño de esta noche te ha mostrado tu lugar. No te resistas.

—¿Mi lugar? ¿Es que voy a morir?

—Algún día —dijo, y sonrió.

—¿Cómo encontraré ese lugar?

—No está lejos, pero el camino es largo.

Volví a la cama y a pesar de lo aturdida que estaba y de las preguntas que me llenaban la cabeza, me dormí casi de inmediato. Cuando abrí los ojos el sol calentaba ya la tela y el aire cargado de la tienda. Aún había varias mujeres durmiendo, otras se habían levantado ya y recogían sus enseres. A mi lado, Temis seguía roncando débilmente boca abajo. La tela de la puerta se abrió y en el umbral apareció Mirta, tan alerta y despejada como siempre.

—Hoy es la carrera de cuadrigas.

La miré sin comprender.

Me guiñó un ojo y me hizo señas de que la siguiera. La actitud de la espartana era tan extraña en ella que casi olvidé lo que había vivido durante la noche. Me levanté, me lavé la cara, me puse la túnica y fui tras ella.

Cuando estuvimos solas, Mirta se acercó para que nadie pudiera oírla.

—Anoche me metí en una pelea —contó con su habitual laconismo—. Alguien me ayudó. Un espartano. Después nos fuimos a beber juntos. Vamos a ver las competiciones. Él nos ayudará.

—¿Estás loca? ¿Es que quieres morir?

—No pasará nada. Este hombre conoce un lugar desde donde podremos ver la carrera sin que nos descubran. ¿Vienes?

—No, gracias. No soy tan aficionada a los juegos como para arriesgar mi vida.

—¿Quieres saber quién participa?

—No. —Mi cabeza había vuelto a la visión de la noche.

—Uno de ellos es un tal Alcibíades de Atenas.

Alcibíades. Parecía que mi pasado insistía en presentarse ante mí, ya fuera en sueños o en la realidad. Mirta conocía mi relación con el hijo de Pericles. Nos había escuchado hablar muchas veces de él junto a la hoguera en las noches del camino. Vacilé. Sentí la tentación de encontrarme con él. De intentar olvidar la pesadilla que aún me estremecía. Pero aquello también significaba volver a unas emociones que no quería revivir. Era mejor dejarlo todo como estaba. A pesar de lo que había dicho la anciana, me sentía en paz, no pensaba, dejaba que el tiempo aconteciera, estaba libre y alejada de antiguas épocas convulsas.

Entonces recordé las palabras de la mujer. «El sueño te ha mostrado tu lugar», había dicho. Entré en la tienda y sacudí a Temis por el hombro. Farfulló algo y se dio la vuelta, pero yo seguí insistiendo hasta que la desperté. Después de sus insultos por mi falta de piedad, conseguí que me prestara atención. Le conté el sueño, el encuentro con la anciana de la hoguera y también la información de Mirta.

Temis se quedó pensativa.

—Sé quién es —dijo al poco tiempo—. Fue pitia en Delfos. Me la señalaron ayer. Duerme junto a esta tienda.

Temis quería que olvidara todo aquello y me propuso que aceptáramos la invitación del espartano y espiáramos la carrera de cuadrigas.

—Mirta no nos dejaría ir si sospechara algún peligro. Nos sentará bien ver un montón de cuerpos musculosos sudando bajo el sol —rio intentando animarme—. Vamos, Helena, nos hemos convertido en unas vestales aburridas. ¿No tienes deseos de volver a ver a Alcibíades?

—No lo sé.

—Seremos las únicas mujeres vivas que contemplen tal espectáculo. Imagina el secreto que le transmitirás a tus nietas, las imágenes que te acompañarán toda tu vida.

Temis insistió, esgrimió tantos argumentos extravagantes que terminó por hacerme reír.

Buscamos a Mirta y nos dirigimos con ella al encuentro del espartano. Era un hombre alto, delgado y pálido, de palabras escasas y poco aseado, pero sus ojos eran claros y la mirada que le dirigió a nuestra amiga no dejaba dudas sobre lo que habían compartido durante la noche.

Nos condujo hacia el estadio. La gente se dirigía en masa hacia allí. Los hombres que verían la competición; las mujeres, caminando o transportadas por sus esclavos, los mercaderes que aplacarían el hambre y la sed del público; músicos, adivinadores, saltimbanquis. Cerca ya del estadio, unos hombres gritaban las apuestas entre el polvo que levantaba la multitud y muchos se acercaban para arriesgar la bolsa por su favorito. Hacía mucho calor. Olía a sudor, a perfume, a polvo y a tortas recién horneadas. Temis estaba extasiada con el espectáculo y yo lo hubiera estado también si mis ojos no siguieran viendo las imágenes que me habían conmocionado durante la noche.

Las puertas del estadio estaban custodiadas por soldados. En los alrededores se habían levantado puestos de venta y carpas donde las mujeres escuchaban a los poetas ensalzar a los héroes. Había también un gran número de músicos que, oídos en la distancia, producían una melodía discordante. Bailarines y cantores mostraban sus excelencias al ritmo de los kropalos. El ruido era ensordecedor y confuso, pero la gente era feliz.

Siguiendo al espartano, entramos en una de las carpas que se levantaban a la sombra del muro del estadio. Era bastante grande y estaba repleta de hombres y mujeres que contemplaban los movimientos cimbreados de una bailarina de piel clara y mate y un cuerpo tan delgado que apenas se le marcaban los pechos sobre las costillas. Llevaba las muñecas y los tobillos adornados con campanillas que tintineaban con cada movimiento. Por su pelo y el color de su piel parecía egipcia, pero su baile no se parecía a nada que yo hubiera visto nunca. Su cuerpo era líquido, se ondulaba como el humo que escapa de un pebetero y mientras bailaba recitaba con un ritmo hipnótico, al son que marcaba una flauta muy larga y muy delgada de sonido agudo como el llanto de un niño y que tocaba un hombre sentado en el suelo.

Me quedé contemplándola. Sus movimientos producían una exaltación casi religiosa, una turbación muy similar al deseo. Todos los que estábamos allí parecíamos deslumbrados, como si se estuviera produciendo un prodigio ante nuestros ojos. Ya no se escuchaba la algarabía del exterior, todo se centraba en aquella mujer, en el movimiento de su cuerpo y en el sonido de sus palabras extranjeras.

En aquel momento, Temis me tiró del brazo. El espartano nos esperaba al otro lado de la tienda y parecía impaciente. Mirta ya estaba junto a él, pero Temis y yo nos habíamos rezagado mirando a la bailarina. Mientras avanzábamos entre la gente la danza terminó; la bailarina se envolvió en una tela casi transparente que parecía de la mejor seda y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas junto al músico, que siguió tocando la flauta con un sonido que de tan suave era casi imperceptible.

Atravesamos una abertura de la tienda que estaba junto al muro del estadio. Allí, fuera de la vista de los que estaban dentro y también del exterior, había una grieta bastante grande, una especie de túnel cuya entrada quedaba oculta por la propia tienda y por grandes hierbajos. La altura de la grieta no era suficiente para entrar de

pie y tuvimos que ponernos a gatas tras el espartano. Maldije a Mirta por meternos en aquel lugar. Hubiera preferido seguir en la carpa escuchando las palabras incomprensibles de la bailarina y aquella extraña música que exaltaba el espíritu.

Al llegar al final del túnel, pudimos ponernos en pie. Miré alrededor. Nos encontrábamos en un pasillo que parecía recorrer el perímetro del estadio. Seguimos por él hasta llegar a una escalera angosta. Subimos tanteando las paredes de piedra y, después de dos tramos, llegamos a otro pasillo envuelto en la oscuridad a excepción de una de las paredes, horadada por pequeños agujeros que dejaban pasar la luz del día. Para mi sorpresa, mirando por los agujeros había ya varias mujeres que se sobresaltaron al ver al hombre que nos acompañaba, pero que enseguida volvieron a su actividad al comprender que no era un peligro. Junto a ellas, un hombre canijo y sonriente extendió la mano, en la que el espartano dejó caer varias monedas.

Se sentía la humedad caliente de la piedra y parecía que el aire que respirábamos había sido usado ya por otros muchos. Nos acercamos a los agujeros. Al principio, la luz me deslumbró, pero al poco tiempo pude distinguir lo que se veía al otro lado. En primer plano, unas piernas peludas de alguien sentado justo encima de donde yo me encontraba. Después, más abajo, se veía la arena del estadio y varias cuadrigas situadas en línea esperando la orden de salida. Pude contar seis. Los caballos piafaban inquietos y los aurigas retenían las bridas con ayuda de los esclavos que estaban de pie frente a los caballos para evitar que salieran antes de tiempo. Se escuchaban gritos y silbidos y unas voces más cercanas que supuse del dueño de las piernas.

—Apuesto diez dracmas por Orsipo de Megara.

—Acepto —dijo otra voz—. Nadie puede competir con los carros de Alcibíades de Atenas. Mira el caballo negro. Es una belleza.

Dejé de prestar atención a las voces e intenté distinguir algo de lo que ocurría en la arena. Varios sirvientes se dedicaban a rociar de agua el suelo del estadio. Uno de los caballos se había encabritado y pateó al esclavo que lo sujetaba. Este cayó y fue arrastrado fuera de la pista por otros dos esclavos. Un auriga de piel muy oscura pidió agua y se apresuraron a llevarle un odre del que bebió a grandes tragos.

—El tercero —susurró Temis a mi lado.

Sí, el tercero era Alcibíades, que en aquel momento se desabrochaba el cinturón de la túnica y se la quitaba por la cabeza, mostrando aquel cuerpo que yo conocía tan bien, que tantas veces había cubierto el mío arrancándome un gemido, y con el que me había abrigado en las noches de invierno. Tenía los músculos tensos, dispuestos a la contienda, y miraba hacia delante con ese gesto altivo que nadie como él sabía mostrar.

Un grito me sacó de mi ensoñación. La carrera comenzaba. Alcibíades, desde el principio, se situó a la cabeza. Veía pasar su carro entre el polvo, y escuchaba los gritos de los espectadores. A cada vuelta, el polvo era más denso, el agua no había evitado que una capa dorada convirtiera la carrera en una alucinación de gritos y maldiciones. Se escuchaba el relincho de los caballos que caían y el clamor del

público vitoreando a sus favoritos. ¡Orsipo! ¡Graucos! ¡Sostratos! Pero el nombre que más se escuchaba era el de Alcibíades. Una vuelta, otra, otra más, el estadio estaba sumergido en una tormenta de excitación. Los aurigas lanzaban gritos de coraje, hacían restallar el látigo en el flanco de los caballos, y el crujido de los carros era cada vez más violento.

Sentí la exaltación del desafío como si yo misma estuviera en uno de aquellos carros. Comprendí por primera vez el ansia de laureles. Me uní a la ambición de Alcibíades, compartí su ardor y entendí por qué los hombres son capaces de morir por alcanzar el triunfo. Quizá eso era lo que les hacía poderosos, y también lo que les llevaba a la destrucción. El placer de la pelea, del enfrentamiento. Ser el más fuerte, el más rápido, el más hábil, lanzar el disco más lejos. Algo simple que inflama el ánimo y lanza al hombre a conseguir las más altas empresas.

Y supe también por qué las mujeres teníamos prohibido competir. Después de luchar y de ganar, de ser aclamada por tus iguales, de recibir el laurel de la victoria, nadie sería capaz de volver a recluirnos en el gineceo.

La carrera parecía a punto de terminar. Arreciaba el clamor de la multitud y yo me agarraba a la piedra con fuerza queriendo ver más, y oía a Temis gritar en voz baja para no ser descubierta. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Más deprisa! El corazón me latía con rapidez y la excitación iba en aumento a medida que se acercaba el final de la carrera. Por fin, la muchedumbre estalló en un rugido unánime y el hombre cuyas piernas veía desde mi agujero pareció derrumbarse en su asiento.

—¡Me debes diez dracmas! —se escuchó una voz triunfante sobre las demás.

Salimos con menos sigilo que a la entrada. Después de la carrera había otras disciplinas, pero aquel agujero tras la piedra estaba tan recalentado que era imposible respirar, así que decidimos que por aquel día las emociones habían sido suficientes. Me asombró ver cómo las mujeres que había junto a nosotras intercambiaban monedas en apuestas similares a las de los hombres. Ninguna ley puede oponerse a los deseos. Mientras bajaba tanteando los peldaños de la escalera, pensé que quizá el afán por saborear lo prohibido es lo que hace que el mundo cambie.

Ya en la explanada que rodeaba el estadio, en muchos corrillos se hablaba de la carrera, se analizaba cada movimiento, cada gesto de los aurigas, lo que habían hecho bien y lo que habían hecho mal.

—Ese muchacho es un demonio —decía un hombre junto a un vendedor de hidromiel al que nos acercamos para reponer fuerzas—. Desde el primer momento no ha dado tregua a sus rivales.

—¿Viste cómo usaba el látigo?

—Sí, esos caballos tardarán mucho en recobrarse.

—Qué importa. Su padre es rico. Puede comprar los caballos que quiera.

En aquel momento, se escuchó un grito que fue corriendo de boca en boca: Alcibíades invitaba a toda la ciudad a comer para celebrar su triunfo. Temis y yo nos miramos. Era muy propio de él un gesto tan vanidoso y excesivo. Aquello sería

recordado durante años.

—¡Ahí viene! —exclamó uno de los hombres.

Un grupo numeroso se acercaba en tropel y en medio, subido en hombros, se veía a un Alcibíades exultante, con el pelo mojado y una sonrisa que mostraba sus dientes blancos en medio de una cara llena de polvo. Saludaba a todos con los brazos en alto y todos le aclamaban como a un dios. Al pasar junto a nosotros la comitiva paró para ofrecerle un vaso de hidromiel y, al agacharse, me vio junto al puesto. Enarcó las cejas con sorpresa y se inclinó como para verme mejor. Le sonreí y le guiñé un ojo para confirmarle mi identidad. Entonces, se inclinó hacia uno de los que le llevaban en hombros y le dijo algo. Bebió de un trago el vaso que le ofrecieron y antes de alejarse, se volvió de nuevo hacia mí y me lanzó un beso con la mano.

Cuando el gentío se dispersó, se acercó un esclavo que se inclinó ante mí con ceremonia.

—Mi amo quiere invitarte a la cena que festejará su victoria. Iré a buscarte dondequiera que vivas.

—Dile a tu amo que aceptamos su invitación —se apresuró Temis—. Dinos dónde es y acudiremos con placer.

Sí, iría a la fiesta. Decidí olvidar los problemas, los presentimientos, las pesadillas y los augurios de la pitia. Lo pasaría bien. Vería a Alcibíades, volvería a saborear sus besos, a sentir su pasión algo grosera, sus caricias bruscas y excitantes. Al menos por una noche no me haría preguntas y me dejaría llevar por lo que mi cuerpo me reclamara.

Lo primero era buscar una túnica que no fuera la que habíamos llevado durante los últimos meses. Reunimos cuanto habíamos conseguido en el trayecto y acudimos al mercado. En un puesto de telas compramos un lino ligero como la seda; unas fíbulas de bronce y unos cordoncillos para ajustar el talle. Pasamos la tarde en los baños, nos depilaron, nos suavizaron las manos y los pies con piedra pómez y ungüentos; nos bañamos y nos lavamos el pelo con arcilla perfumada con lavanda. Me dejé envolver por el vapor que marcaba mi piel con pequeñas gotitas de agua; respiré la humedad, saboreé el aroma de los perfumes, me adormilé en el diván mientras una esclava me cepillaba el pelo una y otra vez hasta que volvió a brillar como antes. Me esforcé por pensar solo en el cuerpo de Alcibíades, cuando me abrazaba y me dejaba sin respiración, en su vientre duro y cálido que me gustaba acariciar, en su sexo dispuesto, en su boca ansiosa. Al salir me pareció que todo lo malo se había quedado sumergido en el agua del baño. Agarré a Temis del brazo. La fiesta nos esperaba.

No utilicé ningún afeite, y en lugar de recogerme el pelo con un peinado artificial, lo dejé suelto. Lo último que quería parecer era la hetaira en busca de clientes.

Toda la ciudad se había dado cita en aquella celebración. La sala era inmensa, debía de ser algún lugar público que Alcibíades había conseguido para cumplir la promesa de alimentar a todo Olimpia. Por supuesto, allí solo se encontraban

ciudadanos principales, gentes con las que su orgullo le permitía relacionarse. El resto recibiría su parte del festín, siempre que no le fastidiaran demasiado.

En la entrada me esperaba el mismo esclavo que se había dirigido a mí junto al estadio y que nos condujo entre el gentío hasta su amo. En el camino descubrí varias caras conocidas que me saludaron con curiosidad o me miraron de soslayo desviando la vista. Yo sonreí a todos. Cuando llegué hasta Alcibíades, estaba tumbado en el diván central, rodeado de aduladores, hombres y mujeres que querían tocar al héroe, absorber un poco de su gloria, ahora que aún estaba fresca. Llevaba en la cabeza el laurel con el que había sido coronado y una túnica corta del color de los héroes. Cuando me vio se levantó y, para sorpresa de los que estaban junto a él, me abrazó y me besó en la boca con la euforia que le producía el triunfo y el vino. Después hizo que me sentara junto a él en el diván, un honor que todos parecieron envidiar, por las miradas de odio que vi a mi alrededor.

El tiempo no había pasado. Era de nuevo la mujer adulada de las fiestas sin fin y según transcurría la noche me sumergí sin estridencias en la charla banal, en la bebida, en los dulces, en las risas.

—Es el último sitio en el que pensaba encontrarte. Te busqué después del juicio, pero nadie sabía nada de ti. Ni siquiera Laida.

Le conté mi salida de Atenas y le confirmé lo que, al parecer, se había convertido en la comidilla del ágora. Alcibíades estalló en una carcajada.

—¡Por los dioses, Helena!, entregar tu fortuna al templo de Afrodita. Has conseguido superar mis extravagancias. Así que te has convertido en curandera con la loca de tu amiga. Menos mal que yo estoy aquí para hacerte desistir de una empresa tan penosa.

—Me gusta mi vida —le dije con una mueca.

—No lo creo.

Metió la mano bajo mi pelo, me agarró la nuca y me acercó hacia sí.

—No puedo creer que te conformes con tan poco.

Y me besó con un beso violento que despertó cada rincón de mi cuerpo. Noté su pecho heroico, sus manos bajo mi túnica. Su deseo, que ya era también el mío.

—Vámonos —me dijo al oído—. Voy a hacerte recordar lo que has abandonado.

Miré alrededor. Temis parecía muy entretenida. Bebía vino y escuchaba hablar a un hombre y una mujer. En aquel momento, me miró y vi en su mirada una preocupación que no supe a qué achacar. Le pregunté por señas qué pasaba, pero ella sonrió y me hizo ademán de que no me preocupara. Yo, también por señas, le dije que me iba con Alcibíades, y eso, al contrario de lo que supuse, pareció alegrarle mucho. Amplió su sonrisa y me animó con la mano a que me fuera.

Tardábamos más de lo previsto en atravesar la sala. Todos querían felicitarle, todos le tocaban, le palmeaban la espalda, las mujeres le besaban y hacían lo posible para apartarme de él. En un momento de mayor bullicio, me separé y esperé resignada a que acabaran las lisonjas. Tenía que ser así. Para todas aquellas gentes

Alcibíades era un dios y como tal se comportaba.

—Amigos, agradezco vuestro celo, pero ahora debo dejaros. Otros deberes más íntimos me reclaman —proclamó a gritos, y todos rieron.

Yo también reí y algo parecido al calor que sentía en el pasado cuando le tenía cerca me envolvió de nuevo. Ahora era mío, me había elegido entre todas aquellas mujeres que le asediaban. El dios se fijaba otra vez en mí.

Me burlé un poco de mí misma, de mi excitación pueril. Pero todo estaba bien. Me dejaría llevar. Sería un premio al esfuerzo de los últimos meses. Más tarde, volvería a recobrar la cordura y seguiría mi camino. Sentí las mejillas encendidas, los labios un poco hinchados.

Y entonces, en medio de la música, de los empujones y las risas, escuché un nombre y una voz que hacía mucho tiempo que no escuchaba, pero que estaba grabada en mi memoria como un cincel talla la piedra.

Capítulo XXVI

Sentí cómo se me erizaba el vello de la nuca. Levanté la vista y le vi. Un poco apartado, quieto, rodeado de la gente que bailaba y bebía ajena a nosotros. Solo alcanzaba a ver su cara de asombro, que sobresalía entre los que le rodeaban. Nuestras miradas parecieron engancharse, me sentí jadear. Tras unos instantes comenzó a moverse, avanzaba hacia mí sin dejar de mirarme, apartando a la gente a codazos para intentar llegar hasta donde yo estaba. Muy pronto podría tocarle...

Un brazo me agarró por la cintura y unos labios me besaron el cuello. Él se detuvo. Yo no podía dejar de mirarle y Alcibíades siguió mi mirada.

—¡Por Zeus! Este es un día de reencuentros —dijo sin soltarme—. Acércate, Hipócrates, y dame la mano.

Qué crueles eran los dioses, qué perversos. Maldije a Tyche, que nos había reunido en aquel lugar y en aquel momento. Quise correr, salir de mi cuerpo, separarme de aquellas manos que me rodeaban como a una posesión, alejarme de los ojos que me miraban buscando un reconocimiento en mi nuevo aspecto.

Las piernas me flaquearon. Si Alcibíades no me hubiera sujetado por la cintura, me hubiera caído allí mismo.

—Antes aguantabas mejor el vino —rio mi compañero ajeno a lo que tenía ante sus ojos.

Hipócrates se repuso antes que yo. Se acercó con una mueca que quería ser sonrisa y estrechó los brazos que Alcibíades le tendía.

—No quise dejar Olimpia sin felicitarte. Hoy te has convertido en una leyenda.

Su voz era la misma. Aquella voz que había murmurado tantas cosas unida a mi cuerpo. Tenía la piel muy morena y junto a los ojos se le marcaban unas rayitas blancas que se ocultaban al sonreír. Llevaba la barba más espesa, y eso le daba un aire desconocido. Mientras los dos hombres intercambiaban saludos y elogios, busqué dentro de mí la fortaleza que necesitaba para enfrentarlo.

Yo era otra persona, me dije, por dentro y por fuera, muy distinta a la que él había conocido. Ni siquiera entendía cómo había podido reconocermelo. La incauta enamorada, de pelo corto ceniciento y vestido de saco había muerto hacía mucho. Cuatro años habían pasado que eran toda una vida. Cuatro años que me pesaban en la piel y en el espíritu. La esclava había desaparecido con su abandono y la mujer que la sustituyó también había muerto frente a un tribunal absurdo. Qué me quedaba de mí misma, entonces. Nada. Yo era alguien nuevo que se había ido modelando a lo largo del camino.

Sentía en mí su mirada, tan cálida como entonces, pero me esforcé por recordar aquellos meses en los que esperé su vuelta y que me endurecieron el alma hasta que

terminó por secarse.

—Supongo que no has reconocido a Helena. Servía en casa de mi padre, pero, como ves, ha cambiado mucho.

—¿Helena?

—Lena era un nombre de esclava —hablé por fin.

—Me fijé en tu pelo. Brillaba entre los otros como un incendio. —Sus ojos no me dejaban respirar—. Entonces vi tu cara y te reconocí.

—Después de que tú te fueras se convirtió en la hetaira más famosa de Atenas, pero más tarde se volvió loca y se lanzó a los caminos para curar a viejas y parturientas —terminó Alcibíades riendo y apretando mi cintura—. Nos disponíamos a recordar viejos tiempos.

Las palabras de Alcibíades me azotaban como un látigo, pero conseguí sonreír y me dejé abrazar, reclinándome en su cuerpo.

—He oído hablar de tus viajes, maestro. ¿Llegaste tan lejos como te proponías?

—Más allá, incluso. Iba ligero de equipaje. —Hipócrates se volvió a Alcibíades—. Encontré un país lleno de leyendas y belleza y en él a una mujer muy especial, una bailarina única. Quería ofrecerte su arte esta noche como homenaje por tu triunfo.

Tras Hipócrates pude ver a la misma bailarina que aquella mañana me había sorprendido con su extraña danza.

—Acércate, Rhea.

La mujer avanzó unos pasos y se inclinó con las manos juntas a la altura del pecho. Llevaba una extraña túnica de seda que le envolvía el cuerpo hasta la cintura y que luego cruzaba sus pechos pequeños de pezones oscuros para caer por la espalda. Sus ojos estaban bordeados de negro y en la frente llevaba pintado un círculo rojo que empalidecía su piel.

Hipócrates rodeó sus hombros con el brazo y aquel contacto me dolió tanto que tuve que cerrar un instante los ojos. La dura cicatriz que cubría mi herida no era tan dura ni tan profunda como había creído.

—Esta mañana te vi bailar —me dirigí a la mujer para evitar seguir mirándole a él—. Fue sorprendente.

Alcibíades consintió.

—Veamos esta maravilla —dijo, y me acarició la cadera con vanidad de dueño—. Aún tenemos mucha noche por delante.

—Rhea es de Magadha. —Hipócrates estaba reclinado junto a mí en el diván y se acercó para hablarme. Pude sentir su aliento en mi mejilla—. Un reino de grandes ríos y montañas cubiertas de nieve tan altas como el cielo. Lo que va a bailar es una danza ritual en honor de Gautama, un príncipe que murió hace unos años y que pasó parte de su vida sentado bajo una higuera, meditando. Mucha gente sigue ahora sus enseñanzas.

—¿Tú, tan descreído, maestro —conseguí reírme—, has encontrado un dios a quien adorar?

—Buda no es un dios. Pero para adorar algo no es necesario creer en los dioses.

—Tienes razón, Hipócrates —dijo Alcibíades—. Yo adoro a las mujeres, especialmente a Helena, a esta jarra de vino, a mis caballos...

—La adoración no es tal si su esencia es efímera, Alcibíades —dije con una sonrisa mirando a Hipócrates, que se incorporó un poco y abrió la boca como para decir algo.

Enseguida, pareció cambiar de idea. Se recostó en el diván y cogió una copa de vino.

—Vais a ver una danza única —dijo—. Sus creencias son muy atractivas. Hablan de equilibrio, de la vida y la muerte como un círculo que hay que romper para alcanzar la iluminación.

Me recorrió un escalofrío. En aquel momento en el que intentaba dominar unas emociones que me sacudían sin piedad, Hipócrates hablaba del círculo de la vida y la muerte. Otra vez aquella idea perturbadora que desataba los recuerdos más dolorosos. Era como si mi vida siempre terminara por llegar a una encrucijada de caminos con un mismo final oscuro. Respiré hondo, intenté acallar la confusión de mi mente.

—¿Tan lejos han llegado los seguidores de Orfeo?

Hipócrates me miró.

—Siempre has tenido la habilidad de sorprenderme —dijo con una sonrisa—. Es cierto que las enseñanzas de Gautama tienen mucho que ver con las creencias órficas. De hecho, estoy casi seguro de que tales ideas partieron de Oriente y llegaron a la Hélade hace mucho tiempo.

—Cuidado, amigo —intervino Alcibíades—, ya sabes que por aquí las creencias extranjeras no son muy bien recibidas.

—Tienes razón. —Y me miró de nuevo esta vez sin sonreír—. Ya pagué un alto precio por ignorarlo.

—Bueno, olvidemos viejos dolores y contemplemos a tu bailarina. Hoy es un día de celebración y quiero que todos estén alegres.

El corazón me palpitaba con tal fuerza que sentía la tela de mi túnica oscilar con cada latido. Notaba el brazo de Hipócrates rozando el mío y su olor, que volvía a mí desde mis recuerdos. Un olor único, a tomillo y a tinta, a tardes de sol y a cálamo recién afilado.

La bailarina iniciaba ya su danza acompañada por el hombre de la flauta gimiente y el bullicio anterior iba poco a poco desapareciendo para convertirse en una admiración suspendida. Volví a sentir lo que había sentido aquella mañana, un éxtasis que ahora se volvía casi insoportable al tener a Hipócrates a mi lado. Los movimientos sensuales de aquella mujer se confundían con el recuerdo de nuestros abrazos en las siestas estivales, el brillo nacarado de la piel de la bailarina, con el sudor de nuestros cuerpos; la mano de Hipócrates junto a mi cadera despedía un calor que yo acumulaba en lo más hondo de mi cuerpo.

Me pregunté qué relación existiría entre ambos; si cada noche, en el camino,

habría volcado en esa mujer las mismas palabras que aún seguía escuchando a mi pesar; si le habría prodigado las mismas caricias que tanto me engañaron.

Según se iba desarrollando la danza, Hipócrates nos susurraba lo que parecía la traducción del canto de la bailarina.

—Gautama era un príncipe a quien su padre protegió de todo dolor. Pero una vez escapó del palacio y vio cuatro formas de sufrimiento: un anciano, un enfermo, un muerto y un mendigo. La vejez, la enfermedad, la pobreza y la muerte le conmovieron tanto que dejó la vida de lujo de su palacio y comenzó a buscar las respuestas que le explicaran por qué existe el sufrimiento. Viajó, meditó y alcanzó la iluminación. A su muerte ya tenía miles de discípulos.

—¿Y encontró las respuestas? —preguntó Alcibíades.

A pesar de mi inquietud por estar de nuevo junto a Hipócrates, de notar el latir de su cuerpo sin poder tocarlo, a pesar de la incertidumbre por lo que sucedería aquella noche, sus palabras volvían a tener el poder de fascinarme como antaño. Le escuché hablar de aquel lejano príncipe y sus enseñanzas, de la vida y la muerte como etapas hacia algo superior, de la paz y el equilibrio que estaba tan lejos de sentir.

—Gautama, el príncipe santo, creía en la reencarnación. Creía que, después de la muerte, uno vuelve a la vida terrenal en una forma de vida superior o inferior según sus obras. Y para romper este círculo de muerte y reencarnación decía que es necesario desprenderse del deseo, que es lo que causa el sufrimiento en el mundo.

—¿El deseo? —exclamó Alcibíades incorporándose, lo que hizo caer parte del vino de su copa sobre su túnica—. Tu príncipe no sabía de qué hablaba. El deseo es lo que hace avanzar al mundo. ¿Qué pasaría si los hombres no desearan conquistar nuevas tierras, si no desearan alcanzar la gloria, si no desearan conocer las respuestas del universo?

—Tienes razón. El deseo forma parte de la misma existencia del hombre —volvió a mirarme y me estremecí—, pero también puede ser un carro desbocado que nos precipite al abismo. Sabes muy bien que la Hélade está al borde de ese abismo por el deseo insaciable de unos cuantos. ¿Qué nos espera?

—Nos espera la gloria, la destrucción de nuestros enemigos. Nos espera la hegemonía de Atenas. ¿Acaso es algo malo?

—¿Y si en lugar de eso nos esperase la enfermedad y la muerte? —No pude evitar hablar. Las palabras de Hipócrates me habían recordado aquel sueño terrible.

Alcibíades me miró con fastidio.

—Miedos de mujeres.

—Helena tiene razón. —Mi nombre en su boca me sonó nuevo y hasta a él pareció asombrarle porque tartamudeó un poco al decirlo—. Una guerra ahora podría destruir todo aquello por lo que hemos luchado desde hace décadas.

—Atenas se ha vuelto blanda y un amo blando no dura demasiado. Debe volver a demostrar su dureza, su poder. Solo así continuaremos siendo los dueños.

—Pero ¿existe ese poder del que hablas? Han pasado muchos años desde

Salamina...

—Dejémonos de política y filosofías —cortó la frase de Hipócrates y se levantó.

La danza había terminado. Alcibíades se acercó a la mujer y le dio un puñado de monedas. Luego se volvió hacia Hipócrates.

—Puede que tú y tu bailarina os hayáis librado de los deseos, pero yo no. Te agradezco mucho el baile, amigo. Ha sido muy estimulante.

Me tendió la mano. La agarré y me puse en pie. No quería, no podía irme *con él*, pero tampoco podía quedarme.

—¿Nos veremos de nuevo? —preguntó Alcibíades—. Me gustaría que habláramos de tus viajes.

—Mañana salgo para Epidauro. Voy a instalarme allí. Es un lugar excelente para desarrollar mi trabajo.

—Lisiados, ciegos, epilépticos, y sacerdotes locos —rio Alcibíades—. Sí, una buena cosecha. Si vas a Epidauro, no volveremos a vernos, amigo. Odio que me recuerden mi condición mortal antes de tiempo y aquel es un lugar de muerte.

Quizá eso fuera lo mejor. Que se alejara otra vez de mí, y esta vez para siempre. No podía casi respirar, pero tenía que decir algo, mostrarle que no me afectaba su marcha, que era una mujer distinta a la que conoció. Que controlaba mi vida como el auriga retiene a los caballos en la carrera.

—Me ha alegrado mucho verte, maestro —dije con una sonrisa—. Siempre recordaré tus enseñanzas y tu bondad conmigo.

—¿Es cierto que eres curandera?

—Tardé un tiempo, pero finalmente seguí tus consejos. Tus palabras tenían más poder de persuasión del que yo misma creí.

Sentía el cuerpo tenso como la cuerda de una cítara. Tuve que hacer un enorme esfuerzo para dejar de mirarle y volverme hacia Alcibíades, que esperaba con impaciencia y que tiró de mi mano dispuesto a que nos marcháramos.

—Me gustaría hablar contigo, Helena —escuché a mis espaldas—. Quisiera mostrarte ciertas hierbas que conocí en mis viajes. Quizá te sean útiles.

—Hipócrates, eres un amigo muy querido —dijo Alcibíades con ese tono que yo tan bien conocía. El del gran señor al que se le impide hacer su voluntad y ha perdido la poca paciencia que tiene—. Pero, como ya te he dicho antes, mis deseos siguen tan intactos y activos como siempre. He disfrutado de tu bailarina y de la charla, pero ahora me voy con Helena. Si quieres seguir hablando con ella, búscala mañana.

Comenzó a andar deprisa sin soltarme de la mano. Pero antes de alejarse se volvió de nuevo riendo.

—Tienes suerte. Hace unos meses no hubieras podido pagar su atención.

Noté la sangre subir por la garganta y extenderse por la cara. No me volví, pero tampoco agaché la cabeza. Seguí junto a Alcibíades hasta que salimos de la sala. En la calle nos esperaba una litera para llevarnos a su residencia. Me paré y le solté la mano.

—Yo me quedo aquí.

Me miró sin entender.

—Estoy cansada y ahora tú tampoco puedes pagar mi precio.

El asombro le impidió hablar, luego intentó convencerme con zalamerías y después con impertinencias, con caricias que yo rechacé. Finalmente se dio cuenta de que no iba a cambiar de opinión y entonces se impuso su orgullo y se despidió de mí casi con la misma altivez con la que hacía años me despedía de su presencia.

Le vi alejarse y entonces comprendí que por fin lo dejaba todo atrás. Mi pasado era solo eso, algo pasado que ya no podría volver a hacerme daño. Atrás quedaba Alcibíades y la fascinación que había sentido por él; también Hipócrates, a quien no quería volver a ver porque aún me lastimaban sus ojos. Me dolía todo el cuerpo por el esfuerzo de no entrar a buscarle, pero notaba también el sabor acre de la venganza. Había elegido un camino. Quería que me recordara así, alejándome junto al hombre que él sabía que había amado. Hipócrates me abandonó y ahora era yo la que le dejaba sin mirar atrás.

La gente me envolvía, me zarandeaba, pasaba a mi lado riendo y bailando y yo seguía allí, queriendo caminar, pero sin poder hacerlo, esperando quizá una voz que me llamara, un cuerpo que me abrazase.

—Sabía que ya no te irías con Alcibíades.

Temis estaba junto a mí, como siempre. Mi amiga, la única persona que nunca me abandonaba, la única en quien podía confiar.

—En la fiesta supe que estaba aquí. Solo esperaba que no le vieras.

—Vamos, Temis, vámonos a dormir.

Y juntas, adornadas con nuestros trajes de fiesta, nos alejamos del bullicio y de las luces. Me sentía entumecida, helada a pesar de la brisa cálida de la noche. Me agarré al brazo de mi amiga y nos adentramos en la oscuridad en busca de la hoguera que marcaba nuestra tienda.

Allí seguía la anciana, sentada en la misma piedra que la noche anterior, contemplando el fuego. Cuando nos escuchó llegar, levantó la cabeza y me miró como esperando la respuesta a una pregunta que yo no conocía.

Hizo ademán de que me sentara a su lado y Temis entró en la tienda dejándome con la mujer. Esta me alargó un cuenco y bebí, pero en lugar del frescor que tanto me había aliviado tras mi pesadilla, las hierbas recorrieron mi cuerpo devolviéndole el calor que había creído no poder recobrar. Aquella mujer parecía saber en cada momento lo que necesitaba sin que nadie se lo dijera. Sentí un escalofrío y le agradecí la bebida.

—Una noche dura —dijo.

Sí, una noche muy dura. Excitante, dolorosa, una noche que me despojaba de mis recuerdos y me tentaba a crear otros nuevos. Muy cerca de mí, tan cerca que aún podía sentirlo, estaba el hombre al que creí haber olvidado en otros cuerpos, el que pensé glorificado por el recuerdo por mi ignorancia de entonces, pero que aquella

noche me había hecho vibrar con tanta fuerza como antaño y me descubrí vehemente y triste, y me recordé en otras noches ya lejanas, esperando, siempre esperando, mientras la escarcha me entumecía los huesos, y buscaba con los ojos cada sombra, e intentaba descubrir unos pasos, una voz.

Noches y noches de invierno, siempre malogradas, en las que, casi al amanecer, abría la puerta y escrutaba la calle aún ociosa salvo por algún perro que se acercaba a husmear. Miraba a un lado y a otro y entonces cerraba despacio y volvía a mi camastro, tiritando, a esperar la llamada de Critila. Luego, me quedaba dormida en cada rincón y Temis tenía que avisarme para que no me pillaran los amos. Recordaba todo aquello y el dolor iba creciendo. Había hecho bien. Estaba segura. Su mirada y su contacto no podían borrar la memoria de todas aquellas noches.

—Has tomado una decisión.

Casi había olvidado a la mujer. La miré desde muy lejos y la vi ante mí con sus ojos brillantes y su pelo blanco.

—Sí, pero duele mucho.

—Los errores duelen tanto como los aciertos.

—¿Quieres decir que me he equivocado?

—Conozco el lugar perfecto para descubrirlo.

Capítulo XXVII

Noté el crujir de las hojas secas bajo la suela de mis sandalias. Había llegado el otoño. Los árboles que bordeaban el río daban al paisaje un fulgor de oro y la brisa que soplaba desde el mar me erizó la piel demasiado expuesta. Me envolví mejor en la túnica y comencé mi paseo diario. Aún era muy pronto y la vía sagrada estaba casi desierta; se respiraba una tranquilidad que en aquella época no sería profanada por los viajeros en busca del oráculo. Aún no era fecha de profecías y la ciudad se mantenía en silencio, apenas quebrantado por los escasos vendedores que atendían las necesidades de los sacerdotes de Apolo y los habitantes de la ciudad.

Todavía no estaba acostumbrada a la pendiente que llevaba al templo y aún jadeaba por la subida. Pero la caminata valía la pena. Desde allí, como asomada a una inmensa terraza, podía contemplar la tupida alfombra de olivos que llegaba hasta el mar. Respiré hondo y la respiración, poco a poco, se fue calmando.

Llevaba varios días en Delfos, pero aún no había entrado en el templo. Sabía que la pitia me esperaba, pero para ella el tiempo no tenía importancia. «Entrarás cuando no puedas dejar de hacerlo», me había dicho con su habitual manera de hablar, aquellas sentencias que debían de provenir de sus años como emisora de augurios.

Delfos invitaba al misterio, a lo mágico. Los arroyos que corrían ladera abajo susurraban palabras de consuelo; las estatuas que flanqueaban sus calles parecían enviar a los visitantes señales secretas, el viento que subía por la ladera traía aromas picantes que mareaban un poco y otorgaban una lucidez desconocida.

Me senté en una piedra desde donde contemplar el paisaje y también la estatua de Polizalos subido a su cuadriga. La túnica de aquel hombre era como las que llevaban en mi tierra, le sentía mío, representante de un tiempo tan lejano para mí como lo sería para él allá donde estuviera. El bronce de la estatua resplandecía como el oro y sus ojos tenían el brillo del triunfo. Hasta los caballos representados en posturas diversas parecían dispuestos a repetir la hazaña que les valió la inmortalidad. Aquella estatua construida para representar el triunfo me hacía recordarlo todo de nuevo.

Desde que habíamos salido de Olimpia con la mayor rapidez para evitar volver a encontrarme con Hipócrates, tenía la certeza de que había dejado algo pendiente. La emoción de volver a verlo me había impedido pensar con cordura y, de nuevo en el camino, me arrepentía de haber evitado el tiempo de las explicaciones. Hipócrates quería hablarme y yo había huido. Y en las noches que ya refrescaban revivía una y otra vez nuestro encuentro, cada palabra, cada mirada, cada gesto. No tenía sosiego. Quería correr hacia Olimpia, hacia Epidauro, hacia dondequiera que él hubiera ido.

Había venido a Delfos para confirmar que obraba con acierto, pero ahora dudaba de que el oráculo pudiera fortalecer lo que mi corazón era incapaz de creer.

En el viaje habíamos descubierto muy pronto el final de la tregua. La guerra con Esparta se intuía en las miradas, en los jinetes de modales mercenarios. La paz que duraba ya catorce años parecía a punto de romperse definitivamente. Incluso nos cruzamos con un grupo de hoplitas preparados para la batalla que se dirigía hacia el oeste. Iban a caballo, armados con escudos y lanzas y cubiertos con un casco que no dejaba ver sus facciones y les daba el aspecto de enormes insectos venenosos. Algunos les aclamaban entre el polvo que levantaba su paso marcial, otros se apartaron con recelo, pero a mí me causaron terror por la inhumanidad de su aspecto. No eran hombres, eran símbolos. Y, como tantas veces desde que ocurriera, reviví la pesadilla que tuve en Olimpia. ¿Serían aquellos hombres u otros semejantes los artífices de las muertes y el dolor que soñé?

Pensé en Mirta, que por fin había encontrado el hogar que buscaba en el espartano con el que vimos la carrera. El día que nos íbamos se acercó a nosotras y con su mutismo habitual nos informó de que se quedaba en Olimpia. «Somos iguales», nos dijo cuando le preguntamos. Aquel hombre había abandonado Esparta hacía mucho. Aborrecía la vida de cuartel, el entrenamiento militar. Se mareaba con la sangre. Temis y yo nos lanzamos una rápida mirada y sofocamos una sonrisa. Sí, en el fondo eran iguales. Ambos habían renegado de su condición, del futuro que otros les habían reservado.

Nos dolió separarnos de aquella mujer extraña y tierna bajo su aspecto ceñudo. La abracé fuerte en la despedida sin importarme su rechazo involuntario. No estaba acostumbrada a las muestras de afecto, pero sufría con la separación tanto como nosotras. Lo vi en sus ojos demasiado brillantes y en sus labios apretados. Nos dijo adiós desde las puertas de la ciudad y allí se quedó, junto a su hombre, viendo cómo nos alejábamos de su vida.

Aquellos días solitarios de Delfos me dejaban demasiado tiempo para pensar. Y junto al recuerdo renacido de Hipócrates, otros recuerdos que habían estado agazapados en la sombra volvían a resurgir y a gritarme desde su guarida. Parecía que la tregua también había terminado para mí. La estatua del sikeliano que contemplaba cada mañana me había devuelto a mi hogar, a mi familia y con ella al dolor que había intentado olvidar durante más de un año. La imagen muerta de mi hermana volvía a mí y también el odio por el hombre que la había asesinado. Había creído alcanzar la paz después del aturdimiento, pero comprendí que solo era negación, que mi deseo de venganza no había desaparecido, que era una alimaña dormida que ahora despertaba y me pedía el alimento que durante tanto tiempo le había negado. Cuando pensaba en Crémilo, el estómago me daba un vuelco y el sabor ácido del odio me inundaba la boca. Ese era el rencor del que hablara la pitia y para poder dejarlo atrás no tenía más remedio que enfrentarme a él.

Suspiré y dejé de mirar la estatua. Había pasado la hora primera y el azul brillante del cielo comenzaba a poblarse de nubes oscuras que avisaban tormenta. Los pocos puestos callejeros mostraban ya sus mercancías y el templo abría sus puertas. Me

levanté y volví a acurrucarme en el manto. Sí, el otoño había llegado y con él una nueva etapa.

Temis subía por la calle principal. Venía corriendo y eso me asustó. Desde que estábamos en Delfos permanecía enfrascada en sus pensamientos. La titánide que llevaba su nombre y que enseñó a Apolo el arte oracular cuando este llegó a Delfos parecía ahora mantenerla en un estado de trance permanente. Se levantaba tarde, había perdido el ímpetu que siempre la acompañaba.

Cuando la vi subir por la vía sagrada resoplando por el esfuerzo de correr cuesta arriba, supe que algo importante había pasado. Pero cuando llegó hasta mí, comprendí que lo que sucedía era algo bueno. Su cara, a pesar del sudor y del esfuerzo por respirar, mostraba una sonrisa y un resplandor que hacía mucho tiempo que no mostraba.

Se sentó a mi lado, sujetándose los costados y respirando a grandes bocanadas, haciéndome señas de que esperara a que recobrara el aliento.

—Es Basilio —dijo cuando pudo hablar—. Está aquí. Me ha encontrado.

Entonces le vi acercándose. Había subido más despacio, como para dejar que Temis llegara primero. Se acercó con una sonrisa extendiéndome los brazos. Le abracé con fuerza y me sentí con más ánimos. Los malos pensamientos se disiparon para disfrutar de la felicidad de los dos.

Temis apenas le nombraba, pero yo sabía lo mucho que lo echaba de menos. Hacía tiempo que se habían separado, y desde que yo había vuelto a ver a Hipócrates, ella parecía envuelta en una apatía que yo entendí como señal de una añoranza renacida.

Lo contemplé con detenimiento. El peto que llevaba sobre la clámide corta y los protectores de las piernas le daban un aspecto mucho más fiero del habitual. Tenía una cicatriz nueva en el brazo. Su sonrisa, sin embargo, era la misma, con aquellos dientes blancos y grandes que resaltaban el color oscuro de su piel y las arrugas que le rodeaban los ojos.

—Mi regimiento va camino de Platea. El arconte ha pedido protección a Atenas. Parece que los tebanos se están preparando para la batalla.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí?

—Le envié un mensaje —contestó Temis, que no dejaba de mirar a Basilio como si fuese a desaparecer en cualquier momento—. Conocí a un hombre en la fiesta de Olimpia que volvía a Atenas para ponerse al servicio de la ciudad lo antes posible. Sabía que Basilio estaba allí, y busqué a aquel hombre antes de salir de Olimpia para que le llevara un mensaje, pero tenía miedo de que no lo recibiera.

—Lo recibí. Me dijo que fuiste muy convincente. Mi regimiento está acampado en las afueras. Pedí formar parte de la guardia que acompañaría a nuestro comandante al oráculo. El sacerdote lo recibirá mañana al amanecer. Solo tengo hasta entonces.

—Pues no malgastes ese tiempo conmigo. Ten cuidado en la batalla y vuelve a nosotras en cuanto puedas.

Abracé a Basilio y me alejé dejándolos solos. Me sentía mezquina a su lado. Envidiaba su felicidad, aquel reencuentro no dañado por odios antiguos. Yo también quería aquello, la tranquilidad de espíritu que siempre me era negada.

Fue entonces cuando decidí por fin enfrentar mi incertidumbre. La pitonisa estaría en su dormitorio, reposando sus años. Ya no solía ser requerida para ejercer su labor. Las otras dos pitonisas, más jóvenes, se encargaban del oráculo. Me dirigí a su vivienda, un edificio adosado al templo donde vivían en comunidad las sacerdotisas y las tres pitias. Cuando entré en su dormitorio estaba tumbada, con los ojos cerrados. Supuse que dormía y vacilé.

—Estoy dispuesta —dijo sin abrir los ojos—. Sabía que no tardarías mucho en venir a mí.

No intenté averiguar cómo sabía que era yo quien había entrado. Había desistido de entender a aquella mujer misteriosa que parecía dominar el tiempo y la naturaleza.

Se levantó con dificultad. Llevaba el pelo, tan níveo y brillante como siempre, sujeto en una trenza que enrolló y convirtió en un moño que sujetó a la nuca. Se desnudó. Su cuerpo era casi tan blanco como su pelo. Apenas un poco de color en los pezones de unos pechos diminutos. Sin vello, casi sin formas, parecía un cuerpo que nunca hubiera llegado a crecer del todo. Se vistió con una clámide corta.

Me di cuenta de que desde que había llegado estaba masticando algo que en aquel momento escupió en una escudilla. De un saquito que estaba junto a esta sacó una hoja de laurel que se metió en la boca y que volvió a masticar como un rumiante. La pitia se adelantó a mi pregunta:

—El laurel es el árbol de Apolo. Es él el que nos muestra el camino y la respuesta. Antes de la adivinación, la pitia debe conectar con el dios a través de su árbol sagrado.

Encima de la clámide se puso una túnica que la tapaba de la cabeza a los pies, me hizo ponerme otra similar, cogió el saquito y me indicó que la siguiera.

Entramos en el templo por una puerta lateral que comunicaba con los aposentos de las sacerdotisas. La cella estaba desierta. De reojo vi a unos soldados que supuse compañeros de Basilio esperando en la antesala mientras su jefe se entrevistaba con un sacerdote. Cruzamos el pronaos y nos adentramos en el templo hasta llegar a una puerta cerrada que abrió la pitia con una llave oculta entre las piedras de la pared. Tras la puerta, unas escaleras bajaban hacia la oscuridad. Sin detenerse, salvo para coger una lámpara de aceite encendida, la pitia comenzó a bajar las escaleras indicándome que la siguiera. Vacilé.

—Yo tampoco debería estar aquí —dijo sin volverse mientras seguía bajando—. No temas, Apolo será generoso y protegerá nuestra falta.

La escasa luz de la lámpara apenas permitía ver los escalones, pero la anciana no vacilaba. Debía de haber subido y bajado aquellas escaleras miles de veces y seguramente la luz solo la necesitaba para alumbrarme a mí. Llegamos a una estancia excavada en la roca. En ella había una gran piedra que identifiqué como el famoso

ónfalos, el ombligo del mundo que marca el centro de la Tierra y que tan pocos habían conseguido contemplar. Junto a la piedra, había una grieta en el suelo que se perdía en un abismo negro y de la que salían efluvios de olor nauseabundo. Sobre la grieta, apoyado en una estructura de madera, se sostenía un trípode.

La pitia dejó la lámpara encima de una mesita donde también había un cuenco de bronce con cenizas. Del saquito extrajo varias hojas de lo que me pareció beleño negro, que puso en el cuenco y que prendió con la llama de la lámpara. El beleño comenzó a arder soltando un humo espeso del que me aparté. Conocía sus efectos alucinógenos. La pitia atravesó con una agilidad inusitada la estructura de madera que había sobre la grieta del suelo y se sentó en el trípode. Allí se quedó quieta, con los ojos cerrados, aspirando a grandes bocanadas. Pasó el tiempo y yo misma comencé a sentirme mareada. Me aparté de la grieta todo lo que pude y me senté en el suelo, apoyada en la pared de la cueva.

De repente, la pitia comenzó a tiritar con fuerza, a mover la cabeza de forma convulsiva y a echar espuma por la boca. Sabía que no debía intervenir. Aquel era el comienzo de la adivinación, cuando el dios enviaba a través de la pitonisa su profecía a los mortales. O, como entonces comprendí, cuando los efluvios sulfurosos de la grieta, junto con el humo de las hojas de beleño y el jugo de laurel que había tragado la pitia, hacían que la mujer entrara en un nivel distinto de consciencia donde se comunicaría con los seres superiores que poseen la respuesta a todas las preguntas.

En aquel momento, debería estar con ella un sacerdote para anotar sus predicciones e interpretar los galimatías que salieran de la boca de la pitia sin su conocimiento. Pero ahí estaba yo, sola, en un lugar prohibido, temblando en la oscuridad por el espectáculo siniestro de aquella mujer.

Poco a poco comencé a entender algo entre los sonidos animales que salían de su boca. La pitia se retorció, se tiraba de la ropa como si quisiera arrancársela. «¡Arde!», gritó, y repitió cada vez más alto: «¡Arde! ¡Arde! ¡Arde! ¡Abrid las puertas!, ¡me quemo por dentro!». Esto lo repitió muchas veces hasta que los gritos fueron debilitándose y la cabeza le cayó sobre el pecho, como si estuviera muerta. Yo la miraba aterrorizada. Estuve a punto de acudir en su ayuda, pero levantó de nuevo la cabeza y con los ojos abiertos como cuevas comenzó a hablar, esta vez un poco más calmada, pero siempre con una gran angustia reflejada en el rostro: «Los misterios profanados, no hay atajo para la muerte, descúbrelos, sálvalos, vienen de muy lejos, van muy lejos, el olivo arde, arde, arde el olivo, todos muertos». Y así siguió repitiendo, «todos muertos», «arde el olivo», «arden los misterios»...

El tiempo se había detenido, hasta el aire parecía haber abandonado la cueva. Sentí náuseas, me dolía la cabeza, quería salir de allí, pero la pitia estaba dormida, respiraba profundamente y toda la angustia había desaparecido de sus facciones. Esperé hasta conseguir superar la náusea y calmarme y me levanté. Ella abrió los ojos.

—Tendrás que ayudarme —dijo con voz frágil—. Ha sido muy doloroso.

Me acerqué al trípode y la sostuve mientras se ponía en pie. Caminó encorvada, como si se hubiera vuelto muy vieja de repente y me conminó a que apresuráramos el paso. Nadie debía vernos. La ayudé a subir las escaleras y a llegar hasta su dormitorio lo más rápido que sus pocas fuerzas y mi nerviosismo lo permitían.

Se dejó caer en la cama y me hizo prepararle una infusión de amapolas. Yo actuaba como si estuviera dormida. No podía pensar, solo hacer lo que la pitia me pedía y esperar. Las manos me temblaban y vertí un poco de la infusión sobre la túnica de la anciana. Esto pareció hacerla volver en sí y me miró con la sonrisa dulce que solía mostrar.

—Estás asustada.

—Sí, estoy asustada y confusa. No entiendo nada de lo que has dicho.

Si era cierto lo que había mostrado la pitia, mi futuro estaba lleno de dolor y de muerte. ¿Qué tenía esto que ver con Hipócrates y mi decisión de escapar?, ¿qué tenía que ver con mi rencor vuelto a descubrir? Lo único que había conseguido con el oráculo era tener miedo de nuevo.

Le conté a la anciana lo que había dicho durante el trance. Ella se quedó callada, pensativa.

—La guerra está a las puertas. Ninguno se salvará de su horror.

—Lo sé, pero creí que este oráculo serviría para aclarar mi destino, no el de la Hélade.

—Los destinos corren de la mano. Uno no es nada sin el otro y este sin el siguiente y así será hasta que los humanos desaparezcan de la Tierra.

—Entonces, ¿quieres decir que debo pensar en la guerra en lugar de preocuparme por mi futuro?

—No son dos cosas distintas.

—No te entiendo —dije desesperada—. No te entiendo. Y tampoco entiendo por qué me has permitido contemplar el oráculo.

—Desde que te vi en Olimpia lo supe. Cuando me contaste tu sueño, supe que estabas tocada por Apolo. Por eso te hice venir a Delfos. Por eso te hice descender conmigo hasta el ónfalos.

—¿Y qué ha cambiado? Aún no sé nada de mi supuesto destino.

—Atenas es el olivo. Todo está a punto de cambiar. Nada volverá a ser como antes. Tu destino está unido al de Atenas. La profecía habla también de los misterios profanados y de los atajos para la muerte. Sabes a qué se refiere.

—Supongo que a los rituales de Eleusis, pero no sé qué tiene que ver conmigo. No soy una iniciada ni quiero serlo.

—Eleusis, al igual que Atenas, está también en tu destino.

—¿Cómo?

—Eso debes descubrirlo tú. Tendrás que ir allí. Hay mucha muerte y dolor en esta visión, pero encontrar las respuestas siempre es una tarea difícil.

—Nunca volveré a Atenas.

—Volverás.

Capítulo XXVIII

Aún había bastante luz al acercarnos a la ciudad, pero el comandante no mandó acampar antes de avistar las murallas. Seguimos hasta el río y allí nos detuvimos. El asistente del comandante ordenó que los soldados se despojaron de todo el equipo militar para vestir simples clámides de civiles. Los pertrechos y las armas fueron cargados en un carro y tapados con un lienzo. Después nos hizo esperar en aquel lugar hasta que se acercó un caballo al galope que montaba un hombre con aspecto distinguido. Ambos, el comandante y él, se alejaron y se sentaron en unas rocas donde estuvieron hablando durante largo rato.

Siete días a una marcha forzada que nos había producido ampollas en los pies y dolor de huesos. Los soldados, una falange de ocho hoplitas y quince arqueros mercenarios como Basilio, admitían nuestra presencia, pero no iban a permitir que les retuviéramos en el camino. Completaban la partida seis mujeres, todas ellas esclavas. Cocinaban, lavaban, atendían a los caballos, cuidaban las armas. Cuatro pornois seguían a la tropa y montaban una tienda algo alejada del campamento donde acudían los soldados con la oscuridad.

Veíamos poco a Basilio durante el día. Pero en la noche siempre encontraba un momento para acercarse a nuestra tienda. Yo me alejaba, me sentaba junto a una hoguera y les dejaba disfrutar de su reencuentro. Y escuchaba sus risas contenidas, sus suspiros, sus jadeos.

Miraba las estrellas y pensaba en el oráculo. No, nunca volvería a Atenas. Ese no era ya mi lugar. La pitia había desafiado la tradición y Apolo la había engañado. Mi destino estaba en los caminos y en ellos seguiría, aunque entonces aquel camino me hubiera llevado junto a las murallas de una ciudad en guerra. Pero, como había dicho la anciana, los destinos van de la mano y mi destino estaba unido al de Temis para siempre.

Aquel día de la despedida en Delfos, cuando el comandante de Basilio había salido de consultar el oráculo y la tropa se disponía a emprender la marcha, Temis me había apretado con fuerza la mano sin dejar de mirar a los soldados. Mi amiga, contra su costumbre, estaba callada y nerviosa. Basilio se había acercado a su superior y nos señalaba, diciendo algo con aparente convicción. El hombre nos miró con detenimiento, preguntó algo y, tras unos instantes, asintió con la cabeza. Basilio se acercó corriendo hacia nosotras. «El comandante accede a que os unáis al regimiento. Nuestro cirujano es un borracho y estaba ansioso por deshacerse de él». Dudé, quise negarme, permanecer en Delfos, junto al templo, dejando que el tiempo pasara sin sobresaltos. Pero estaba Temis. Su cara se había iluminado al escuchar las palabras de Basilio. Ella no podía dejarle a él y yo no podía dejarla a ella. Ya lo había intentado

una vez y Temis me había seguido abandonándolo todo. Ahora era yo la que tenía que apoyarla. Me miró con toda la luz del mundo en sus ojos.

—Parece que vamos a seguir juntos —le dije a Basilio.

Temis me abrazó y me asombró al decirme que tenía todo preparado. Basilio le había hablado de la posibilidad de unírnos al ejército, y ella había dispuesto nuestro equipaje por si esa posibilidad se convertía en certeza. Nos habíamos incorporado a la marcha y durante el trayecto no había dejado de preguntarme si mis visiones de dolor y muerte no estaban a punto de convertirse en realidad. Tampoco podía olvidarme de Hipócrates. Habíamos tomado caminos divergentes. Ya percibía en la piel nuestro creciente alejamiento y, sin embargo, aún notaba el calor de su brazo en el mío, su aliento en mi cara, sus ojos que buscaban un encuentro, quizá una explicación.

Aprovechamos la parada y nos acercamos al río seguidas por Basilio para lavarnos la suciedad de tantos días de camino. Era reconfortante sentirse protegida por la espada de un buen hombre y no temer a los desconocidos que lanzaban miradas ansiosas. Los hombres de la falange eran ciudadanos, hombres acaudalados que buscaban el honor de la batalla; pero también estaban los otros, los mercenarios. Hombres sin hacienda ni futuro, hombres desesperados y feroces, de muecas aviesas que estremecían. Hasta entonces no nos habían molestado. Éramos curanderas capaces de salvarles la vida, demasiado extrañas para ellos. Éramos, además, propiedad de un compañero y, por tanto, respetadas. Pero no nos sentíamos seguras sin la presencia de Basilio. A lo largo del viaje, habíamos escuchado demasiadas risas obscenas y chillidos que no eran de placer en la tienda de las pornois. Y era frecuente tener que aplicar en la mañana emplastos de árnica en el labio roto o el pecho magullado de alguna de ellas. O preparar infusiones de belladona que aliviaran el dolor en noches de especial violencia.

Desde el río se podían intuir las murallas de Tebas, el enemigo, aliado de Esparta. Me pregunté si sobre aquellas murallas habría también una mujer contemplando las piedras de Platea y pensando en la batalla que se avecinaba. Si habría alguien que considerara también todo aquello como el juego cruel de unos niños sanguinarios.

Llegamos a la ciudad cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Entramos como comerciantes, en pequeños grupos que no llamaran la atención, según había ordenado el comandante. Temis y yo entramos solas y conseguimos alojamiento en una pequeña posada junto a una de las puertas de la ciudad. Basilio se había despedido de nosotras antes de atravesar las murallas.

Dormí mal aquella noche. Presentía el dolor y la muerte y las imágenes de mi sueño y las palabras de la pitia me golpeaban las sienes como tambores de guerra. No podía dejar de pensar que todo ello estaba tan cerca como mi miedo. Al amanecer volvió Basilio.

—El jinete de ayer era un espía del arconte —nos contó—. Al parecer, los tebanos planean un asalto nocturno a la ciudad con la complicidad de algunos miembros del partido aristocrático. Pero el arconte se enteró de la intriga y para evitar

ponerles sobre aviso nos ha hecho disimular nuestra condición y esperar alertas el asalto, que no tardará en producirse.

—¿Y por qué no hemos acampado fuera de las murallas para hacerlos desistir?

No entendía las artimañas de la guerra. Creía que era mejor evitar una batalla que esconderse para ganarla. Pero yo no era un soldado y sus razones nunca serían mías.

—Los tebanos enviarían más efectivos y puede que no pudiéramos detenerlos. De esta forma, vendrán confiados, esperando encontrar una ciudad desarmada. Platea es el mejor aliado de Atenas en Beocia y no podemos dejarla a su suerte o Esparta afianzará su posición de cara a la nueva campaña.

Basilio no podía quedarse con nosotras, pero tenía tiempo antes de volver a su ocupación y desapareció con Temis en el interior de la vivienda. Decidí salir fuera. No había demasiada gente por la calle y la poca con la que me crucé se movía de forma apresurada. Se percibía un ambiente de recelo en consonancia con las nubes densas y oscuras que se cernían sobre la ciudad. Así debía de ser el prelude de la guerra. La espera, el temor siempre presente, el oído atento y la mirada alerta para descubrir al enemigo. Sabía lo que era aquello. Mi vida había estado siempre pendiente de una espera similar, una espera sin resolver. Ahora, sin embargo, esa sensación era más inmediata y muy pronto se disiparía, para bien o para mal.

Me distraje pensando en esta y otras cosas, y viendo cómo los ciudadanos acudían a los templos cercanos para ofrecer sacrificios y conseguir la caprichosa atención de los dioses. Llegué al ágora, llena de hombres preocupados que comentaban las últimas noticias. Nadie hablaba de la llegada de soldados atenienses. Parecía que la artimaña había sido eficaz. En uno de los corrillos que más gritaban consignas contra Esparta y Tebas, reconocí al jefe de los mercenarios vestido de meteco. Me vio y me dirigió una sonrisa soez, pero seguí mi camino apresurando el paso. Los mercenarios me repelían. Eran apenas seres humanos, bajos, fornidos, de frentes escasas, miserables que vagabundean por la Hélade en busca de fortuna. Pero este, además, me daba miedo. Era más alto, más fuerte y menos obtuso que los otros, y ejercía un implacable liderazgo. Yo misma había sido testigo de ello cuando cortó con su propia espada los dedos de la mano izquierda de uno que había osado enfrentar sus órdenes. «No podrás usar la honda —había dicho al herido palmeándole la espalda mientras le curábamos—, pero la lanza llega más lejos y para la lanza no necesitas dos manos». Volví a nuestra vivienda. Dentro estaban dos de los hoplitas. Venían en busca de Basilio, que miraba a Temis como si no fuera a verla más. Ella estuvo a la altura de la mujer de un guerrero. No lloró ni mostró debilidad. Despidió a su hombre con una sonrisa y una fortaleza que cuando este se alejó acabó en sollozos. Antes de irse, Basilio se acercó a mí.

«Hoy he descubierto algo muy importante, Helena», me dijo con precipitación mientras los hoplitas le apuraban. «Quería hablar contigo antes de la batalla, pero no hay tiempo. Espero poder volver para contártelo, pero si no es así, busca a Hipócrates y habla con él. Lo entenderás todo». Me dejó tan asombrada que no supe qué decir.

Cuando reaccioné, ya se alejaba sin mirar atrás. No podía preguntarle a Temis si sabía de qué se trataba. No podía importunarla en aquel momento. Tuve que callar mi nerviosismo. Algo me decía que en aquellas palabras estaba la explicación de todo, que Basilio, no sabía cómo, tenía una llave que me abriría las puertas de algo desconocido que iba a cambiar mi futuro. Cuánta razón tenía la pitia cuando hablaba de los destinos entrelazados, mucho más de lo que yo nunca hubiera creído. La guerra, Hipócrates, Temis, y ahora Basilio, todos parecíamos formar parte de una representación en la que los papeles estaban asignados por una mano invisible.

Miré cómo se alejaban los soldados disfrazados de ciudadanos indolentes en busca de una buena taberna o una sustanciosa conversación, mientras abrazaba a una Temis llorosa.

Por fin la convencí para que fuéramos al templo. Hacía mucho que las oraciones me parecían una tarea inútil, pero creí que sería mejor pasar el día rodeadas de gente, en lugar de seguir en nuestro alojamiento dándole vueltas a una situación en la que nada podíamos hacer. Un grupo de mujeres nos invitaron a unirnos a ellas en un sacrificio a Artemisa. Me gustaron las mujeres de Platea. Eran sencillas, sin artificios. Tras la ofrenda, nos unimos a ellas en una de las viviendas del barrio aristocrático de la ciudad. El gineceo estaba a rebosar y todas hablaban a la vez, preocupadas por los acontecimientos, pero dispuestas a afrontar la guerra y la ausencia de sus esposos con entereza. Sin embargo, comían con apetito y se permitían incluso alguna broma. Aquella actitud me hizo pensar que, a pesar del dolor que manifestaban, parecían sentir un cierto alivio al quedarse solas. Sus casas serían suyas por una vez, y su tiempo y sus cuerpos. Hablaban algunas, las más ancianas, de la gran batalla, la última, contra los persas, y aún se humedecían sus ojos recordando aquellos días de muerte y de victoria. Ellas también habían ofrecido su sangre para liberar a la Hélade del invasor y el orgullo seguía en sus cuerpos como un hálito de esperanza.

Temis estaba nerviosa, se sobresaltaba por cualquier ruido y le costaba mucho disimular frente a aquellas mujeres tan hospitalarias y valientes. Yo tampoco era la mejor compañía para animarla. Las palabras de Basilio y la cercanía de la batalla me tenían tan intranquila como a ella. Caía la noche ya y decidimos volver a nuestra casa amparadas por las sombras de las callejuelas vacías de una ciudad que parecía aguantar la respiración.

«Tengo miedo, Helena —me dijo cuando estuvimos solas y a cubierto—, nunca había sentido tanto miedo, pero presiento algo, adivino algo siniestro». Me estremecí. Sabía por experiencia que los presentimientos de Temis no podían rechazarse sin más. Me acurruqué en mi manto y me senté en un diván, junto a ella.

Estábamos así, juntas y en silencio, cuando Temis habló:

—Esta mañana, cuando nos dejaste solos, recordé con Basilio la salida precipitada de Olimpia como ejemplo de nuestras vidas azarosas. Nunca le había dicho por qué nos fuimos de allí, había preferido no hablar de ello, pero hoy, cuando nombré a Hipócrates, se mostró muy interesado. No quiero que te enfades, pero le

conté que aún le amabas y también lo que te había dolido encontrarte de nuevo con él y volver a perderlo. Entonces Basilio pareció muy aturdido y repitió varias veces «es culpa mía» y se reprochó no haber hablado antes, pero cuando quise saber a qué se refería, me dijo que no quería contarme nada sin que tú estuvieras presente. Pensaba hablar contigo cuando volvieras, pero entonces llegaron los hoplitas.

Le conté a Temis lo que me había dicho antes de irse y ambas intentamos deducir lo que podía saber Basilio sobre Hipócrates que tanto me interesaba, pero fuimos incapaces de imaginar nada coherente. No teníamos sosiego y la noche se hacía cada vez más amenazadora.

El silencio de la ciudad era ominoso, las pocas antorchas que iluminaban las calles apenas podían paliar la densa oscuridad y los perros lanzaban aullidos lastimeros, como si intuyeran un mal cercano. La noche parecía haberse detenido en aquellas tinieblas expectantes. Preferimos no acostarnos sabiendo que no íbamos a ser capaces de dormir y, quizá por ello y por estar hospedadas muy cerca de una de las puertas de la ciudad, pudimos ser testigos cercanos de lo que ocurrió en esa noche terrible que fue el comienzo del fin de una época.

Primero fueron pasos apresurados, susurros, sonidos metálicos. Después voces incomprensibles que parecían dar órdenes. Nos acercamos con sigilo a la entrada de nuestra vivienda, que se protegía del frío nocturno con un lienzo basto. A través de la tela podíamos ver unas sombras que se agrandaban a la luz de las antorchas.

Nos mirábamos sin saber qué hacer cuando se escuchó un grito violento, el grito de alguien al que le han arrebatado la vida. «Ya ha empezado», le dije a Temis, y en ese momento la puerta de la ciudad se abrió con un gran estruendo y los gritos y las carreras ensordecieron nuestras voces.

No podía aguantar más. Me asomé a la calle y vi atravesar la puerta a un número de soldados precedidos por un grupo de hombres a caballo cubiertos con casco y peto y armados con lanzas. Todos llevaban antorchas y su luz iluminó las sombras de la calle. Se escucharon exclamaciones ahogadas y movimiento en nuestro albergue, pero nadie apareció y en el resto de las casas las puertas siguieron cerradas. Cuando todos hubieron traspasado la muralla y se agruparon, Zeus pareció darles la bienvenida con un trueno que retumbó en la ciudad anunciando la batalla y, un instante después, las nubes se desbordaron y comenzó a llover con fuerza. La lluvia golpeaba los cascos y los escudos de los invasores, pero a pesar del sonido de la tormenta, una voz se alzó potente de entre las filas de los tebanos:

«¡Ciudadanos de Platea! —se pudo escuchar entre los truenos y la lluvia—, Tebas os ofrece su amistad. No os dejéis engañar por falsas promesas. Atenas está lejos. No sacrificuéis vuestras vidas y haciendas por una causa inútil. Uníos al vencedor. Uníos a Beocia. Todos aquellos que quieran ser nuestros aliados, que acudan a la plaza con sus armas. Si así lo hacéis, respetaremos vuestras vidas. En caso contrario, solo vosotros seréis responsables del destino de vuestras mujeres y vuestros hijos. Tenéis hasta el alba para tomar una decisión». Dicho esto, el grupo de soldados se puso en

marcha a paso castrense, cubriendo de lado a lado la calle que conducía al ágora y dejando tras de sí un barrizal que brillaba a la luz de los relámpagos.

Cuando ya apenas se les veía, se detuvieron de nuevo y, muy lejana, la voz pareció repetir las mismas palabras de aviso.

Temis salió de la casa con dos cuchillos. Me dio uno y agarró el otro con fuerza. Parecía otra vez la misma de siempre. Animosa y resuelta. «Bien, llegó el momento. No pienso quedarme aquí quieta sin hacer nada».

—Sí, vas a quedarte quieta. —Le quité el cuchillo—. Basilio vendrá a buscarnos. ¿Quieres verlo otra vez o que te encuentre en cualquier esquina con el cuello cortado?

Aunque a regañadientes, Temis aceptó no salir a la calle, pero ninguna de las dos podíamos quedarnos quietas. Nos asomamos y todo estaba de nuevo en silencio, pero bajo la lluvia, que seguía cayendo con insistencia, empezaron a verse algunos ciudadanos protegidos por esclavos armados que se dirigían hacia la plaza. Nadie les detuvo. Parecía que la promesa de esperar al alba iba a ser respetada.

—Vamos, Helena, no podemos seguir aquí. Salgamos a ver qué pasa.

—La batalla puede estallar en cualquier momento y no conocemos la ciudad.

—La tregua termina al amanecer. Hasta entonces no hay peligro. Salgamos, Helena, no puedo aguantar la impaciencia.

Yo tampoco podía. Temis insistió en llevar el cuchillo que antes le había quitado. Nos cubrimos con el manto para evitar la lluvia y salimos a la calle. Los pies se nos hundían en el barro, que nos hacía resbalar y nos impedía caminar con rapidez. Así, llegamos al ágora y, protegidas por la oscuridad, comprobamos que los soldados tebanos seguían allí; habían encendido hogueras y se protegían de la lluvia bajo la ancha stoa de la plaza. Algunos ciudadanos, como nosotras, atisbaban desde las esquinas, pero no había ningún movimiento. La falange ateniense no daba señales de vida y temíamos que hubieran sido apresados antes de nuestra llegada.

Faltaba poco para el alba y nos preguntábamos qué hacer cuando en el silencio se escuchó un rugido estremecedor. Nunca había escuchado un grito de guerra, pero supe que no podía ser otra cosa. Era como el clamor de cientos de gargantas dispuestas a matar o a morir. Los soldados tebanos se pusieron en pie mirando a su alrededor para descubrir el origen de aquel grito pavoroso y en aquel momento, antes de darles tiempo a reaccionar, por las calles que desembocaban en la plaza, comenzaron a aparecer hombres armados de espadas, cuchillos, palos, hondas. Temis y yo nos guarecimos en el hueco de una puerta y pudimos ver a los ciudadanos de Platea atacar con ferocidad a los soldados beocios, que, pillados de improviso, no supieron reaccionar y comenzaron a huir en desbandada.

No podíamos movernos, el caos se adueñó de la calle, las espadas se hundían en la carne y dejaban regueros de sangre negra. La luz era escasa y los gritos, unos de agonía, otros aullidos salvajes de triunfo, comenzaron a llenar la oscuridad. Quisimos retroceder, pero de las azoteas de las casas comenzó a caer una granizada de piedras y barro que hacía imposible la huida.

Un cuerpo se acercó tambaleante y cayó casi a nuestros pies. Era un soldado tebano. Me incliné y solo pude contemplar cómo moría entre burbujeos de sangre que le escapaban de la garganta abierta. Me aparté de aquel horror y me abracé a Temis, que gritaba algo que no podía entender. Algunos soldados consiguieron escapar de la emboscada y corrieron hacia donde estábamos guarecidas, arrastrándonos calle abajo. Las piedras y el barro que lanzaban desde las azoteas nos golpeaban. ¿Dónde estaba Basilio y el resto de los soldados atenienses? ¿Qué había pasado? ¿Por qué no se había respetado la tregua? Las preguntas se me agolpaban en la cabeza mientras corría y resbalaba y caía y me volvía a levantar intentando evitar las piedras que llovían a nuestro alrededor. Los soldados huían cargando a sus compañeros heridos, la confusión era extrema, la oscuridad parecía cada vez más densa.

Llegamos a las murallas. Allí la calle se abría en una pequeña plaza donde pudimos detenernos; tiré del brazo de Temis y nos apartamos del grupo de los tebanos. Junto a la muralla se podía contemplar un espectáculo aterrador. Los soldados de Tebas que intentaban huir de la ciudad habían llegado hasta aquella puerta, encontrándola cerrada. Entonces muchos, en su desesperación, escalaban el muro para saltar al otro lado, donde se escuchaban roncós gritos de muerte. Nadie podía salvarse después de caer desde esa altura, pero estaban aturdidos, solos en una ciudad desconocida, en tinieblas, bajo una lluvia inclemente, siendo embestidos desde todos los lados.

«¡Deteneos, deteneos! —grité casi sin darme cuenta—, ¡hay que romper el cerrojo!» Entonces, una mujer, con una gran hacha, salió de la casa junto a la que estábamos guarecidas, me tendió la herramienta sin decir una palabra y volvió a entrar con rapidez. Corrí hacia la puerta y entregué el hacha a uno de los soldados. «¡El cerrojo!», le grité entre la confusión y la lluvia. El hombre me miró un instante desconcertado, pero enseguida blandió el hacha y comenzó a golpear la puerta. En cuatro golpes certeros, el cerrojo se abrió y los tebanos que aún quedaban en pie corrieron en desbandada hacia el exterior.

Me volví para ver dónde estaba Temis, pero no llegué a ver nada. Un fuerte golpe en la cabeza me hizo encogerme. Los gritos se disolvieron en la nada y sentí cómo mi cuerpo flotaba y parecía descender a toda velocidad por una sima sin fin.

Capítulo XXIX

Cuando desperté, aún era de noche. Me dolía mucho la cabeza y noté la dureza y la humedad del suelo. Intenté incorporarme, pero el dolor era demasiado fuerte. Gemí, esperando que mi voz hubiera llegado a algún oído atento. Temis, seguro que Temis ya estaba preparándose uno de sus inagotables remedios. Dije su nombre, pero el solo hecho de hablar hacía insoportable el dolor. Me toqué y noté una venda y el pelo endurecido alrededor. Sangre. Me asusté. Quizá estaba más grave de lo que pensaba. Quizá me estaba muriendo y por eso nadie atendía ya mis gemidos.

Conseguí girar un poco la cabeza y comprobé que estaba fuera de la ciudad. Había unos hombres sentados alrededor de una hoguera que bebían y reían. No distinguí la cara de ninguno. Estábamos en el claro de un bosque que parecía frondoso. Volví a intentar incorporarme.

—No te muevas. Has perdido mucha sangre.

Era una mujer, y al principio no la reconocí. Pero cuando se inclinó para limpiarme la cara con un paño húmedo, me di cuenta de que era una de las pornois que habían seguido a la falange.

—¿Temis? —pregunté con esfuerzo.

—¿Tu compañera? No está aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—No lo sé. Llevamos dos días de camino.

—¿Qué estás diciendo? —La sorpresa hizo que me despejara. Me incorporé, pero tuve que dejarme caer de nuevo sujetándome la cabeza, que parecía llena de un veneno líquido y pesado—. ¿Qué camino?

—No lo sé —volvió a repetir, asustada—. Salimos de la ciudad hace dos días, hacia poniente.

—Pero ¿quiénes? ¿Con quién estamos?

—Soldados.

La mujer se levantó y se alejó antes de que pudiera preguntarle nada más. Pero enseguida volvió con un cuenco de vino caliente.

—Bebe esto.

—Por favor, dime qué hacemos aquí y con quién estamos.

A pesar de la parquedad de sus respuestas conseguí enterarme de que habían pasado dos días desde la noche de la batalla, y que, al día siguiente, algunos de los mercenarios se habían marchado de Platea llevándose consigo a tres de las pornois y a mí. No sabía más.

El desasosiego comenzó a abrirse camino entre el dolor de cabeza. Seguía sin entender qué había pasado, pero comprendía que estaba sola, que algo tenía que

haberle sucedido a Temis para que no estuviera conmigo y que nos dirigiáramos a un lugar desconocido con un grupo de hombres que siempre me habían dado miedo.

Cuando me bebí el vino, le dije a Ademia, la pornois, que quería dormir. Me quedé sola e intenté tranquilizarme para pensar con lucidez. Habían pasado dos días desde la batalla, pero Temis no podía estar demasiado lejos de mí cuando me golpearon. Si no estaba conmigo era porque ella también había resultado herida. O muerta. El estómago me dio un vuelco. No, tenía que ser otra cosa. La oscuridad, la confusión, el tumulto. De alguna manera, nos habíamos separado y no había conseguido encontrarme. Pero seguía sin entender qué hacía allí. Si habían pasado dos días desde la batalla, ¿por qué no me habían buscado?, ¿dónde estaba Temis?, ¿dónde estaba Basilio?

Recordé que antes de aquella noche ya había despertado otra vez, en un carro. El traqueteo indicaba que rodábamos sobre un empedrado. Llevaba la cabeza tapada y casi no podía respirar; debí de hacer algún ruido, porque alguien me destapó y me dio un poco de agua. Una voz que parecía enfadada gritó algo que no entendí y la tela me había cubierto de nuevo. Solo eso. Después, debí de perder otra vez el conocimiento, porque no recordaba nada más.

Miré hacia la hoguera. Ya solo quedaban dos hombres bebiendo y hablando. Uno de ellos volvió la cabeza hacia mí, se levantó con pesadez y se acercó con pasos inseguros. Intenté parecer aún inconsciente, pero supongo que la agitación de mi respiración le hizo comprender que ya había despertado. Me tocó varias veces con el pie hasta que abrí los ojos. Era el jefe de los mercenarios, el que había visto en Platea gritando en el ágora.

—No te asustes, curandera —farfulló.

—¿Dónde está Basilio?

—No lo sé. Recibiendo laureles en Platea, supongo. Siempre se creyó demasiado bueno para nosotros.

—¿Qué hago aquí? ¿Por qué me habéis traído con vosotros?

—Te salvé la vida, ¿te parece poco? Tu compañera estaba muerta y tú, malherida. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarte allí para que te comieran los buitres...?

Temis muerta. No le creía. Me estaba mintiendo y a eso me aferré con todas mis fuerzas. Porque si Temis estaba muerta, el mundo tendría que haber gritado y llorado y yo lo hubiera sabido. No podía perder a, otra hermana.

Las pocas fuerzas que tenía desaparecieron. El cuerpo me pesaba como un odre cargado de plomo. Cerré los ojos y recé al señor de los infiernos. No quería perder a nadie más. Quería desaparecer, diluirme, transformarme en tierra, en agua, en fuego y no sentir. Ser aire y volver al mar, y quedarme allí, una brisa que reposara en la vela de los barcos.

—No te preocupes. Pronto te pondrás bien.

Abrí los ojos. El mercenario seguía junto a mí. Se agachó y me acarició el pelo con un gesto torpe.

—Descansa. Mañana estarás mejor.

Entonces algo pasó dentro de mí. Y pensé que quizá Temis sí había muerto porque sentí su fuerza traspasarme como ese viento que añoraba ser. Estaba sola; mi vida y mi futuro estaban en mis manos. Aquella noche y muchas noches más lloraría a mi amiga, a mi hermana, pero al salir el sol lucharía por mi libertad. No volvería a negar mi destino, más fuerte, quizá, que los propios dioses. Que así fuera. Estaba dispuesta y ansiosa. Estaba sola y sola tendría que encontrar mi lugar.

Viajé en el carro durante tres días más. El dolor de cabeza fue disminuyendo poco a poco y, por fin, pude levantarme. No pensaba. Tenía que curarme lo antes posible y en ello puse todo mi empeño. Yo misma me había lavado y desinfectado la herida con una cataplasma de tomillo que conseguí con la ayuda de Ademia y más tarde, cuando pude levantarme, me mostré resignada con mi suerte. El mercenario asumió mi disposición para acatar sus órdenes y según yo me reponía, él se iba sintiendo más mi dueño. Procuraba mantenerme lo más apartada posible, ayudaba a las pornois a hacer la comida y simulaba estar más débil de lo que estaba en realidad.

Pero la paciencia del mercenario llegó pronto a su fin. Una noche, se acercó al lugar donde yo simulaba dormir y comenzó a manosearme con manos encallecidas. Me levantó la ropa y sentí el aire crudo de la noche avisándome de lo que estaba a punto de pasar. Respiré hondo. Apreté los dientes y aguanté el dolor que no era mayor que el de otras muchas noches. Solo yo era distinta. Por fortuna, el hombre estaba muy ansioso. Acabó pronto y se dejó caer sobre mí con un jadeo de perro.

—Eres mejor de lo que creía —dijo, y su aliento avinado me llegó como una oleada—. Estrecha como una virgen, y con buenas ancas.

—Y tú eres un hombre muy fuerte.

Rio con orgullo y me liberó por fin de su peso. Se arregló la ropa y me miró desde arriba.

—Voy a tardar mucho en cansarme de ti, mujer. Mañana buscaré un lugar más apartado. No quiero que a estos brutos se les ocurra que debo compartirte.

Esos brutos eran sus compañeros, que nos miraban desde lejos y murmuraban. Esperaba que pudiera mantenerlos alejados, que su liderazgo fuera suficiente para evitar su acoso. Prefería ser la mujer del jefe antes que la pieza a cobrar de todos aquellos hombres ávidos.

Me quedé quieta, ni siquiera me bajé la ropa hasta que el frío me hizo reaccionar. Veía todo desde fuera, como si asistiera a una representación. Y no sentí pena por aquella mujer que ahora se ponía de lado y se encogía bajo la manta para entrar en calor. Solo le deseé que pudiera escapar pronto de sus carceleros, que acabara el viaje que emprendió tantos años atrás. Haría lo que tenía que hacer. Sin dudas, sin vacilaciones y sin miedos.

Viajábamos a buen paso. Parecían tener prisa y las jornadas se alargaban hasta pasado el anochecer. Se montaba un campamento mínimo, con un fuego para cocinar y calentarse y algunas mantas a su alrededor. Había conseguido saber por Aetos, mi

carcelero, que se dirigían a Esparta para ponerse a su servicio. Estaban hartos de Atenas y su magra paga y esperaban que los laconios fueran más generosos. Aetos y yo dormíamos en el carro, alejados del campamento. Y, cada noche, el crujido rítmico y obsceno de la madera competía con los ronquidos de los mercenarios, agrupados junto a la hoguera después de sus propios excesos. Un crujido que levantaba comentarios y miradas aviesas cada mañana, pero que ninguno se atrevía a disputar.

Una tarde marchábamos por un sendero bordeado por grandes árboles que habían perdido ya sus hojas. Habíamos evitado la ciudad de Argos y después de dejar los montes boscosos, nos internábamos en la llanura. Aunque el viento soplaba con fuerza, ya no traía aromas a mar y el camino era cada vez más árido y pedregoso.

Caminábamos encogidas en nuestros mantos cuando avistamos una partida de soldados que venía a nuestro encuentro. Eran espartanos, los primeros que veía en grupo. Iban vestidos con túnicas rojas, se decía que para que no se notara la sangre en la batalla, y el pelo largo y sucio y la barba me recordaron al compañero de Mirta. Solo la mirada era distinta.

Aetos se adelantó para hablar con ellos, supuse que para ofrecer sus servicios, y muy pronto, los dos grupos de hombres parecieron entenderse. Montamos el campamento antes de lo acostumbrado y varios de ellos salieron a cazar para llenar las ollas con algo más que las gachas de cada día.

Asamos las liebres que trajeron los cazadores y los hombres se sentaron alrededor del fuego para beber y comer. Aetos me había ordenado mantenerme alejada de la hoguera. Las otras mujeres servirían la comida. «No quiero que te vean». Estaba, pues, algo apartada, y el calor de las llamas no conseguía calentarme. Tomaba a sorbos una infusión de manzanilla para entrar en calor y decidí que aquel era el momento para poner en marcha mi plan de fuga. Los hombres pasarían gran parte de la noche bebiendo, y la vigilancia sería mínima. Pero aquello no era suficiente para poder escapar. Necesitaba más tiempo y sabía cómo conseguirlo.

La vigilancia de Aetos se había ido suavizando a medida que yo me mostraba más complaciente y había llegado a tratarme casi como a una mujer libre. Ya no me ataba por la noche al carro ni me hacía caminar junto a él durante toda la jornada. Así, poco a poco, había conseguido el permiso para recoger hongos en el camino. No era buena época para las hierbas, y no había amapolas que me hubieran liberado con seguridad de mi cautiverio.

«Es luna llena», dije una noche en que acampamos en el interior de un bosque húmedo y negro. Habíamos hecho un fuego junto a un riachuelo poco caudaloso y mi carcelero estaba sentado en un tronco hueco, rascándose la suciedad de los pies. El limo pegajoso enfangaba las sandalias y dificultaba acercarse a la orilla y unas plantas enclenques sobrevivían con dificultad junto al agua. Olía a vegetación fermentada, a cieno, y entre las raíces de los árboles, que sobresalían como dedos retorcidos, se pudrían hongos de formas y olores nauseabundos. Justo lo que necesitaba.

Aetos me había mirado sin comprender. «Soy curandera. Necesito recoger ciertas raíces y la luna me muestra el camino para encontrarlas». «¿Para qué quieres esas raíces?», preguntó Aetos con su desconfianza habitual. «Para preparar remedios que os alivien las heridas en la batalla. Pero haré como tú me digas». Me permitió que buscara las raíces acompañada de Ademia, pues no consentía que ningún hombre se me acercara. Aquello había sido el primer paso. Con paciencia, había machacado la raíz encontrada en la umbría hasta convertirla en una pulpa fétida, y la había metido en un odre pequeño con vino sin aguar.

Habían pasado ya varios días desde que pusiera las raíces en el vino, pero no tenía la certeza de que estuvieran suficientemente maceradas para mis propósitos. Sin embargo, tenía que arriesgarme. Quizá no volvería a tener una oportunidad como aquella.

Mientras decidía qué hacer, el viento se fue calmando y empecé a encontrarme menos aterida. Miré hacia la hoguera. Los hombres reían, silbaban y vociferaban y las dos pornois se movían de forma desmañada al son de una flauta que tocaba Ademia. Estaban casi desnudas, y el frío de la noche les hacía tiritar a pesar del contoneo. Ese era el momento. Pensé en mi padre, en mi hermana y en Temis, sin darme cuenta de que la incluía ya entre aquellos a quienes nunca volvería a ver.

Mis siguientes pasos debían ser muy cautelosos, tranquilos. No podía mostrar inquietud. Tomé la vasija que guardaba la mandrágora y me acerqué lentamente al carro, donde estaban los odres de vino. Nadie pareció reparar en mí. El carro estaba bastante apartado y la noche era oscura. El caballo me conocía y no relinchó, pero movió la cabeza saludándome. Me acerqué y lo acaricié para que siguiera tranquilo. Había tres odres, entre los que repartí la raíz machacada. Ahora todo dependía de ellos. Esperaba que la maceración hubiera terminado con el acre sabor de la mandrágora y que acabaran el vino aquella noche.

Cuando me alejaba de nuevo, me topé con uno de los soldados espartanos. Estaba muy borracho y llevaba la ropa abierta; parecía que se había alejado para orinar. «Estos cabrones se guardan lo mejor para ellos», dijo, e intentó besarme. Me aparté y le empujé con fuerza, pero a pesar de su ebriedad no conseguí tirarlo al suelo. Si Aetos lo descubría, era capaz de clavarle la espada sin más indagación. Algo muy malo para mis planes. Aquel hombre iba a dar al traste con todo y tenía que hacer algo. Entonces sonreí y me acerqué a él. «Mi amo es muy celoso —dije poniéndole las manos sobre el pecho y bajándolas poco a poco—, será mejor que nos alejemos». Volvimos al carro, abrí un odre y se lo acerqué.

—Aetos se guarda muchas más cosas para sí. Prueba este vino. Te parecerá que procede del mismo Olimpo.

El espartano levantó el odre y bebió un largo trago. El vino le corrió por la cara y hubiera seguido bebiendo si no se lo hubiera quitado de las manos. «Ven, no bebas más». Le conduje lejos del campamento, donde aún llegaban muy débiles las carcajadas y la música de la fiesta. El tiempo parecía transcurrir más lentamente. Muy

pronto, Aetos o cualquier otro podría descubrir que el soldado no estaba y salir a buscarlo. No sabía con exactitud cuánto tardaría en hacer efecto la raíz y aguardaba mirando a todos lados mientras apartaba las manos del laconio, que tenía cada vez menos fuerza. Entonces comenzó a temblar, a tambalearse, parecía faltarle el aire, se agarró la garganta con la mano y me miró recobrando por un instante la lucidez. Poco después cayó al suelo como un saco. Me agaché. Su respiración era profunda y muy lenta. Tardaría mucho en despertar. Lo tapé con unas ramas y me acerqué a la hoguera con dos de los odres. Aetos me miró con los ojos entreabiertos y enrojecidos. La baba se le escapaba por la comisura de la boca. No sería muy difícil hacerlos dormir.

Recordé las fiestas de Atenas donde todos bebían hasta caer rendidos. Me vi aguantando las torpezas de algún cliente demasiado ebrio para resultar un peligro. Los afeites corridos de las hetairas, los balbuceos de algún filósofo exponiendo una idea empañada por el vino. Yo también había sido así, había bebido hasta llegar a no ser yo misma. Recordé las mañanas de resaca, las bolsas bajo los ojos, el asco en la lengua y en el corazón. Respiré el aire frío de la noche, hinché el pecho y sonreí, mientras los hombres de la hoguera iban cayendo rendidos al poder de la mandrágora.

Capítulo XXX

Aunque no se veía a nadie, me pareció escuchar unos pasos aún lejanos. Corrí a esconderme tras unas rocas y esperé. Unos instantes después escuché una tos, una maldición y una risa, y cuando atisbé desde mi escondite, vi a un hombre que ya se alejaba, vestido como un viajero experimentado. Botas fuertes, un manto de tela gruesa que parecía caliente y confortable y un sombrero de ala ancha que le ocultaba la cara. También llevaba un saco a la espalda y caminaba a buen paso. En la mano tenía algo, quizá una manzana, que se llevaba cada cierto tiempo a la boca. Envidié el manto, las botas y la manzana de aquel viajero y me compadecí por unos instantes de mí misma, con mi túnica liviana, mi estómago vacío y mis absurdas sandalias que contrastaban con el color grisáceo de los pies helados.

A punto estuve de salir de mi escondite y perder el poco orgullo que me quedaba mendigando un poco de comida, pero estaba tan cerca ya que no valía la pena presentarme indefensa ante un extraño. Las tripas tendrían que serenarse por sí solas. El viajero siguió su marcha, ajeno a mi hambre y a mi envidia, y yo esperé hasta que le vi alejarse en dirección contraria antes de volver a emprender el camino.

Desde que huyera de Aetos había aprendido a esconderme, a evitar las sendas más transitadas, pero el hambre o el frío me hacían de tanto en tanto atreverme a solicitar amparo, y aquella noche, cerca ya de mi destino y con el recuerdo del viajero y de su comida, me atreví a pernoctar en una cueva ocupada por peregrinos. Me ofrecieron unas gachas casi crudas, pero apenas pude dormir por la tos y los gemidos de los enfermos y los ancianos que ocupaban la oquedad. Vagabundos, miserables que acudían a Epidauro para solicitar la ayuda de los dioses. Asclepios los acogería en su templo y sus sacerdotes les ofrecerían un camastro y la atención que, al menos durante un tiempo, les infundirían algo de calor y de esperanza. ¿Me ocurriría a mí lo mismo?, me preguntaba, ¿encontraría entre los muros del santuario la respuesta que iba buscando?

La noche había sido muy fría y yo solo llevaba el manto que me había regalado Aetos, fruto de alguna rapiña. Era lo único que me quedaba del escaso equipaje que había conseguido llevarme. El resto lo había cambiado por comida. Era un manto demasiado ligero y también demasiado suntuoso, a juzgar por las miradas de codicia que podía vislumbrar entre las sombras de la cueva iluminada por una pequeña fogata que hacía aún más irrespirable aquel lugar. Tenía las piernas entumecidas por la postura forzada que había mantenido toda la noche, así que me levanté y salí cojeando de la cueva tan rápido como pude, sin dejar tiempo a mis compañeros nocturnos para decidir que aquella túnica estaría mucho mejor sobre sus hombros que sobre los míos.

El invierno se había hecho fuerte durante el viaje y mi impaciencia por alcanzar Epidauro tuvo que ir apaciguándose. De nada servía el deseo. El santuario no estaba lejos. Por fortuna, había conseguido escapar de los mercenarios en plena llanura de la Argólida. Sin embargo, no podía viajar a la velocidad que yo hubiera querido. No tenía comida, ni nada que pudiera ofrecer a cambio, pues mi bolsa de hierbas había quedado en Platea. Sola, casi sin equipaje, sin un buen manto que me protegiera del frío, robé comida a unos sacerdotes que viajaban en un carro opulento; convencí a un labrador obtuso de que era la diosa Deméter que venía a favorecer sus cosechas y me ofreció un saco de aceitunas que yo cambié después por un queso y varias tortas de mazé; me convertí en adivinadora en un cruce de caminos y pronostiqué grandes venturas a quien tuviera con qué pagarlas; y tuve que detenerme durante unos días en un granero para recuperarme de una tos persistente y una calentura que me dejaron el cuerpo dolorido y débil. Después, cuando se pasó la fiebre y volví al camino, supe que iba a sobrevivir, que aquel viaje se había convertido en una prueba y que yo la había superado.

Cuando salí al exterior de la gruta, la bruma arropaba aún el bosque y a la luz nacarada del amanecer todo tenía un aspecto mágico y nuevo. Aquello me infundió fuerzas y eché a andar por el sendero, con más ánimo del que había tenido en mucho tiempo. Al fin y al cabo, estaba muy cerca del final de mi viaje, algo que en varias ocasiones había pensado que no conseguiría nunca. Me sentía limpia y fuerte. Dispuesta a encontrarme de nuevo con él, a escuchar sus palabras y decir las mías. El corazón se me aceleraba al sentirlo tan cerca y los pies olvidaban el frío y los guijarros que ya no podían rasgarme la piel endurecida.

Aunque los densos pinares ocultaban el santuario, casi podía sentir el sonido de la muchedumbre que abarrotaba el templo y el corazón me palpitaba como un pájaro alocado.

Según me alejaba de la cueva pensé en Ademia y en si su amo se habría vengado en ella de mi huida. Su cara se había iluminado con mi invitación de llevarla conmigo y había recogido sus pocas pertenencias con rapidez, pero al llegar junto a Aetos había frenado su carrera. Me miró y miró al hombre drogado con la duda en los ojos. «No puedo dejarle», me había dicho por fin, y a pesar de mi insistencia, allí se había quedado, sosteniendo la cabeza de un hombre que probablemente acabaría por matarla.

Nada más entrar en la ciudad, vi alzarse el abrumador santuario de Asclepios. La muchedumbre que lo tomaba por asalto cada mañana estaba ya a las puertas del templo, complicando la vida de los servidores del dios, que iban de un lado a otro, incapaces de poner orden entre los peregrinos.

Después de la madrugada especialmente fría, el sol comenzaba a calentar la plaza y mi atuendo no resultaba ya tan escaso como en la noche. A aquella hora de la mañana el pórtico que circundaba el templo estaba repleto de hombres y mujeres que esperaban la llegada de los sacerdotes comiendo, los que tenían algo que comer,

rezando, los más devotos, o peleando, los que tenían por qué pelear.

A pesar de la condición sagrada del recinto, los enfermos no mostraban demasiado recogimiento. Había un gran bullicio, gritos, insultos y empujones para conseguir el mejor lugar donde recibir los dones divinos. Uno de aquellos impacientes, un individuo malencarado, se pegó a mí e intentó indagar con sus manos sucias bajo mi manto a la búsqueda de quién sabe qué elixir. Le aparté de un manotazo y comencé a abrirme paso sin miramientos entre la multitud. Avancé poco a poco rodeada por la confusión de enfermos, mientras recibía una mezcla de hedores corporales que no dejaron de acompañarme a lo largo del camino. Olía a enfermedad, a heridas ponzoñosas, a ropas sudadas en el camino.

—Cuidado, mujer —me gritó un enfermo plagado de escrófulas, mientras soltaba un escupitajo que a punto estuvo de acertarme en la cara—. Mira por dónde caminas.

Y soltó una carcajada que dejó ver una caverna negruzca donde asomaba algún que otro diente olvidado. Todos los de su alrededor rieron la gracia del escrofuloso e intentaron entorpecer mi paso, pero yo solté varias bofetadas que les hicieron desistir de su empeño y seguí mi camino a toda prisa.

Dejé por fin la explanada polvorienta y la muchedumbre que la abarrotaba y me dirigí hacia la fuente donde los enfermos debían de hacer las abluciones previas a los rituales de sanación. En la fuente solo se encontraban unas cuantas mujeres, unas limpiando la suciedad dejada por los anteriores usuarios y otras llenando unos cántaros de agua.

Me acerqué a una de las que esperaban su turno y le pregunté dónde podía encontrar la escuela del maestro Hipócrates. La mujer me miró con cara de pocos amigos.

—Harás bien en no mezclarte con esos impíos —contestó.

Puse cara de asombro, y con mi tono más humilde respondí a la mujer que no buscaba remedios herejes, sino a un hombre que vivía en la escuela y para el que traía un mensaje de su padre moribundo.

—En ese caso —siguió la mujer más aplacada, pero mirándome con suspicacia—, dirígete a la puerta Eleusina y gira a la derecha. Allí encontrarás una casa aislada, rodeada de un pequeño huerto, y *con* un pórtico pintado de azul. Esa es, pero te aconsejo que no te quedes mucho tiempo. En aquel lugar se practican rituales terribles.

Me mostré todo lo asustada que puede, di las gracias y me encaminé en la dirección que me había señalado. Eleusina era el nombre de la puerta adonde debía dirigirme, curioso nombre que me hizo recordar por un instante el oráculo de la pitia y mi pronosticado viaje a la cuna del Misterio. Si se trataba de un mal o de un buen augurio, solo el tiempo lo diría. A medida que me acercaba a mi destino las dudas volvían a asaltarme, pero tenía que seguir, el camino ya no era de ida y vuelta.

Intenté aplacar el bullicio de mi corazón con la vista que se extendía a mi alrededor y cuya placidez apenas consiguió serenar mi espíritu. La casa era más

grande de lo que había esperado. El pórtico, rodeado de columnas de un fuerte color azul, contrastaba con el paisaje de olivos y vides que se extendían hasta el horizonte. Junto a la casa, en un terreno bordeado por un riachuelo, había un huerto sembrado de plantas aromáticas y medicinales, algunas comunes como la menta o el tomillo, pero otras completamente desconocidas para mí, probablemente fruto de sus muchos viajes.

El portal se abría de par en par a la mañana y mientras me armaba de valor para entrar, un hombre anciano, vistiendo una clámide tan blanca como las pocas nubes que adornaban el cielo, salió de detrás de la casa. Al verme se quedó parado, indeciso. Entonces fui consciente de mi aspecto. Estaba sucia del viaje, con un manto lujoso, pero roído y poco apropiado, y la cara desencajada de hambre y de ansiedad. En aquel momento me di cuenta de mi precipitación. Cualquier persona en su sano juicio hubiera esperado a descansar, ir a los baños a limpiarse el polvo del camino y adquirir una apariencia respetable y no el aspecto de mendiga enloquecida que debía de ofrecer.

—Que los dioses sean clementes contigo —hablé intentando mostrar mi cordura—. Tengo entendido que esta es la escuela del maestro Hipócrates.

—Que las dos diosas te colmen de dones, señora —respondió el hombre acercándose a mí.

Tenía una mirada tan limpia como su clámide y parecía pertenecer a aquel lugar tanto como el riachuelo o los olivos centenarios.

—Estás en lo cierto. Este es el gabinete de Hipócrates. ¿Tienes alguna dolencia que requiera su atención?

—Deseo hablar con el maestro.

—Lo siento —sonrió—. El maestro ha salido de viaje. Si hubieras llegado hace unos días, lo hubieras encontrado. Tú también pareces haber hecho un largo viaje.

—No sabes cuánto —respondí.

Y, entonces, allí, frente a aquel desconocido, me puse a llorar como nunca antes lo había hecho, sin ni siquiera ocultar la cara, mientras el hombre me contemplaba sin saber qué hacer.

—Mujer —atinó a decir el desconocido cuando vio que aquello no tenía apariencia de terminar—, mujer, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Puedo hacer algo por ti?

Yo seguía llorando, sin poder contenerme, mientras el hombre solo atinaba a darme suaves palmaditas en la espalda.

Pasó el tiempo, embarazoso para ambos, hasta que mi ataque se fue calmando poco a poco. Pedí perdón por el llanto, que atribuí al cansancio del camino.

—No te preocupes, aquí podrás descansar.

El hombre me agarró por el brazo y me condujo con amabilidad hacia la casa, pero yo me solté de la mano de aquel hombre y me paré.

—Preferiría quedarme fuera. Si me permites reposar en este banco durante un

rato, me iré sin molestarte más.

—Como quieras —respondió el hombre sin perder su media sonrisa—. La mañana está tan bella que es una pena esconderse tras los muros de una casa. Te traeré algo de comer.

No tardó más de unos instantes, que aproveché para recomponer mi espíritu, en volver a salir con un cuenco de leche y unos cuantos higos secos sobre los que me abalancé como un perro famélico.

El hombre me miró mientras comía.

—¿Para qué querías al maestro? Quizá yo pueda ayudarte.

—Te lo agradezco, pero no, no puedes.

Me dejé caer en una piedra que hacía las veces de asiento junto a la casa. «Y ahora qué», me preguntaba. ¿Esperarle? ¿Salir en su busca? ¿Olvidarlo todo y volver a los caminos? Parecía haber algo que nos separaba, algo más fuerte quizá que nosotros mismos.

—Hipócrates ha marchado a Atenas.

Al escuchar aquello las lágrimas anteriores se convirtieron en carcajadas. Sí, había algo más fuerte que nosotros, algo burlón, despiadado, que nos movía de acá para allá sin nuestra voluntad. Reí con la misma fuerza que antes había llorado. Y aquel pobre hombre volvió a esperar con paciencia a que me recuperara. Quedé tan desfallecida como si yo misma hubiera corrido hasta Atenas para intentar romper el maleficio.

Sin decir nada, el hombre me tomó del brazo y me metió en la casa. Esta vez no hice intención de rechazarlo. Le seguí obediente hasta una habitación decorada con un friso que representaba el viaje de Asclepios a Cólquide, sus curaciones y la resurrección de los muertos. Un buen entorno para pensar en este nuevo fracaso. En aquellos momentos lo único que podía hacer era reírme de mí misma. Me senté con un suspiro y me destapé la cabeza.

Salió y volvió a entrar con una clámide limpia, un lienzo y un recipiente con arcilla.

—Los baños están fuera, junto a la casa. Ya he mandado calentar agua.

Aquel hombre desconocido me había mostrado más bondad de la que había recibido en mucho tiempo. Le miré con más atención y le sonreí. Era viejo, y sus ojos hundidos por la edad mostraban una sabiduría tranquila y en paz con el mundo. Unos ojos que me miraban en aquel momento con un asombro nuevo.

—¡Eres Helena!

Yo quedé más sorprendida aún que él.

—Soy un viejo inútil —dijo dándose un golpe en la frente—. Tendría que haberte reconocido de inmediato, pero llevabas el pelo casi cubierto por el manto y además está sucio de polvo, pero he escuchado hablar tanto de su color, de tu cara y de tu sonrisa que no entiendo cómo no te reconocí antes.

—¿Te ha hablado de mí?

—No ha hecho otra cosa desde que volvió de Olimpia.

Después de la soledad y las inclemencias del viaje, después del llanto y la risa y las emociones de aquel día, dormí en paz en aquella casa que tenía su olor y su presencia en cada esquina. Calímaco, el anciano, era de Cos, como Hipócrates, y como él había pertenecido a los asclepiadeas, los servidores del dios. Cuando Hipócrates se trasladó a Egipto para terminar su educación, le acompañó como amigo y consejero y cuando se instaló en Epidauro, Hipócrates le hizo llamar para que le ayudara a montar el gabinete.

Todo aquello me lo contó al día siguiente, sentados junto a un brasero. Aunque la cercanía del mar suavizaba el frío del invierno, la mañana se había levantado neblinosa y húmeda. Había pasado tanto frío durante el viaje que ahora disfrutaba de cada momento de calor. Estaba envuelta en una túnica cálida y gruesa y bebía una infusión de valeriana a pequeños sorbos. Calímaco también me contó otras muchas cosas que no hubiera imaginado que salieran de sus labios:

—Nunca le había visto así —dijo—. Tan ensimismado que no era capaz de atender a los enfermos. Y tan colérico que se enfurecía por cualquier contratiempo. Pasó el otoño encerrado en la casa. Había días que parecía dispuesto a salir en tu busca, pero cuando todo estaba preparado se arrepentía. Debiste hacerle mucho daño en Olimpia.

—¿Daño?! —estaba tan enfadada por lo que oía que empecé a jadear—. ¿Y el daño que él me hizo en Atenas? ¿No te ha contado que me abandonó cuando me había prometido llevarme con él? ¿Eso lo sabes? Se fue sin una palabra y le esperé mucho tiempo. No soy yo la que le hice daño, no soy yo...

Las lágrimas me impidieron seguir. Estaba rabiosa. Me levanté y me alejé de allí. No quería volver a llorar ante aquel hombre. No quería que supiera lo que aún me dolía recordar el abandono de su amigo.

Vagabundeeé durante toda la mañana. Caminé sin rumbo a pesar del frío y la lluvia que empezó a caer suavemente. La rabia me daba calor y, sin casi percibirlo, llegué hasta el santuario. La llovizna había vaciado la explanada del templo y los enfermos se amontonaban bajo las columnas del pórtico. Me acerqué. Una mujer muy joven, encinta, sentada junto a una columna, apretaba con cara de dolor la mano de un hombre que la acariciaba y la protegía del frío con una manta. Pensé en mi hermana. En su muerte. En la muerte de todos los que esperaban la curación del dios. «Inútil espera —pensé—, los dioses no tienen clemencia». Lo sabía desde hacía tiempo. Me incliné hacia la mujer. Estaba pálida, pero parecía sana. Les pregunté la razón de que estuviera allí.

—Vivimos cerca, pero estamos solos, cuidamos el rebaño del santuario —dijo el que supuse su esposo—. El tiempo del nacimiento está cerca y teníamos miedo de no encontrar una partera.

Palpé el vientre de aquella mujer y noté su dureza y su forma.

—Falta muy poco, pero el niño no está bien colocado en su lugar.

—Las camas están ocupadas. Debemos esperar aquí hasta que alguna quede libre.

—Si esperas más, nacerá aquí mismo.

Vacílé solo un instante. Aquel era mi trabajo. Mi destino era ayudar a aquella mujer. Para eso había recorrido la Hélade, para eso había escapado de varias muertes. Para llegar a aquel lugar en aquel momento.

—Yo soy partera.

Así comenzó mi vida en Epidauro. Sin darme cuenta estaba en casa. La vivienda de columnas azules se convirtió en mi hogar y Calímaco, en mi maestro. El anciano no era un filósofo, no sabía de la naturaleza y sus misterios, pero sabía aprovechar cada instante de la vida, sabía reír y respirar el aire de la mañana, y recoger las mejores hierbas de la huerta, y disfrutar de una copa de vino en los atardeceres rojizos del invierno. Si no fuera imposible, hubiera dicho que el alma de Temis vivía en aquel hombre y que su espíritu se escapaba por sus ojos pequeños y arrugados por la risa.

Nunca más me habló de Hipócrates porque yo no le quería oír, pero en cada frase suya intuía la voz del ausente y eso hacía que me sintiera aún más unida a él. En el gabinete había dos médicos más que se asombraron al principio y que después aceptaron mi presencia con desagrado. No me importó. Mi sitio estaba allí y no era la primera vez que estaba en un lugar que no me correspondía.

Pasó el invierno, en el que ayudé a nacer a muchos niños. De ellos, un número considerable nació sano y sus madres salieron con bien. Investigué con ciertas plantas para mitigar la fiebre que aqueja a las mujeres después del parto y que a veces les causa la muerte. La matricaria resultó muy eficaz, pues además de bajar la fiebre, activa las contracciones. En el tiempo en que había actuado como curandera, había descubierto que las heridas curan más rápido si se mantienen limpias. Así, pensé que si la matriz se desgarró y dilata durante el parto, podía ser tratada también como una herida y recomendé a las mujeres que se lavaran todos los días hasta que la matriz hubiera vuelto a su ser.

Pude ver los lazos que desde el principio unen a la madre con su hijo. El primer vínculo del ser humano, el más fuerte. Asombroso mundo este, que ofrece laureles a los que pasan a cuchillo a sus contrarios y relega en un rincón a quienes ofrecen y preservan la vida. Recordé a menudo aquella noche lejana en las letrinas y por primera vez sentí la pérdida del pequeño cuajaron de sangre que salió de mi cuerpo.

Con toda la experiencia de aquellos meses, escribí dos tratados sobre los partos y la asistencia más recomendable. Los llamé «Las enfermedades de las mujeres» y «Naturaleza del niño», y no se los enseñé a nadie. Los guardé entre los papiros de Hipócrates, pues sabía que ningún hombre los tomaría en serio. En aquel momento no me importaba. Tampoco las caras de burla de los médicos del gabinete, ni la sonrisa paternal y un poco irónica de Calímaco, que seguía viendo en mí a la joven despeinada y llorosa del primer día.

Había tomado senderos tortuosos, había avanzado y retrocedido, y casi de forma

accidental había encontrado mi sitio, un lugar donde redimirme de la muerte de mi hermana y del odio que aún sentía al recordarlo. Un lugar donde empezar a mirar a los otros, quizá por primera vez. Donde mirar de frente al sufrimiento y a la enfermedad y poder combatirlos. Había una mujer que me necesitaba y yo la ayudaba. La vida se convertía en algo muy sencillo. No había preguntas sin respuesta, no había miedo. Comprendí que no hay nada más placentero que la lucha contra el destino.

Pasó el invierno y llegó otra primavera y con ella, noticias cada vez más alarmantes de la guerra. Se hablaba de que Atenas perdía terreno frente a los lacedemonios; Esparta tomaba posiciones en el Ática, y Pericles había sido despojado de su poder por sus enemigos políticos, que lo acusaban de ser el responsable de las derrotas. Incluso se hablaba de que el propio Alcibíades había conspirado para su caída. No me sorprendió esta traición, pues recordaba sus habituales críticas al gobierno de su padre adoptivo. Alcibíades era un caudillo, un déspota disfrazado con el manto de la democracia ateniense, pero su corazón, si es que lo tenía, estaba más cerca de un gobierno autoritario como el de Esparta que de uno en el que el poder se viera mermado por los votos de quienes consideraba seres inferiores.

Y mientras la Hélade continuaba su guerra fratricida, él no volvía. Durante aquel tiempo en Epidauro había esperado verle aparecer cada mañana, cada anochecer, pero no con la angustia de antaño, sino sabiendo que pasara lo que pasara entre nosotros, recordaría aquella casa como una ensenada tranquila a resguardo de la tempestad y aquel tiempo como un tiempo de revelación, de madurez.

Una tarde de finales de muniquión, mes donde los partos abundaban como las nuevas yemas en el huerto, reposaba junto a Calímaco después de un día muy ocupado en el gabinete, cuando vimos acercarse un jinete al galope. Los últimos rayos de sol impedían ver su figura, pero parecía dirigirse hacia la casa. El corazón se me detuvo un instante. Me levanté y me puse la mano en la frente para protegerme del resplandor, aguantando el aire hasta ver el rostro del jinete.

Suspiré y me dejé caer de nuevo sobre el banco. No le conocía. El hombre descabalgó y se acercó a nosotros. Hizo un breve saludo y se sacó de debajo de la túnica un papiro aplastado que entregó a Calímaco tras preguntarle el nombre. Luego, el mensajero volvió a montar y desapareció hacia el santuario.

Calímaco abrió el papiro y lo alejó de su cara todo lo que le daban de sí los brazos. Después de intentar leerlo, me lo entregó.

—Estoy muy viejo para lecturas.

Era un escrito de Hipócrates. Decía que seguía en Atenas y no pensaba volver en un tiempo. Hablaba de cierta dolencia extraña que había aparecido en los barrios del Pireo y su deseo de estudiarla. Describía los síntomas de esa enfermedad y también hablaba de la guerra, cada vez más cercana. Los campesinos tenían miedo y se refugiaban tras los muros de Atenas para protegerse del enemigo.

Y hablaba de mí. No me nombraba, solo decía: «Nadie sabe nada de ella, aunque

todos tienen algo que contar de su pasado».

Las buenas gentes de Atenas.

Le leí a Calímaco la carta.

—¿Qué vas a hacer?

Pensé, pensé mucho, y tomé una decisión. Era hora de volver. Había dicho que nunca lo haría, pero ahora estaba dispuesta. El mismo deseo que había tenido por alejarme me aguijoneaba ahora para regresar allí. Pensé en la pitia y el oráculo y reí meneando la cabeza. Destino, oráculo. Apolo ganaba quizá esta batalla, pero estaba dispuesta a ser yo quien ganara la guerra.

Capítulo XXXI

Era como entrar en una ciudad desconocida. Atenas apenas respiraba y sus calles, llenas en otro tiempo de bullicio y vida, se me mostraban ahora furtivas, casi silenciosas, a pesar del gentío que las abarrotaba. Entré subida al carro que me había traído desde Falero, donde había llegado en uno de los barcos que abastecían la ciudad. Esta vez entré en el pescante, junto al hombre que arreaba a las bestias y apartaba a gritos a los ciudadanos. Miré hacia la parte trasera del carro y me pareció ver a una niña manchada de barro que lo miraba todo estremecida, y pensaba en su padre y en cuánto tardaría en rescatarla. Tenía la sensación de que había transcurrido toda una vida desde entonces. Y, sin embargo, solo diez años separaban aquella imagen de la presente. Diez años de pérdidas y descubrimientos. Diez años en los que había amado y odiado. En los que maté y vi morir. Años en los que había perdido todo y había sido feliz unos instantes.

Pensé en Temis y me pareció sentirla junto a mí, tan presente como aquellas mujeres que se afanaban en los puestos callejeros. Con ella había corrido por las calles que ahora contemplaba desde el carro; con ella había crecido y llorado; había compartido deseos y temores. Temis, perdida para siempre. Sentí una opresión en el pecho, me erguí, respiré y alejé de mi cabeza el recuerdo de mi amiga.

Ante mí se abría una nueva etapa cuyo desenlace estaba muy lejos de adivinar. Pensé en lo que no había querido pensar durante el viaje. En Hipócrates y en las palabras que nos esperaban a ambos.

Me enfrentaba a un pasado que nunca hubiera querido revivir, pero allí estaba y allí me quedaría hasta que todo fuera aclarado. Busqué un alojamiento discreto donde no encontrarme con rostros conocidos y me hospedé en una posada del Cerámico alejada del ágora y los barrios elegantes. Allí no se acercaban los grandes señores y allí podría pasar desapercibida. Era una casa humilde sin ventanas en un callejón embarrado. La luz de la calle se filtraba apenas por la cortina de saco de la puerta y el interior vivía en un crepúsculo eterno que producía sosiego en lugar de pesadumbre.

Había muchos extranjeros en Atenas. Por el dueño de la posada supe que el número de habitantes aumentaba cada día. Los aliados de Atenas, como ya había contado Hipócrates en su carta, acudían en busca de protección tras las murallas de Pericles, y eso estaba comenzando a crear problemas de alojamiento y convivencia en la ciudad. Mientras, los espartanos marchaban sobre el Ática vacía sembrando la destrucción a su paso.

Aquel hombre por unos cuantos óbolos accedió a indagar el paradero de Hipócrates y no tardó en descubrir que estaba en El Pireo desde hacía más de un mes y que nadie sabía cuándo pensaba regresar. Otro viaje, otra espera. No, no iba a

permitirlo. Había tomado una decisión y no iba a consentir que unos cuantos estadios la retrasaran más.

Cuando salí hacia el puerto, el posadero intentó disuadirme. El camino y el propio puerto estaban repletos de soldados que acudían a embarcar y de los que volvían cansados y heridos de la guerra; de barcos de pesca y de mercancías que atestaban el muelle. De prostitutas, mendigos y ladrones. «No es buen lugar para una mujer sola», me dijo preocupado. Agradecí su inquietud, pero no podía esperar más. Hipócrates parecía desvanecerse cada vez que me acercaba a él y esta vez tenía que adelantarme a sus planes.

Saber que estaba tan cerca del mar, de cualquier barco en el que pudiera alejarse de nuevo, me hacía apresurar al hombre que me conducía al Pireo y que me miraba con cara de hastío mientras fustigaba sin ganas a las bestias. El camino estaba polvoriento y, como me había dicho el posadero, abarrotado de viajeros a caballo, a pie o en carro. Los carros eran lo más abundante, la mayoría cargados de grano, pescado, aceite, vino. La actividad no tenía fin. Todos parecían tener prisa. Los que se dirigían al Pireo y los que iban a la ciudad. Soldados, mercaderes, varias campesinas a pie cargando sobre la espalda un saco o un odre que las hacía caminar encorvadas y unas sacerdotisas en un carro cubierto. Todo pasaba ante mí como en un sueño del que no hacía demasiado caso. Mi pensamiento y mi espíritu estaban ya en el puerto, junto a él. Qué le diría, qué me diría. No era capaz de darme una respuesta.

Tardamos mucho en llegar. El sol aún estaba alto, pero ya había pasado la mitad del día. Cuando bajé del carro junto al muelle, el bullicio era ensordecedor. La gente se apiñaba en las calles. Los vendedores ofrecían a voces sus mercancías. El olor del mar se mezclaba con el de la salmuera, ese olor que me ha acompañado en los momentos más importantes de mi vida, y las gaviotas volaban enloquecidas con sus gritos de parcas, atacando la pesca que entraba en el puerto.

No sabía por dónde empezar. Me sumergí entre la multitud. Todo el mundo empujaba a todo el mundo. Los puestos callejeros hacían tropezar a los viandantes, que soltaban maldiciones. Tenía los pies mojados y sucios. La calle estaba cubierta de basura. Parecía que nadie se preocupaba por limpiar los excrementos de los caballos y los bueyes y por el centro de la calle corría un reguero de detritus que acababa en el mar y volvía el aire irrespirable. Me puse el manto sobre la boca, me levanté la túnica y avancé hacia el final de la calle, donde comenzaba una zona de viviendas importantes. Entré en tabernas y en templos, pregunté a los criados de las casas principales, seguí las indicaciones a veces contradictorias que me ofrecían.

Se ocultaba ya el sol en el mar cuando entré en aquel edificio en las afueras. Dentro, la luz de varias lucernas iluminaba débilmente una habitación grande con camastros alineados junto a las paredes. Había varias camas ocupadas y se escuchaba algún gemido. El olor de la habitación me golpeó en el estómago. Era denso, como si se quedara pegado a la piel, un olor caliente a sangre, a vómitos, a fruta podrida. También olía levemente a eucalipto, pero el olor de la descomposición lo invadía

todo. Una rata cruzó a toda velocidad la sala y desapareció por uno de los agujeros del muro. Al final de la habitación, dos esclavos incorporaban el cuerpo de un hombre mientras otro, de espaldas, se inclinaba hacia el enfermo. Era él.

El ruido de mis sandalias en el piso de tierra le hizo mirar hacia mí, pero no podía reconocermelo. La luz que aún quedaba en la calle ensombrecía mi figura. Volvió a darme la espalda y vi cómo metía las manos en una jofaina.

—Puedes dejar las mantas sobre ese asiento —dijo.

—No he traído mantas —logré responder con una voz que apenas pude escuchar yo misma mientras me destapaba la cabeza.

Hipócrates se volvió.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Estás enferma?

No dije nada. Me quedé allí, en la puerta, quieta, sin respirar, esperando.

Se acercó mientras se secaba las manos con un paño. Pero a mitad de camino se detuvo. Quedó en silencio, mirándome. Sus facciones parecían esculpidas en piedra.

—Siempre apareces en los lugares más sorprendentes —dijo tras un tiempo demasiado largo en el que solo me miró—. ¿Qué haces aquí?

Su voz era tan fría que sentí como si me empujara. Di un paso atrás. En ninguno de mis sueños había imaginado una acogida tan dura. Me quedé callada. ¿Qué podía decir después de aquello? Las palabras se borraron de mi boca y volví a notar el resentimiento que creí olvidado.

—¿Qué quieres de mí? —insistió.

—No vengo por ti.

Me miró con asombro.

—Supe de la enfermedad que ha aparecido en el puerto y quise ayudar —seguí con toda la indiferencia que pude.

—Así que has vuelto a Atenas.

—Sí, Alcibíades tenía razón. La vida en los caminos no es para mí.

—Alcibíades.

No dijo nada más. Terminó de secarse las manos con parsimonia, dejó el paño en un banco cercano a la puerta y se puso una túnica que colgaba de un clavo en la pared.

—Por hoy he terminado. Si quieres ayudar, ven mañana, al alba.

Pasó a mi lado. Olía a limón. Salió de la casa y parecía que iba a irse sin decir nada más, pero se volvió.

—¿Tienes alojamiento?

Negué con la cabeza.

—Acabo de llegar.

—Yo duermo en el templo, pero no hay lugar para las mujeres.

—No te preocupes por mí.

Me alejé sin mirar atrás.

—Espera —escuché a mis espaldas—. Aquí cerca vive una mujer que me ayuda

en el sanatorio. Le pediré que te aloje.

No contesté y seguí andando. Quería quedarme sola para dejar de fingir una indiferencia que a cada momento me era más costosa. Él intentó agarrarme del brazo, pero me solté de un tirón. Había cruzado la Hélade varias veces por su culpa y ahora me recibía así. No iba a permitirlo.

Busqué acomodo cerca del hospital y me uní al grupo de curanderas que atendía a las mujeres enfermas de la peste.

Veía a Hipócrates a menudo. Nuestra labor nos hacía coincidir en muchas ocasiones, pero la relación se mantenía tan fría como en el primer encuentro. Cuando me vio trabajando en el edificio que se había habilitado para la epidemia, se acercó a mí e hizo intención de decir algo, pero yo le di la espalda. Desde aquel momento, hablábamos lo imprescindible, solo lo que tuviera que ver con la enfermedad. Según pasaban los días, dejó de dolerme tanto verle, y comencé a dejarme absorber por el trabajo, aprendiendo sobre aquella extraña enfermedad que se iba extendiendo como el fuego.

Había comenzado en los barrios más populosos y pobres del puerto. Se manifestaba por un dolor violento de cabeza, los ojos se inflamaban y enrojecían y la lengua y la garganta tomaban un aspecto sanguinolento. El aliento del enfermo era fétido y la respiración, irregular. Cuando el dolor pasaba al pecho, aparecía una tos violenta, náuseas, vómitos y pústulas. La mayoría de los enfermos morían entre los siete y los nueve días de aparecer los síntomas. Si superaban esta fecha, solían curarse tras una convalecencia larga y penosa.

Hipócrates nos hacía lavarnos las manos y la cara con limón y jabón de laurel, un producto que había traído de su viaje a Persia. En el sanatorio siempre había un recipiente donde se hervían hojas de eucalipto y también nos obligaba a cambiarnos la ropa a menudo. Decía que así se evitaba que los humores de la enfermedad se pegaran a nuestra piel.

—Debes examinar la cara del enfermo y compararla con la de las personas sanas. Si la nariz se afila, los ojos se hunden y la piel se vuelve tirante y verdosa, sabrás que la enfermedad ha invadido el organismo. Entonces no podrás hacer nada.

Asentía sin palabras, pero no podía dejar de recorrer sus labios con los ojos, aquellos labios que tantas veces me habían besado. Su pelo distraído, sus manos fuertes y morenas, que confortaban a los otros, pero que huían de mí como animales huraños.

—Creí que volverías antes a Atenas —me dijo una tarde sin mirarme mientras nos lavábamos—. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

—En Epidauro —contesté, y me di media vuelta, dejándolo sin palabras.

Según me alejaba de él me descubrí sonriendo. Ya no podía sentir rencor. Estábamos juntos. Aunque casi no nos habláramos, aunque casi no me mirara, aunque no me sonriera. En algún momento llegaría la hora de las explicaciones y me dispuse a esperarla sin ansiedad. Estábamos juntos y eso era lo importante.

Entre todas estas emociones rescatadas del pasado, el sufrimiento se adueñaba de nuestra vida, nos envolvía, nos cercaba como un ejército enemigo. Un sufrimiento contra el que apenas podíamos hacer nada salvo dar a los enfermos un trago de agua para aplacar la sed o raíz de mandrágora para soportar los dolores hasta que llegara lo que Hipócrates llamaba la crisis, momento en el que comenzaban a morir o a sanar. Limpiábamos sus vómitos, tratábamos las pústulas con cataplasmas de tomillo, la tos con cocimientos de cebolla, envolvíamos a los muertos y los quemábamos en piras comunes para evitar el hedor que despedían sus cuerpos consumidos. Nada más.

El verano multiplicó los casos. Se hablaba, además, de una fuerte ofensiva de los laconios y los barcos dejaron de atracar en el puerto. El miedo a la enfermedad los hacía desviarse hacia Falero y la ciudad comenzaba a despoblarse. Todos huían hacia Atenas, por la guerra y por la peste. La realidad se asemejaba cada vez más a mi sueño. Ya no dudaba de las predicciones de la pitia. Aunque se recibían con alivio noticias de victorias en el mar, el cerco de Atenas parecía inevitable. La repetida estrategia de Atenas de protegerse tras las murallas, hasta que Esparta se cansase de destruirlo todo a su paso, podía ser fatal si la peste se extendía a la ciudad. Hipócrates hablaba del final de una era. Si aún hubiera creído en los dioses, hubiera asegurado que nos habían dejado solos. Pero siempre estamos solos y los dioses no son más que muletas para caminantes confusos.

El calor húmedo del puerto nos agotaba y los enfermos requerían cada vez más nuestra presencia. Solo al anochecer, cuando la actividad era más débil, salíamos a respirar el aire limpio y salobre que traía el mar. Hipócrates nunca se quedaba solo conmigo. Un sacerdote, un ayudante, siempre había alguien con quien ocupar los silencios.

Yo tenía la paciencia que da la convicción de tener razón. Él me había abandonado y yo había atravesado el Ática hasta encontrarle. Era él, pues, quien tenía que hablar y no lo hacía. Notaba su mirada en mí cuando se sabía a salvo. Notaba su inquietud y me preguntaba si terminaría por escapar como entonces. Dudaba de haber hecho bien en ir a su encuentro. Entonces recordaba a Basilio: «Busca a Hipócrates y habla con él», había dicho, y yo esperaba, seguía sola y exhausta y esperaba.

Aquella noche no podía dormir. Estaba demasiado cansada y triste. La tela áspera del jergón se me pegaba a la piel sudorosa. Dos mujeres habían muerto aquella tarde y aún veía sus caras agonizantes y sentía sus manos aferrándose a mi túnica como si la muerte fuera una caída vertiginosa hacia la nada. No había luna y la oscuridad de la habitación era tan opresiva como en una cueva. Creía ver también los ojos de Hipócrates hundidos por el cansancio como en aquel sueño, y otros ojos como ascuas que me miraban desde el pasado. El calor era cada vez mayor y ya no estaba en el aire, sino en mí misma, salía de mi cuerpo y me hacía sudar y gemir. Me pesaba la cabeza, no podía incorporarme.

Unos dedos y una boca más calientes aún que mi piel me rozaron apenas las mejillas, los labios, la garganta, los pechos, el vientre. Estaba desnuda y noté mi

cuerpo ansioso de aquellas manos que me recorrían como buscando un lugar en un mapa desconocido. No sabía si estaba dormida o despierta, pero las caras seguían allí, en la negrura de la habitación, gritándome su miedo. Muerte y vida, sufrimiento y placer. Todo formaba parte de lo mismo. Nunca había sentido un deseo así, doloroso y a la vez inevitable, tan necesario como la sangre, tan déspota como un amo cruel. Un deseo que era también deseo de vivir, de apartarme del lugar siniestro donde las pesadillas se volvían realidad. Me aferré a aquel cuerpo tan conocido, busqué su boca con avidez y bebí su saliva, y quebranté su lengua, sintiéndola tan insaciable y tan violenta como la mía. Nuestros cuerpos se unieron como si nunca se hubieran separado, fundidos ahora por el sudor y la rabia. Sudor, saliva, fluidos de deseo, un olor picante y agresivo como su boca, pegajoso como nuestros cuerpos. Me quemaba su jadeo agresivo. Las manos no tenían ya piedad y cada exceso suyo abrasaba más mi cuerpo. Violencia y deseo. Humedad y sombras. Calor. Nos volcábamos en la boca del otro, en la carne del otro. Me aplastó con todo su peso contra el jergón y sentí los pequeños pinchazos de la paja mientras entraba en mí con la misma urgencia que yo lo recibía. Contuve un grito mordiéndome la mano y me brotó un sollozo seco con el que intenté aliviar aquello que era más grande que yo misma.

A la luz del día, me pregunté si no habría sido todo el delirio de una noche febril. Era el olor de Hipócrates el que había olido aquella noche, eran su cuerpo, su lengua, sus labios, y sin embargo durante toda la jornada se mostró tan lejano como siempre, tan frío, indiferente a mi presencia o, incluso peor, educado y formal, respetuoso.

Pero no, la noche había sido cierta, lo mostraba mi carne dolorida, la marca de los dientes en mi mano, y si nuestros cuerpos se habían reconocido aunque no lo hubieran hecho aún nuestros espíritus, es que había llegado ya el momento ineludible de las palabras, el momento de dejar de lado los juegos infantiles.

Soplaba una brisa que aliviaba el calor del día que había terminado. Sabía dónde estaba. En alguna taberna del puerto, bebiendo un vaso de vino junto a alguno de los sacerdotes que consentían en ser vistos a su lado. Sacerdotes jóvenes y curiosos que buscaban en él respuestas nuevas. Me dirigí hacia allí. Me había dolido la cabeza todo el día y me sentía muy cansada, pero no iba a aplazarlo de nuevo. Todo lo que nos había separado me parecía ahora banal.

Hablaríamos, yo sabría sus razones y él las mías. Lo que no nos habíamos dicho con palabras aquella noche estaba ya, sin embargo, dicho. No había vuelta atrás.

Al alzar la cabeza para beber un trago me vio. Algo debió de notar en mi cara porque se levantó y comenzó a andar tras despedirse brevemente de su compañero. Yo le seguí sin prisa, alargando el placer de la reconciliación, saboreando la sal del mar en la boca y el frescor de la brisa entrando por mi túnica. El puerto acababa en unas rocas que cercaban el mar y en cuya altura se apiñaban algunas chozas miserables. Cuando llegó allí se volvió y se enfrentó a mí.

—¿Conoces a un esclavo llamado Basilio? —le pregunté, y él quedó tan perplejo por mi pregunta que solo acertó a negar con la cabeza.

Me senté en una roca, sin mirarle, mirando al mar, a la negrura oscilante que reflejaba la luz de las antorchas del puerto. Y comencé a hablar. A pesar del dolor de cabeza que la dureza del momento volvía más intenso, le conté todo, desde que él se había ido de Atenas hasta el momento en que Basilio me dijo que le buscara. Le hablé sin reservas de mi desamparo tras su huida, de mi rencor hacia él y de mis tiempos oscuros. Le hablé también de todo lo demás.

Hipócrates me escuchaba sin decir una palabra. Se había sentado a mi lado, pero yo seguía sin mirarle. No quería aún encontrarme con sus ojos.

Finalmente callé. Me ardía la garganta y no tenía más que decir. El silencio se prolongó por mucho tiempo mientras yo miraba el mar y mi corazón latía como si el relato de mi vida hubiera sido una carrera alocada.

Su brazo me rodeó los hombros y me atrajo hacia él y aquel abrazo sin palabras y su boca en mi pelo y su corazón, que también sentía desbocado, fueron como el agua tras una larga caminata por un lugar pedregoso y seco.

—Aquel día —dijo en voz muy baja—, cuando estaba en el templo con Aspasia, un hombre me mostró pruebas de que los sacerdotes me habían denunciado al Areópago por diseccionar animales. Debía escapar si no quería ser detenido y muerto. Pero no podía irme así, sin ti, y pagué a ese hombre para que te llevara un mensaje. Te citaba en aquel lugar fuera de la ciudad, donde había cometido el crimen del que me acusaban. Te esperé hasta el alba.

—Nadie me dijo nada.

—El mismo hombre al que le di mi mensaje —siguió como si yo no hubiera hablado— apareció en mi escondite y me repitió las palabras que tú le habías encargado que me dijera: «No quiero huir. Prefiero seguir aquí, donde estoy a salvo». Iba a volver para buscarte, para convencerte, pero el hombre me dijo que le habías insistido muchas veces en que me fuera sin ti. «Es una esclava, señor —me dijo aquel hombre—, si la encuentran contigo la matarán». —¿Cómo era? ¿De unos cincuenta años, muy delgado, con ojos negros y hundidos?

—No, todo lo contrario. Era joven y fuerte. Por la ropa podía ser un liberto.

Basilio, claro. Basilio, el brazo ejecutor de aquel que había movido los hilos de mi vida mucho más de lo que yo imaginara. Me alegré de que el fenicio estuviera muerto. Y también, por primera vez, me alegré de ser yo quien lo había matado.

Hablamos durante toda la noche y nos besamos y nos tocamos con miedo, como si fuera la primera vez que lo hacíamos. Y, sí, quizá lo era. La primera vez en muchos años que nuestros cuerpos estaban en paz con nuestros corazones. Que no había resentimiento, ni secretos, ni mentiras.

Cuando el sol estaba a punto de dorar el mar y el relente de la madrugada nos estremeció, nos levantamos por fin de la roca y nos dirigimos al sanatorio. Me sentía un poco mareada y la garganta y la cabeza me seguían doliendo, pero no dije nada. Había mucho trabajo por hacer. Ya tendríamos tiempo para nosotros cuando todo aquel tiempo de muerte hubiera acabado. Teníamos toda una vida. O eso creímos

entonces.

Un barco había atracado en el puerto y los tripulantes se apresuraron a lanzar la pasarela, que chocó con un ruido húmedo contra la arena. La llegada de un barco aquellos días y a una hora tan intempestiva era un acontecimiento raro y nos detuvimos para ver quién había tenido el valor de llegar a un puerto al que la fama de la peste había dejado vacío.

Comíamos aceitunas y mirábamos bajar a los tripulantes del barco. Tener a Hipócrates tan cerca, tan cerca de verdad, me producía una felicidad que no podía enturbiar mi agotamiento. Una paz que creía que nunca nada podría destruir. Y, sin embargo, aquella paz recién estrenada comenzó a desmoronarse unos instantes después.

En aquel día de renacimiento, aparecían los dos demonios de mi vida. Primero el fenicio en el recuerdo y en aquel momento, por la pasarela del barco, gritando órdenes a los esclavos que le seguían con unas cajas, bajaba Crémilo. Mucho más viejo, macilento y encorvado, pero con la misma capacidad de despertar en mí el odio que creí debilitado. Un odio que, mientras le miraba pisar la arena, sentí despertar de su letargo y exigirme el tributo que había pospuesto tiempo atrás. Entonces el malestar que sentía eclosionó. Me apoyé en el hombro de Hipócrates, que me miró alarmado. Quise decir que estaba bien, que solo era un mareo, pero la garganta se me cerró y ya no pude hablar.

Alguien estaba llorando, pero los párpados me pesaban y no podía ver quién era. Tenía tanta sed. La garganta me ardía. Necesitaba beber, pero las palabras no me obedecían. Intenté hablar. Agua. Es fácil. Solo hay que abrir la boca. Abre la boca. Así. Y ahora dilo. Agua. Es fácil. Aaaagua.

Escuché mi nombre. ¿Era mi nombre? ¿Era yo Helena? Sí, Helena, a pesar de todo. Alguien me acercó un vaso a los labios. Bebí, me raspó la garganta. Otro trago. Otro. Me quitaron el vaso.

Tenía que abrir los ojos. Escuché voces, pero no las distinguí. Alguien me puso la mano en la frente. Estaba fresca, me aliviaba el dolor. Un paño húmedo. Por fin abrí los ojos y vi la cara de Hipócrates. Me sonreía, pero su sonrisa era triste. Quise hablar, pero me puso la mano sobre los labios.

—Descansa. Todo está bien. Todo estará bien.

Pero su mirada me decía que no, que había algo que no estaba bien. Noté otra vez el paño en la frente, el frescor que me aliviaba. Una náusea incontenible me subió hasta la boca y me inundó un sabor amargo y ácido. Alguien me incorporó para que pudiera vomitar y ese esfuerzo agotó las pocas fuerzas que me quedaban.

En aquel instante supe que había muerto, porque Temis estaba a mi lado y lloraba. Había venido a recibirme. Quería decirle que no llorara, que ahora íbamos a estar juntas, pero no podía. Tenía mucho sueño. Me dolía la cabeza y la garganta. ¿Era así la muerte? ¿Tan dolorosa, tan triste? Otra vez la mano fresca. Un paño húmedo que me limpió la boca. Quise decir su nombre. Hipócrates. ¿También él estaba muerto?

Todos estábamos muertos. Todos. Escuché los ladridos de *Cerberos*. Sus cabezas ladraban a la vez. Era un aviso. La pitia lo vio, vio mi destrucción y la de Atenas y quiso que ambas fueran de la mano.

Estuve enferma mucho tiempo. Pasé diez días al borde de la muerte, me dijeron, y al final del décimo día comencé a mejorar. Días de rostros afligidos que me miraban desde las alturas. Días de dolor y fiebre. Apenas recuerdo nada. Solo los ojos de Hipócrates, la cara de Temis que me miraba desde el pasado y la imagen de Crémilo bajando del barco que se había quedado prendida en mi recuerdo como un paño manchado de sangre. Viví en mi pesadilla. Fui uno de esos enfermos que morían bajo las patas de los caballos de la guerra. Pero no he muerto. Hipócrates me salvó.

Tengo miedo incluso de pensarlo, pero creo que el odio me salvó de la muerte, más incluso que los cuidados del hombre que amo. Quería vivir para vengarme de aquel demonio que se me escapaba siempre por los huecos del azar. Sí, el odio me salvó de la muerte, aunque necesitaré mucho más para volver a vivir.

Atenas

Segundo año de guerra. Octavo día de la segunda década de boedromión; primer año de la ochenta y ocho Olimpiada

Todo me aturde después de los días de ayuno y silencio, y la procesión es un jolgorio de gritos, cánticos y música. Los sacerdotes transportan los *hiera* en un pequeño cofre dorado y detrás, con palmas y flores, vamos los mystes, en silencio, meditando sobre lo efímero del mundo. El día es radiante, soleado y con una ligera brisa que agita los estandartes y hace volar las túnicas. Pero la alegría parece forzada. Todos susurran, y entre los cánticos de la procesión, que son cánticos de alegría y deseo, se ha colado algún que otro grito contra Esparta. El enemigo está cerca y quizá esta sea la última vez que podamos salir de la ciudad. Por fin veo a Hipócrates entre los asistentes, algo alejado. Su cara sigue mostrando su rechazo. Hemos discutido tanto que el tiempo de las caricias ha dado paso demasiado pronto a un nuevo tiempo de reproches, y las heridas, cubiertas por una piel demasiado frágil, se han vuelto a abrir.

Ayer, por fin, pudimos salir a la calle. Respiré y mi cuerpo se llenó de energía. Estos días de meditación y de recuerdos después de las tediosas jornadas de convalecencia me han enfrentado con mi pasado y han respondido a muchas de mis preguntas. He recuperado los últimos diez años de mi vida, momentos incluso que había relegado al olvido entre los avatares cotidianos.

«A partir de ahora todo es más fácil», me dijo sonriendo una panageis cuando me vio suspirar. Las panageis siempre sonríen, pero sus ojos son fríos como la piedra en invierno. Conozco esa frialdad, yo misma la he sentido en mis huesos, una frialdad sin tregua, cuando la sangre no calienta las venas y fluye indiferente al cuerpo que la alberga.

Sin embargo, al salir del templo, sentí un calor que me reconfortó el espíritu. El ayuno me había vuelto liviana y todo me era ajeno. Los curiosos nos contemplaron salir del templo y nosotros achicamos los ojos, que no soportaban el fulgor del sol tras el encierro. Esas siluetas a contraluz me recordaron a seres incorpóreos, los fantasmas de las leyendas egipcias que viven entre los mortales sin que estos los perciban. Espíritus del Hades que vienen a recordar vidas pasadas, a contemplar a seres queridos, aún sobre la Tierra, que quieren sentir por última vez el aire que una vez respiraron y se agarran a sus deudos porque no quieren marchar, mientras Caronte espera en la orilla sin prisas, pero implacable. Me pregunté si entre estos espíritus se encontraba mi hermana, libre de los lazos implacables que la hicieron morir. O mi padre, espiando mi madurez, contemplando a la mujer desconocida que

se apoyaba en la pared del templo para no caer. Quizá conocen mi propósito y espían mis pasos ansiosos, ellos también, de la venganza.

Me dieron agua y una torta y las engullí como el manjar más succulento. Paladeé la miel, el ligero picor que deja en la garganta, la lengua pegajosa, y el agua fresca que arrastró la comida y me libró de la sed omnipresente. Miré al horizonte y me pareció ver el rastro turquesa del mar de mi infancia. Aquel cielo inmenso que se aleja hasta que los ojos duelen de tanto azul. Y recordé los pinares, las colinas, la piedra dorada de los templos, el olor a mar que lo impregna todo. Respiré hondo y comprendí que había llegado el momento, que estaba dispuesta a enfrentarme al dolor, a entrar en él y limpiarlo de todo aquello que le sobra, de todo lo que se ha ido incrustando en mi espíritu y no lo deja renacer, y me dejé llevar, mientras el sol reconfortaba mi cuerpo aterido.

Hipócrates ha intentado disuadirme, pero no comprende que necesito esta purificación final. Sin ella nunca podré sentirme libre del todo. Nuestra unión se merece toda mi energía y, sin embargo, me siento invadida de nuevo por una amargura que envilece todo lo demás.

Al final, me ha acompañado a Atenas. Juntos emprendimos el camino en silencio. El preocupado, yo exaltada, ideando mil estratagemas para cumplir mis propósitos. Y todo, al fin, me fue ofrecido de una manera tan sencilla que los dioses, en los que ya no creo, han debido de dictar una tregua en nuestra guerra privada.

Crémilo había acudido a Atenas para participar en los Misterios. Debí haberlo supuesto. «Los Misterios profanados —dijo la pitia—, no hay atajo para la muerte». Este era el atajo. Aquel que participa en los Misterios tiene ganado el privilegio que Deméter concedió a su pupilo Demofón: disfrutar más allá de la existencia mortal de una vida en compañía de los dioses. Esto es lo que busca Crémilo a pesar de todas sus culpas: un atajo. Pero yo no estoy dispuesta a que lo consiga. Eleusis, con sus secretos y su kikeon, el brebaje sagrado, me ayudarán en mi estrategia. Sé lo que contiene el kikeon y sé sus efectos, y gracias a eso podré lograr lo que en Corinto se me escapó de entre las manos.

La maldición que le lancé llegó a su mente aturdida. Aún me da escalofríos recordarlo. Recordar el odio y la impotencia. Recordar las palabras que pronuncié, y su cara, que seguía presente mientras huíamos por los pasadizos de la cisterna. Una cara en la que el terror había dejado una huella que espero que haya fraguado con los años. Ese miedo a lo sobrenatural que entorpece la sangre y encorva la espalda. El miedo que leí en sus facciones cuando le volví a ver en el Pireo.

Nadie puede hablar con los mystes, pero la presencia de Hipócrates en la procesión, a pesar de lo serio de su semblante, me alivia la angustia de lo que está por venir. Temis está a su lado, atenta como siempre, mi hermana recuperada. Aún me parece irreal que esté viva. Lo que durante mi enfermedad creí una visión del infierno era mi amiga recobrada que estaba siempre allí y me aliviaba los dolores y susurraba palabras de consuelo.

—Cuando te acercaste a la muralla para ayudar a los que huían te perdí de vista —me contó durante mi convalecencia—. Quise buscarte, pero alguien me agarró, me tapó la boca y me arrastró hacia la oscuridad. Luché con todas mis fuerzas, pero el hombre era muy fuerte, me llevaba en volandas. Entonces me di cuenta de que aún tenía el cuchillo que había cogido en la casa. Le hice un corte donde pude, en el brazo con el que me sujetaba. Me soltó y salí corriendo. Iba tan enloquecida que tropecé, me caí y supe que algo malo me había pasado porque la pierna no me respondía. Me arrastré como pude hasta una casa cercana y pedí ayuda. Tenía el hueso roto. Al llegar el día, rogué a la mujer que me recogió que buscara a Basilio. Cuando apareció me abracé a él y no podía parar de llorar. Nunca había sido tan feliz de volver a ver a alguien.

»Basilio te buscó entre los heridos y los muertos y se enteró de que algunos mercenarios habían pedido su soldada y habían salido de Platea aquella primera mañana. Quise que fuera tras ellos, pero se negó. Estaba encargado de custodiar a los presos hasta recibir noticias de Tebas. Me dijo que no podía dejarme allí sola; “ni siquiera sabemos si Helena está con ellos”, me dijo. Le grité, creo que hasta le pegué. Me sentía tan impotente y estaba tan enfadada con él que estuve sin hablarle varios días.

—No sabía por dónde nos habíamos ido y, además, él solo no hubiera podido hacer nada.

—No le disculpes —me había cortado Temis—. Todavía lo recuerdo con horror. No podía moverme y la pierna no terminaba de curarse. Los días pasaban con una lentitud desesperante. Después volvimos a Atenas con el ejército. Pensaba que, si seguías viva, antes o después volverías aquí.

—Bueno, ahora ya sabes lo que pasó y que aproveché bien el tiempo.

—Has sido una buena alumna, pequeña mía —me dijo dándome una palmadita en la espalda—. Estoy muy orgullosa de ti.

Ya entramos en Eleusis tras los rituales burlescos del camino a los que apenas he prestado atención. Salimos de Atenas muy de mañana y ahora el sol está ya a punto de ocultarse en el horizonte. Todo un día de camino, de danzas y cánticos, un día más de espera. Sé lo que hago, sé lo que voy a hacer. El corazón me late fuerte y rápido. Cerca de mí intuyo a Crémilo con su espalda torcida y sus temblores. Cubiertos con las túnicas y con la cabeza agachada, repetimos una oración sin fin que nos abrirá el recinto prohibido.

Es un templo grandioso rodeado de las viviendas de los servidores de Deméter. Por fin estoy aquí, en la cuna del Misterio. Vamos a traspasar las puertas donde todo se abandona, nos han dicho. No todo, no en mi caso. Nos detenemos y nos hacen leer en voz alta la inscripción de la puerta de entrada al templo: «¡Bienaventurados los que entre los hombres de la tierra han tenido la visión de estos ritos! ¡Aquel que no ha recibido la santa iniciación no tendrá el mismo destino después de su muerte, en la enmohecida morada de las tinieblas!». Una iniciación, un destino dulce que Crémilo

busca y que yo no le dejaré tener.

Hemos llegado al telesterion. Es una gran sala unida por un pasillo angosto al templo donde antes hemos hecho una ofrenda de espigas y leche a las dos diosas. En este nuevo lugar nos ha recibido el hierofante, investido con el manto dorado y cubierto con la máscara ceremonial. Es como un teatro cuadrado donde se representará el rito. En el centro, un pequeño cuarto rodeado con cortinas. Nos situamos en las gradas y, por una vez, no hay separación entre hombres y mujeres. Siervos mudos nos ofrecen la bebida sagrada que producirá alucinaciones y la comunión con las diosas. Somos muchos, y tardan en servirnos. Cuando todos tenemos ya una copa y los esclavos han abandonado el recinto, el sacerdote levanta la suya por encima de la cabeza:

—Soy el hijo de la Tierra y del cielo estrellado. Vosotros lo sabéis. Me hallo seco por la sed y estoy pereciendo. Venid, dadme el agua fresca que mana del Lago de la Memoria.

Todos los que le rodeamos levantamos las copas y repetimos el salmo que nos han enseñado.

—¡Venimos puros de entre los puros, madre de la tierra, reina del submundo, Eucles, Euboleus, y todos los dioses, pues nosotros también reclamamos ser de vuestra raza!

Miro alrededor. Varias antorchas iluminan la sala de paredes rocosas, pero es tan grande que el techo se pierde en la penumbra. Las paredes brillan por el agua que rezuma y el ambiente es húmedo aunque cálido, con un cierto olor sulfuroso en el aire.

—Soy el iniciado, el que todo lo ve y todo lo escucha. Bebed conmigo el agua de la sabiduría y entremos juntos en la morada del entendimiento.

El sacerdote se acerca la copa a los labios y bebe su contenido a pequeños sorbos, mientras todos esperamos a que concluya para imitar su gesto. Es un sabor amargo y un poco picante, como esperaba, pero apenas me mojo los labios y, mientras los demás beben, vacío con disimulo la copa en el suelo. Crémielo, sin embargo, que está en una grada a mi derecha y algo más elevado, bebe con ansia de la copa y la apura antes que nadie.

Acabada la libación, dejamos las copas en el suelo e inclinamos la cabeza.

—Estamos aquí, con la sed aplacada y el ánimo dispuesto —invoca el sacerdote mientras se vuelve a los presentes y eleva los brazos.

—Somos reyes y ascendemos desde el sótano del entendimiento a la morada de la consciencia —respondemos todos, obedientes.

Salmodiamos las mismas frases una y otra vez, cada vez más deprisa. El kikeon comienza a mostrar sus efectos. Yo imito el aturdimiento, el trance que convierte las palabras en un galimatías hermético, y repito con ellos las invocaciones, y me balanceo y me inclino como ellos.

Los minutos se suceden y con ellos lo irracional, lo primitivo parece apoderarse

de los presentes hasta que una niebla amarillenta que procede de los pasillos de acceso comienza a envolver la sala. Es el momento, me digo. Me levanto y me escabullo entre los mystes drogados. Me coloco junto a Crémilo y espero.

Se escucha un chirrido y desde el lugar más alejado de la sala aparece un carro rodeado por las panageis. Desde él, sentadas en un trono dorado, nos contemplan las dos diosas. Van vestidas con túnicas de seda blanca. Deméter lleva la cabeza cubierta y Perséfone se adorna con una diadema de serpientes. Ambas ocultan su cara con máscaras de oro y piedras preciosas. Los sirvientes arrastran el carro con el trono encima y lo acercan a los mystes que esperamos la revelación de las diosas.

El hierofante se inclina ante ellas.

—Esperamos tus palabras, oh, señora de las cosechas. Tú, que bajaste hasta los infiernos en busca de tu hija, danos el valor y danos el conocimiento. Ayúdanos a transitar a la otra vida con la sabiduría de los dioses —recita. Ha llegado la hora.

Yo también me siento en trance. Estoy en mi lugar. Todo me ha llevado hasta este momento. Ahora soy yo la que tiene algo que decir.

Ha llegado la hora.

Una música como nunca había escuchado comienza a sonar tras el carro de las diosas. Una música metálica, fría, que golpea con cadencia hipnótica. Es la hora de la revelación, la hora en la que los mystes se convierten en iniciados. No voy a permitir que esto pase, no en el caso de Crémilo.

Aprovecho el sonido de la música y las palabras de las diosas para ocultar mi voz y me acerco a su oído:

—Crémilo de Ákragas, por el poder de Circe, la bruja que todo lo puede, fuiste maldecido en Corinto. ¿Qué haces aquí, en este lugar santo?

Me mira con los ojos enrojecidos. Intenta apartarse de mí, pero yo le agarro con fuerza de un brazo fofo y descarnado. Me acerco más, estoy tan cerca que huelo su aliento podrido de viejo mezclado con el olor a menta del kikeon:

—Orfeo, que bajó a los infiernos, te maldice. Perséfone y todas las fuerzas del Hades te maldicen. Tu alma se hundirá en el cenagal del Tártaro y morará encerrada en el cuerpo de un daimon. Crémilo de Ákragas, los dioses te repudian.

Muy lejos escucho las palabras del hierofante. Los mystes han comenzado a moverse. Todos debemos entrar de uno en uno en la habitación del centro de la sala. Es la hora de la revelación. Crémilo comienza a gemir débilmente e intenta seguir a los demás, pero no tengo que hacer demasiado esfuerzo para retenerle. Su cabeza está confusa por el kikeon.

—¡Vete, Crémilo!, aléjate de los elegidos.

Ya no trata de soltarse de mi mano. Intenta enfocar la vista extraviada y me mira a través de los vapores que le aturden la cabeza.

—¿Quién eres?

—Soy Tesífone, la vengadora, más antigua que los dioses, y mucho más poderosa. ¡Vete!

Extiendo la mano que llevo cerrada desde hace cuatro días. Los dedos me duelen al abrirlos. Agarro su mano y la uno a la mía.

—Son las cenizas de tu esposa muerta. Ella también te maldice. Todos tus muertos te maldicen. Aléjate de los iniciados. ¡Vete!

Crémilo lanza un grito ronco y sacude la mano como si la hubiera cubierto con brasas. Se aparta de mí, que ya no lo sujeto. Tropieza con los demás iniciados, cae desde la grada al suelo. Se levanta con dificultad y se aleja sin quitarme la vista de encima. Todos se apartan y le miran. Entonces se detiene. Se agarra el brazo izquierdo y la cara se encoge con una mueca de dolor. Su piel tiene un color grisáceo, sucio. Por la parte delantera de la túnica comienza a extenderse una mancha de humedad.

Algo me pasa. No es piedad. Es como si me hubiera soltado un cinturón que me cortaba el aliento desde hacía mucho. Soy una sanadora, no puedo volver a matar. Por primera vez me asusta mi odio y lo siento ajeno a mí, un compañero tenaz y estúpido que casi me destruye. Me acerco a Crémilo, caído en el suelo, y me agacho hasta poner la oreja en su pecho. No se escucha nada. Entonces una rabia nueva, contra mí misma, me turba el entendimiento y le golpeo el corazón con el puño; grito por dentro y golpeo de nuevo con saña, una vez, otra; intentan apartarme, pero no se lo permito. Tengo tanto miedo ahora de que muera como lo sentía antes de que se escapara. Tanto que al ver la boca abierta como una herida negra en su cara gris me agacho y le soplo con fuerza dentro, como queriendo llenarle de vida, como si pudiera traspasarle parte de mi juventud. Soplo una y otra vez y escucho su corazón y vuelvo a golpear y a soplar, y su piel comienza a recobrar el color.

Sigo soplando hasta que Crémilo abre los ojos y me mira. Entonces me levanto. Me da vueltas la cabeza. No puedo respirar. Quizá mi corazón está a punto de reventar como el de Crémilo...

Me sacaron de allí e Hipócrates me recogió y me llevó de vuelta a Atenas. Tuvo miedo de que la peste se hubiera apoderado otra vez de mí. Pero no era el cuerpo que se rebelaba contra los humores, sino el espíritu que reclamaba su lugar. Un espíritu vacilante, perplejo y adormecido que se desperezaba. Durante los días siguientes empecé a curarme de verdad. Empecé a librarme de los miasmas del pasado. Dejé que mi cuerpo reposara mientras buscaba dentro de mí la serenidad que había perdido en las esquinas negras de mi vida. Comprendí por fin que la venganza nunca es suficiente, que es como un perro hambriento que no sabe parar cuando encuentra comida y termina por morir repleto, pero no saciado.

Y hoy, por fin, he abierto los ojos junto a él sintiéndome con fuerzas para levantarme. He mirado su cara mientras aún dormía. Sus mejillas hundidas de cansancio; el pelo un poco ralo en la frente, y esos ojos limpios, que anuncian en su contorno una madurez cercana y que no sonríen desde hace tanto tiempo. Me he preguntado, entonces, si esto que me inunda como la crecida de un río es la felicidad, y si es posible ser feliz entre tanta destrucción. Y he seguido acurrucada junto a su

cuerpo, husmeando su olor de tantos días de trabajo, la respiración inquieta, y he calmado con mi mano su mano desvelada, que intentaba trazar en el aire dibujos de muerte. No me importa saber si esto es felicidad, pero por primera vez sé que no quiero salir huyendo, por primera vez en muchos años tengo un lugar en el que quedarme. Hipócrates es mi lugar y yo soy el suyo.

Me han salvado. Él y Temis. Sus ojos son dos cuencas hundidas y los huesos se le marcan en todo el cuerpo. Los dos me han salvado, y de mucho más que de la peste. Me han salvado de mis demonios, de la rabia y el dolor. Estoy en paz. Por primera vez estoy en paz con el mundo y el pasado. Todo tenía que ser así. El odio nunca es capaz de calmar el dolor. Los fantasmas de mi padre y de mi hermana me dejan descansar. Ellos han embarcado ya para el Hades y yo tengo mucho trabajo por hacer.

Basilio no está. Partió con su regimiento hacia la Argólida. La guerra sigue y Atenas se muere. Asistimos impotentes al fin de una era. Los filósofos, los artistas, los héroes olímpicos han dado paso a los guerreros y estos se adueñan del espacio como una plaga tan ponzoñosa como la de la peste.

Laida fue de las primeras en morir, no llegué a verla, y su casa y sus posesiones, a falta de un heredero que las reclame, han pasado a manos de la ciudad. Pobre amiga mía, tan loca, tan sola. La lloro como si hubiera muerto aquella otra Laida de mi infancia, una Laida alegre y esperanzada. Me hubiera gustado sentarme con ella en un banco del patio, como tantas veces, para intercambiar los últimos comadreos de la ciudad.

Voy a salir a la calle después de tantos días de reposo. Me siento fuerte y sé que soy necesaria. Ahora más, que he sido capaz de sobrevivir a la peste y a mi propio renacimiento. Ahora entiendo a los órficos. Entiendo su concepto de reencarnación. Yo misma me siento reencarnada. He muerto varias veces sin cambiar de cuerpo y mi alma está dispuesta para una nueva vida. Me he liberado de todos mis fantasmas como la serpiente se libera de su piel muerta. Ahora tengo que aliviar a Temis e Hipócrates de la carga de enfermedad y muerte contra la que luchan cada día. Y tengo tanto que hablar con él. Pedirle perdón por mi ceguera y estar a su lado en estos momentos de dolor. Esa era la visión de la pitia. Él y yo juntos, enfrentándonos a la fatalidad.

Los gallos han cantado ya sus avisos, los cerdos hozan en los desmontes, los pocos niños que quedan se despiertan llamando a sus madres mientras la ciudad bosteza y emerge de la bruma de la noche, de una noche sin fin cargada de sed y malos presagios. El silencio y la oscuridad lo envuelven todo. Mi ciudad, tan bella y con rincones tan ocultos, tan lejana y tan mía.

Recorro sus calles cargadas de muerte junto a Hipócrates. Diez años han pasado ya desde que la vi por primera vez. Tres desde que me despedí de ella con una separación que supuse eterna. Siete años solo viví entre sus muros, años en los que busqué mi Ítaca privada por un mar solitario en el que navegué a veces sin rumbo. Atenas, entonces, y Atenas, ahora, de nuevo y siempre, una ciudad que fluye por mis

venas como la sangre para el sacrificio. Tan caliente, tan densa, tan oscura.

Caminamos por la calle que tantas veces recorrí, pero todo es distinto. No hay gritos de niños ni ladridos de perros, ningún carro avisa con su traqueteo. Las fuentes siguen manando, pero nadie acude a ellas. Ya ni siquiera quedan los cadáveres de tantos como han muerto junto al agua por su ansia de beber. La aglomeración de los primeros tiempos se ha convertido en vacío. En las paredes de las casas las marcas señalan las pérdidas. Tres, cuatro cruces, a veces hasta cinco. Hay muchas viviendas vacías por la peste.

Traspaso la puerta de la casa del Scambonidai. Es la misma puerta, el mismo patio, algunos esclavos me miran con asombro. Saludo a los que aún conozco. «¿Cómo está?», pregunto a Critila tras abrazarla. Ella me mira y mueve la cabeza. La seguimos.

Hemos entrado en la habitación del amo. Pericles está en la cama, quieto, y el olor de la estancia no deja lugar a dudas. Huele a pus y a vómito, huele a muerte cercana. Aspasia está junto a él y levanta la cabeza. Apenas sonrío, pero alza la mano hacia nosotros e Hipócrates la toma entre las suyas. Nadie dice nada. No hay nada que decir. Pericles se muere. Todo un mundo se muere y nosotros solo podemos dar fe de ello.

—Llegó agotado y enfermo del viaje —susurra Aspasia—. No quiso llamar a nadie. Lleva así tres días.

Hipócrates se inclina hacia él, comprueba su temperatura, la garganta, el pecho consumido que se agita con una respiración ahogada. Se incorpora y me mira.

—Hace un año que está muerto —dice Aspasia con rencor—. Murió cuando le apartaron de su cargo y le acusaron de llevar a Atenas a la ruina.

—¿Qué ha pasado? —pregunto sentándome junto a ella.

—Le volvieron a llamar como niños asustados cuando la guerra se recrudeció, pero los dioses ya habían elegido. —Y ríe con una mueca—. La flota que dirigió contra el enemigo ha vuelto derrotada por la peste.

Pericles lleva al cuello un talismán y mientras le miro abre los ojos. Con los ojos abiertos parece menos enfermo, brillan como siempre, con la fuerza de un gran hombre. Aspasia le incorpora un poco y le da un trago de agua. Entonces Pericles ve el talismán e intenta sonreír.

—Debe de ser verdad que me estoy muriendo si has llegado a creer en estas tonterías —dice con una voz ronca, pero más fuerte de lo que esperaba.

Aspasia comienza a llorar. Nunca le había visto hacerlo. Es como si el templo de Atenea se resquebrajara, como si el mar ya no enviara sus olas contra la costa. Es el fin del mundo, sí. Aspasia llora sin ocultar la cara, con la dignidad que recibía a sus invitados, con la soberbia que siempre la salvó de la ruina.

Le tomo la mano y ella la aprieta sin mirarme. Nunca la he comprendido como ahora. Su mundo se desgaja y esa mano que sujeto deja aflorar todo su dolor, un dolor íntimo, tanto por su amante moribundo como por un futuro incierto, sin amigos, sin

fortuna, y alejada de su hijo, perdido en los senderos tortuosos de la guerra. Qué ha sido de aquella mujer que retaba a todos con sus ojos azules y fríos, que se burlaba de los cobardes, de los devotos, de los farsantes. Qué ha sido de su risa en las fiestas inacabables, de la fascinación que ejercía en cuantos la trataban, del miedo que producía su gesto, su mirada.

Su belleza sigue intacta, su pelo rubio, sus ojos, la esbeltez de su cuerpo. Solo ese gesto suyo de la boca que yo tan bien conozco, esa mueca que mostraba su irritación y que nos hacía correr asustadas ha quedado marcada en su rostro por el cuchillo feroz del tiempo. Cruel destino el del poderoso que sobrevive a su poder.

Hipócrates me ha abrazado muy fuerte esta noche y no ha dicho nada. Sus manos son como una fortaleza, recias y protectoras. Me ha besado el pelo como a una hermana, tiene miedo aún de mi debilidad, pero yo he levantado la cara y he recibido su boca con la mía y me he colocado sobre él urgiéndole a un placer con el que olvidar la máscara muerta de Pericles. Al principio se ha negado, pero mis manos han precipitado su deseo y le he hecho entrar en mí casi con rabia.

—Hay que irse de aquí —ha dicho tras mucho tiempo de silencio en el que hemos reposado sin saber dónde empezaba y terminaba la carne del otro—, el mal está vencido, pero contra los hombres asustados no se puede ya luchar.

Sí, hay que irse, dejar atrás los recuerdos y las gentes. A Laida, que aguarda en el Hades mi llegada. A Aspasia, que volverá a brillar cuando el rescoldo de su vida sea avivado por empresas nuevas. Dejar atrás las sombras de mi padre y de mi hermana, del fenicio y de Crémilo, mis muertos buenos y mis muertos malos. Y a Temis, que tiene ya una nueva vida junto a Basilio, pero de la que me duele separarme como si me arrancaran un brazo. Volveremos a vernos, lo sé. El mundo es demasiado pequeño para mantenernos separadas.

Ayer asistimos a las honras fúnebres de Pericles. Acudimos entre los pocos que se atrevieron a acompañar sus restos. Aspasia iba a la cabeza de la comitiva, serena, arrogante como siempre, a pesar de los murmullos que se escucharon a su paso. No me vio y no quise que me viera. Pero cuando el sacerdote prendió la llama de la hoguera donde se consumiría el gran hombre recordé el día que salí de su casa. «Las manos de esclava no casan bien con la vida que te espera», me dijo. Si hubiera imaginado lo que aún me quedaba por vivir, quizá nunca hubiera abandonado aquellos muros de encierro y protección. Y, sin embargo, ahora que todo se destruye, pienso en el futuro con esperanza.

Mientras el cuerpo de Pericles se consumía en la pira, alguien ha recitado su famoso discurso, aquel que pronunció durante el funeral público por los muertos de la guerra, y que yo no había escuchado. Es un canto a la libertad, a la igualdad entre los hombres para que incluso los pobres tengan la oportunidad de gobernarse; es un canto a las cosas buenas de la vida, a la alegría, la belleza y el refinamiento; un deseo de que los seres humanos no estén siempre pensando en la guerra, pero que luchen con valentía cuando esta llegue. Bellas palabras que en estos momentos solo producen

amargura. «Nuestra ciudad es la maestra de Grecia», había dicho Pericles en su discurso, pero la maestra está enferma y puede que muera para siempre.

El arcontado ha decretado tres días de luto por el estratega muerto, pero el luto está instalado en la ciudad, pegado a sus paredes, a las puertas marcadas con las señales de la peste, a nuestros rostros de ojos desorbitados, a las bacanales donde muchos pierden el sentido para olvidar el acecho del peligro. El miedo a los dioses y a la ley de los hombres ya no contiene a nadie. Los dioses parecen haber abandonado a su ciudad predilecta, ni siquiera Atenea responde a los sacrificios y plegarias. Todos han muerto, los hombres y mujeres piadosos y los que se burlaban de ellos. La ley ya no existe porque los jueces también han sucumbido a la visita de las Parcas. Como una serpiente de sangre, el vino recorre la ciudad abotargando conciencias, despertando bestias dormidas.

Hace días ya que nadie cae enfermo. Hipócrates dice que es buena señal, que la enfermedad está acabando, pero nadie se aventura a creerle.

Seguimos atendiendo a los enfermos que quedan en los lugares públicos convertidos en improvisados sanatorios. El cansancio es más llevadero y el invierno alivia el olor a carne chamuscada y a cenizas de las hogueras, ese olor a muerte y a banquete que se pega en la garganta como una miel ponzoñosa. Por fin los sacerdotes de Asclepios han aceptado las ideas de Hipócrates y ponen en práctica los métodos que antes llamaban herejes. He visto a los esclavos lavando a los enfermos como dice el maestro, quemando las ropas impuras por la enfermedad. Pero ya es demasiado tarde. Han muerto tantos que la ciudad parece una muestra vacía de lo que antes fue. Y los pocos que quedamos recorreremos las calles en silencio, el mercado desabastecido, el ágora convertida en crematorio urgente donde los pobres echan a las llamas de los ricos a sus muertos.

Hay que salir de aquí, sí, Atenas es el pasado, nada podemos hacer ya. Hipócrates se despertó hoy inquieto por el próximo viaje. Su mirada ya no está aquí, sino en esos caminos que tanto ansia recorrer, que le atraen con una fuerza irresistible que ni siquiera yo podría compensar.

Mi cuerpo también está anhelante. También desea nuevos horizontes, nuevas gentes, ideas nuevas. Atrás quedan estos diez años extraños y turbulentos, una vida que nunca soñé vivir y que tanto ha cambiado mi espíritu y mi cuerpo. «Si me vieras por la calle, padre, pasarías junto a mí como un desconocido. Quizá al contemplar mi cabello tendrías un recuerdo emocionado para aquella hija perdida y suspirarías y alzarías desafiante la cabeza, envuelto en tu manto púrpura, soñando con futuros nuevos, con otras realidades más clementes, con proyectos que pudieron ser y nunca fueron». Ignoro si Atenas resurgirá alguna vez de sus cenizas. Si de la hoguera de dolor y enfermedad en la que se ha consumido nacerá un pequeño gusano que eclosiona en una ciudad nueva, tan imperial y orgullosa como la antigua. Quizá tengan que pasar quinientos años, los mismos que tarda el ave Fénix en nacer de sus cenizas, o mil, y quizá nuestras almas estén allí para contemplarlo desde unos ojos

nuevos que no recordarán a sus antiguos dueños.

No dejo de pensar que si mi padre tenía razón, todos los que han muerto, todos ellos, o al menos sus almas inmortales, podrían seguir aquí, viviendo nuevas vidas en cuerpos anónimos. Pienso en el fenicio y me estremezco, pienso en mi padre, en mi hermana, y deseo creer, pero no puedo. Almas inmortales, como los dioses. Es tan tentador y a la vez tan temible. Me pregunto si no es mucho mejor desaparecer con la ceniza, arrastrada por el viento en la pira funeraria. Exprimir cada instante de esta vida sin esperar futuros laureles. Si la esperanza de una vida inmortal no desatará pasiones imprevistas que lleven a los hombres a peores guerras. Dejemos a los muertos seguir su destino.

Todo está preparado. Llevamos poco equipaje. Hipócrates me espera en el umbral con el ánimo listo para emprender el camino. Quizá nos dirijamos a poniente, lejos de la guerra. O a Tesalia, cuna de las mejores curanderas. Quién sabe, quizá pueda volver a mi isla y abrazar de nuevo a mi madre. Desde las columnas de Hércules hasta las altas montañas de Oriente el mundo nos espera, dispuesto a ofrecernos todos sus enigmas y prodigios.

—Es tiempo ya, Helena —me dice Hipócrates tendiéndome la mano.

Sí, ya es tiempo.

Glosario

ACRÓPOLIS: parte más alta de una ciudad.

ÁGORA: plaza pública. Espacio abierto, centro del comercio, la cultura y la política de la vida social de los griegos.

ANDRÓN: estancia o parte de la casa reservada a los hombres, donde se celebraban las reuniones y simposios.

ARCONTADO: forma de gobierno que en Atenas sustituyó a la monarquía, integrado por nueve arcontes que cambiaban todos los años.

ARCONTE: magistrado del gobierno de Atenas.

AREÓPAGO: tribunal superior de la antigua Atenas.

ASTRÁGALO: hueso, generalmente de la pata del cordero, que tenía cuatro caras (parecido a un dado) y en cada una de ellas una letra del alfabeto; se reunían varios huesos en una urna y mediante un ritual se sacaban al azar y eran interpretados para obtener un mensaje.

AURIGA: hombre que gobernaba los caballos en las carreras de carros.

AUTOCRÁTOR: emperador.

BOEDROMIÓN: tercer mes del antiguo calendario ático correspondiente al mes de septiembre de nuestro calendario actual.

CANÉFORA: doncella que llevaba en la cabeza un canastillo con flores, ofrendas y cosas necesarias para los sacrificios en las fiestas Panateneas. Se consideraba la entrada en la edad adulta.

CÍMBALO: instrumento musical parecido a los platillos.

CÍTARA: instrumento musical parecido a la lira, pero con caja de resonancia de madera, que se toca con una púa.

CLÁMIDE: capa corta y ligera.

CLEPSIDRA: reloj de agua.

CORIFEO: persona que dirigía el conjunto de jóvenes que danzaban y cantaban hacia el templo de Dionisos. Director del coro en las representaciones teatrales.

COTURNO: calzado de suela de corcho sumamente gruesa usado por los actores trágicos de la Antigüedad grecorromana para parecer más altos.

CRÁTERA: vasija grande y ancha donde se mezclaba el vino con agua antes de servirlo.

DAIMON: divinidad de rango inferior, mitad bestia y mitad humano. Domo: viviendas principales de la ciudad. Dracma: antigua moneda griega de plata.

EFEBO: adolescente.

EPIGRAMA: composición poética breve que expresa un solo pensamiento, principalmente festivo o satírico, de forma ingeniosa.

EPITALAMIO: poesía lírica destinada a los cantos en una boda.

ESTADIO: unidad de longitud equivalente a 176 metros aproximadamente.

FÍBULA: especie de hebilla o broche que se usaba para sujetar las prendas de vestir.

GENESIA: ritual anual en el que se honraba a los muertos de la familia. Gineceo: parte de la casa reservada a las mujeres.

HECATOMBE: sacrificio religioso de cien bueyes.

HETAIRA: cortesana de elevada consideración social.

HIERA: objetos rituales de los Misterios de Eleusis cuya naturaleza se desconoce en la actualidad.

HIEROFANTE: sacerdote de Eleusis que presidía la celebración de los Misterios sagrados.

HIMENEO: boda o casamiento. Composición poética cantada durante la procesión de la novia a la casa del novio.

HOPLITA: soldado de infantería que usaba armas pesadas.

KIKEON: bebida hecha principalmente con agua, cebada y hierbas, usada en los ritos de los Misterios de Eleusis.

KITÓN: túnica de amplios pliegues ceñida con un cinturón.

KROPALO O KRÓTALO: instrumento musical de percusión semejante a una castañuela.

MAZÉ: especie de pan elaborado con cebada.

MEMACTERIÓN: quinto mes del antiguo calendario ático comprendido entre los meses de noviembre y diciembre de nuestro calendario actual.

METECO: extranjero que se establecía en Atenas y que no gozaba de los derechos de ciudadanía.

METEMPSICOSIS: doctrina religiosa y filosófica según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior. Reencarnación.

MUNIQUEIÓN: décimo mes del antiguo calendario ático comprendido entre los meses de abril y mayo de nuestro calendario actual.

MYSTES: persona iniciada en los Misterios.

ÓBOLO: moneda que equivalía a la sexta parte de una dracma. Odre: recipiente hecho de cuero, generalmente de cabra, que servía para contener líquidos.

ÓNFALOS: ombligo (del mundo); símbolo del centro cósmico donde se crea la comunicación entre el mundo de los hombres, el mundo de los muertos y el de los dioses. Era una gran piedra situada en lo más profundo del templo de Delfos.

ORFISMO: religión de misterios cuya fundación se atribuía a Orfeo. Se caracterizaba principalmente por la creencia en la vida de ultratumba y en la metempsicosis.

PALESTRA: lugar donde se lidiaba o luchaba.

PANAGEIS: sacerdotisa de Eleusis.

PANATENEAS: fiestas religiosas que se llevaban a cabo todos los años en Atenas dedicadas a la diosa Atenea.

PANCRACIO: combate gímico en el cual la lucha, el pugilato y toda clase de medios como la zancadilla y los puntapiés eran lícitos para derribar o vencer al contrario.

PEPLO: túnica femenina que bajaba de los hombros formando caídas en punta por delante.

PIANEPSIÓN: cuarto mes del antiguo calendario ático comprendido aproximadamente entre los meses de septiembre y noviembre de nuestro calendario actual.

PITIA: pitonisa. Mujer que interpretaba el oráculo.

POLIS: estado autónomo constituido por una ciudad y un pequeño territorio.

PORNOIS: prostituta.

PRONAO: pórtico que había delante del santuario o cella del templo.

SISTRO: instrumento musical, con forma de aro o de herradura, que contiene platillos metálicos ensartados en unas varillas, y que se hace sonar agitándolo con la mano.

SOFISTA: maestro de retórica que enseñaba el arte de analizar los sentidos de las palabras como medio de educación y de influencia sobre los ciudadanos.

STOA: pórtico.

TÁLAMO: cama de los desposados y lecho conyugal.

TELESTERION: sala para la iniciación en los Misterios de Eleusis.

TESMOFORIAS: fiestas femeninas celebradas en honor a las diosas Deméter y su hija Perséfone.

TITÁNIDE: femenino de titán.

TRAGEMATA: aperitivos generalmente compuestos de judías, frutas secas, dulces, garbanzos tostados, etc.

TRÍPODE: banquillo de tres pies en que daba la sacerdotisa de Apolosus respuestas en el templo de Delfos.

TRIRREME: embarcación de tres órdenes de remos.



ISABEL MARTÍN CORDERO (Madrid, 1957) es periodista y escritora.

Ha publicado cuentos en revistas y periódicos, y ha participado en diversas antologías de relatos de escritores noveles como *Qué mala suerte tengo con los hombres* y *Cuentos para leer en el metro*.

En 1999 fue finalista del Premio La Sonrisa Vertical con la obra *Allegro nada moderato*, obra del colectivo Cori Ambó.

La curandera de Atenas es su segunda novela.